



LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD

El Buen Samaritano. (Jornada Mundial del Enfermo 2013)

Mensaje del Santo Padre.

Ponencias.

Experiencias.

Catequesis.



LA
BOR
HOS
PITA
LARIA

n.305

ENERO/FEBRERO/
MARZO/ABRIL

1/2013

Hermanos de San Juan de Dios Provincia de Aragón - San Rafael

Año 63. Tercera Época
Enero/Febrero/Marzo/Abril
Número 305. Volumen XLV

Consejo de Redacción

Dirección - José Luis Redrado, O.H.

Coordinadores

Ética de la Salud - Margarita Bofarull, rscj
Pastoral - Rudesindo Delgado
Humanización - Amèlia Guilera

Administración - Dolores Sáenz
Coordinación - Lluís Guilera Roche
Redacción - Maite Hereu

Consejo Asesor

Humanización - Anna Ramió,
Laura Martínez, Javier Obis
Pastoral - Abilio Fernández,
Marije Goikoetxea, Jesús Martínez
Ética de la salud - Manuel de los Reyes López,
Juan Ramón Lacadena, M^a Pilar Núñez-Cubero

Dirección y Redacción

Curia Provincial
Hermanos de San Juan de Dios
Doctor Antoni Pujadas, 40
Teléfono. 93 630 30 90
08830 Sant Boi del Llobregat - Barcelona
curia@ohsjd.es

Fotografía

Carles Sailllas

Información y suscripciones
revistas@ohsjd.es

www.sanjuandedios.net

Publicación autorizada por el Ministerio
de Sanidad como soporte válido.
Ref. SVR nº. 401

ISSN 0211-8268 - Dep. Legal: B.2998-61
COLOR DIGITAL - BCN



Mensaje del Santo Padre. p6

01/Ponencias. p10

1.1/ *Hacerse prójimo con el que sufre.*

José Luis Redrado Marchite, O.H.

1.2/ *Jesús, Buen Samaritano.*

Marta López Alonso

1.3/ *Cuentos, parábolas y acompañamiento...*

Una mirada desde los personajes.

Ana García Castellano

1.4/ *La parábola del Buen Samaritano,
sus palabras, sus verbos...*

Antonia Monzón Cortés

1.5/ *La diaconía de la caridad como
motor de la misión.*

José Cristo Rey García Paredes

1.6/ *Samaritano, tutor de crecimiento
en el sufrimiento (resiliencia).*

José Carlos Bermejo

1.7/ *Hacer el bien al que sufre y hacer el bien
con el propio sufrimiento en San Juan de Ávila.*

Francisco Javier Díaz Lorite

1.8/ *Tened siempre caridad.*

Miguel Martín Rodrigo, O.H.

02/Experiencias. p122

2.1/ *Mi experiencia como capellán de hospital.*

Pablo d'Ors

2.2/ *Experiencia de un agente de Pastoral.*

Roser Casañas Gurí

2.3/ *Hermanas Hospitalarias: Buscando hondura
desde "la siempre necesaria hospitalidad".*

Pablo Morales

2.4/ *Manos Unidas.*

Soledad Suárez Miguélez,

2.5/ *Hermanos Hospitalarios*

de San Juan de Dios.

Miguel Martín, O.H.

2.6/ *Casa de Belén', una apuesta por la vida.*

Rudesindo Delgado, Sor Isabel Bello

03/Catequesis. p144

Jesús Conde

Boletín de suscripción

LH

Año 2013

España 36 €
Zona Euro 50 €
Resto 50 \$

Enviar esta hoja debidamente
complimentada a:
Hermanos de San Juan de Dios,
Dr. Antoni Pujadas 40,
Tel. 936 303 090,
08830 Sant Boi de Llobregat

www.sanjuandedios.net
curia@ohsjd.es
revistas@ohsjd.es

Sus datos serán introducidos en nuestro fichero de suscripciones,
cuya responsable es Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.
La finalidad del fichero es el envío de las publicaciones y de acuerdo
con la Ley Orgánica 15/1999 de 13 Diciembre, usted puede ejercitar
los derechos de oposición, acceso, rectificación y cancelación,
dirigiéndose a la administración de la publicación.

Apellidos		Nombre	
Calle	Número	Piso	Puerta
Código Postal	Población		
Provincia o País			
Teléfono	E-mail		
Profesión			

Indique con una X la forma de pago que le interese

Por cheque nominativo adjunto nº _____
a favor de LABOR HOSPITALARIA

Por Caja o Banco (rellenar la orden por pago siguiente, sin omitir datos)

Banca o Caja de Ahorros

Titular de la cuenta

Entidad Oficina DC Núm. de cuenta

Ruego a ustedes se sirvan de tomar nota de que, hasta nueva indicación mía, deberán
adeudar en mi cuenta los recibos que a mi nombre les sean presentados por la revista
LABOR HOSPITALARIA, de Barcelona.

Fecha

Firma





Mensaje del Santo Padre con ocasión de la XXI Jornada Mundial del Enfermo (11 de febrero de 2013)

“Anda y haz
tú lo mismo”
(Lc 10,37)

Queridos hermanos y hermanas

1.

El 11 de febrero de 2013, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, en el Santuario mariano de Altötting, se celebrará solemnemente la **XXI Jornada Mundial del Enfermo**. Esta Jornada representa para todos los enfermos, agentes sanitarios, fieles cristianos y para todas las personas de buena voluntad,

“Un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan en el rostro del hermano enfermo el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad”

(Juan Pablo II, Carta por la que se instituía la Jornada Mundial del Enfermo, 13 mayo 1992, 3).

En esta ocasión, me siento especialmente cercano a cada uno de vosotros, queridos enfermos, que, en los centros de salud y de asistencia, o también en casa, vivís un difícil momento de prueba a causa de la enfermedad y el sufrimiento. Que lleguen a todos las palabras llenas de aliento pronunciadas por los **Padres del Concilio Ecuménico Vaticano II**:

“No estáis... ni abandonados ni inútiles; sois los llamados por Cristo, su viva y transparente imagen”
(Mensaje a los enfermos, a todos los que sufren).

2.

Para acompañaros en la peregrinación espiritual que desde Lourdes, lugar y símbolo de esperanza y gracia, nos conduce hacia el Santuario de Altötting, quisiera proponer a vuestra consideración la figura emblemática del **Buen Samaritano** (cf. Lc 10,25-37). La parábola evangélica narrada por san Lucas forma parte de una serie de imágenes y narraciones extraídas de la vida cotidiana, con las que Jesús nos enseña el amor profundo de Dios por todo ser humano, especialmente cuando experimenta la enfermedad y el dolor. Pero además, con las palabras finales de la parábola del Buen Samaritano,

“Anda y haz tú lo mismo” (Lc 10,37),

el Señor nos señala cuál es la actitud que todo discípulo suyo ha de tener hacia los demás, especialmente hacia los que están necesitados de atención.

Se trata por tanto de extraer del amor infinito de Dios, a través de una intensa relación con él en la oración, la fuerza para vivir cada día como el Buen Samaritano, con una atención concreta hacia quien está herido en el cuerpo y el espíritu, hacia quien pide ayuda, aunque sea un desconocido y no tenga recursos.

Esto no sólo vale para los agentes pastorales y sanitarios, sino para todos, también para el mismo enfermo, que puede vivir su propia condición en una perspectiva de fe:

“Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (Enc. Spe salvi, 37).

3.

Varios Padres de la Iglesia han visto en la figura del Buen Samaritano al mismo **Jesús**, y en el hombre caído en manos de los ladrones a **Adán**, a la humanidad perdida y herida por el propio pecado (cf. **Orígenes, Homilía sobre el Evangelio de Lucas XXXIV, 1-9; Ambrosio, Comentario al Evangelio de san Lucas, 71-84; Agustín, Sermón 171**). Jesús es el Hijo de Dios, que hace presente el amor del Padre, amor fiel, eterno, sin barreras ni límites. Pero Jesús es también aquel que “se despoja” de su “vestidura divina”, que se rebaja de su “condición” divina, para asumir la forma humana (**Flp 2,6-8**) y acercarse al dolor del hombre, hasta bajar a los infiernos, como recitamos en el Credo, y llevar esperanza y luz. Él no retiene con avidez el ser igual a Dios (cf. **Flp 6,6**), sino que se inclina, lleno de misericordia, sobre el abismo del sufrimiento humano, para derramar el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

4.

El Año de la fe que estamos viviendo constituye una ocasión propicia para intensificar la diaconía de la caridad en nuestras comunidades eclesiales, para ser cada uno buen samaritano del otro, del que está a nuestro lado. En este sentido, y para que nos sirvan de ejemplo y de estímulo, quisiera llamar la atención sobre algunas de las muchas figuras que en la historia de la Iglesia han ayudado a las personas enfermas a valorar el sufrimiento desde el punto de vista humano y espiritual. **Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz**, “experta en la scientia amoris” (Juan Pablo II, Carta ap. **Novo Millennio ineunte, 42**), supo vivir “en profunda unión a la Pasión de Jesús” la enfermedad que

“La llevaría a la muerte en medio de grandes sufrimientos”
(Audiencia general, 6 abril 2011).

El venerable **Luigi Novarese**, del que muchos conservan todavía hoy un vivo recuerdo, advirtió de manera particular en el ejercicio de su ministerio la importancia de la oración por y con los enfermos y los que sufren, a los que acompañaba con frecuencia a los santuarios marianos, de modo especial a la gruta de Lourdes.

Movido por la caridad hacia el prójimo, **Raúl Follereau** dedicó su vida al cuidado de las personas afectadas por el **morbo de Hansen**, hasta en los lugares más remotos del planeta, promoviendo entre otras cosas la **Jornada Mundial contra la lepra**.

La beata Teresa de Calcuta comenzaba siempre el día encontrando a Jesús en la Eucaristía, saliendo después por las calles con el rosario en la mano para encontrar y servir al Señor presente en los que sufren, especialmente en los que **“no son queridos, ni amados, ni atendidos”**. También santa **Ana Schäffer de Mindelstetten** supo unir de modo ejemplar sus propios sufrimientos a los de Cristo:

“La habitación de la enferma se transformó en una celda conventual, y el sufrimiento en servicio misionero... Fortificada por la comunión cotidiana se convirtió en una intercesora infatigable en la oración, y un espejo del amor de Dios para muchas personas en búsqueda de consejo” (Homilía para la canonización, 21 octubre 2012).

En el evangelio destaca la figura de la **Bienaventurada Virgen María**, que siguió al Hijo sufriendo hasta el supremo sacrificio en el Gólgota.

No perdió nunca la esperanza en la victoria de Dios sobre el mal, el dolor y la muerte, y supo acoger con el mismo abrazo de fe y amor al Hijo de Dios nacido en la gruta de Belén y muerto en la cruz. Su firme confianza en la potencia divina se vio iluminada por la resurrección de Cristo,

que ofrece esperanza a quien se encuentra en el sufrimiento y renueva la certeza de la cercanía y el consuelo del Señor.

5.

Quisiera por último dirigir una palabra de profundo reconocimiento y de ánimo a las instituciones sanitarias católicas y a la misma sociedad civil, a las diócesis, las comunidades cristianas, las asociaciones de agentes sanitarios y de voluntarios. Que en todos crezca la conciencia de que:

“En la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión” (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici*, 38).

Confío esta **XXI Jornada Mundial del Enfermo** a la intercesión de la Santísima Virgen María de las Gracias, venerada en Altötting, para que acompañe siempre a la humanidad que sufre, en búsqueda de alivio y de firme esperanza, que ayude a todos los que participan en el apostolado de la misericordia a ser buenos samaritanos para sus hermanos y hermanas que padecen la enfermedad y el sufrimiento, a la vez que imparto de todo corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano, 2 de enero de 2013

Benedicto XVI





01/

Ponencias Campaña del enfermo 2013

*“Anda y haz tú
lo mismo”* (Lc 10, 37)

Abilio Fernández García,
Departamento de Pastoral de la Salud

La parábola del Buen Samaritano ha sido el centro de las Jornadas de Delegados Diocesanos de Pastoral de la Salud, punto de partida para la Campaña del Enfermo 2013. Las últimas palabras de la parábola, “anda y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37), sirven como lema, y a la vez son una invitación, un imperativo que nos anima a “hacer el bien al que sufre y a hacer el bien con el propio sufrimiento”, son palabras recogidas en la Carta Apostólica “Salvifici doloris.”

El final de la parábola prepara a los discípulos para la misión, les indica el camino que ha de recorrer la comunidad de auténticos creyentes. El camino que desde Jerusalén descendía a Jericó, es el camino que atraviesa todo nuestro mundo.

En él se encuentran las innumerables víctimas del acontecer de nuestro tiempo y de nuestros días, personas necesitadas, que hay que curar y cuidar. Luego vendrán otras atenciones y otros cuidados. Podremos pensar por qué le ocurrió lo que le ocurrió, si fue imprudente, o simplemente tuvo mala suerte.

Podremos detenernos en los personajes que pasaron de largo, por su vida y sus costumbres. Podremos elaborar un “protocolo” a seguir para quienes emprenden un camino hacia Jericó y diseñar la mejor manera de llegar..., pero lo cierto es que hay mucho sufrimiento y mucho necesitado en el camino.

La profundidad de la parábola, unida a la sencillez, nos conmueve cada vez que la leemos, pues nos habla directamente al corazón. Quizás porque como escribe **Paul Poupard (Cfr. Dolentium Hominum nº 31)** es una parábola especialmente vigorosa, personal, pastoral y práctica. Es **vigorosa**, porque nos habla de la fuerza del amor, que trasciende todo credo y cultura, para «hacer» un prójimo de aquél que es completamente extranjero. Es **personal**, porque describe con profunda sencillez el germinar de una relación humana, incluso desde el punto de vista físico; tiene un toque personal, el de una persona que, trascendiendo los tabúes, le venda a otro sus heridas. Es **pastoral**, porque está llena de ese misterio que supone la asistencia y atención al prójimo, uno de los elementos más valiosos de la cultura humana. Es **práctica**, pues nos desafía a superar todas las barreras culturales y comunitarias para ir también nosotros y hacer lo mismo. Han reflexionado sobre la Parábola los siguientes autores:

José Luís Redrado, Obispo-Secretario Emérito del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, con toda la vitalidad de su carisma de San Juan de Dios, siente propio el dolor ajeno y parece que le falta tiempo para que el mundo entienda que hacerse prójimo no puede quedar en teorías ortodoxamente formuladas. Hay una pregunta en la Parábola -y ¿quién es mi prójimo?- que hoy es fundamental, esencial, vital..., saber quién es mi prójimo y, especialmente, “**hacerse prójimo con el que sufre**”.

Marta López Alonso, mujer sencilla, enfermera con el corazón entregado al cuidado y teóloga empecinada en desentrañar la vida de Jesús -Buen

samaritano- y ofrecerla como algo nuevo cada día, nos presenta los rasgos propios de la parábola para entender el cuidado y hacernos hermanos en el cuidar, pues el cuidado es central en la vida de Jesús. Además, Marta, nos regala una reflexión sobre una mujer de Betania “**que quebró el frasco de perfume y lo derramó para suavizar el dolor de Jesús perseguido y cercado por sus enemigos**”

Ana García Castellano, terminados los estudios de Derecho se pasó al “**cuento**”, o mejor, como acostumbra a decir ella, “**a vivir del cuento**” para desentrañar lo profundo de las palabras, sus formas y el rico contenido que encierran para vivir y entender la vida. Nos contó cuentos, como la relación vivida entre la línea y el punto, transmitió emoción y, entre cuentos, narraciones y parábolas, nos fue situando, desde la mirada de cada uno de los personajes, en la situación que nos da esa forma de comunicar vida con sencillez y contenido.

Antonia Monzón Cortés, una gallega entregada a servir desde la humildad, ocultando su saber tras una timidez que se hace entrega y preocupación en y al que sufre, habló de “**La parábola, sus palabras, sus verbos...**” Es un intento sencillo de detenernos con calma en el texto de la parábola, sus palabras, los verbos empleados... para conocer la estructura de la narración y enfrentarnos a las posibilidades pastorales que ofrece, a la sabiduría concentrada en el actuar de un personaje que pasaba por allí y, al hacerse prójimo de un herido y maltratado, concretó la ley y la dio plenitud. Su comportamiento es un amplio capítulo sobre el cuidado en el mundo sanitario y en el acompañamiento pastoral.

José Cristo Rey García Paredes, hombre apasionado por la Iglesia, entregado a ella y dispuesto en todo tiempo y lugar a ofrecer desinteresadamente un poco de su reflexión por si sirve de luz para el camino como esta bella reflexión sobre “**La diaconía de la caridad como motor de la Misión**”. La nueva Evangelización y el año de la fe van a vehicular muchas de las actividades de nuestra Iglesia y de nuestras diócesis, el texto nos puede ayudar a redescubrir la fe, vivirla y celebrarla para ser evangelizadores y transmitir a Jesús desde nuestra fe en estos tiempos.

José Carlos Bermejo, con la preocupación constante de dar un paso más en el buen acompañamiento para hacer soportable la vida en la fragilidad y encontrar caminos de superación, nos presenta al “Buen Samaritano como tutor de crecimiento”. Los esfuerzos en el acompañar al desvalido no pueden quedar en agua de un día, el tiempo dedicado y la entrega realizada han de generar recuperación. El acompañamiento pastoral ha de ser una tutoría de crecimiento resiliente. Quien ha caído en el camino ha de seguir caminando, pero con nuevas potencialidades. Podemos ser nosotros ese herido del camino, podemos estar también heridos, pero las heridas han de fortalecer la vida. Además hay otro planteamiento.

La parábola del Buen Samaritano, en sus siglos de historia, ha sido punto de referencia para muchas vidas. Son muchos los que han pasado como Buenos Samaritanos, haciendo el bien al que sufre y haciendo el bien con el propio sufrimiento. La figura de **San Juan de Ávila** y su proclamación como Doctor de la Iglesia, fue el punto de referencia para acercarnos a una época de grandes samaritanos. **Francisco Javier Díaz Lorite**, sacerdote jienense, empapado de la espiritualidad y vida de San Juan de Ávila, nos acercó a esa época y a ese gran hombre de fácil palabra y vida entregada a Dios sirviéndole en el hermano. Como en un segundo apartado, también hoy hay grandes Samaritanos, personas que han recogido la historia de amor entregado a quien sufre a lo largo de los siglos y hoy siguen dando vida a la parábola. Son **Instituciones y personas** que están cerca de nosotros, que van recorriendo el camino de la vida levantando a los heridos de toda condición. De este modo escuchamos y traemos a estas páginas la vida de algunas instituciones, como la punta de un iceberg que avisa y orienta por dónde están caminando y entregando sus días y sus horas. Son vidas entregadas, vidas que dan vida.

Uno de estos testimonios es el de las **Hijas de la Caridad** que en la persona de **Sor Isabel Bello** nos contaba la hermosa experiencia de la Casa de Belén. Otro testimonio fue el de las Hospitalarias del Sagrado Corazón, contado por **Pablo Morales** una persona entregada a actualizar a **Benito Menni**.

Entre estos hermosos testimonios, más reciente en el tiempo es la labor de Manos Unidas con esa apuesta por la Salud como derecho de todos y una invitación: ¡Actúa!, así nos lo presentaba **Soledad Suárez Miguélez**.

En unas jornadas así en una revista como esta, no podía faltar la **Orden Hospitalaria de San Juan de Dios**, contada con pasión y elocuencia por el **Hno. Miguel Martín Rodrigo**, hombre de fácil palabra y agudas expresiones. Junto a esto, nos ofrece también **Miguel Martín** una hermosa reflexión con el título “**Tened siempre caridad**”, en la que habla de la caridad en clave de hospitalidad, una caridad que empieza tocando hombre, el hombre herido, que nace al calor de la compasión para hacerse compromiso universal e integrador y, el Hno. Miguel termina dando la palabra a su fundador: “**Tened siempre caridad, porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todos lugar está**”. El tiempo no daba para mucho, pero si algo tiene y de ello puede presumir la Pastoral de la Salud es de la vida que corre por las personas. Por eso no podía faltar el testimonio de quienes viven día a día al lado de la fragilidad: **Pablo d’Ors**, joven sacerdote y capellán, nos contó brevemente su gran experiencia de una vida que encuentra ayuda cuando ayuda a los enfermos, y **Roser Casañas, Carmelita Vedruna**, nos acercó a unas pequeñas y sencillas “**anécdotas**” que, en su larga vida de entrega y cuidado escriben una gran historia. Estamos en el año de la fe, preocupados por una nueva evangelización.

El año de la fe hará posible una nueva evangelización si somos capaces de asumir la actuación del hombre que pasó por un camino en el que había un hombre maltratado y malherido, lo vio, se paró, lo curó, lo cargó en la cabalgadura, lo dejó en la posada y corrió con sus gastos. La realidad de la vida es un camino a Jericó donde encontramos al hombre herido, una manera de atender y cuidar. La oferta está hecha: “**Anda y haz tú lo mismo**”. El hombre siempre vive la nostalgia de Dios. ¡La felicidad es posible!

01/1

Hacerse prójimo con el que sufre.

+ José L. Redrado, OH,
 Secretario emérito del Pontificio Consejo
 para la Pastoral de la salud

El punto central de esta reflexión es la parábola del Buen Samaritano que narra Lucas 10, 29-37. En el marco de esta reflexión veremos algunos temas como: quién es mi prójimo; el Dios de la compasión y de la misericordia en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; Cristo como Buen Samaritano; para terminar con la invitación a ser buenos samaritanos y testigos de amor.

1/

Contexto de la parábola del Buen Samaritano: perspectiva de fe.

1/1

¿Quién es mi prójimo?¹

La parábola del Buen Samaritano desea responder a una pregunta que no tiene nada de obvio para un israelita creyente a quien el **Levítico** prescribe amar al prójimo como a sí mismo (**Lv 19,18**). La pregunta que se hace a Jesús se coloca en un contexto existencial de fe. Sobre el tema se había discutido por largo tiempo sin que se lograra un consenso. De hecho, Lucas inserta la parábola del Buen Samaritano en la discusión sobre cuál es el mandamiento más grande (**Mt 22,34-40; Mc 12 28-31**).

Dicho debate apuntaba a responder a una pregunta existencial que acosaba no sólo al especialista de la ley mosaica sino también al simple fiel, heredero de la alianza sinaítica: ¿qué debo hacer para tener en herencia la vida eterna? En este sentido, la posición de Jesús no era indiferente a ninguno, ni siquiera para el doctor de la ley. De todos modos, en la perspectiva de Lucas, las Escrituras hablaban claro y el doctor de la ley no podía desconocerla: para heredar la vida eterna es necesario amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos (**Dt 6,4-5; Lv 19,18**).

Si sobre el amor incondicional y omnicompreensivo para Dios no habían problemas particulares, sin embargo no faltaban dudas y vacila-

1. Denis BUZY, *Les Paraboles, Beauchesne et ses Fils*, Paris 1932, pp. 622-628; Joachim JEREMIAS, *Le parabole di Gesù, Paidea*, Brescia 19732, p. 246; François BO-VON, *L'Évangile selon Saint Luc 9,51-14,35*, Labor et Fides, Genève 1996, pp.80-96.

2. Albert VANHOYE, “El Buen Samaritano (Lc 10,29-37). Hermenéutica bíblica de la parábola”, en *Dolentium Hominum*, 31 (1996/1), p. 199.

3. Xavier LÉON-DUFOUR, “Prossimo”, en ID., *Dizionario di teologia bíblica*, Marietti, Genova 19765, col 1016.

4. Ibid.; CLEMENTE ALEJANDRINO, *Quis dives*, 28,2.

5. Michel GOURGUES, *Le parabole di Luca. Dalla sorgente alla foce*, LDC, Torino, p. 14.

ciones en lo que concierne el amor al prójimo o, mejor, sobre quién fuese el prójimo a quien amar como a sí mismos. Dan testimonio de ello las interminables discusiones que se seguían en las escuelas rabínicas de esa época. Sin embargo, aunque ideal y no ciertamente uniforme a lo largo de la historia, una respuesta a la pregunta del doctor de la Ley de querer saber quien fuese el prójimo a quien amar como a sí mismos, ya se encontraba en el Antiguo Testamento: el prójimo es ante todo el hermano, es decir, el miembro del pueblo elegido. Con respecto a la concepción del prójimo en el Antiguo Testamento, A. Vanhoye observa:

“El amor al prójimo es entendido [...] como una actitud de solidaridad con los compatriotas, un límite muy estrecho. Sin embargo, se notará algunos versículos después, el Levítico extiende el precepto a los forasteros (en hebreo gèr): “Al forastero que reside junto a vosotros, le miraréis como a uno de vuestro pueblo y le amarás como a tí mismo; pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto” (**Lv 19,34**)².

En el mismo sentido, y luego de haber recordado la distinción entre los términos prójimo y hermano, contiguos y a veces confusos en el Antiguo Testamento, X. Léon-Dufour anota:

“En los códigos antiguos no se hacía cuestión sobre “hermanos” sino sobre “otros” (p.e. **Ex 20, 16s**): No obstante esta apertura virtual sobre el universalismo, el horizonte de la ley no fue más allá del pueblo de Israel”³.

Dicha oscilación irá adelante no obstante que posteriormente la acrecentada conciencia de la elección divina hizo que, en el Deuteronomio

y en el código de santidad, los “otros” y “hermano” sean confusos (**Lv, 19, 16**), reduciendo todo a los israelitas (**Lv 17,3**). Por lo menos en esta óptica el forastero residente en medio de los israelitas es asimilado a ellos y se convierte, por tanto, en objeto del amor al prójimo. (**Lv 17,8.10.13; 19,34**).

Sólo después del exilio se hace presente una doble perspectiva: por un lado hay un estrechamiento que reserva el amor al prójimo sólo al israelita o al prosélito circunciso, mientras por el otro, con la traducción de la Biblia en griego denominada de los Setenta, se hace la distinción entre “los otros” y “hermano”, y se indica que el prójimo por amar son los demás⁴. No obstante estas indicaciones, la pregunta del doctor de la ley deja intuir que el debate seguía siempre abierto (**Cfr. Benedicto XVI Jesús de Nazaret, primera parte, pág. 236**).

1/2

La parábola: los protagonistas y sus diferentes comportamientos.

1/2/1

EL HOMBRE GOLPEADO.

El hombre que cae en manos de los salteadores no tiene una identidad precisa. ¿Es el símbolo de la humanidad que sufre, como sugiere Michel Gourgues? ¿Puede ser! Lo que es claro en la narración es que el hombre golpeado y despojado no tiene nombre, ninguna característica específica: es un hombre y basta. Michel Gourgues hace resaltar que a menudo S. Lucas inicia sus parábolas con la misma fórmula: un hombre dio una cena (**14,16**), un hombre tenía dos hijos (**15,11**), un hombre rico (**16,1.19**), un hombre de noble estirpe (**19,12**)...⁵.

Si en la presente parábola las circunstancias de lugar son parecidas, sin embargo la identidad del desventurado tiene una importancia relativa e incluso nula. Es un hombre que tiene necesidad. Para Vanhoye, es precisamente esta falta de

importancia específica que hace muy significativo el anonimato de aquel hombre tout court. Este autorizado estudioso de la Biblia recuerda que la palabra griega anthropos, empleada por el Evangelista Lucas, no permite ni siquiera determinar el sexo de la persona de la cual se habla⁶. Esto deja entender que en la narración del Buen Samaritano, el acento se coloca en la única dimensión esencial: el ser persona en la necesidad vital.

1/2/2

EL SACERDOTE Y EL LEVITA.

Estos dos hombres del culto son aunados por una misma reacción frente al hombre abandonado medio muerto al borde del camino: ven y dan un rodeo. La narración no proporciona ninguna justificación sobre el por qué de su comportamiento.

Algunos comentaristas, invocando las prescripciones que regulaban su conducta (Nm 19,11-13 y Lv 21,1-4.11), se han arriesgado a leer allí razones culturales no obstante que otros pongan en tela de juicio dicha interpretación. M. Gourgues objeta que cuando S. Lucas toma de punta “la estrecha y rigurosa observancia de la ley, no pone en escena a los sacerdotes, sino también a los escribas y a los fariseos”.

Pero, sobre todo y de manera decisiva, la narración no se interesa de las razones que empujaron a uno y a otro a no socorrer al hombre que yacía en el borde del camino⁷.

¿Por qué entonces recurrir al sacerdote y al levita? M. Gourgues intenta una explicación con referencia los textos rabínicos. Se trataría de un modo, normal en el período posterior al exilio, de expresar verbalmente la constitución socio-religiosa del pueblo hebreo: los sacerdotes, los levitas y el pueblo (o los hijos de Israel),⁸ como se empleaba en Roma la expresión “El Senado y el Pueblo Romano”.

En nuestro caso, en vez de llamar en causa al representante del pueblo, un “laico”, Lucas in-

volucra a un vecino “extranjero”, de quien el israelita podía esperar muy poco, para indicar que ninguno es lejano a los ojos de Dios si no tiene deliberadamente endurecido su corazón y que, por tanto, el amor de Dios es más bien un don y no un privilegio (Cf. GS 34).

1/3

Judíos y Samaritanos: relaciones no plenamente amigables⁹.

Al parecer Lucas tiene una propensión favorable hacia los samaritanos! Se diría que habría olvidado inmediatamente el episodio emblemático de las relaciones poco amistosas que corrían entre judíos y samaritanos y que él mismo presenta algunos pasajes antes de la parábola del Buen Samaritano. Los habitantes de una aldea samaritana negaron la hospitalidad a Jesús sólo porque él se estaba dirigiendo a Jerusalén (Lc 9,52-53).

La cuestión no era nueva (cf Gv 4,7-9) y, por tanto, su rechazo no sorprendió mucho. En efecto, varios pasajes del Antiguo Testamento hacen ver que los judíos despreciaban a los samaritanos (Cf 2R 17,24-41; Si 50,25-26). En cambio, según el testimonio del histórico hebreo Flavio José (Ant. 20,6,1), los samaritanos molestaban a los peregrinos judíos en su camino hacia Jerusalén.

Jesús se muestra, pues, muy generoso para con los samaritanos al proponer a uno de ellos como modelo de aquel que se hace prójimo, es decir, de uno que cumple fielmente la Ley de Dios. De este modo, Él hace entender que el amor de Dios es un don gratuito hecho a todos sin excepción ni condición, salvo la total y acogedora disponibilidad del corazón¹⁰.

1/3/1

EL SAMARITANO COMPASIVO.

La narración del Samaritano que se dejó mover por la compasión está construida en una antítesis

6. Albert VANHOYE, Loc. cit. p. 200.

7. Michel GOURGUES, op. cit., p. 15.

8. Ibid., Op. cit. p. 16-18.

9. Arland J. HULTREN, Le parabole di Gesù, Paidea, Brescia 2004, p. 104-113; Joachim JEREMIAS, Op. cit., p. 249.

10. “Al igual que el sacerdote y el levita, también el Samaritano estaba sujeto a la ley de Moisés (Núm 5,2; 19,11-13) referente al contacto con un cadáver y habría podido pasar también de frente”, Arland J. HUTGREN, op. cit., p. 109.110.

No cuenta tanto la identidad de las personas como su actitud frente a una situación de necesidad extrema

fundamental, espejo del amor sincero y honesto: la antítesis nada/todo. El sacerdote y el levita pasan, ven y prosiguen su viaje sin demasiados interrogantes ni demasiados escrúpulos. También el samaritano pasa por allí, observa y reacciona de manera diferente de los que le habían precedido: lleno de compasión, se acerca y se preocupa por el desconocido desdichado.

Los primeros dos ven y no hacen nada mientras que el samaritano se detiene y se ocupa de este hombre en extrema necesidad: hace todo lo posible para salvarle la vida. Algún estudioso ha visto en los verbos que delinear al protagonista principal de la parábola el simbolismo de la perfección (el número 7): el buen Samaritano ve (1), se compadece (2), se acerca (3), se ocupa del herido (4), lo lleva al mesón (5), paga por él (6) y lo recomienda al posadero (7), antes de proseguir al día siguiente¹¹.

Simbolismo o no, la parábola alcanza su ápice precisamente en los pasos que describen su preocupación al servicio del hombre encontrado medio muerto al borde del camino, y de este modo lo pone en abierto contraste con el nada del sacerdote y del levita que pasan de frente.

Lo que aquí cuenta no es mucho la identidad de las personas, que sin duda puede dar un cierto tinte, sino su actitud frente a una situación de necesidad extrema, que requería precisamente el ejercicio y la práctica inmediata del amor al prójimo.

1/3/2

¿QUIÉN HA SIDO EL PRÓJIMO?

En el Evangelio de Lucas, al contrario de lo que encontramos en los Evangelios de Marcos y Mateo, Jesús no responde Él mismo a la pregunta que le plantea el doctor de la ley. Elegadamente lo envía al remitente con quien se encuentra de acuerdo antes de pedirle que cumpla lo dicho por la Escritura que ha recordado. A este punto, según el Evangelista el interlocutor de Jesús siente la necesidad de justificarse y hace una nueva pregunta, casi con la intención de precisar el sentido de la primera:

“¿Y quién es mi prójimo?” (Lc 10,29).

Al dar su respuesta, Jesús cambia las perspectivas de la pregunta inicial. Parece indicar que no se trata de un ejercicio intelectual como definir primero quien es el prójimo para luego excluir a quien no entra en los criterios establecidos precedentemente. El prójimo es una persona concreta, de carne y huesos y, por tanto, viene antes de toda definición conceptual. Así, desde una perspectiva definitoria, pasiva y estática, Jesús sugiere una perspectiva más dinámica, más abierta, más concreta y activa: ¡“hacerse prójimo”! Al concluir la parábola, Jesús hace a su vez una pregunta que corrige la precedente:

“¿Quién de estos tres te parece haya sido prójimo del que cayó en manos de los salteadores?”

Ante la satisfactoria respuesta de su interlocutor, recomienda:

“Vete, y haz tu lo mismo” (Lc 10,37).

Como si quisiera decir: no basta saber quién es mi prójimo para tratarlo como tal. Es preciso dejarse impregnar por la compasión como lo hace Dios mismo y actuar de manera consecuente.

1/4

El Buen Samaritano, encarnación concreta de la compasión y de la misericordia de Dios¹².

El P. Vanhoye subraya en su intervención arriba mencionada que el Buen Samaritano, diferen-

LH n.305

temente de lo que ocurre en otras parábolas, es el modelo que Jesús propone para ser imitado:

“Este modelo es el Buen Samaritano que se ha dejado conmovir al ver a aquel hombre medio muerto y que ha manifestado su compasión con una acción generosa”¹³.

Además, él observa que Lucas emplea la misma expresión griega (poiein eleos) para el actuar de Dios mismo (Lc 1,72):

“Conmoviéndose (Lc 10,33) y practicando la misericordia (Lc 10,37), el Samaritano se está asemejando a Dios mismo”¹⁴.

Nos encontramos aquí ante las fuentes de la vida moral y espiritual cristiana: es necesario dejar que Dios haga crecer en nosotros su imagen y semejanza con las cuales hemos sido creados y dejarse transformar por su misericordia. A este punto es inevitable considerar, aunque sea velozmente, la misericordia de Dios tal como ha sido percibida y experimentada en la Sagrada Escritura.

1/4/1

ANTIGUO TESTAMENTO:
 YAHVÉH, EL DIOS DE LAS MISERICORDIAS.

En la literatura hebrea, el término que corresponde en italiano a la palabra “**misericordia**” es mucho más rico de sus traducciones en las lenguas modernas. Se encuentra en la confluencia de dos corrientes de pensamiento que por un lado se orientan a la compasión y, por el otro, a la fidelidad. Las diferentes traducciones oscilan entre la misericordia y el amor, pasando por la ternura, la piedad, la compasión, la clemencia, la bondad e incluso la gracia, aunque ésta tenga una acepción más amplia. En la tradición bíblica veterotestamentaria, Dios se revela como

el Dios de las misericordias que escucha la corriente incesante de gritos, súplicas, solicitudes de ayuda que suben del alma y de los labios del desdichado (Sal 4,2; 6,3; 9,14; 25,16). Por esto en los cantos de agradecimiento se proclaman la grandeza y la eternidad del amor misericordioso de Dios (Sal 107,1.23).

La misericordia de Dios se manifiesta de modo sorprendente y en su nivel más elevado en el perdón al pecador, ya sea que se trate de una persona o de un pueblo. Precisamente, Dios revela en el perdón su ser misericordioso afirmando su total libertad de ser misericordioso con quien quiere y proclama su triunfo sobre el pecado sin ofender su santidad.

Por tanto, la misericordia de Dios no puede ser interpretada ni como estimulación al pecado y menos aún como signo de debilidad. Ella tiende a hacer retornar al pecador sobre sus propios pasos, es decir, a la conversión y a la salvación. Ya sea la reflexión profética (Os 11,9; Jonás 4,2) como aquella sapiencial reaccionarán contra la mezquindad humana y la obtusidad de los que querían reservar dicho beneficio solo al pueblo de la Alianza y afirmarán con fuerza la universalidad de la misericordia de Dios:

“...La piedad del hombre es para el prójimo, pero la piedad del Señor es para toda carne” (Ecle 18,12).

Una tradición bíblica muy afirmada defiende esta conquista sin reserva:

“Clemente y compasivo Yahvéh, tardo a la cólera y lleno de amor; no se querella eternamente ni para siempre guarda su rencor; no nos trata según nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras culpas... Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es Yahvéh

13. Albert VANHOYE,
 “Il Buon Samaritano”,
 loc. cit., p. 202.

14. IBID.

para quienes le temen; que él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo” (Sal 103, 8-10.13-14). “Dichosos todos los que en Él esperan, porque El se apiadará de ellos” (Is 30,18), porque “eterna es su misericordia” (Sal 136), “porque con Yahvéh está el amor” (Sal 130,7).

El Dios de las misericordias quiere la misericordia (Os 4,2; 6,6) y la exige de parte del hombre que se muestra ya realmente incapaz de vivirla con naturaleza. Yahvéh educa a su pueblo a la misericordia, condena a los que la sofocan y rechazan practicarla (Am 1,11); exige la observancia del mandamiento del amor fraterno (Ex 22,26), a la larga preferible a los holocaustos y a los sacrificios (Os 4,2; 6,6), así como a la práctica de la justicia destinada a florecer en el tierno amor (Mi 6,8). Del mismo modo, el ayuno se debe plegar a las exigencias de la misericordia para con la viuda, el huérfano y el extranjero (Is 58,6-11; Jb 31, 16-23).

En fin de cuentas, si el horizonte de la ternura y de la compasión en Israel todavía está limitado a la raza o a la fe, el plan de Dios es aquel de ampliarlo a toda la humanidad: de allí la prohibición de venganza o de conservar el rencor en el propio corazón. En este sentido, la literatura sapiencial constituye casi un esbozo del mensaje de Jesús (Ecle 27,30-28,7).

1/4/2

NUEVO TESTAMENTO:
 JESÚS, ROSTRO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

En el Nuevo Testamento, el rostro de la misericordia de Dios es una persona, es Jesús de Nazaret, “**sumo sacerdote misericordioso**” (Hb 2,17). Para cumplir el designio definitivo de salvar a todos, El eligió ser semejante a los hombres excepto en el pecado; ha experimentado su miseria y los ha sanado primero con su obra y con su pasión y muerte, y luego con su resurrección. Mejor que todos los demás, el Evangelista Lucas ha sabido poner de relieve esta dimensión del

ministerio del Señor: Jesús ama a los que son los pobres (Lc 4,18; 7,22); los pecadores encuentran en El a un amigo (Lc 7,34), libre de cualquier temor de estar con ellos o de compartir con ellos sus gozos y sus angustias (Lc 5,27.30; 15,11; 17,7). La compasión de Jesús llega a las multitudes (Mt 9,36; 14,14; 15,32) o asume un rostro más personal como en los casos de la viuda que había perdido a su único hijo (Lc 7,13) o del padre que llora (Lc 8,42; 9,38.42). Hay que recordar, en fin, la actitud acogedora de Jesús para con las categorías sociales poco consideradas como las mujeres, los niños y los extranjeros. Con Jesús, la salvación de Dios llega a todos los hombres de manera completa:

“Cada hombre verá la salvación de Dios” (Lc 3,6).

La compasión de Jesús revela a la humanidad el “**corazón de Dios Padre**”. En efecto, a través de sus actos misericordiosos Jesús bosqueja las características del rostro de la misericordia de Dios. A los pecadores a quienes la mezquindad típica humana de los fariseos excluía de la salvación, Jesús proclama el Evangelio de la misericordia infinita de Dios hacia el que se convierte y retorna sobre la recta vía. En especial, Él aporta a todos una aclaración doctrinal y espiritual muy importante: los que alegran más el corazón no son los que se consideran justos sino todos los que se arrepienten y retornan a la casa del Padre (Lc 15,7.10.20).

El Dios que Jesús revela en el Nuevo Testamento es el “**Dios de las misericordias**” (2Co 1,3; St 5,11). Testigo de ello es san Pablo que lo experimentó en primera persona (1Co 7,25; 2Co 4,1; 1Tim 1,13); pero, la sobreabundancia de la misericordia de Dios ha sido prometida gratuitamente a todos los creyentes (Mt 5,7; 1Tim 1,2; Tt 1,4; 2Jn 3).

Pablo exhorta con fuerza y claridad en sus escritos a la toma de conciencia de la sobreabun-

LH n.305

dancia y amplitud de la misericordia de Dios: ni siquiera el pueblo elegido puede conquistarse la salvación por sus propios méritos. Por lo que también los judíos son pecadores y, por tanto, también ellos tienen necesidad de la misericordia de Dios mediante la fe, gracias a la cual las “naciones” se insertan en el designio salvífico de Dios (Rm 11,32).

La sobreabundancia de la misericordia de Dios que se manifiesta en su obra creadora y redentora exige como respuesta del hombre una vida fundada en la misericordia:

“Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre” (Lc 6,36).

Esta es en san Lucas la perfección como condición esencial que Jesús pide a sus discípulos para entrar en el reino de Dios (Mt 5,7). Concreta y esencialmente, esto significa que el discípulo de Cristo será juzgado por su sensibilidad y cuidado del misterio encontrado en su camino (Lc 10,30-37), por la manifestación de la piedad hacia quien lo habrá ofendido (Mt 6,12; 18,21-35), por la misericordia ejercida incluso inconscientemente ante Jesús a través de nuestros hermanos y hermanas en estado de necesidad (Mt 25,31-46).

En palabras pobres, podemos decir que, diversamente de aquel pagano, el horizonte del actuar cristiano debe ser fundamental y marcadamente el del amor y de la simpatía (Fil 2,1), de la compasión (Ef 4,32; 1Pt 3,8), de la ayuda al hermano en estado de necesidad, ya que el amor de Dios no permanece sino en los que ejercen la misericordia (1Jn 3,17).

1/4/3

DIOS FRENTE AL SUFRIMIENTO HUMANO¹⁵.

La narración del Buen Samaritano no trata prevalemente del sufrimiento, sino más bien de la discutida cuestión de saber quién es el pró-

jimo. ¿Cómo es que dicha narración es adscrita al “Evangelio del sufrimiento”? (Salvifici Dolores, n. 30). La parábola de Jesús presenta el caso límite de un hombre en un estado de extrema necesidad. Tranquilamente, el Señor hubiera podido iluminar a su interlocutor con un caso diferente.

Sin embargo, el auxilio brindado al hombre herido, despojado y abandonado en ese lugar poco acogedor y desastroso, tenía que hacer recordar a los oyentes no sólo una realidad que ellos conocían, sino y sobre todo, las intervenciones de Yahvéh a favor de su pueblo sufriente a lo largo de la historia (Ex 16-17).

Y esto muestra que el sufrimiento humano ha sido por excelencia un lugar de la revelación de la misericordia de Dios. De esta verdad la Sagrada Escritura es testigo inconfundible. La enseñanza de la Biblia no es uniforme: de hecho, existe una multiplicidad de concepciones con una evolución histórica propia. La idea del sufrimiento en la Biblia de ningún modo es estática¹⁶.

En el Antiguo Testamento, el sufrimiento es tomado seriamente, como expresión de la fragilidad humana que se enfrenta a enfermedades, calamidades naturales, lutos debido a guerras y a conflictos devastadores.

La reacción espontánea e inmediata siempre ha sido levantar los ojos al Cielo para gritar al Señor y pedir su ayuda. De todos modos, para el Antiguo Testamento el sufrimiento es un mal que no debería existir.

Y si existe, bajo sus diferentes aspectos (físico, psicológico y espiritual), sigue siendo un profundo misterio que no se puede explicar recurriendo simplemente a la lucha entre los dioses o al capricho, como acontecía en el antiguo Oriente. En la perspectiva de la alianza de Yahvéh con el pueblo de Israel, cierta lectura une la enfermedad y el sufrimiento a la conducta infiel del hombre para con Dios, es decir, al pecado.

15. Marie-Léon RAMLOT-Jacques GUILLET, “Sofferenza”, en Xavier-Léon DUFOUR, (cura), Dizionario di teologia biblica, op. cit., col. 1208-1210.

16. Gianfranco RAVASI, Fino a quando Signore? Un itinerario nel mistero della sofferenza e del dolore, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2002, pp. 35-63.

El sufrimiento humano ha sido por excelencia un lugar de la revelación de la misericordia de Dios

En esta óptica, su papel sería afinar en el hombre la conciencia del pecado (Sal 38,2-6). Al afrontar la dificultad objetiva de saber si toda enfermedad, todo sufrimiento que afecta es o no castigo divino, el Antiguo Testamento propone dos soluciones: en algunos casos se trata de una prueba para los justos y sus fieles para poner de relieve la firmeza de su fidelidad (Job y Tobías), mientras en otros casos se trata de expiar por los pecados de otros (el siervo de Dios: Is 53,4 s).

Los profetas y los sabios de Israel, agobiados por los innumerables y variados sufrimientos, pero al mismo tiempo sostenidos por su fe firme en Dios, entraron poco a poco en el gran misterio del sentido del sufrimiento (Sal 73,17), e hicieron experiencia en torno al descubrimiento sufrido y progresivo del valor purificador del sufrimiento (Jer 9,6; Sal 65,10), de su valor educativo en el modelo de la corrección paterna (Dt 8,5; Prov 3,11). En fin, llegaron a ver en la rapidez del castigo un efecto de la benevolencia divina (2 Mac 6,12,17; 7,31-38). La figura de Job y, en particular modo, la del siervo de Yahvéh, son bien conocidas por la historia aterradora de sus sufrimientos injustos que, en clave redentora, prefiguraban la pasión de Jesús en la cruz.

En el Nuevo Testamento, Jesús es presentado no sólo como hombre de dolores, sino sobre como hombre sensible a todo dolor humano y que se conmueve profundamente (Mt 9,36; 14, 14; 15,32; Jn 11,21.32).

Se muestra vencedor del sufrimiento cuando cura a los enfermos y resucita a los muertos (Mt 11,4; Lc 4,18). No obstante esto, ni el sufrimiento, ni la muerte física han sido suprimidos por Jesús. Sin embargo, se muestra capaz de cambiarlos en gozo; no elimina el sufrimiento pero lo consuela (Mt 5,5).

El sufrimiento se puede convertir en una bienaventuranza porque prepara a acoger el Reino y permite revelar las obras de Dios (Jn 11,4). Además, se sabe que al Hijo de Dios no se le ahorró sufrimientos de todo tipo, desde la más simple

incomprensión familiar (Mt 12,46-50 y //) a la muerte en la cruz, pasando por la angustia del Getsemaní donde experimentó el abandono de Dios (Mc 15,36). La pasión redentora revela al final la gloria del Hijo de Dios.

“A Jesús Nazareno... después que... os fue entregado, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos. A Éste Dios lo resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio” (Hch 2,22.23).

Para los discípulos de Jesús, la resurrección del Señor habría tenido que acelerar el juicio final. Se hubiera podido esperar que después de tan grandioso acontecimiento, no hubiera habido ya sufrimiento ni muerte.

El riesgo en ese caso es permanecer turbados por la persistencia de las realidades trágicas de la existencia (1Ts 4,13). Sin embargo, es preciso recordar que la resurrección no elimina las enseñanzas del Evangelio sino, por el contrario, los confirma (Mt 5,17-18). El mensaje de las bienaventuranzas y la exigencia de la cruz cotidiana (Lc 9,23) asumen todo su significado a la luz del destino del Señor.

Como consecuencia, los discípulos deben estar preparados para soportar las tribulaciones para imitación y gloria del maestro.

San Pablo, que experimentó en su carne varias tribulaciones, escribe que los sufrimientos del cristiano son los mismos sufrimientos de Cristo (2 Co 1,15) ya que, sea que vivamos o sea que moramos, todo lo hacemos por Cristo que nos ha amado y ha dado su vida por nosotros (Rm 8,36).

Cristo se ha hecho solidario con los que sufren y ha dejado a los suyos la misma ley (1Co 12,26; Rm 15; 2Co 1,7). La participación en los

sufrimientos de Cristo es garantía de aquella más exaltadora a participar también a su gloria (**2Tm 2,11-13**).

Por tanto, frente a la enfermedad y a toda forma de sufrimiento, la Biblia exhorta a los creyentes a la oración para pedir a Dios la gracia de la curación. El es dueño de la vida (**Eccle 38,9**); El es el médico por excelencia (**Ex 15,26**).

De este modo, la enfermedad, el sufrimiento, el dolor y la muerte se insertan en el orden de la salvación. Como consecuencia, el servicio a los enfermos, la visita a quien sufre para llevar su consolación, todo esto es caridad cristiana porque es servicio a Cristo sufriente en ellos y con ellos (**Mt 25, 36**). De dicha presencia consoladora tiene, quizás necesidad también nuestro mundo tecnologizado. Por tanto, el mal y el sufrimiento no pueden interpretarse como olvido, indiferencia ni, menos aún, como abandono del creado de parte de Dios.

2/

La parábola del Buen Samaritano: diversidad de lecturas, la misma perspectiva del amor concreto hacia el prójimo.

La enseñanza de Jesús que nos ha entregado en la parábola del Buen Samaritano está lejos de ser esporádica, ocasional y, menos aún, fechada.

El auxilio a los necesitados y el cuidado a los enfermos siempre han formado parte integrante de la misión que Jesús ha confiado a la Iglesia (**Mt 10,8; Mc 16,18; Lc 10,9**).

Pero todo esto habría quedado sin mucho peso si no hubiese habido el mandamiento y el ejemplo paradigmático del Señor: es su estilo de vida, su ethos, si queremos, que ha marcado en primer lugar la vida de los Apóstoles y luego el de las primeras comunidades cristianas hasta impulsarlas a ver en Cristo mismo al verdadero Buen Samaritano.

Aunque hay una diversidad de lecturas de la parábola, aún en la misma perspectiva de amor al prójimo, ¿aparecería muy desentonado preguntarse si es verdad que Cristo es el Buen Samaritano? ¿En qué sentido Cristo es el verdadero Samaritano?

2/1

“El buen Samaritano es Cristo”¹⁷.

“La interpretación de la Biblia comienza en la misma Biblia...”, sentencia **Prosper Grech**¹⁸. Se trata del elemento más característico de la enseñanza de Jesús¹⁹; las parábolas han monopolizado una atención considerable en el estudio de los Evangelios desde el inicio de la misión de la Iglesia, aunque con diferentes resultados según el tipo de interpretación adoptado.

En lo que se refiere a la parábola del buen Samaritano, cierta interpretación alegórica y cristológica ha leído toda la historia de la humanidad y de la Iglesia, haciendo corresponder al hombre caído en manos de malhechores a **Adán** o la humanidad, al sacerdote y al levita, a los varios estadios de la historia veterotestamentaria y el Samaritano a Jesús.

El aceite y el vino son los sacramentos, la posada es la Iglesia²⁰,...

Así, se ha creado y se ha transmitido una tradición interpretativa que lee en la figura del Buen Samaritano a Cristo en persona o a Dios mismo. Ante la falta de un excursus histórico-teológico sobre el tema, me limitaré luego a algunos ejemplos de autores que han efectuado

17. JUAN PABLO II, La Cuaresma es tiempo de verdad. Mensaje de Cuaresma 1981, Ciudad del Vaticano, 1981.

18. Prosper GRECH, *Ermeneutica*, Ed. Pontificio Instituto Biblico, Roma 1991, p. 1.

19. Cf. Charles Harold DODD, *Le Parabole del Regno*, Paidea, Brescia 19762, p. 15.

20. S. AGUSTÍN, *Quaestiones evangeliorum*, 11,19, citado en Alfons KEMMER, *Le parabole di Gesù*. Come leggerle, come comprenderle, Paidea, Brescia 1990, p.64-65. El autor observa que la intención de la parábola es totalmente otro: mostrar cuales sean la actitud justa y aquella equivocada para con el prójimo; Charles Harold DODD, *Le Parabole del Regno*. p.15-16; François BOVON, *L'Évangile selon Luc 9,51-1435*, Labor et Fides, 1996, p. 80-96.

el acercamiento recordado antes. Escribe **san Clemente de Alejandría** en su **Quis dives**:

“Y ¿quién es aquel Samaritano sino el mismo Salvador? O ¿quién hace mayor misericordia a nosotros medio muertos por las potencias de las tinieblas con heridas, temores y deseos, furoros, tristezas, fraudes, placeres? De estas heridas sólo Jesús es médico: Él descuaja los vicios desde sus raíces”²¹.

En el mismo sentido y con no menor fuerza declara **Severo de Antioquía** en sus **Homilías**:

“Finalmente pasa un Samaritano. Cristo, se da a sí mismo el nombre de Samaritano. Dirigiéndose a quien conoce la Ley, a quien sabe hablar perfectamente de la Ley, Él quiere demostrar de este modo que ni el sacerdote, ni el levita, ni en general ninguno de los que presumiblemente siguen las prescripciones de la Ley de Moisés, sino es Él mismo que ha venido, dando cumplimiento al designio de la Ley y haciendo ver, por sus obras quien es prójimo y lo que significa “amar al prójimo como a sí mismo”²²...

François Bovon pone de relieve que la exegesis alegórica más antigua de la parábola del buen Samaritano que se puede alcanzar es aquella gnóstica, aunque la patrística desarrolló muy poco este género de hermenéutica²³. De modo que las parábolas

“durante siglos [...] han sido enseñadas y explicadas por la Iglesia como si se tratase de alegorías en las que cada término era el criptograma de una idea y

el todo pudiese ser interpretado sólo por quienes poseyesen la llave del código”²⁴.

Este tipo de entendimiento de la **Sagrada Escritura** es el fundamento de una radicada tradición teológica y pastoral que atraviesa los siglos hasta nuestros días con diferentes modulaciones pero siempre con sorprendente continuidad no obstante el imperar del método histórico-crítico en los últimos dos siglos. **Conde** escribe:

“Cristo es la encarnación pura del Buen Samaritano en esta actitud inicial de colocarse al lado de los que sufren. Los evangelios muestran con claridad que Jesús no podía ser testigo de un sufrimiento sin permanecer emocionado profundamente”²⁵.

Junto a estos textos que afirman sin tanta vuelta de palabras que el verdadero Samaritano es Cristo mismo, hay otros que indican en el Buen Samaritano al seguidor fiel de Cristo, que haya aprendido bien la lección del maestro acerca del amor del prójimo y la haya hecho propia (**Cfr. Benedicto XVI. Jesús de Nazaret, primera parte, págs. 241-242**).

2/2

Buen Samaritano es cualquiera que se dedica al servicio de los más pobres.

Los ejemplos que hemos dado hacen ver que, desde los albores de la Iglesia, la narración de Lucas, incluida en el corpus de las enseñanzas del Señor en torno al amor a Dios y al prójimo, ha hecho mella con fuerza en la reflexión y en el actuar eclesiales.

Por tanto, los primeros cristianos buscaron traducir también concretamente el amor del pró-

LH n.305

jimo en su vida mediante el servicio a los más necesitados (**Hch 6, 1-7**).

En los primeros cinco siglos, partiendo de la nada, las comunidades cristianas habían organizado progresivamente un servicio estable para acoger y asistir a los pobres y a los enfermos, en el nombre de Jesús y siguiendo su ejemplo.

Era una exigencia totalmente sentida que el amor concreto hacia los pobres era requerido para la elección al episcopado así como para el bautismo, tal como se atestigua en las Constituciones Apostólicas. Para la elección del obispo:

“Que ame al pobre”;

y la Didascalía advertía:

“Recuérdate de los pobres, extiéndeles la mano y nútrelos”.

Mientras que a los que estaban por bautizarse se les hacía las siguientes preguntas:

“¿Habéis honrado a la viudas? ¿Habéis visitado a los enfermos? ¿Habéis realizado todo tipo de obras buenas?”²⁶.

Las actividades y las iniciativas que tienden a “encarnar” el amor de Dios en la Historia se habían diversificado e institucionalizado especializándose para un mejor servicio y ayuda a los más necesitados.

Baste pensar en las Órdenes y Congregaciones religiosas dedicadas a los cuidados de los enfermos en los hospitales, en los hospicios u otras

estructuras sanitarias, en las congregaciones religiosas cuyo carisma es la educación de los niños y de los jóvenes más pobres, etc.

Más cercano a nosotros, **Juan Pablo II**, en el curso de su largo pontificado, amplió el modelo del Buen Samaritano a todas las actividades humanas que tengan cierta importancia social.

Él aplica indistintamente dicho modelo del Buen Samaritano a los peluqueros²⁷ como a los religiosos y a las religiosas comprometidos en el servicio a los enfermos más graves²⁸, a los pastores de la Iglesia²⁹ como a los alumnos de las escuelas de los bomberos³⁰ o también a los huéspedes del Cottolengo.

El modelo del Buen Samaritano es para Juan Pablo II un modelo universal:

“¿El Buen Samaritano es la Iglesia!
 ¿El Buen Samaritano es cada uno de nosotros!
 ¿Por vocación! ¿Por deber!
 ¿El Buen Samaritano vive la caridad?”³¹.

De todos modos, es preciso reconocer que la más profunda e iluminadora síntesis de la enseñanza del Papa Juan Pablo II sobre este tema sigue siendo indudablemente la que expone en su **Carta Apostólica Salvifici doloris** sobre el significado cristiano del sufrimiento humano (**11 feb. 1984**), donde el séptimo y último capítulo están dedicados precisamente a la figura del buen Samaritano (**nn. 28-30**).

En este documento, el Buen Samaritano ya no es Cristo sino el hombre tocado por la gracia de la redención, que se ha convertido en testigo fiel del Evangelio e imitador de Cristo, icono vivo de la misericordia de Dios.

Luego de haber tratado el gran problema del sufrimiento humano colocándolo en un marco general más amplio, es decir, la experiencia del misterio del mal con los innumerables in-

26. Jesús Álvarez GÓMEZ, “La asistencia a los enfermos en la historia de la Iglesia”, *Dolentium Hominum*, 31 (1996/1), p.45.

27. JUAN PABLO II, “Saludo a los peluqueros italianos”, 16 junio 1980, en *Insegnamenti* 1980, vol. III/1, p. 1768-1769.

28. JUAN PABLO II, “A las religiones de la Diócesis de Roma”, 10 noviembre 1978, en *Insegnamenti* 1978, vol. I, p. 126-131.

29. JUAN PABLO II, “El espíritu del Buen Samaritano en la obra de Juan Pablo I”, *Angelus* 22 agosto 1980, en *Insegnamenti* 1980, vol. III/2, p. 431.

30. JUAN PABLO II, “A los alumnos de las Escuelas Centrales Antincendio”, 15 marzo 1980, en *Insegnamenti* 1980, vol. III/1, p. 554-555.

31. JUAN PABLO II, “La Cuaresma es un tiempo de verdad. Mensaje de cuaresma 1981”, en *Insegnamenti* 1981, Vol. IV/1, p. 595-597.

El modelo del Buen Samaritano es para Juan Pablo II un modelo universal

terrogantes que plantea, el Santo Padre expone la respuesta de Cristo que es la superación del sufrimiento a través del amor confiriéndole sentido y finalidad: difundir el amor en el hombre (**n. 29 y 30**).

Fuerte de estas reflexiones, el Santo Padre expone las características del Buen Samaritano con los siguientes términos:

“Buen Samaritano es todo hombre, que pasa junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que ése sea; es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno; el hombre que “se conmueve” ante la desgracia del prójimo; en definitiva, es aquel que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea” (**n. 28**).

Haciendo la suma, Juan Pablo II podía indicar de inmediato la conducta coherente con dicha enseñanza: Buen Samaritano es el hombre capaz de donar a sí mismo, capaz de estar cotidianamente en la arena del sufrimiento humano.

En el curso de la su historia, la Iglesia siguiendo las huellas y en el nombre de Cristo su Fundador y guía, ha sabido traducir en el mundo de la salud la recomendación final de la narración de Lucas:

“Vete, y haz tú lo mismo”, **llegando oportunamente a crear formas organizadas e institucionales duraderas de su intervención (n. 29). En conclusión, Buen Samaritano es el verdadero imitador de Cristo, el cual “ha enseñado al hombre a hacer el bien con el sufrimiento y a hacer el bien al que sufre” (n.30).**

En palabras pobres, el buen servicio al hombre que sufre, en el nombre de Jesús, es una parti-

cular, elevada y significativa expresión de la misericordia de Dios que nunca deja de escuchar la voz suplicante del hombre atezado por el dolor y por el sufrimiento (**Sal 69,30; 70,6**).

3/

Testigos del amor: Vete y haz tú hoy lo mismo.

La parábola del Buen Samaritano debemos narrarla hoy nosotros mismos con nuestra vida y en los lugares de sufrimiento, en nuestro trabajo, en nuestra misión, particularmente si ella se dirige a la hospitalidad.

Debemos narrarla con el mismo entusiasmo, fantasía, creatividad, fe y caridad como lo ejercieron nuestros fundadores y muchos de nuestros cohermanos y cohermanas, y muchos laicos. Jesús nos ha dejado un testamento: los pobres, los necesitados, los enfermos.

Nosotros somos hoy los responsables de esta herencia. Responsables no sólo de los enfermos y necesitados que vienen a nosotros, a nuestras estructuras; somos responsables de todos: de los drogadictos, de los enfermos de SIDA, de cáncer, de los hombres sin techo, de los hambrientos, de los niños y mujeres explotados, de los enfermos que pasan por los hospitales, de los que están en casa.

Todos ellos esperan paráclitos, respuestas concretas al grito, a la necesidad. Nuestro mundo tiene necesidad de samaritanos: tiene necesidad de nuestro Juan de Dios, de nuestro **Camilo de Lelis, de Vicente de Paúl, de Teresa de Calcuta**, y de muchos nuevos fundadores y fundadoras, valientes, enamorados del hombre; tiene nece-

sidad nuestro mundo de muchos parálitos que respondan al grito, que acojan, protejan, den ánimo (Cfr. **Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, pág. 239-240**). Sí, la historia está sembrada, bajo el ejemplo de Jesús, de buenos samaritanos -ayer-hoy-y los tendrá mañana.

Pero hoy es más urgente tener estos modelos, porque son muchos los salteadores, los sacerdotes y levitas, los acólitos que pasan distraídos, sin alma, sin sensibilidad, pasan cerca, pero pasan con indiferencia.

Nuestros fundadores y fundadoras son una inyección de valentía para todos nosotros. Ánimo para descubrir nuestro nombre en la parábola de Lucas: ¿se llama sacerdote, se llama levita nuestro nombre?

¿Se llama samaritano, buen samaritano porque nos detenemos, porque nos conmovemos, porque curamos las heridas?

El Samaritano no se contenta con ver, es interpelado y acepta la provocación de la improvisación, el propio auxilio, la espontaneidad; sí, tiene escasa habilidad, falta de preparación, pero tiene un gran corazón, espacioso, capaz de acogida, de hacer gestos -al improviso- no repetidos, preparados, fríos.

“**Tuvo compasión**”; se le mueven las entrañas, el corazón lleno que no tiene miedo de amar. Un amor que no se detiene en el hacer, sino que es presencia, mirada, escucha, tono de la voz, modo de curar. “**Vete y haz tú lo mismo**”, es el empuje de la parábola. Nosotros estamos invitados a hacer lo mismo, lo que hizo el buen Samaritano: detenernos, tener tiempo, disponibilidad, compasión, entrega y amor. El amor por los pobres es lo que en la Iglesia habla mejor de Dios. Dios es amor. La caridad es el camino en el que todos pueden encontrarse. El ejemplo del Samaritano vale para todos los hombres y religiones.

En Somalia, el diálogo se hace con las obras, dice el obispo de Mogadiscio. “**El ecumenismo**

de las obras”, dice el **Card. Fiorenzo Angelini** “**Apostar por la caridad**”, fue el grito del Papa Juan Pablo II al final del Año 2000, al entregar el documento “**Nuovo Millennio Ineunte**”, con el que el Papa nos llamaba a una gran esperanza: a contemplar en la cruz el grito del amor, un rostro de resurrección, rostro de vida y por tanto a manifestarla como resucitados en la vida cotidiana, tanto en la familia, en la profesión, y para muchos de nosotros a través de la consagración religiosa al servicio de los enfermos y necesitados.

Los que viven -vivimos- en el ámbito sanitario encontramos más que los demás estas bellas ocasiones para apostar por la caridad (n. 49-50), es decir, para hacer que nuestro amor sea laborioso. Es el pensamiento del Papa Benedicto XVI cuando afirma en “**Deus caritas est**” que la caridad debe ser eficaz, independiente de partidos e ideologías, profesional y que no es un medio para hacer proselitismo (n.º 31).

El icono de Jesús, Buen Samaritano, está siempre presente en la oración de la Iglesia. Así ora en la Eucaristía:

“**Padre misericordioso, tu nos has donado a tu Hijo, Jesucristo. En Él nos has manifestado tu amor para con los pequeños y los pobres, por los enfermos y los excluidos. Él nunca se cerró a las necesidades y a los sufrimientos humanos. Con su vida y con su palabra anunció al mundo que tú eres Padre y te preocupas de todos tus hijos**” (Cfr. **Plegaria Eucarística, V/c**).

El estímulo al bien está siempre presente también en los santos; ellos han buscado el rostro de Dios a través del hombre, y han hecho experiencia. Lo ha dicho el Papa Benedicto XVI en el santuario del Rostro Santo en Manoppello (**1º Setiembre 2006**):

“**Esta es la experiencia de los verdaderos amigos de Dios, los santos, que han reconocido y amado en los hermanos, especialmente los pobres y necesitados, el rostro de aquel Dios por largo tiempo contemplado con amor en la oración. Ellos son para nosotros animadores ejemplos por imitar...**”.

Animación por tanto con su vida y también con expresiones, síntesis de su filosofía, espiritualidad y de su modo de hacer, lleno de caridad. He aquí algunos ejemplos:

- “**Camina a través del hombre y alcanzarás a Dios**” - dice **S. Agustín**
- Aún **S. Agustín** -“**Amando al prójimo purificamos los ojos del corazón para llegar a ver a Dios**” (**En lo. Ev. tra.17,8**).
- “**La Iglesia tiene un corazón quemado por el amor. Sólo el amor mueve a la acción. Mi vocación es el amor.**” - **Santa Teresa del Niño Jesús**;
- **San Juan de Dios** decía: “**Hermanos, haced el bien a vosotros mismos**”;
- **San Vicente de Paúl**: “**Haced el bien; haced aún más: los enfermos son nuestros señores y nuestros dueños**”
- “**Más corazón entre las manos**”, decía **S. Camilo**
- “**Sed caritativos porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque es verdad que Dios está en todo lugar**” - (**S. Juan de Dios**);
- “**Cuánta gloria tendremos en el cielo por cada enfermo que habremos acogido, limpiado, asistido**” - (**S. Benito Menni**);
- “**Hijo mío** -dice el **Libro de Proverbios (3,27)**-

no niegues un favor a quien es debido si en tu mano está el hacerlo.”

- “**He tenido hambre, sed, estaba enfermo y me curasteis...**”, nos lo recordará el Señor en el juicio final (**Mt 25**);
- “**Vete y haz tú lo mismo**” (**Lc10**) es el mensaje de la parábola del Buen Samaritano que hoy se dirige a todos nosotros.

Y para que esto sea una realidad hoy entre nosotros, terminemos con la oración de la Iglesia; dice en la Eucaristía:

“**Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando**” (**Plegaria eucarística V/b**).

Bibliografía elegida

A. Diccionarios

Carrier Heré,
 Dizionario della cultura.
 Per una analisi culturale
 e l'inculturazione,
 LEV, Città del Vaticano, 1997.

CINA' Giuseppe,
 LOCCI Efsio,
 ROCCHETTA Carlo,
 SANDRIN Luciano (a cura di),
 Dizionario di teologia
 pastorale sanitaria,
 Ed. Camilliane, Torino 1997.

Dufour Xavier-Léon, (a cura di),
 Dizionario di teologia biblica,
 Marietti, Genova 1976.

Russo Giovanni (a cura di),
 Enciclopedia di bioetica
 e di sessuologia,
 LDC, Leumann (TO) 2004.

ROSSANO Pietro,
 RAVASI Gianfranco,
 GIRLANDA Antonio (a cura di),
 Nuovo Dizionario di teologia biblica,
 San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1988.

CINA' Giuseppe,
 LOCCI Efsio,
 ROCCHETTA Carlo,
 SANDRIN Luciano (a cura di),
 Dizionario di teologia
 pastorale sanitaria,
 Ed. Camilliane,
 Torino 1997

Dufour Xavier-Léon, (a cura di),
 Dizionario di teologia biblica,
 Marietti, Genova 1976.

Russo Giovanni (a cura di),
 Enciclopedia di bioetica
 e di sessuologia,
 LDC, Leumann (TO) 2004.

ROSSANO Pietro,
 RAVASI Gianfranco,
 GIRLANDA Antonio (a cura di),
 Nuovo Dizionario di teologia biblica,
 San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1988.

B. Documentos del Magisterio

Concilio Vaticano II,
 “Constitución Pastoral sobre la Iglesia
 en el mundo Contemporaneo”,
 en *Enchiridion Vaticanum*
 1962-1965, EDB,
 Bologna 1993, p. 1264 1466.

Juan Pablo II:

- Lettera Enciclica
 Redemptor Hominis
 (4 marzo 1979), en ASS,
 71 (1979), pp. 257-324.
- Lettera Enciclica Evangelium Vitae,
 25 marzo, Ciudad
 del Vaticano 1995.
- Carta Apostólica Salvifici Doloris,
 Ciudad del Vaticano 1984.
- “La Quaresima è un
 tempo di verità”
 (Mensaje de Cuaresma 1981),
 en *Insegnamenti* 1981,
 IV/1, pp. 595-597.
- “Saludo a los Peluqueros de Roma”,
 16 junio 1980,
 en *Insegnamenti* 1980,
 III/1, p. 1768-1769.
- “El espíritu del buen Samaritano
 en la obra de Juan Pablo I”,
 Angelus 22 agosto 1980,
 en *Insegnamenti* 1980,
 III/2, p. 431.
- “A los alumnos de las
 Escuelas Centrales Antincendio”,
 15 marzo 1980,
 en *Insegnamenti* 1980,
 III/1, pp. 554-555.

Pablo VI:

- Evangelii Nuntiandi,
 en ASS, 68 (1975), p. 5-76.
- Catechesi Tradendae,
 en ASS, 71 (1979),
 p. 1277-1340.

Benedicto XVI:

- Jesús de Nazaret (Primera parte).
Esfera de los libros,
 Madrid 2007,
 pág.235-243.
- Deus caritas est,
 San Pablo, 7ª edición 2011.
- Caritas in veritate,
 San Pablo, 2009.
- Pontificio Consejo para
 los Agentes Sanitarios,
 Carta de los agentes sanitarios,
 Ciudad del Vaticano 1995.
- Comisión Teológica Internacional,
 “Fe e inculteración”,
 en *Enchiridion Vaticanum*,
 vol. 11, EDB,
 Bologna 1990,
 p.846-895.

C. Obras

Augustin ,
 Confessions,Seuil, Paris 1982

Angelini Fiorenzo,
 - Quel soffio sulla creta,
 Città del Vaticano, 1990.
 - L'uomo delle beatitudini,
 Città del Vaticano, 1986.

Asurmendi Jesús,
 Job,
 Éd. De l'Atelier / Éd. Ouvrières,
 Paris, 1999.

Bovon François,
 L'Évangile selon Saint Luc
 9,51-14,35,
 Labor et Fides, Genève 1996.

Buzy Denis,
 Les Paraboles,
 Beauchesne & ses Fils, Paris 1932.

Carrier Hervé,
 Évangélisation et développement
 des cultures,
 Ed. Pontificia Università Gregoriana,
 Roma 1990.

Chiavacci Enrico,
 La Costituzione pastorale
 sulla Chiesa nel mondo
 contemporaneo,
 Gaudium et Spes,
 Ed. Studium, Roma 1967.

Clemente Alejandrino,
 Il ricco e la salvezza
 (Quis dives salvetur?),
 San Paolo,
 Cinisello Balsamo (MI), 2003.

Coste René,
 Les dimensions sociales de la foi,
 Cerf, Paris, 2000.

Dodd Charles Harold,
 Le Parabole del Regno,
 Paidea, Brescia 1976.

Dupont Jacques,
 Le message des béatitudes,
 Cahiers Évangile, 24,
 Éd. du Cerf, Paris, 1978.

► **Faggioni Maurizio Pietro**,
 La vita nelle nostre mani.
 Manuale di bioetica teologica,
 Ed. Camilliane, Torino 2004.

► **Filippi Nella**,
 Le voci del popolo
 di Dio,
 Edacalf, Roma 2004.

► **Fukuyama Francio**,
 L'uomo oltre l'uomo.
 Le conseguenze della
 rivoluzione biotecnologica,
 Mondatori, Milano, 2002.

► **Grech Prosper**,
 Ermeneutica,
 Ed. Pontificio Istituto Biblico,
 Roma 1991.

► **Grelot Pierre**,
 Espérance, librté,
 engagement chrétien,
 Médiaspaul / Éd. Paulines,
 Paris-Montréal 1982.

► **Guardini Romano**,
 La fine dell'epoca moderna,
 Morcelliana, Brescia 2004¹⁰.

► **Guardini Romano**,
 Lettere dal lago di Como.
 L'uomo e la tecnica,
 Morcelliana, Brescia, 2001³.

► **Gourgues Michel**,
 Le Parabole di Luca.
 Dalla sorgente alla foce,
 LDC, Leumann (TO), s.d.

► **Habermans Jürgen**,
 Il futuro della natura umana.
 I rischi d'una genetica liberale,
 Einaudi, Torino 2002.

► **Jeremias Joachim**,
 Le Parabole di Gesù,
 Paidea, Brescia 1973.

► **Jonas Hans**,
 Il principio responsabilità.
 Un'etica per la civiltà tecnologica,
 Einaudi, Torino 2002.

► **Tecnica, medicina ed etica.**
 Prassi del principio responsabilità,
 Einaudi, Torino 1997.

► **Hultgren Arland J.**,
 Le parabole di Gesù,
 Paidea, Brescia 2004.

► **Kasper Walter**,
 Il Dio di Gesù Cristo,
 Queriniana, Brescia 2003⁷.

► **Kemmer Alfons**,
 Le Parabole di Gesù.
 Come leggerle, come comprenderle,
 Paidea, Brescia 1990.

► **Laporte Jean**,
 I Padri della Chiesa,
 San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2003.

► **Lucas Lucas Ramón**,
 Commento interdisciplinare
 alla “Evangelium Vitae”,
 LEV, Città del Vaticano 1997.

► **Maritain Jacques**,
 Christianisme et démocratie,
 Desclée de Brouwer,
 Paris 1989.

► **Ravasi Gianfranco**,
 Fino a quando Signore?
 Un itinerario nel mistero
 del dolore e della sofferenza,
 San Paolo, Cinisello
 Balsamo (MI) 2002.

► **Sanna Ignazio**,
 Immagine di Dio
 e libertà umana.
 Per un'antropologia
 a misura d'uomo,
 Città Nuova, Roma 1990.

► **Six Jean-François**,
 Les Béatitudes aujourd'hui,
 Seuil, Paris 1984.

► **Tangora Giovanni**,
 Pompili Domenico (a cura di),
 Il male e i suoi volti,
 Ed. San Lorenzo, Reggio Emilia, s.d.

► **Varillon François**,
 - La Pâques de Jésus.
 Une semaine de méditation
 d'Évangile,
 Bayard Éditions, Paris 1999.
 - Joie de croire, joie de vivre,
 Le Centurion, Paris, 1981.

► **Zavoli Sergio**,
 Se Dio c'è.
 Dialogo con Piero Coda,
 Rai-Mondadori,
 Roma-Milano 2000.

D. Artículos y contribuciones

► **Baccarini Emilio**,
 “Il male tra libertà e responsabilità”,
 en Giovanni TANGORA

► **Domenico POMPILI (a cura di)**,
 Il male e i suoi volti,
 Edizioni San Lorenzo,
 Reggio Emilia, s.d. pp. 201-222.

► **CAMBIER Jules**,
Dufour Xavier-Léon, “Misericordia”,
 en **DUFOUR Xavier-Léon (a cura di)**,
 Dizionario di teologia biblica,
 Marietti, Genova 19765, coll. 699-705.

► **Cappelletti Vincenzo**,
 “Donde hay amor por el arte médico
 hay amor por el hombre”,
 en *Dolentium Hominum*,
 31 (1996/1), pp. 12-14.

► **Carrasco De Paula Ignacio**,
 “Il buon Samaritano
 come categoria antropologica”,
 in *Dolentium Hominum*,
 31 (1996/1), pp. 203-205.

► **Cina Giuseppe**,
 “Antropologia nel mondo
 della salute”,
 en *CINA' Giuseppe*,

► **LOCCI Efisio, ROCCHETTA
 Carlo, SANDRIN Luciano (a cura di)**,
 Dizionario di teologia
 pastorale sanitaria,
 Ed. Camilliane,
 Torino 1997, pp.55-78.

▶ **Colzani Gianni**,
 “La paternità di Dio
 e il male nel mondo.
 Confronto tra fede e ragione”,
Giovanni TANGORA

▶ **Domenico POMPILI**
 (a cura di),
 Il male e i suoi volti,
Edizioni San Lorenzo,
Reggio Emilia, s.d, p. 153-174.

▶ **Conde Jesús**,
 “El sufrimiento y el
 significado de la vida”,
en Dolentium Hominum,
31 (1996/1), p. 127-132.

▶ **Cremona Carlo**,
 “La atención en los
 Padres de la Iglesia”,
en Dolentium Hominum,
31 (1996/1), p. 37-41.

▶ **Dufour Xavier-Léon**,
 “Prossimo”, en Id. (cura),
 Dizionario di teologia biblica,
Marietti, Genova 1976,
col. 1015-1017.

▶ **Farge Arlette**,
 “L'existence méconnue
 des plus faibles”,
en Études, 1 [4041] (2006),
p. 35-47.

▶ **Fassin Didier**,
 “Une chronique
 sud-africaine du sida”,
en Études, 6 [4036] (2005),
p. 617627.

▶ **Gómez Jesús Álvarez**,
 “La asistencia a los enfermos
 en la historia de la Iglesia”,
en Dolentium Hominum,
31 (1996/1).

▶ **Klein Étienne**,
 “Les nouvelles questions
 posées à la Science”,
en Études, 6 [4046] (2006),
p. 774-785.

▶ **Mande' Vittorio**,
 “La sofferenza nella
 cultura contemporanea”,
en COMOLLI Gian Maria,

▶ **MONTICELLI Italo**,
 Manuale di Pastorale sanitaria,
Ed. Camilliane,
Torino 1999, p. 117-123.

▶ **Miranda Gonzalo**,
 “Cultura della morte”.
 Analisi d'un concetto e di un dramma,
en Lucas Lucas

▶ **Lucas, Ramón**,
 Commento interdisciplinare
 alla “Evangelium Vitae”,
LEV, Città del Vaticano, 1997,
p. 225-243.

▶ **Maiano Vincezo**,
 - “L'ateismo”,
en ZOLTAN Alszeghy et alii,
 - La Constitución pastoral
 sobre la Iglesia en el mundo
 contemporáneo,
LDC, Leumann (TO),
p. 478-508.

▶ **Poupard Paul**,
 “Un hombre bajaba
 de Jerusalén a Jericó”,
en Dolentium Hominum,
31 (1996/1) p. 15-20.

▶ **Ramlot Marie-Léon**,
Guillet Jacques, “Sofferenza”,
 en **Xavier-Léon DUFOUR** (cura),
 Dizionario di teologia biblica,
Marietti, Genova 1976,
col. 1208-1210.

▶ **Redrado José L.**,
 “Ser un profesional sanitario en un
 mundo que cambia: llaves evangélicas”,
en Dolentium Hominum, 53 (2003/2),
p. 22-31.

▶ **Sanna Ignazio**,
 “Mysterium Iniquitatis.
 Il male e i suoi volti”,
en Tangora Giovanni,

▶ **Pompili Domenico** (a cura di),
 Il male e i suoi volti,
Ed. S. Lorenzo, Reggio Emilia, s.d., p.
123-150.

▶ **Savagnone Giuseppe**,
 “Antropología y bioética”,
 en **RUSSO Giovanni** (a cura di)
 Enciclopedia di bioetica e sessuologia,
LDC, Leumann (TO), 2004,
p.212-236

▶ **Scaiola Donatella**,
 “El tema del mal/sufrimiento
 en la Sagrada Escritura:
 varios modelos interpretativos”,
en Giovanni TANGORA

▶ **Domenico POMPILI** (a cura di),
 Il male e i suoi volti,
Edizioni San Lorenzo,
Reggio Emilia, s.d, p. 71-90.

▶ **Sisti Adalberto**, “Misericordia”,
 en **ROSSANO Pietro**,
RAVASI Gianfranco,
GIRLANDA Antonio,
 Nuovo Dizionario di teologia biblica,
San Paolo, Cinisello Balsamo (MI)
1988, p. 978-984.

▶ **Tangora Giovanni**,
 “L'esperienza del male
 nella letteratura”,
en Giovanni TANGORA,

▶ **Domenico POMPILI** (a cura di),
 Il male e i suoi volti,
Edizioni San Lorenzo,
Reggio Emilia, s.d, p. 39-67.

▶ **VANHOYE Albert**,
 “El Buen Samaritano (Lc 10,25-37).
 Hermenéutica bíblica”,
en Dolentium Hominum,
31 (1996/1), p. 198-202.

01/2

Jesús, Buen Samaritano.

Marta López Alonso,

Doctora en teología y máster en bioética.
 Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

Un título así ha de producirnos probablemente una sensación de volver a lo conocido. Resulta doloroso que un texto bíblico tan grande sea leído continuamente como ya sabido y sin posibilidades de encontrar en sus fuentes nada provocador para nuestra vida y particular trabajo con los enfermos.

Tres tareas vamos a desarrollar. Por un lado, matizar algunos de los rasgos del cuidado que aparecen en la parábola del Samaritano. Por otro, analizar cómo el cuidar es central y propio de Jesús de Nazaret, el Hijo Encarnado que día y noche permanece de rodillas para calmar, vendar y levantar a los heridos en cualquier dimensión de nuestra humanidad.

A la luz del Hijo Samaritano aflorará, en qué medida los creyentes tenemos un deber evangélico de cuidado. Por último, esta parábola de derroche nos acerca a una mujer como la de Betania que supo reconocer a Jesús en las horas previas a su pasión, herido por el abandono de los suyos y rodeado de conspiradores. Ella le reconoce golpeado y le unge con el perfume repitiendo un acto de cuidado hacia Jesús como buena samaritana.

1/

El cuidado del hermano en la raíz de la acción del Samaritano.

1/1

Rasgos de la acción del Samaritano para entender el cuidado.

Estamos ante una parábola del exceso y la exageración. Los actos del cuidado nos desvelan el amor y, así, el encuentro afectivo se hace efectivo. **El Samaritano** adquirirá un nuevo papel, el de auxiliar generando o perfilando una nueva configuración relativa a la acción de cuidar¹.

La propia narrativa del texto nos lleva a distinguir sujetos operadores de transformación y un sujeto transformado, un ser humano sumido gravemente en la carencia.

Los que descuidan son “operadores de carencia” (bandidos, sacerdote y levita) y los que cuidan son “operadores de transformación” (samaritano y posadero).

Estos últimos dos personajes son los únicos directamente relacionados con el verbo **epimeléomai**.

Queda patente que quienes descuidan excluyen, mientras que el posadero y el Samaritano que cuidan generan una inclusión por conjunción y toman consigo la realidad de este sujeto.

Convertido el herido en infrahumano se le pondrá el sello del desprecio y de la distancia del corazón y de los cuerpos, en cambio nuestro personaje cuidó de él restableciéndole.

1. Cf. M. López Alonso, *El cuidado: un imperativo para la bioética*, n. 20, Comillas, Madrid 2011, 155-161.

2. W. Harnisch, *Las parábolas de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, 247.

3. Cf. J. Jeremías.

4. J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas, III, Traducción y comentario capítulos 8,22-18,14*, Ediciones cristiandad, Madrid 1987, 287.

5. 2 Sm 16,2 el vino se torna bebida gratificante “para que beba quien desfallezca en el desierto”.

6. En el NT el aceite sirve para la unción de los enfermos (cf. Mc 6,13; Sant 5,14).

Le desnudaron y nuestro transeúnte anónimo queda despojado y golpeado, en estado agónico. El hombre queda medio muerto y su vida corre peligro precisando la ayuda de alguien con rapidez. Sumido en la inconsciencia y con aspecto de cadáver pasa a ser irreconocible por quienes le rodean.

Será entonces “por casualidad”, “por coincidencia”, cuando nace el cuidar. En realidad, se abre ante nosotros el campo del hacer humano ligado a lo imprevisto, lo impensado hará al samaritano permanecer en la escena hasta el final.

En conexión con las fórmulas empleadas para indicar el abandono son enunciadas otras fórmulas, “llegar” y “ver”, conectadas con “acercándose”.

Así, “llegando” o “habiendo llegado” al espacio donde estaba el hombre necesitado de cuidado, él será quien le preste los primeros cuidados. Nuestro personaje:

“No duda un momento en auxiliar al herido y hace con él más de lo necesario, hasta rayar en lo excesivo e impropio”².

Después “vendó sus heridas echando aceite y vino” (v. 34). J. Jeremías defiende la imposibilidad de que el Samaritano llevara vendas consigo siendo más probable que desgarrara su pañuelo de la cabeza o su vestido interior de tela³.

Por otro lado, aceite y vino eran dos provisiones que probablemente llevaba el Samaritano en su viaje y cuyo valor terapéutico era conocido⁴.

Para algunos autores, que llevara vino⁵ y aceite es un signo de que era un comerciante. Aplicó aceite⁶ para calmar (Is 1,6) y vino para desinfectar destacándose el valor antiséptico, en el caso de ser utilizado como medicina tópica. Curar y calmar es cuidar.

Nos vemos sorprendidos por la extralimitación de cuidado. Probablemente veríamos con vehemencia que el cuidar concluyera con el vendaje de las heridas del viajero maltratado y herido, pero el acto de cuidar se prolonga y extiende hasta la mañana siguiente en la posada, lo que nos arrastra evangélicamente más allá. Algunos autores consideran que se da un hiperbolismo que queda perfilado en la descripción de los auxilios prestados.

Este exceso apunta a la riqueza del amor y a su vez choca desajustadamente con las expectativas proyectadas en el sujeto que practicó la acción de cuidado extremo. Cuidó de él, es decir, le atendió con una solicitud extraordinariamente amorosa. La transformación se lleva a cabo a través o por medio de los cuidados corporales entre otros como la cabalgadura que transporta o el dinero que sostiene determinadas acciones que, moviéndose en la cotidianidad, tienen un precio.

A su vez la acción de cuidado modifica las coordenadas temporales, es decir, su acción tiene un “mañana”, en el sentido de que prevé el futuro hasta su regreso.

Con ello, se sugiere que a la inclusión que implica el cuidar corresponde la continuidad en la duración que viene marcada porque posteriormente lo llevó consigo alejándole del lugar de peligro sobre la cabalgadura.

Se establece en el texto una relación entre el cuidar y la conmoción de las entrañas, entre el cuidado activo y la compasión por un semejante. La conmoción pide y exige el cuidado humano. Entramos en el movimiento incluyente y progresivo del amor -actitud básica y decisiva de toda acción creíble-. La acción continúa, se trata de un cuidado activo nacido de la situación real del herido.

“Le llevó a una posada y cuidó de él” (v. 34),

LH n.305

en este versículo encontramos de nuevo el verbo epimeléomai en tanto, cuidar y preocuparse, poner vigilancia y atención.

Se dan dos momentos en el cuidado otorgado por parte de nuestro personaje.

En un primer momento, él mismo en persona cuida del herido y, en un segundo momento, las atenciones y la solicitud pasarán a ser un encargo depositado en manos de un hombre de confianza, el posadero.

Los primeros cuidados son tres: curar, transportar y albergar. Lucas los resume, a continuación, en un verbo abstracto y a la vez concreto: “**cuidar de**”, que a su vez va a implicar la conjugación de más verbos: acercarse, vendar, curar, transportar y mover del lugar del peligro, dar de comer, vigilar la recuperación de los daños...

La realización está marcada por la atención, la anticipación y la exigencia.

Cabría la pregunta relativa a si el Samaritano amó al herido. Él veló por su pervivencia en una situación vitalmente compleja. **Jesús** parece mostrarnos -desde la realización del cuidado- el camino activo de la ejecución del amor:

“**Prójimo es todo necesitado que encontremos en nuestro camino, todo aquel que pueda ser objeto de nuestra compasión y de nuestros desvelos, por encima incluso de nuestros vínculos étnicos o de nuestras convicciones religiosas**”⁷.

Sin duda, se suscita un asombro inusitado cuando la asistencia rebasa los límites de lo razonable. Nos encontramos ante una solicitud extrema, dado que sus acciones traspasan el marco de lo temporal concreto relativo a la situación momentánea para prolongarse hasta el día siguiente, previendo el futuro del herido, enfermo e indefenso.

El cuidado no se convierte entonces en un acto puntual sino en un movimiento de continuidad que precisará prever necesidades y recursos así como su cobertura en el tiempo.

El Samaritano tuvo cuidado y dio soporte al hombre herido estableciendo un continuo de responsabilidad. Él no la dio por concluida en la posada. Su cuidado había sido personal y al llegar pidió al posadero que velara por él y se mantuviera vigilante.

“**Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero**”.

Todas las posesiones de este hombre -aceite, vino, cabalgadura y dinero- las emplea para ayudar y procurar toda la atención a un pobre infortunado que se encuentra en el camino.

1/2

El Hijo que se hace hermano cuidando.

Si bien la parábola modula y versa pivotando sobre el amor y la compasión del samaritano en el relato aparece “**cuidó de él**” y “**cuida de él**” y su eco nos ha de llevar al acto mismo del cuidado como imperativo evangélico.

El que toma la decisión de acercarse es el Hijo y así lo muestra mediante la alegoría la tradición cristiana griega.

Hay una enorme densidad teológica en la epiméleia propia del Hijo Samaritano⁸. Jesús se convierte en cuidador y lo reclama para nosotros. Así, el amor realizado en el cuidado tiene en el evangelio de Lucas una marcada perspectiva universalista y es un elemento constitutivo del cristianismo.

El cuidar se torna imperativo y su raíz se muestra profundamente cristocéntrica.

7. J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas*, III, 279.

8. Cf. M. López Alonso, *El cuidado: un imperativo para la bioética*, n. 20, Comillas, Madrid 2011, 295-301.

Me hago prójimo de aquel enfermo, abandonado, herido y entristecido que me decido a cuidar

Nadie discutiría hoy el carácter cristológico de la afirmación de Cristo como Buen Samaritano. El paso de reflexión es pensar con profundidad si podemos predicar que Jesús es maestro de cuidado y que la epiméleia le define como rasgo que viene de Dios.

Hasta ahora, la aproximación a las entrañas de Jesús la hemos realizado desde la misericordia y la compasión. Es preciso entrar en el seno de Dios a través de otro camino, el del cuidar, aunque las sendas sean difíciles de separar y estén mutuamente implicadas.

La epiméleia queda en innumerables autores traducida por servicio. Así, los cuidados del mesonero se convierten en dispensación de ministerios.

Este hecho no ha permitido la autonomía y plena emancipación del cuidar unido al prejuicio negativo sobre el concepto vinculado a las ocupaciones propias del mundo, pero no debemos olvidar que Jesús se pone de rodillas ante el mundo.

El cuidar tiene que ver en el texto con la proximidad y proejimidad, el evangelio rompe el esquema de aquellos que piensan que su prójimo es su hermano, su vecino, su pariente político o carnal y nos lleva a una comprensión más universal. Me hago prójimo de aquel enfermo, abandonado, herido y entristecido que me decido a cuidar.

Localizadas las dificultades, es posible afirmar que Dios mismo se revela en los actos cuidadosos de Jesús. Cristo es el manantial de este nuevo amor al prójimo⁹, pero lo novedoso de esta valoración cristológica es que dicho amor pasa, de forma irrenunciable, por el cuidado -en tanto preocupación activa-.

Si amamos con su mismo amor cuidadoso entramos en conexión con la forma por la que Dios hace visible que participamos en las profundidades de su amor y es el preocuparnos y ocuparnos por el otro.

La parábola del Samaritano es un caso particular de cuidado insólito. Ante la pregunta por el camino que lleva a la vida, Jesús señala la acción como senda: “**haz esto y vivirás**” (Lc 10,28). El hacer aparece en relación directa con el cuidar.

Lo irrenunciable es que en ella se da una mostración de Dios por medio de su Hijo. En doble sentido, en tanto se narra la Palabra del Hijo y en tanto el Hijo se convierte en Palabra narrada en los gestos y quehaceres del Samaritano -el hombre que practicó la epiméleia-. Siendo así, no parece sabio renunciar a ella. Estamos ante una reacción de Dios que concreta su preocupación.

El Hijo rompe los parámetros de acercamiento por status: raza, religión o creencia..., y se fragmenta lo debido o establecido para entrar en un nuevo modo de relación donde Dios mismo y no el hombre decide qué actitudes son sagradas o no. Jesús señala cuál es el comportamiento que atañe a un miembro del pueblo elegido por Dios.

Se hizo prójimo el que se hizo cuidador. Jesús, en cuanto sujeto operante u operador, quiere hacer un gesto radical como voluntad activa por la humanidad.

En el Samaritano se da la responsabilidad de lograr que se dé la conjunción del herido con la vida.

Descuido es equivalente a “**pasar de largo**”, cosa que nunca Jesús hizo en su responsabilidad ante la Humanidad. Dios incluye y cuida, por eso Salva. Se da una incompatibilidad vital entre cuidar y excluir.

Recrea la imagen de Dios cuyo dinamismo externo solo es fruto del afán interno: “**querer ver**” y a partir de ahí inclinarse y cuidar para restituir.

Realmente el Jesús Samaritano amó al herido porque veló por su pervivencia en medio de una situación vital compleja. Cuidar es garantizar la continuidad de la vida.

Anuncia lo que debería ser una sociedad de acuerdo al Reino de Dios. Lugar vital donde impere la guardia y la custodia del hermano postrado y vulnerable.

Ha sido el silencio sobre la epiméleia del texto el primer dato que nos puso en aviso de que algo vital podía estar siendo negado a la comprensión de la parábola.

Veamos qué aportan algunas de las afirmaciones de la patrística en torno al cuidado del Hijo.

Ireneo de Lyon interviene de manera definitiva -en la alegorización teológica de la acción de cuidar- hacia otras categorías como el servicio. Desde el texto, el servicio traduce al cuidado y lo relega.

El Samaritano es el Verbo encarnado, el “**Dominus**”, mientras el Espíritu es el mesonero, únicos dos personajes a quienes en el texto queda referido el cuidar: uno por propio movimiento, otro por mandato del primero.

Clemente Alejandrino amplía el concepto de prójimo, más allá del consanguíneo (nacido de la simiente de **Abraham**) o el conciudadano (perteneciente a las doce tribus de **Jacob**); del prosélito (en tanto incorporado al pueblo de la circuncisión) o del circunciso (sometido a la **Ley de Moisés**), para llegar a colocar los ojos en el herido.

Para el cuidado, la sangre, la descendencia, la circuncisión, la obediencia a la Ley no crean el vínculo necesario que requiere la atención al otro. Enuncia Clemente una apertura universal del cuidar si éste pretende ser expresión del amor.

Además, también sus textos destacan la dimensión cristológica de la epiméleia en la medida que la salud definitiva y la curación son obra del Verbo encarnado, siendo el ser humano copartícipe del cuidado en la medida en que realiza una dispensación complementaria en orden a prevenir y evitar los posibles daños.

Por otro lado, el **Logos** -en tanto Pedagogo- nos cuida, nos guía e instruye de forma gradual conforme a los deberes de la vida cristiana.

El Logos es médico y preceptor. En el Hijo, que es la Sabiduría, la epiméleia implica “**tratar a cada uno**” según precise en el orden a la Salvación.

En Orígenes el Logos es el Guardián verdadero. Cristo, el Samaritano, realiza la idea de descender para atender al moribundo sin mirar las razones de su indigencia. Los cuidados tienen como objeto y fin el enfermo.

Por otro lado, para **Basilio** el cuidado del Espíritu forma parte de la “**economía**” realizada por medio del Hijo, del plan divino.

Gregorio de Nisa formulará que la atención del Unigénito otorga al ser humano la posibilidad de pasar de la condición servil a la condición de libre. Gregorio coloca la epiméleia vinculada a la Encarnación, entendido el cuidado del Hijo como la fuerza del tratamiento purificador de Dios sobre el género humano.

En Jesús se da un cuidado terapéutico, pero Gregorio modifica el texto y hace que la terapia ocupe el lugar de la epiméleia.

Juan Crisóstomo entiende que la diligencia por las cosas relativas a la comunidad es un signo de amor. El marco es muy circunscrito al sacerdocio -en orden a la autoridad que otorga el sacramento- y en detrimento del resto del pueblo de Dios.

El seguimiento de Cristo, central en Juan Crisóstomo, se conecta con nuestro término traducido como aplicarse, emplearse a fondo. Seguir al Señor implica una actitud de dedicación y empeño que acompaña y acompasa la gracia.

El celo y la aplicación por y en las cosas de Dios facilitan la tarea de la gracia. En las cuestiones de las que Dios se ocupa el lugar preferencial lo van a ocupar los pobres en el amplio sentido del término.

10. D. Alexandre, *Compañeros en el camino. Iconos bíblicos para un itinerario de oración*, Sal Terrae, Santander 19955, 175-176.

11. J. Gnilkka, *El evangelio según San Marcos, II, Sígueme*, 261.

Es precisa la recuperación del cuidado para esta propuesta ético-teológica y pastoral donde su presencia ayude a realizar el Reino y nos haga hombres y mujeres cuidadosos en el Hijo cuidador de la Humanidad y garante de su Salud y Salvación.

2/

La mujer que “quebró el frasco de perfume” (Mc 14,3-9).

El aceite que cura y suaviza las situaciones aparece presente en otros textos como en la mujer del evangelio de Marcos que rompe el frasco con el perfume y lo derrama para suavizar el dolor de un Jesús perseguido y cercado por sus enemigos.

Jesús no solo es el Samaritano, es el caído y herido que al hacer germinar la esencia del Evangelio en aquellos que lo aman los convierte en samaritanos en medio de sus carencias.

Por ello, los que rotan en torno a Cristo comprenden y cuidan del mismo Cristo con gestos originales.

Se trata de un texto atestiguado en múltiples fuentes: **Mc 14,3-9; Jn 12,1-8; Mt 26,6-13**. “**quebró el frasco y lo derramó**” (v. 3) “¿**para qué este despilfarro de perfume?**” (v. 4).

Nos interesa destacar cómo estamos ante una mujer que realiza y da forma a una historia de “**despilfarro**”. Romper nuestro frasco, quebrar la vida a favor de otros y sobre otros. Apostar todo nuestro perfume por la causa de Jesús.

Nuestra vida está llena de frascos rotos y ver-

tidos. Todos tenemos una historia de entregas. Hoy, cada vez que optamos por alguien vulnerable seguimos de una forma u otra vertiendo el perfume sobre la cabeza de Jesús (“**Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos...**” **Mt 25,40**).

La mujer de Betania se queda fuera en los juegos de poder de quienes buscan su negocio, matar a Jesús a cambio de unas monedas. **Mc 14, 1**: “**buscaban cómo prenderle con engaño para matarle**” y al terminar el relato **Mc 14, 11**: “**Judas... él andaba buscando cómo le entregaría en momento oportuno**”. Estos dos textos enmarcan la acción de la mujer.

Ella atraviesa el dintel de la casa de un pecador de la época para dirigirse a Jesús y con ella nosotros elegimos entrar donde está Jesús. De pronto la pregunta viene al hoy: ¿qué he de hacer por Cristo?

Mediante la decisión de estar en la vida cotidiana -con su dureza y exigencia- soy capaz de entrar en la casa del leproso y romper el frasco de mi vida de nuevo por y sobre Cristo, por y sobre los crucificados de este mundo nuestro azotado en este tiempo de crisis por el empobrecimiento, la dependencia, la enfermedad, la limitación de recursos, el abandono.

Entramos como Samaritanos en la casa para acercarnos a los que viven dependiendo de la suerte de lo que marquen los poderosos, el mercado, los fanáticos. Fuera o dentro, lejos o cerca. Cuidado implica dentro y cerca.

Estamos ante un “**icono de la desmesura**”¹⁰, la tensión entre medirlo todo, calcularlo todo e ir más allá en el amor. Los mejores perfumes se conservan en recipientes de alabastro, y probablemente rompería el alargado y estrecho cuello de la vasija. Romper implica que “**no quiso reservarse absolutamente nada**”¹¹.

Ungir implica reconocimiento para Gloria de Dios, designación del Rey de Israel. Ella va a honrar al rechazado por los hombres y por eso

LH n.305

será honrada. Esta mujer ha participado con este gesto del destino de muerte de Jesús y logra ver en Él al pobre, al desvalido, sabe la suerte que está a punto de correr en cuanto salga de esa casa, la pasión.

Solo reconociendo a Jesús golpeado, asediado, vendido y como auténtico en medio de un sistema corrompido podremos salir con él y vivir la dificultad de tratar de devolver la vida a los que están despojados desde los mil nombres de la carencia.

Es preciso el despilfarro y el derroche porque hay gestos de amor que no son cuantificables. Es aparente la generosidad para con los pobres que tienen los fariseos.

Los que en fachada se preocupan de los pobres y consideran que lo que ella hace es un despilfarro poseen otros intereses y no miran a Jesús como lo hace esta mujer.

Jesús, el siempre Samaritano, ahora es el caído rodeado y asediado por aquellos que buscan y traman su muerte, en disputa de poder, en ansia de dinero, comprado y vendido por traidores. Jesús ha recibido en este momento de su vida a una mujer que ha salido a su encuentro para decirle: ¿eres el Cristo!

Eres lo único auténtico que me rodea en medio del deseo de poder, de honor y de éxito y del mercadeo de personas y bienes. Tú eres lo único verdadero de mi vida.

Ella como mujer profeta le unge en la meta y cumbre de su vida y con ello le reconoce en el fracaso. Esto también ocurre entre el samaritano y el herido. Traicionado por las autoridades de Israel, Jesús encuentra una persona más certera y más valiosa y se rinde porque:

“Una mujer le ha dicho con su gesto lo más hondo que se puede decir sobre la tierra al enviado mesiánico del reino...”

es ella la que dice y confiesa en signo intenso su más honda fe en Cristo: le proclama rey en el momento decisivo en que otros planean y preparan ya su muerte”¹².

Al derramar el perfume le ha dicho que le entiende y que confía en Él.

De ahí, que debemos preguntarnos si ayudan cada uno de los gestos con nuestros enfermos a otorgar reconocimiento en medio del fracaso.

Otros deciden matar a Jesús, ella decide ungióle, algunos discuten sobre temas de poder, desembocando siempre en codicias de dinero, ella emplea todo su dinero para decirle a Jesús una palabra de fe y acompañarle en el camino de su entrega.

Debemos pensar en la gente con la que trabajamos. Mientras otros deciden venderlos, ignorarlos, recortarles derechos... nosotros de forma personal estamos llamados a romper el frasco de nuestra vida sobre ellos, lo más valioso de nosotros en señal de reconocimiento y cuidado de los más vulnerables del sistema.

Ella dice con un gesto “Tú eres” cuando los demás le niegan.

Lo mismo ocurre con la gente que nos rodea, enfermos, ancianos, sin techo, “tú eres” aunque los demás no vean el valor que hay en ti.

Pocos reconocieron en Jesús al Cristo, como pocos reconocen en los hermanos rotos a Cristo y a la humanidad fragmentada que necesita mucha gratuidad y reconocimiento para levantarse o simplemente para soportar la pasión.

Ella no está donde están los otros, y Jesús comprende que ella ha hecho “lo que podía/ lo que ha podido” (v. 8). Lo único que puede hacer es decir a Jesús que es el Señor por medio de un signo, no hace más cosas, entra en un espacio íntimo con Jesús en la casa.

12. X. Pikaza,
 Para vivir el evangelio.
 Lectura de Marcos,
 EVD, Estella 1997,
 185-187.

Pocos reconocen en los hermanos rotos a Cristo y a la humanidad fragmentada que necesita mucha gratuidad y reconocimiento para levantarse

No hay margen de movimiento. O estás fuera o dentro. No se puede servir a dos dioses.

Una pregunta se abre paso: ¿qué puedo yo hacer ahora? Y una respuesta nos interpela a ungió y reconocer en medio de tanta muerte. Es hacer “lo que podemos” aunque parezca poco. Esto es cuidar los rescoldos de la vida. Ella no rodea la situación, entra en la casa, entra en la vida sufriente de Jesús.

3/

Conclusiones.

Esta mujer es una samaritana de Jesús, del mismo Samaritano. De Él aprendió la desmesura, el exceso y el derroche y lo aplica a su sufrimiento. Hizo más de lo esperado como lo hizo el Samaritano. Ocuparse y preocuparse, ungió y reconocer para dar vida.

01/3

El Buen Samaritano o la fe en clave de cuento.

Ana García Castellano,
 Narradora oral y escritora.

1/

Con las parábolas nos hacemos cargo de la realidad.

La historia de la relación del hombre con Dios está expresada en gran parte en forma de pequeñas historias ficticias que guardan dentro el misterio de la historia real del hombre. El mismo Dios nos advierte

“Voy a abrir mi boca en parábolas, a evocar los misterios del pasado” (salmo 78,2)

Si Dios no hace las cosas por capricho, ¿por qué ese empeño de Dios de hablar en parábolas? ¿Son tan esclarecedoras las palabras? ¿es el ser humano tan incapaz de entender?

Será quizás porque la parábola, ha sido, es -y siempre será- el recurso de los sabios para hablar a los sencillos, y el recurso de los sencillos para hablar a los sabios, y para hablar como sabios.

Mi trabajo es narrar historias, y naturalmente esta cuestión siempre me ha conmovido.

Ciertamente, muchos historiadores, antropólogos, psicólogos, han abordado el tema de los cuentos como medio del hombre para hablar de sí mismo, para expresar su escala de valores, su entendimiento del mundo. Como decía Gabriel Janer Manila: El ser humano necesita escuchar cuentos tanto como respirar o comer.

Y todas las culturas, todas las religiones han utilizado los cuentos para hablar de lo trascendente. Allá donde la mente no puede penetrar, penetran los cuentos.

Los relatos, las parábolas, nos hablan en un lenguaje simbólico, como decía Jung, de tal modo que se hacen entendibles al subconsciente, tocando nuestras fibras más íntimas y ocultas. Nuestra hondura espiritual, en definitiva.

Por ello Jesús, para explicar la grandeza del Amor del Padre, tiene que hablar en parábolas, como lo anuncia el salmo 78.

Etimológicamente: **PARA-BOW-LAY**: Es una transliteración del griego “parábola” (para-bow-lay) Significa “poner al lado de” “lanzar junto a” En el caso de la revelación, yo diría que se trata de “ponértelo delante de las narices”.

Las parábolas nos sirven de espejo, es la forma que Dios tiene de hacernos entender.

Al dejarte penetrar por la pequeña historia, eres tú mismo el que te “haces cargo” de tu realidad. Eso implica un proceso. La parábola te lo lanza. Tú tienes que dejarte traspasar por el venablo de su palabra, porque es así sólo como entiende el espíritu, el subconsciente, o el pneuma que respira dentro de nosotros.

¿Por qué Jesús habla en parábolas?

Quizás, para iluminar lo dicho, sea necesaria una parábola:

La verdad y la mentira

Cuentan que al principio de los tiempos, las cosas estaban tan recién creadas que daba gusto verlas. Sin mácula ninguna, sin deterioro provocado por el desuso... en fin, que todo estaba tan nuevecito, que las cosas aparecían en su esencia más primigenia, tal como son en realidad.

Allá iba la Mentira, toda cubierta de galas y oropeles (todos falsos, por supuesto), gasas, tules, sedas recamadas de abalorios...

Pulseras en los brazos, sortijas en los dedos... peercing en el ombligo...

Y la Verdad, ¿cómo iba la verdad? Pues como es ella: siempre desnuda. Veía con sus ojos transparentes el mundo tal como era, y sentía deseos de contárselo a los hombres. Pero cuando entraba en los pueblos, en las ciudades y se acercaba a ellos hombres, todos la increpaban, la gritaban y expulsaban de su lado:

- ¡Anda, guarraaaa!
 ¡Que tienes madre! - le gritaban.

La Verdad, que no comprendía, en su inocencia, por qué lo hacían, al verse tan rechazada, indeseada y temida, caía en profundos procesos de depresión, y se entregaba al llanto en los ribazos del camino.

Estando así un día, acertó a pasar por allí la Mentira, siempre alegre:

-Pero, chica -dijo la Mentira- ¿Pero qué te pasa? ¿Cómo estás tan triste y desolada

-Es que debo ser despreciable, un monstruo, pues todos me apartan de su lado. -¿Un monstruo? ... tú lo único que tienes es un problema de imagen- aseveró la Mentira. -¿Tú crees?- preguntó incrédula la Verdad.

-Pues claro... ¿tú me dejas que sea tu asesora de imagen?

La Verdad alzó los hombros y se sorbió los mocos por toda respuesta. Y la Mentira empezó a trabajar:

- Mira, déjame que te arregle un poco... Ponte estos tules... estos adornos... ¡Ya está! Ahora un poco de maquillaje... ¡Eso Es! Ahora, ve a las aldeas, acércate a la gente: ya verás cómo te siguen y cómo te tratan.

La Verdad, dubitativa, se encaminó a la aldea más próxima. Cuando emprendía el camino, la Mentira la detuvo:

—¡Espera!- le dijo.- Olvidaba decirte una cosa: cuando la gente te pregunte cómo te llamas, no les digas que te llamas Verdad. Diles que te llamas ... ¡Fábula!

Y así es como desde entonces, los hombres y las mujeres se atreven a mirar a la verdad: Sólo cuando nos llega bajo las galas y el disfraz seductor de Fábula.

2/

En las parábolas nos reconocemos.

Una de las grandes lecciones de las parábolas es el aprendizaje de nuestros propios sentimientos. Los cuentos nos enseñan a sentir, como afirma el profesor **Juan Mata**. Los cuentos nos confirman esos primeros movimientos del alma; vienen a decirnos:

“Sí, confía, atraviesa el bosque, pues al final está la luz.”

Igualmente nos susurran: “fíate, mira al maltracho, no temas compadecerte de él”. Porque, como sostiene Péguy, lo natural es la compasión. Natán conocía muy bien esa poder que tienen los cuentos de abrir nuestra conciencia. Por eso utilizó una pequeña historia para que **David** reconociera lo que había hecho enviando a **Urías** a la muerte para tener paso libre a Betsabé, su mujer. David reconoció su pecado porque se re-

conoció en la parábola de **Natán (Samuel 12, 1-7)**. Ésa es la función de la parábola: que nos reconozcamos en sus personajes. A menudo ese reconocerse nos tambalea, nos quita seguridades y cuestiona a veces de forma incómoda nuestra realidad. Seguramente eso les ocurría a los que escucharon de boca de Jesús la parábola del buen samaritano. ¿Cómo la escuchó el legista que vino a buscarle las vueltas preguntándole “¿quién es mi prójimo?” Jesús no le da una respuesta directa. (Los buenos pedagogos dicen que toda buena pedagogía siempre es tangencial, nunca directa) No dice “**todos, incluidos los samaritanos**”. Quizás si lo hubiera hecho, la respuesta habría ido directa a la mente, pero no al corazón, al espíritu, donde reside esa verdadera sabiduría. El legista habría iniciado una larga discusión, citando a **Esdras (Esd. 4, 13)** a **Jeremías (Jr. 17, 24)**... y se habrían enredado en una disquisición absurda (quizás es lo que deseaba el legista, que a mí se me antoja un experto tertuliano de su época) Pero para su nuestra perplejidad, Jesús le responde con un cuento sencillo.

El legista había ido a preguntarle con quién debía ser misericordioso y Jesús le obliga a identificarse con un proscrito. Porque los samaritanos, todos lo sabemos, estaban marginados en la sociedad israelita. Ni siquiera podían entrar en el templo. Un judío decente no debía mezclarse con ellos... ¿Qué tipo podría encajar en estos rasgos actualmente? ¿Cómo le escucharía hoy un hombre-una mujer “de pro”? ¿Cómo sería esa historia? Permitid que como cuentacuentos. me disponga a “versionar” la historia.

“Parábola del buen samaritano:
 ¿travesti?, ¿Prostituta?, ¿Perro flauta?”

Se levantó un ponente de encuentros de pastoral, y dijo para ponerle a prueba: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?” Él le dijo: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?” Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con

Uno de las grandes lecciones de las parábolas es el aprendizaje de nuestros propios sentimientos

todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Le Dijo entonces: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás”. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “Y ¿quién es mi prójimo?” Jesús respondió: “En el parking del aeropuerto de Barajas iba a recoger su coche un hombre. Era un jefe comercial de una editorial. Un hombre decente; llevaba a sus hijos a un colegio concertado, y entre sus amigos era muy popular por su buen humor y los chistes que contaba en el bar.

De la oscuridad surgieron varios delincuentes que, después de despojarle a punta de pistola, lo golpearon brutalmente y se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente, llegaba al mismo parking un sacerdote que venía a recoger a su obispo.

Al verle, dio un rodeo. Quizás pensó que era un drogadicto o un indigente borracho. De igual modo, tres jóvenes (dos chicas y un chico) que venían a recoger a un grupo de franceses participantes en la JMJ, pasaron por aquel sitio. Le vieron y dieron un rodeo. Pero un travesti, que llegaba para participar en la Pasarela Cibeles, llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas algo de colonia. Llamó a una ambulancia.

Los servicios de salud le pidieron el número de tarjeta sanitaria; al ver que se la habían robado, el travesti lo metió en su coche y se lo llevó a una clínica privada y allí se quedó con él el tiempo que pudo. Al día siguiente, sacando su tarjeta de crédito, dejó sus datos, y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva”.

¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”. Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

Jesús da la vuelta a la pregunta inicial, y el prójimo resulta ser, no el jefe de ventas; el prójimo es el travesti, el proscrito. Porque, al igual que los espejos, la parábola nos hace ver todo desde la otra cara de la realidad. Y nos obliga a reconocernos. Jung afirmaba que todos los personajes de los cuentos son una parte de nosotros. En esta narración, nos reconocemos más allá del samaritano: nos reconocemos en el gesto torcido del legista. Nos vemos obligados a reconocer que tenemos dificultad para admitir que la santidad está dentro de gente que nos escandaliza. Porque “**la compasión es santidad**”, como afirmaba Bruce. No quiere decir que el samaritano ya fuera santo. Tampoco nosotros somos santos. La santidad se hace presente en todo ser que es compasivo. Quizás las parábolas tienen ese lenguaje universal que nos hace ecuménicos. Asimismo nos reconocemos en el resto de personajes que pasan sin socorrer al herido. Ello nos hace sentir incómodos, cuestionados, culpados. Nuestro malestar también puede ser mirado con compasión: Es cierto que tal como está el mundo, los que pasaron al lado del herido tuvieron miedo de que fuera un delincuente, una trampa, un ajuste de cuentas que podía meterlos en un lío. El mismo **Martin Luther King**, al ver lo tortuoso del camino a Jericó, comentó: “**También a mí me habría dado miedo pararme**”. La cuestión no es engancharse a culpabilidades, sino aceptar, como Pedro, la traición, y volver a ponerse en camino. Quizás la próxima vez no escuchemos el eco de tanta prensa alarmista, de tanto telediario, de tanta teleserie morbosamente criminalista. Hay un cuento que nos habla de un “samaritano” que sabía de este miedo:

El caballo de Alí.

Cuentan que Alí poseía pocas cosas. Su casa, un pequeño huerto y un caballo, al que amaba como a un hermano. Lo había criado de potrillo, y lo acompañaba a todas partes. Era tan hermoso que Isaac lo deseaba con todas sus fuerzas. Isaac era un rico tratante de

alfombras. Tenía rebaños de cabras, de vacas y de camellos.

Pero ansiaba hacerse con el brioso alazán de Alí. En más de una ocasión lo abordó pretendiendo comprarlo: “Pídemelo lo que quieras, diez, cien monedas de oro, doscientas cabras...” Pero Alí siempre respondía: “¿puede un hombre vender a su hermano?” No necesita riquezas, toda mi riqueza es mi caballo.

Tanto deseaba Isaac poseer aquel animal, que ideó un plan. Una mañana se embadurnó de sangre de pollo, se cubrió de harapos sucios y se tumbó al borde del camino por donde sabía que pasaba. Alí llevando a vender sus hortalizas al mercado. Al escuchar los cascos del caballo, comenzó a lamentarse con grandes gritos: “¡Socorro, socorro, ayuda!”

Alí se detuvo inmediatamente; no reconoció a Isaac bajo aquellos harapos: ¿qué te ocurre, buen hombre? Soy un peregrino a la Meca. En el camino unos bandidos me han apaleado para robarme...estoy mal herido... ¡Ayúdame!

Alí bajó inmediatamente del caballo, tomó en los brazos al herido y lo subió a lomos de su montura. Cuando Isaac se vio sobre el animal, tomó las riendas y se lanzó al galope por el camino.

Alí lo entendió todo. Así, le gritó: ¡Espera, espera, Isaac! El ladrón paró y se volvió: “¿qué quieres? Ahora este caballo es mío”. “Está bien, está bien, es tuyo”, dijo Alí. “Pero, por favor si alguien te pregunta cómo lo conseguiste, no les cuentes lo que ha pasado. Diles que te lo regalé” “¡Ah,! ¿Por qué voy a hacer eso?” se burló Isaac. Y Alí, con voz temblorosa replicó:

Porque si cuentas cómo me lo has arrebatado, quien te escuche, si se encuentra a alguien herido en el camino, pensará que es una trampa y no querrá detenerse a ayudarlo. Dicen que al oír estas palabras, Isaac dio un tirón a las riendas del caballo y retornó a re-

coger a su dueño. Los dos hombres regresaron juntos a la ciudad.

Estamos tan seguros de “estar del lado del buen samaritano”, que corremos el peligro de apartarnos del “camino de Jericó” donde está el prójimo. Pues si el samaritano no va a al prójimo, el prójimo tendrá que ir al samaritano. El cuento de Michel Ende con el que termino, nos lanza al lado en forma de parábola (para-bow-lay) esta idea. A mí al menos me ha hecho meditar sobre ella.

La leyenda de la Luna Llena.

El ermitaño había sido abandonado en su juventud por su prometida y tras convencerse que lo material era completamente vano, se dedica al estudio de la vida y obra de diversos santos; al terminar la obra de San Agustín, decide emigrar al bosque y convertirse en un ermitaño a evitar todo contacto con personas. Llega a una cueva donde, antes de desvanecerse por el cansancio, escucha una voz que le dice: “Espérame, que vendré a encontrarme contigo”

Y allí se quedó, en oración y penitencia largos años. Un día llegó a la su cueva un bandido, un hombre expulsado de la sociedad, un hombretón fiero, de hirsuto pelo rojo, fuerte como un toro y tozudo como un mulo, quien no temía nada y tampoco había nada que fuera capaz de inspirarle respeto. Al ver la paz del entorno del anciano (las palomas se acercaban junto a los halcones), siente que el corazón se le derrite.

El ermitaño le toma como su pupilo, al que se propone convertir. El bandido admiraba grandemente a su maestro por todo el conocimiento que poseía y porque era el primer ser humano que le mostraba interés. Pero no entendía qué era convertirse. Un día notó que su maestro comenzaba a cambiar; su mirada no era tan clara. El ermitaño le revela que le ha sido concedido un gran favor:

el Arcángel Gabriel en persona, le visita las noches de luna llena. Por eso le ruega que no venga a visitarlo en esas ocasiones: “Tus ojos impuros no podrían verle”; pero el bandido sospecha que hay algo malo en todo eso, pues los animales que antes pacían tranquilamente alrededor de la cueva han dejado de visitarla. Incluso un halcón cazó una paloma a sus puertas. Por ello decide vigilar la llegada del supuesto Arcángel. Cuando éste hace su aparición, el bandido le lanza una flecha al cuello...

El maestro le maldice: “¡Has matado a San Gabriel!” Pero el forajido, tranquilizándole, le lleva tras el rastro de sangre... ¡Era un tejón! El anciano llora al darse cuenta: “No era sino el fantasma de mi vanidad ¿Cómo tú has podido darte cuenta y yo no?”

“Muy sencillo”, explicó el bandido, “tú me habías dicho que sólo los santos pueden ver las cosas santas. Así pues, no tiene nada de extraño que tú, un hombre sabio que lleva una vida de santidad, pueda ver al arcángel Gabriel. Pero yo, que soy un pecador y un ignorante, lo he visto igual que tú. Entonces me he dicho que aquí había un gato encerrado. Por eso he disparado.

El místico rompe a llorar de nuevo. “Vaya, me he vuelto a equivocar”, se culpa el facineroso. “No, al contrario”, replica el orante, “ahora me doy cuenta de que hoy se cumple la promesa que me hicieron hace tanto tiempo: Hoy han venido a visitarme, pero no como yo pensaba. Eres tú el que ha venido a encontrarse conmigo. Y me has hecho ver que tengo que empezar desde cero, y tú tienes que ayudarme”.

Será por eso que las parábolas nunca terminan con un “colorín-colorado”... porque nos recuerdan que siempre debemos recomenzar de nuevo.

Cuentos y Valores Bibliografía Básica

▶ Bermejo, José Carlos
 - Regálame La Salud De Uncuento.
Ed. Salterrae. Santander, 2004
 - Más Cuentos Con Salud.
Ed. Salterrae. Santander, 2010.
 - Cuentos con salud para seguir regalando.
Ed. Salterrae. Santander, 2012.

▶ Bucay, Jorge
 cuentos para pensar.
RBA. Integral. Benos Aires, 2003.

▶ Carrière, Jean Claude
 El círculo de los mentirosos
 (Cuentos filosóficos del mundo entero)
Ed. Lumen.

▶ Cía Lamana, Domingo
 - Narración y pensamiento.
 Hacia un nuevo paradigma del saber.
Barcelona. Erasmus. 2006.
 - El Poder Narrativo
 De La Religión.
 PPC. Madrid. 2011.

▶ De Mello, Antony.
 El canto del pájaro, *Sal Térrea.*

▶ Francia, Alfonso
 Educar con fábulas, *Ed. CCS.*

▶ Galeano, Eduardo
 Las palabras andantes
 el libro de los abrazos
*Ed. Siglo Veintiuno
 de España Editores.*

▶ **García-Castellano, Ana.**

- Amores puntuales.
Ed. Sentido Sur. MADRID 2008.
 - Cuaderno de cuentos
 (Programa Prevención Tutorías)
FERE-CECA.

▶ **Menapace, Mamerto**

Cuentos desde la cruz del sur
Ed. PPC, Madrid, 2002.

▶ **Otero, Herminio**

Parábolas en son de paz *Ed. CCS.*

▶ **Williamson, Duncan. Traducción y edición de Javier Cardeña Contreras-**

La bruja del mar y otros cuentos de los
 hojalateros escoceses, *Calambur, 2012.*

**Cuentos para escuchar
 con corazón de niño**

▶ **Dourmec, Beatriz:**

El pueblo que no quería ser gris.
Rompan fila Ediciones.
Buenos Aires, Ar. 1975.

▶ **Elzbieta, Flon-Flon y Musina. S.M**

▶ **Ende, Michael,**

La leyenda de la luna llena.
Ed. Grijalbo Mondadori, S.A. -Junior

▶ **Escrivá, V.,** El niño y el árbol. *Júcar.*

▶ **Farias, J.,**

- Cuando Arturo se escapó de casa.
Edelvives. (Ala Delta)

- Algunos niños, tres perros
 y mas cosas., *Planeta, 2011.*

▶ **Galeano, Edurardo,**

La piedra que arde. *Lóquez.*

▶ **G^a- Castellano, A.**

Marcela. *Ed. Anaya.*

▶ **Gómez Cerdá, A.Pigacin. Everest.**

▶ **Janosch, ¡Qué bonito es Panamá!**
Alfaguara. (Infantil)

▶ **Lioni, Leo.**

- Frederik. *Lumen*
 - Nadarín. *Kalandraka.*
 - Pequeño Azul y Pequeño Amarillo.
Kalandraka

▶ **Lobel, A.,**

Sapo y Sepo son amigos.
Alfaguara. (4 tit)

▶ **López Narváez, C.**

No eres una lagartija.
Anaya. (duende verde)

▶ **Mckee, D.,**

Elmer. *Altea. (Historias para dormir)*

▶ **Munson, D, Y Calahan, K.**

Pastel para enemigos. *Ed. Juventud.*

▶ **Paola, Tomie de:**

Oliver Button es un nena.
Pasito a pasito. Susaeta.

▶ **Pfister, m.,**

El pez arco iris.
Grijalbo. (El arca junior).

▶ **Ross, T.,**

- El mejor huevo del mundo.
Altea
 - Rodolfo y el cumpleaños de Susi.
Ed. Altea. Madrid 1984

▶ **Singer, I.B.,**

Cuentos judíos de la
 aldea de Chelm. *Lumen*

▶ **Silverstein, S.**

El árbol generoso. *Ed Litexsa.*

▶ **Snunit, M.**

El pájaro del alma.
Ed. Fondo de Cultura Económica.

▶ **Van Allsburg, C.,**

La escoba de la viuda.
Fonde de Cultura Económica.

▶ **Vaugelade, A.**

Una sopa de piedra. *Ed. Ed. Corimbo.*

▶ **Waddell, M.**

¿No duermes, osito? *(Kókinos)*

▶ **Wilhelm, Hans,**

Yo siempre te querré. *(Juventud)*

Varios

▶ **Colección Letra Grande Ed. Popular.**

▶ **Colección Libros
 de Los Malos Tiempos.**

Miraguano

▶ **Cuentos Celtas,**

Ed. Siruela

▶ **101 Cuentos clásicos de la China.**

Ed. EDAF

▶ **Cuentos del Japón.**

Ed. Juventud.

▶ **El Libro de los cuentos del mundo.**

Ed. Integral.

Sobre el cuento

▶ **C.G. Jung**

“Fenomenología del espíritu
 en los cuentos de hadas”
(Lexicon Jungiano - Daryl Sharp -
Ed. Cuatro Vientos)

▶ **Bettelheim, Bruno**

Psicoanálisis de los cuentos de Hadas
Ed. Crítica. Barcelona 1981.

▶ **Steiner, Rudolf.**

La sabiduría de los cuentos de hadas
Ed. Rudolf Steiner. Madrid, 1985.

▶ **Wasserziehr, Gabriela.**

Los cuentos de hadas para
 adultos, Una lectura simbólica de
 los cuentos de hadas recopilados por
 J. y W. Grimm.
Ed. Endymion

01/4

La parábola del Buen Samaritano: sus palabras, sus verbos.

Antonia Monzón,

Profesora del Instituto Superior de Teología de Canarias y experta en Bioética

Siempre resulta atrayente bucear en el Evangelio buscando indicaciones para el camino. En esta ocasión iniciamos un recorrido por las palabras y los verbos de la Parábola del Buen Samaritano.

Saborearemos la Palabra desde una visión Pastoral, intentando integrar los diferentes aspectos y tareas en relación con la salud: los cuidados del cuerpo enfermo, el acompañamiento espiritual como agentes de Pastoral de la Salud o las cuestiones relacionadas con la humanización, omnipresentes en los debates sociales sobre la salud y la enfermedad; todo ello desde la búsqueda del amor y la compasión incondicionales.

Una vez oí decir a alguien -creo que con razón- que si caminásemos por la vida siguiendo el paradigma del Buen Samaritano no tendríamos tiempo para otra cosa, tantos son los sufrientes y asaltados con los que nos encontramos a diario, a veces sin verlos. Esto es especialmente verdad en estos momentos de crisis que vivimos, cuando desde nuestras tareas cotidianas vemos -a menudo con impotencia- como mucha gente a nuestro alrededor se va quedando en los márgenes del camino con el sentimiento de estar siendo despojada y golpeada por los otros y por la vida. Parto de la convicción de que lo que nos regala Jesús en esta parábola es un itinerario que nos atañe a todos y nos da las claves para profundizar nuestra historia y cambiar el corazón: de un corazón eficiente y cumplidor a un corazón amante que se entrega.

1/

El marco de la parábola.

Antes de comenzar con los verbos que forman parte de la Parábola en sí misma, y a manera de introducción, quiero decir dos palabras sobre los otros verbos, aquellos que Lucas pone en boca de Jesús y que abrazan el texto por delante y por detrás

Y comienzo por el final, ya que el primer verbo al que voy a hacer referencia es el último que aparece en la perícopa y que nosotros tendremos este curso como lema; aquél con el que Jesús termina su enseñanza, zanjando todas las preguntas y las disquisiciones filosóficas del jurista -las del jurista y puede que las nuestras- Se trata de un imperativo: ¡HAZ!

Un encargo para empezar, que se convierte en envío para nosotros. Un imperativo como conclusión de ese ejemplo con el que el Maestro nos habla de cosas que pasan en la vida cotidiana y

1. **Benedicto XVI,** Jesús de Nazaret, Ed. La esfera de los Libros, Madrid, 2.007, págs. 226 - 234.

2. **ALEXANDRE, D.,** Buscadores de pozos y caminos. Dos iconos para una vida religiosa samaritana en: Pliego Vida Nueva n.2451, 2004 (Congreso Internacional de la Vida Consagrada).

que nosotros podemos desmenuzar por palabras y con el fin de aprehender bien las realidades y profundidades que entraña.

Lo que se nos está indicando al final es que lo más importante no es la boca ni el concepto, sino los pies, las manos y por supuesto, las entrañas y el corazón.

¡HAZ! Haz tú lo mismo pero no por imitar, ni por cumplir una ley, no por obligación sino porque, vamos a leerlo hoy de nuevo... se te conmovió el corazón. Así que antes incluso de comenzar a desentrañar palabras, nos vemos impelidos a lanzarnos al camino con la urgencia apasionada del que va comprendiendo algo y tiene que actuarlo.

También para comenzar me lanzo a otro verbo que aparece dos veces en la lectura diciendo cosas parecidas pero con muy distinto significado. Un verbo repetido que abarca la parábola desde el principio hasta el final, consiguiendo dar la vuelta a la pregunta legalista del interlocutor de **Jesús: SER PRÓJIMO**

Toda la narración de Lucas discurre en medio de dos preguntas. La primera es la del doctor de la ley intentando acotar de alguna manera quienes son aquellos a los que ha de amar como a sí mismo: “¿Quién ES mi prójimo? (esto es: a qué próximo “debo de” o “estoy obligado a” amar; ¿quiénes han de ser los destinatarios a quienes beneficie mi entrega? ¿cómo medir y delimitar los objetivos a cumplir para poder participar de la Vida con mayúsculas?)

En palabras de **Benedicto XVI:**

“Se discutía hasta qué límites se podía llegar; en general, se consideraba perteneciente a una comunidad solidaria, y por tanto “prójimo”, sólo al extranjero asentado en la tierra de Israel. Había también otras limitaciones bastante extendidas del concepto de «prójimo»;

una sentencia rabínica enseñaba que no había que considerar como prójimo a los herejes, delatores y apóstatas”¹.

Del otro lado y al final del relato, tenemos la respuesta de Jesús usando el mismo verbo pero puesto del revés ¿Quién FUE prójimo? ¿Quién fue el que se aproximó, el que amó? sin necesidad de consultar ninguna ley, sin usar la vara de medir ni pedir a cambio ningún premio de vida - tal vez porque ya estaba en sintonía con la Vida-

“Por medio de la parábola, se las arregla para dar la vuelta al concepto de “prójimo” que tenía el Escriba, situado en un terreno de sutiles disquisiciones teológicas y acostumbrado a preguntar, argumentar y discutir desde lo teórico. Nada de eso enreda ni distrae a Jesús sino que lo va conduciendo a otro ámbito en el que el experto no es “el que sabe”, sino “el que hace”².

Un ser prójimo “pequeñito” el del jurista, aquél que necesita acotar al grupito selecto al que a-proximarse y por otro lado, un **hacerse próximo-prójimo** que roza la desproporción, el que propone Jesús, el de aquél que llegó a ser prójimo amante cuando se desbordó en cuidados con el primero que pasaba por allí, necesitado y vulnerable y de quien se sintió hermano en su necesidad y fragilidad. Dos formas de comprender y de ver la vida. Lo que se nos está proponiendo es un camino a recorrer: el de aproximarnos y gastar la vida en acciones de amor, porque esto es en realidad lo que nos transforma en prójimos. Como dice **Marciano Vidal**, Lucas hace una inversión en el significado de prójimo porque

“Las acciones de amor son las que hacen que las personas se conviertan en prójimos. Por lo demás en la

parábola queda patente que el amor al prójimo se extiende fuera del ámbito propio, ya que los mismos extranjeros pueden ser sujetos de ese amor”³.

Y entre estas dos expresiones sobre “ser prójimo”: la pregunta del jurista y la “pregunta-respuesta” de Jesús, se nos cuenta la parábola; esa historia que narra el proceso que estamos llamados a realizar en nuestras vidas para dejar atrás el modelo de “cumplidor-eficiente” y convertirnos en mujeres y hombres nuevos, de corazón amante y compasivo.

2/

La parábola y sus verbos: claves para un itinerario de un corazón eficiente a un corazón amante⁴.

2/1

Bajar: iremos por un camino de bajada. (Un itinerario hacia adentro y hacia abajo)

“Bajaba un hombre”; así se inicia nuestro periplo. También bajaba el sacerdote y probablemente el levita, provenientes de Jerusalén.

Físicamente el camino de Jerusalén a Jericó es un camino de descenso, ya que Jericó está a más de 200 m. bajo el nivel del mar y Jerusalén 800 m. por encima. Se trata de un camino a través de casi 30 km. áridos y llenos de cuevas donde podían esconderse forajidos como los que asaltaron al hombre aquel.

También si lo analizamos desde el punto de vista religioso podríamos comprenderlo, así se ha hecho muchas veces, como un descenso desde la ciudad sagrada, la ciudad del templo hacia el mundo y lo profano.

Para nuestra tarea pastoral podemos contemplarlo metafóricamente como nuestro peregrinar por la vida hacia la transmutación en amantes compasivos, con la necesidad de comprometernos en un camino de bajada hacia lo profundo, esto es hacia el hondón espiritual, la fuente que habita en nuestro interior. Una llamada a las raíces y a tener como punto de partida la contemplación. Pero hay más, porque también hacia abajo podemos comprender la senda que nos conduce allí donde habita la carencia; donde están los que sufren y necesitan. Sería esta una nueva forma de situarnos a los pies para contemplar y sentir la realidad de otra manera, como Cristo que se abajó, haciéndose “uno de tantos”. Tenemos la tendencia a caminar sobre los tacones de lo que tenemos y sabemos y Jesús nos sitúa siempre, no en la especulación (ni la mental ni la bursátil, que está más de moda); tampoco en la apariencia externa de fuerza y seguridad, sino en esa otra fortaleza que nace de dentro y abajo, en lugar de afuera y arriba. En nuestra tarea pastoral para contemplar la realidad desde el corazón, necesitamos situarnos también en el camino de bajada.

2/2

En una aproximación a los despojados y golpeados. (Un itinerario de herido a sanador)

Son fuertes los verbos empleados para expresar la situación del herido. CAYÓ en manos de unos salteadores que lo DESPOJARON, lo GOLPEARON y lo DEJARON medio muerto. Eso lo convierte en “un hombre” herido y frágil, sin otras señas de identidad -sin ropajes ni cartera; sin pasaporte ni residencia- No sabemos de dónde es, ni en qué trabaja. No lleva nada encima que pueda avalarlo. Es el único personaje

3. M. VIDAL, Orientaciones éticas para tiempos inciertos, DDB, Bilbao 2007.

4. Repesco para el título las palabras de una enseñanza de un sacerdote y amigo Celso Navarro, que en un retiro empleó estos términos para explicar la parábola.

5. NOUWEN H., El sanador herido, PPC, Madrid 2008⁷, pp. 99-100.

Queremos caminar como el samaritano, apresurando el paso y ayudando a levantar a otros

de la parábola sin ninguna filiación, sólo “un hombre” despojado. Cualquiera. También desde los profesionales y acompañantes de la salud, decimos de la enfermedad que golpea y despoja. Desapropia o expropia de toda apariencia externa: Cambia el aspecto físico, la fuerza externa, el lugar social y el vestido, que muchas veces se convierte en un ropaje abierto de hospital. Un traje que más desnuda que cubre. Por este camino de Pastoral de la Salud en que vamos involucrados, nos topamos con despojados y golpeados muy a menudo.

Al referirme a nuestra misión y tarea junto a los heridos del camino, me gusta emplear esa expresión antigua que utiliza Henri Nouwen en uno de sus libros: Somos “sanadores heridos”, esto nos sitúa como humanos con fragilidades y heridas desde las que comprender al que va herido, y a la vez con la fuerza necesaria para facilitar o posibilitar la sanación interior, ya que creemos que vamos habitados por el aliento de Dios. Sanadores heridos que es lo mismo que decir hacer bien al que sufre y hacer bien con el propio sufrimiento. El sufrimiento, la fragilidad, la vulnerabilidad, la herida son patrimonio de la humanidad. Podría afirmarse que van inscritos en nuestra doble hélice de ADN, es decir, en cada una de nuestras células. Porque somos humanos somos “enfermables” y “moribles” y desde ahí, sólo desde esa convicción podremos acercarnos al que sufre. De otra forma lo haríamos “desde arriba”, desde un ego que aleja en lugar de acercar.

Queremos caminar como el samaritano, apresurando el paso y ayudando a levantar a otros, y en los momentos en que duela la propia herida y estemos más vulnerables, deseamos estar prontos para seguir ayudando y dejarnos ayudar. Al respecto cuenta Nouwen una bella historia judía sobre un rabino que pregunta a Elías por el Mesías. Él le contesta que podrá encontrarlo a la puerta de la ciudad, pobre junto a los pobres “-¿y cómo lo reconoceré?”. -Lo reconocerás porque está sentado entre los pobres cubiertos de vendas. Los demás se descubren todas las heridas a la vez y las vendan de nuevo.

Él se las descubre una a una para estar siempre preparado por si alguien lo necesita⁵. Heridos. Ayudando a sanar heridas y dispuestos a salir corriendo cuando sea necesario.

2/3

Con mirada atenta y consciente. (Itinerario desde la mirada distraída y “cosificadora” hacia una mirada atenta y consciente)

Otro verbo que aparece en la parábola y es clave para nuestro camino: el verbo “ver”. Y junto a él, las diferentes actuaciones a las que puede llevarnos las diferentes formas de mirar y ver la realidad.

El primer personaje que pasa ante el herido es un sacerdote que “al verlo”, da un rodeo. También el levita ve y pasa de largo. No detienen su marcha. Como si tuvieran prisa, o tal vez miedo, o incluso como si miraran sin caer en la cuenta de lo que ven. También mira el samaritano pero con muy distinta reacción. “Al verle” nos dice Lucas, se conmueve.

“AL VERLE”: Diferentes formas de mirar y ver que dan lugar a distintos comportamientos éticos. Una es la mirada distraída e indiferente del que mira sin ver, sin percibir la realidad que tiene enfrente. La de aquel que va imbuido en su propia problemática o en su estructura mental llena de prejuicios y miedos. Una mirada sin consciencia, que cosifica al otro sin ser capaz de reconocerlo como un tú. En nuestra parábola es una mirada que tiene detrás una estructura social concreta: la de la ley. El levita y el sacerdote se situaron ante un individuo “medio muerto”, tal vez un cadáver y la ley no les permitía el acercamiento a un cadáver, so pena de quedar impuros. Ellos bajaban probablemente del templo, del culto. Un ejemplo el que pone Jesús muy en consonancia con aquella pregunta del legista ¿quién es mi prójimo? Siempre queriendo acotar, como si el amor y el cuidado sólo “hubiera que” prestarlos en determinadas circunstancias

y sólo a los nuestros. El sacerdote y el levita, tenían muy claro que por ley su prójimo no era el hombre “medio muerto” que podría contaminar su pureza. Al pensar en esta expresión, “mirar sin ver”, recuerdo un video que circuló por internet. Las imágenes, recogidas por una cámara, mostraban a una niña que había sido atropellada en una calle cualquiera. Uno tras otro pasaban junto a ella conductores, viandantes, alguien en bicicleta. Pasaban sin ver. Sin ver o tal vez viendo un cadáver o un bulto en la carretera. Hubo alguno incluso, que la atropelló de nuevo. Casi seguro pasaban sin ser conscientes de la realidad de un ser humano herido en la calzada. La habrán visto también como un no-prójimo. Sin capacidad de identificar la propia humanidad en el origen del otro. Sin reconocer en él un humano- hermano.

La parábola de Jesús no dice quien era el hombre. Era sólo un hombre que estaba herido. Cualquier hombre que despertó en los otros tres miradas diferentes y tres actitudes. El samaritano mira, ve desde el corazón, reconoce y esto le lleva a interrumpir su camino. El texto nos hace una primera llamada: Aprender a mirar. Mirar sin prisas ni prejuicios, acogiendo la realidad con esa mirada contemplativa y profunda que descubre en el otro, en cualquier otro, un prójimo, reconociendo la dignidad que tiene como ser humano. En nuestro itinerario de bajada necesitamos aprender a mirar. Cultivar la mirada es algo que no se termina, es tarea para toda la vida ir transformando nuestro mirar distraído y descentrado en una mirada contemplativa, consciente, atenta, acogedora y humanizadora.

2/4

Un peregrinar compasivo.
 (Un itinerario en disposición
 de que se nos rompan las entrañas)

“Tuvo compasión”. Es lo que Lucas nos dice que le ocurrió al samaritano cuando vio al herido del camino. Utiliza una palabra: “*splagnizomai*” que se usaba para hablar del seno materno y

que puede traducirse como “se le conmovieron las entrañas”. No sólo vio la realidad, sino que se dejó afectar por ella, permitiendo que el sufrimiento que percibía penetrara en su ser más profundo. Al ver el dolor y la vulnerabilidad, se reconoció y se supo parte de ese dolor y esa vulnerabilidad. El proceso que vivió el samaritano fue el de ver, dejarse afectar por lo que veía y pasar inmediatamente a la acción. Lo que vieron sus ojos hizo que se pusiera en movimiento. Nuestro itinerario pasa por permitir que las heridas y dolores ajenos nos “toquen” la vida y transformen nuestro “adentro”, conduciendo nuestros pasos y nuestras manos a actuar con urgencia, actuar buscando el alivio y en la medida de lo posible, la sanación. La compasión no es un sentimiento de pena que se detiene en la mirada y la conmoción interna. Sino que busca respuestas y soluciones. Esto es importante en todas las esferas de la vida. No quedarnos en una lástima paralítica, al otro lado de la barrera, sino responder con todos los medios que portamos en nuestra mochila para transformar la realidad y aliviar el sufrimiento. Como afirma J. C. Bermejo

“La compasión está relacionada con el sufrimiento y con las emociones negativas y tiende a pasar al acto para remediarlas”⁶.

2/5

Pasar a la acción.
 (Un itinerario en 7 verbos)

Pasar del largo y acercarse son dos comportamientos, dos acciones éticas opuestas. La primera no viene dada por una actitud de bandolero, sino por una reacción que puede ser incluso lógica en cualquiera que bajase por aquellos senderos de Jerusalén a Jericó, caminos inhóspitos como ya dije, llenos de lugares donde podrían esconderse maleantes como los que golpearon al hombre aquél. Todos vamos de camino y en

6. J. C. BERMEJO,
 Empatía terapéutica.
 La compasión del
 sanador herido.
 DDB, Bilbao 2012.
 Pp. 60-66

nuestro caminar muchas veces nos movemos acuciados por el temor. No es muy diferente al de los temores que pueden asaltarnos al ver a alguien tendido en la calle ¿un borracho? ¿un delincuente que puede estar fingiendo con el fin de atracarnos?

Pasar de largo no es un comportamiento ético adecuado, pero al mismo tiempo es un comportamiento natural del que quizás no estamos muy alejados. El samaritano se acercó porque tuvo compasión. Ver, dejarse afectar por la realidad humana, dejarse conmover lleva sus pies hasta el herido. Se aproxima. Se hace próximo y por tanto prójimo del que está en el suelo. Como dice Jon Sobrino el ser humano cabal es el que “interioriza en sus entrañas el sufrimiento ajeno”. El camino del samaritano hacia el herido nos sitúa en la superabundancia y la desproporción de la entrega y del cuidado. A un desconocido del que no sabemos nada y al que nos encontramos en un lugar peligroso. Todo lo que viene a continuación es desencadenado por la mirada. Podríamos decir que son los verbos claves en la ética de un corazón amante (vendar heridas, extender aceite, acompañar, cuidar...). La conmoción de entrañas y el acercamiento llevaron a aquel extranjero a la prontitud en la respuesta y el compromiso en el cuidado. Son siete, un número que indica lo completo, lo acabado, los verbos empleados en el relato para narrarnos los movimientos del samaritano después de ver al herido:

- 1) Se compadeció
- 2) Se acercó a él
- 3) Le vendó las heridas
- 4) Le echó aceite y vino
- 5) Lo montó en su cabalgadura
- 6) Lo llevó a una posada
- 7) Lo cuidó

El samaritano actuó e hizo todo lo que estaba de su mano hacer. Todo lo que podía hacerse. Todas las posibilidades de actuación con lo que tenía a mano, y cuando ya no podía hacer más, dejó al herido en manos de aquellos que podía cuidarle y siguió poniendo de su parte lo que podía poner.

2/6

Vendando heridas. Extendiendo aceite.
 (Un itinerario sanante)

“Se acercó” y lo tocó, vendando sus heridas. En todos los relatos evangélicos de curaciones, Jesús se acerca a los enfermos y les toca sin el temor de contaminarse con la impureza de la enfermedad. Tocar es en el ser humano una expresión de máxima cercanía. Jesús toca al enfermo con manos que sanan, que reconcilian e integran en la comunidad. Ahora nos pone un ejemplo de sanación a través de las manos samaritanas (y tiene cierta gracia este guiño a los samaritanos, que un poco antes, en el inicio de su viaje a Jerusalén, le habían negado su hospitalidad). El samaritano toca al hombre vendando sus heridas, limpiándolas con vino y untando aquél cuerpo magullado con aceite. Medicinas que desinfectan y sanan. Es ciertamente curioso que llevara en su macuto buena provisión de vendas, aceite y vino para el viaje. La tarea en la Pastoral de la Salud no es la curación física a la manera de un médico o un enfermero.

Pero Jesús en ese haz tú lo mismo nos insta a sacar de nuestras mochilas toda nuestra capacidad de sanación para ponerla al servicio de aquel que necesita ser sanado. Capacidad de sanación integral que en nuestro caso tiene mucho que ver con la presencia plena, la escucha atenta y el acompañamiento. No llevamos vendas aceite y vino en nuestros bolsos pero partiendo de nuestro interior profundo, de la capacidad de percibir la realidad y acogerla tal como se nos presenta. Desde nuestras posibilidades de apertura al otro y a los otros, es desde donde podemos hacer verdadera comunión y acompañamiento, sin tener temor a lo que el otro nos diga, sin miedo a sus interpelaciones ni a estar descubiertos ante la vulnerabilidad, la enfermedad, la muerte... y a la vez con la gran capacidad que nos da la apertura de corazón de escuchar y de comprender. Desde las claves de ese camino-peregrinación hacia el amor y la acogida incondicionales, como es incondicional el amor de Jesús, el amor de Dios.

Como dice **A- Pangrazzi**

“El agente de pastoral, a diferencia de otros profesionales, tiene el privilegio singular de ofrecer su presencia a quien no la ha pedido (enfermos con distintas patologías)... Su acercamiento es sanador si cultiva el arte de una aproximación positiva, de manera especial a través de la presentación, la observación y el afectuoso calor humano”⁷.

La misión que confía Jesús a los discípulos en el Evangelio presenta esas dos vertientes, que van unidas: “**Curad a los enfermos y decirles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios**” (Lc 10, 8-9) Jesús no separó nunca la acción sanadora de la proclamación del Reino. Cabe preguntarse si se nos habrá olvidado la primera parte.

Esas palabras que nos involucran también en la sanación, en la manera que decíamos de sanadores heridos, desde esas heridas que en cada uno pueden convertirse en defensa acorazada, es verdad, pero también son oportunidad de comprensión y apertura, ya que sólo lo que va abierto tiene posibilidad de acogida. Sanadores desde la entrega que propicia que el otro se desarme y exprese pudiendo liberarse, desencorarse, reconciliarse y comenzar a sanar lo más profundo de sí, abriéndose a sentidos profundos, aunque la enfermedad continúe su curso. Es don y tarea para nosotros la capacidad de vendar heridas, extender aceite y vino, cuidar.

2/7

Cuidar.
 (Un itinerario de acompañamiento)

“Lo montó en su cabalgadura”.
 “Lo llevó a una posada”. “Lo cuidó”.

El samaritano no se conformó con la primera “cura de urgencia” vendando y curando heridas. Acompañó al hombre aquél en su camino de dolor. Dice A Pangrazzi que con estas acciones, el samaritano se hace promotor de un viaje de esperanza⁸ y me parece ésta una expresión esclarecedora para explicitar la tarea de todo agente de Pastoral de la Salud. Empezar un viaje esperanzado con las personas a las que visitamos y acompañamos. Ser promotores de esperanza a la cabecera del enfermo. La enfermedad corporal unas veces desaparecerá y en otras ocasiones no será curable. Nuestra no es la tarea de intentar curar el cuerpo, pero siempre es posible abrir caminos de esperanza acompañando y cuidando, siendo cauces de compasión samaritana para posibilitar la integración y la sanación profunda de aquellos que son para nosotros verdaderos compañeros de camino. Un acompañamiento integral en la medida de nuestras posibilidades, sabiendo que como personas tenemos distintas facetas que necesitan cuidado y que tan importante como prestar atención al cuerpo herido lo es escuchar las emociones, las búsquedas de sentido y las inquietudes relacionales y de futuro inmediato del que va a nuestro lado. Cada vez más se impone la necesidad de que los agentes de Pastoral de la Salud aprendamos a acompañar, para no recurrir a la frase fácil que intenta, sin conseguirlo, mitigar el dolor. Acompañar desde el silencio y la escucha profunda de lo que el otro nos dice en palabras y gestos. Acompañar especialmente las necesidades emocionales y espirituales sobre todo en estos momentos de crisis social, en que van escaseando los recursos y con ello se podría recrudecer la falta de tiempo de los trabajadores de hospital. Escuchar las inquietudes y los temores del enfermo. Siempre se me viene a la memoria la obra aquella de Tolstoi “la muerte de Ivan Illich” en que se expresan tan bien algunos temores y necesidades que a menudo el enfermo no puede explicitar a la familia cercana:

“El doctor decía: esto y esto indican que dentro de usted hay esto y esto;

7. A. PANGRAZZI, Girasoles junto a sauces; Ed. Sal Terrae, Santander 2000 pp. 21ss.

8. A. PANGRAZZI, op. cit pp. 21s.

9. P. ALBERT VANHOYE, S.J. El Buen Samaritano. Hermenéutica bíblica de la parábola, en: Dolentium Hominum n.31. 1996.

pero si no se ve confirmado por los análisis de lo otro y lo otro, entonces habrá que suponer que usted padece esto y esto... para Ivan Illich había solo una pregunta importante ¿era o no era grave lo suyo? (L. Tolstoi)

¿Cuáles son las preguntas, las inquietudes profundas, los temores, las esperanzas y desesperanzas, los sentimientos, las impotencias, las necesidades de cercanía o soledad, las dificultades de reconciliación interna con los otros consigo mismo o con Dios, la necesidad de hablar o de callarse ...de este que yace aquí enfermo en una cama? Y ahí estamos con las manos llenas de aceite y vino y dispuestos a cuidar. Se hace imprescindible aprender cuidado.

2/8

¡Cuida de él!
 (Otros verbos para el camino de esperanza)

No son sólo siete verbos. Hay más. La acción del Samaritano no se agota, como decía, en las primeras curas necesarias para aliviar el dolor. Después de poner los medios adecuados, sabe soltar y alejarse dejando en otras manos los cuidados especializados y asegurando con sus propios bienes que la sanación siga su proceso y el hombre aquél continúe siendo atendido en su ausencia.

Eso es lo que expresan los últimos verbos de la parábola. Antes de marcharse y continuar camino, deja al herido en la posada, asegurándose de que queda atendido por el posadero: **LE DIO** dos denarios. **DICIENDO**. **CÚDALO**. y si **GASTAS**, te **PAGARÉ**, cuando **VUELVA**. Y con este “**cuando vuelva**” nos indica que no se desentiende del futuro.

Una relación de ayuda que exige saber “soltar” y dejar en manos de otros cuando el proceso así lo requiera, pero que asegura nuestra continuidad y nuestra vuelta.

Siempre es posible abrir caminos de esperanza acompañando y cuidando siendo cauces de compasión samaritana

3/

Conclusión: la conversión de un corazón levita en corazón samaritano.

Como si fuera un título de **D. Aleixandre**, “esta parábola es nuestra parábola” y “estos verbos son también nuestros verbos”, escritos para nosotros hoy. Las parábolas en general

“llevan consigo muy a menudo rasgos inverosímiles porque, precisamente, quieren poner en tela de juicio las ideas convencionales y abrir perspectivas nuevas, perspectivas divinas”⁹.

Perspectivas nuevas, por eso no haremos de la narración una cuestión moralizante entre los buenos y los que no lo eran tanto: El Levita y el sacerdote que para cualquier judío serían identificados como prójimos y sin embargo lo hicieron francamente mal, o el samaritano que actuó la compasión a pesar de pertenecer a un colectivo más que sospechoso. Todos nosotros en distintos momentos de la vida puede situarse en las zapatillas de cada uno de los personajes propuestos por Jesús. A veces vamos de apaleados, otras de levitas o de sacerdotes o de samaritanos. También de doctores de la ley. Al leer la parábola puede ocurrir que nos resulte más fácil identificarnos con el buen samaritano que con el resto de los personajes; obviamente no somos bandoleros, ni somos de los que miramos para otro lado, es decir, estamos en el grupo de “**buenos cristianos**” que ya llevamos un camino y prestamos un servicio. Esta identificación fácil es peligrosa porque nos puede cerrar los oídos a las exigencias, siempre nuevas y siempre interpelantes de la parábola. Es difícil formar

parte del colectivo de los “buenos cristianos” o las “buenas personas” porque, como dice **Sta Teresa** al hablar de los que han llegado a la 3ª morada del camino espiritual,

“darles consejo no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, pareceles que pueden enseñar a otros y que les sobra razón”.

Nuestra primera tarea, sin embargo, es dejarnos interpelar por el Evangelio. Por eso hoy nos situamos en peregrinación. Partimos de la miopía del levita y del sacerdote, en proceso de convertirnos en samaritanos. Hemos de realizar todo el recorrido, todo el itinerario. Por poner otro ejemplo de la Santa de Ávila, vamos siempre en transformación como el gusano de seda que nace

“de una simiente que es a manera de granos de pimienta, teje su propio cobijo y pierde la vida como gusano para que se abra el capullo y salga una mariposa”

Como decíamos al principio, este es un texto que nos invita a hacer un camino hacia adentro y hacia abajo, para transformar nuestro corazón, de un corazón eficiente, que sabe y que cumple, a un corazón amante, en camino hacia el amor incondicional. Se nos dice lo que hay que hacer. Se nos indica cómo hacerlo pero tenemos que realizar una relectura desde nuestro propio proceso y nuestra situación y teniendo en cuenta todas las capacidades y posibilidades que tenemos hoy.

Esta desproporción a que nos llama el Evangelio no como idea de obligatoriedad sino como llamada y vocación de ir matando el ego para hacernos cada vez más interiores, más de entrañas o sea, más entrañables, más desde el Corazón de Dios. Leyendo las interpretaciones de

distintos autores, y extendiendo la visión desde las formas alegóricas de comprender la parábola algunos Padres de la Iglesia, hasta las distintas interpretaciones actuales; o incluso las formas de entender de otras corrientes espirituales y confesiones religiosas diferentes, parece increíble que unos verbos tan antiguos continúen teniendo actualidad y vigencia si les ponemos situaciones nuestras, de esas del cada día.

“La generosidad compasiva es el fundamento de la auténtica vida espiritual, puesto que constituye la práctica del soltar. Un acto de generosidad abre nuestro cuerpo, corazón y espíritu y nos aproxima a la libertad. Cada acto de generosidad es un reconocimiento de nuestra interdependencia [...] Pero para la mayoría de nosotros, la generosidad es una cualidad que hay que desarrollar. Hemos de respetar el hecho de que crezca de modo paulatino; de otro modo nuestra generosidad puede volverse idealista e imitativa [...] La verdadera generosidad crece en nosotros cuando abrimos nuestro corazón, crece junto a la integridad y salud de nuestra vida interior”¹⁰.

No hay un prójimo bien delimitado. Ser prójimo implica hacerse prójimo, aproximarse con la voluntad de hacerlo y es algo que tiene que ver con la práctica más que con la idea; con extender los brazos para acoger y actuar.

Tal vez tendríamos que inventar un nuevo verbo que no aparece en la parábola, para denominar el itinerario aquí propuesto; que sonase algo así como “samaritanear”. Nos toca hacer silencio contemplativo, continuar meditando las palabras del Evangelio y saborear su actualidad, estando atentos a los lugares de nuestra vida por los que se pasea el Espíritu, que nos abre a tener sobre la realidad los mismos sentimientos que tuvo Jesús.

10. J. KORNFIELD,
 Camino con corazón,
 Ed. La liebre de marzo, Barcelona
 1997. P. 206

BIBLIOGRAFIA

A.A.V.V,
 Revista Dolentium Hominum n.31.
 1996 (Actas de la X Conferencia Internacional promovida por el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios sobre Vade et tu fac similiter: de Hipocrates al Buen Samaritano.

Aleixandre, D.,
 Buscadores de pozos y caminos.
 Dos iconos para una vida religiosa samaritana en:
 Pliego Vida Nueva n.2451, 2004
 (Congreso Internacional de la Vida Consagrada)

Benedicto XVI,
 Jesús de Nazaret,
 Ed. La esfera de los libros,
 Madrid 2007 (pp. 226-234)

Bermejo, J. C;
 Empatía terapéutica. La compasión del sanador herido, DDB, Bilbao 2012.

Dillman, R., Mora. C.,
 Comentario al Evangelio de Lucas,
 Verbo Divino, Navarra 2006
 (pp. 288-292)

Fitzmyer, J.,
 El Evangelio según Lucas,
 Ed. Cristiandad, Madrid 1987 (pp. 276-291)

García Lomas.,
 Y Jesús les contó esta parábola.
 Parábolas para trabajar en grupo,
 Ed. Paulinas, Madrid 1992 (pp. 97-102)

Jimenez, M.,
 Junto a los que sufren.
 Caritas Donostia, Junio 2012.

Kornfield, J.,
 Camino con corazón,
 Ed. La liebre de marzo,
 Barcelona 1997

Laguna J.,
 Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad. Hoja de ruta Samaritana para otro mundo posible, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2011, Cuadernos No. 172.

Nouwen, H.,
 El sanador herido, PPC,
 Madrid 2008⁷

Osoro, C.,
 A la Iglesia que amo, Narcea,
 Madrid 1989 (pp. 110-126)

Paglia V.,
 De la compasión al compromiso.
 La parábola del Buen Samaritano,
 Narcea, Madrid 2009.

Pangrazzi, A.,
 Girasoles junto a sauces.
 Sal Terrae,
 Santander 2000 (pg. 21 ss)

01/5

La diaconía de la caridad como motor de la misión. Sanación y Nueva Evangelización.

José Cristo Rey García Paredes, cmf¹,
 Subdirector del Instituto Teológico de Vida Religiosa

El autor, según el lema del Día del Enfermo, tema sumamente evocador, le corresponde hablar de la "diaconía de la caridad como motor de la misión". Voluntariamente le ha añadido el subtítulo que delimita el tema "Sanación y Nueva Evangelización".

Ha dividido su trabajo en tres partes: un punto de partida sobre la parábola del Samaritano como mandato misionero; la perspectiva sobre el Sínodo de la nueva evangelización enfocándolo todo bajo la misión de la caridad y la sanación de la nueva evangelización.

1/

Punto de partida: la parábola del samaritano como mandato misionero.

La parábola de Jesús es una enseñanza del Maestro que concluye no en el conocer, o en la transmisión de conocimientos, sino en el “ir” y el “hacer”.

- El “ir” tiene que ver con el “bajar”, con el “descender”. No con el “subir”, ni “escalar”. El descenso tiene como objetivo dirigirse a los lugares peligrosos del mundo, a los bajos fondos, allí donde la gente se ve despojada, herida y malherida. Se trata de acercarse sin rodeos y enfrentarse con la realidad humana, con la que uno se encuentra.

- El “hacer” tiene que ver con la conducta de quien no da rodeos, sino que se pone en acción inmediatamente ante la urgencia de la situación. No se trata de un “hacer” desganado o asalariado, ni de un hacer comprendido como mero trabajo. Es un “hacer” que brota de la compasión, de la misericordia abundante y que se expresa en diversas acciones que tienden hacia la restauración de la salud.

La parábola no es frecuentemente interpretada como un “mandato misionero”. Este tipo de calificación se reserva a otros textos como

“Id y anunciad el evangelio a todos los pueblos ...”.

Sin embargo, aquí vemos cómo el Señor, con lenguaje imperativo, le dice al escriba que le había preguntado quién es mi prójimo: ¡Anda!

1. Podéis seguir su blog "Ecología del Espíritu" en <http://www.xtorey.es/>

No le dice: ¡Quédate aquí conmigo! Jesús lo envía a los caminos del mundo, a los caminos del descenso y le confía una tarea: ¡Hacer!, no enseñar. El escriba no debe irse para establecer una escuela de teología, sino para innovarse con una praxis según el modelo que se le ha propuesto: el samaritano. Ambos son textos de misión: los que se refieren al “enseñar” y los que se refieren al “hacer”. Y esto conecta con el estilo de Jesús al anunciar el Evangelio del Reino de Dios: aquello que Jesús “comenzó a hacer y a enseñar” (Hech 1,1). Por una parte la acción, por otra parte la enseñanza.

Da la impresión de que en “la misión del hacer” Dios no es explícitamente mencionado. Y da la impresión, incluso, que el sistema religioso queda intencionalmente malparado: tanto el sacerdote (representante oficial de la religión), como el levita (el pensador y practicante de la fe religiosa) alejan el sistema religioso que representan del acontecimiento y viendo la situación no actúan. Si Dios se acerca al pobre hombre malherido no es a través de sus mensajeros explícitos, sino oculto en un samaritano, considerado hereje por la religión oficial de Israel. Movido por un arrebatado de compasión se abaja ante el pobre hombre malherido, lo atiende y lo cuida hasta sacarlo totalmente del peligro. No hay signos sagrados en la historia que Jesús narra; pero todo se vuelve sagrado porque el actuar mismo del samaritano revela la compasión de Dios. Nada extraño, que en otro momento Jesús diga:

“Tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y me visitasteis ...” (Mt 25).

Se da la circunstancia -no menos providente- de que estas Jornadas tienen lugar en el contexto inmediato del próximo Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en Roma dentro de unas semanas y que abordará el tema de la “Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Y uno se pregunta: ¿la reflexión sinodal sobre la misión evangelizadora, tendrá en cuenta

también el mandato misionero de la parábola del samaritano? ¿Se pondrá suficientemente de relieve “el envío del descenso”, el envío para “hacer lo mismo” que hizo el samaritano? Quiera Dios que estas Jornadas puedan contribuir a una respuesta positiva a tales preguntas. Veamos, pues, cómo hacer más explícita en la conciencia de la Iglesia actual la “misión del hacer samaritano”, “el envío del descenso”, la misión en el ámbito de la salud, como parte integrante de la “nueva evangelización”. Pastoral de la Salud dentro de la nueva evangelización y cómo la nueva evangelización orienta e ilumina la pastoral de la salud.

2/

Perspectiva: el sínodo de la “nueva evangelización”.

Hoy estamos muy preocupados en la Iglesia porque la herencia cristiana -al menos en nuestros países- se va diluyendo en las generaciones intermedias y no germina en las nuevas. La Iglesia está pasando por una preocupante racha de esterilidad misionera. Da la impresión de que nuestra sociedad puede ya vivir y progresar sin el anuncio del Evangelio y sin la fe en Jesucristo. La Iglesia se percibe como una realidad poco atractiva, cada vez más envejecida y obsoleta; por eso, siente la llamada ineludible de su Señor a empeñarse en una “nueva evangelización”.

Pero ante la expresión “nueva evangelización” surgen recelos y reacciones de poco entusiasmo. ¡La hemos escuchado ya tantas veces! ¡desde el Concilio Vaticano II, Pablo VI - “Evangelii Nuntiandi” - y, sobre todo, Juan Pablo II -ya desde el inicio de su largo pontificado- y últimamente Benedicto XVII. Parece ser una expresión en estado de inflación. ¿Hay “novedad” por el mero hecho de hablar tantas veces de novedad?

De todos modos, el Papa Benedicto XVI vuelve a insistir en la “nueva evangelización”. Ha creado el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización y además ha convocado un Sínodo.

2/1

“Continuar la obra evangelizadora de Jesucristo bajo la moción del Espíritu”.

Si nos asomamos al Instrumento de trabajo del próximo Sínodo (=IL), vemos que en sus 169 números, divididos en cuatro capítulos² apenas se habla de la evangelización “samaritana” - objetivo de estas Jornadas-. Y sin embargo, podría haberlo hecho en conexión con el comienzo del texto, cuando -citando Lumen Gentium- dice que tarea principal de la Iglesia es:

“Continuar la obra evangelizadora de Jesucristo, haciéndola presente y actual, en las condiciones del mundo de hoy”³.

Y eso significa, según el Instrumento de Trabajo “introducir en nuestro mundo e historia un principio de transfiguración del ser humano” (IL, 31). Y Jesús lo hacía a través de la curación y el perdón (IL, 29). ¡Estos gestos han de encontrar continuidad en una Iglesia evangelizadora⁴. La curación y el perdón atraen al ser humano hacia la intimidad de Dios; y en esa cercanía ¡fácilmente nace la fe! (IL, 23). Es cierto, también, que la Iglesia continúa la misión evangelizadora de Jesús enseñando “todo lo que él ha mandado” (cf. Mc 16,15; Mt 28,20), entregando el Evangelio (IL, 26). La Iglesia continúa la misión de Jesús a través de la curación, el perdón y la enseñanza gracias al Espíritu Santo, principal protagonista de la Evangelización:

“El Espíritu Santo que los impulsó a abrir las puertas del cenáculo,

transformándolos en evangelizadores y evangelizadoras (cf. Hch 2, 1-4) es el mismo Espíritu que guía hoy a la Iglesia y la estimula a un renovado anuncio de esperanza dirigido a los hombres de nuestro tiempo” (IL 41)

Pero es una lástima que no se desarrolle posteriormente la misión evangelizadora de la Iglesia en clave de curación y perdón. ¡Esperemos que algunas intervenciones durante el Sínodo subsanen esta importante carencia!

2/2

¿En qué consiste “la novedad”? Fluctuaciones

Se pregunta muchas veces el documento pre-sinodal en qué consiste la “novedad” de la “nueva evangelización”. Las respuestas son fluctuantes y se reconoce que es una expresión “en construcción”. Juan Pablo II la utilizó repetidas veces en sus viajes apostólicos con diversos significados (IL, 13): evangelización “nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”⁵, nueva evangelización de Europa⁶, re-evangelización, evangelización⁷ en un nuevo tiempo y en los diversos lugares⁸, o la recuperación del ardor misionero de los orígenes y de la pasión por evangelizar en todos los miembros del pueblo de Dios⁹. A esta variedad de significados sale al paso el Instrumento de trabajo diciendo que la “nueva evangelización”:

- No es un nuevo modelo de acción pastoral, sino un proceso para relanzar la misión fundamental de la Iglesia (IL, 77);

- No es una cuestión organizativa o estratégica, sino más bien espiritual (IL, 158)¹⁰;

- No significa “nuevo Evangelio”, sino promover una cultura más profundamente arraigada en el Evangelio (IL, 164), en descubrir “el hombre nuevo” (Ef 4,24), que está en nosotros

2. “Jesucristo, Evangelio de Dios para el hombre”; 2) “Tiempo de nueva evangelización”; 3) “Transmitir la fe”; 4) “Reavivar la acción pastoral”.

3. Cf. Lumen Gentium, 17. 35.

4. Cf. EILEEN R. BORRIS, Forgiveness and the healing of nations, en “Dialogue and Alliance” 23 (2011), pp. 59-64; Cf. Pamela Cooper-White, Preachingfaith and Healing, en “Journal for preachers” 34 (2011), pp. 42-49;

5. JUAN PABLO II, Discurso a la XIX Asamblea del CELAM (Port au Prince, 9 de marzo de 1983), 3: AAS 75 1 (1983) 778. Debe reconocerse, sin embargo, que la expresión “nueva evangelización” apareció por vez primera en el documento de Puebla (1979), cuando hablaba de “situaciones nuevas que nacen de los cambios socio-culturales y que requieren una nueva evangelización” (Puebla, n. 366).

6. Juan Pablo II, a partir de su primera visita a Polonia en el 1979, utilizó con frecuencia esta expresión y se refería a «la urgencia y la necesidad de la “nueva evangelización”, consciente de que Europa, hoy, no debe apelar simplemente a su herencia cristiana anterior; hay que alcanzar de nuevo la capacidad

de decidir sobre el futuro de Europa en un encuentro con la persona y el mensaje de Jesucristo»

7. Cf. Redemptoris Missio, n.33, con el significado de “re-evangelización” o “segunda evangelización”. Es necesaria una nueva evangelización para las regiones des-cristianizadas y para las personas cuya fe ha quedado atrofiada, sin crecer con el paso de los años (IL, 12.13).

8. JUAN PABLO II, Ecclesia in Europa (28 de junio de 2003), 2.45: AAS 95 (2003) 650; 677. Todas las Asambleas sinodales continentales celebradas como preparación al Jubileo del 2000 se han ocupado de la nueva evangelización: cf. JUAN PABLO II, Ecclesia in Africa (14 de septiembre de 1995), 57.63: AAS 85 (1996) 35-36, 39-40; JUAN PABLO II, Ecclesia in America (22 de enero de 1999), 6.66: AAS 91 (1999) 1011, 56; JUAN PABLO II, Ecclesia in Asia (6 de noviembre de 1999), 2: AAS 92 (2000) 450-451; JUAN PABLO II, Ecclesia in Oceania (22 de noviembre de 2001), 18: AAS 94 (2002) 386-389.

9. “Reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento

gracias al Espíritu que nos ha sido dado por Jesucristo y por el Padre.

Reconoce, así mismo, que la evangelización se encuentra hoy en profunda transformación (IL, 76): las figuras tradicionales (países de misión y necesitados de evangelización, tarea pastoral etc.) resultan hoy demasiado simples y hacen referencia a un contexto superado (IL, 76)¹¹. Y afirma, finalmente, que la “novedad” de esta evangelización, hoy necesaria, proviene de la confrontación con las:

“Transformaciones sociales y culturales, que están profundamente modificando la percepción que el hombre tiene de sí mismo y del mundo, generando repercusiones también sobre su modo de creer en Dios” (IL, 6).

Tales transformaciones generan desorientación, desconfianza hacia todo aquello que nos ha sido transmitido sobre el sentido de la vida y llevan al abandono de la fe (IL, 7). La situación de debilidad, disminución, privatización, reducción y falta de empeño en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones requieren una nueva evangelización (IL, 48). Por ello, la Iglesia necesita renovar, hacer “nueva” su evangelización. En este contexto, “nueva evangelización” quiere decir:

- “discernimiento para anunciar adecuadamente el Evangelio en nuevos escenarios” (IL, 51),

- audacia misionera para hacernos presentes en el tejido social. (IL, 138),

- creatividad y fantasía para transmitir la fe a través del arte y la belleza (IL, 157),

- renovada modalidad de anuncio, sobre todo para quienes viven en contextos de secularización, sin excluir de ello a los mismos países de tradición cristiana (IL, 44).

Estos significados muestran cómo el concepto de “nueva evangelización” va madurando y se va expresando a través de formas muy diferentes. No obstante, todavía seguimos en “búsqueda de su significado”, en discernimiento y nos sentimos estimulados hacia una nueva forma de evangelizar (IL, 44). Como síntesis conclusiva nos puede servir el n. 92 del IL, que describe la nueva evangelización como un proceso a través del cual la Iglesia:

- movida por el Espíritu, anuncia y difunde el Evangelio en todo el mundo, llamando a la conversión, mediante la catequesis y los sacramentos de la iniciación;

- impulsada por la caridad, impregna y transforma todo el orden temporal, asumiendo y renovando las culturas .

- Hace renacer en sí misma la transmisión de la fe.

3/

El punto focal: la caridad, motor de la “nueva evangelización”.

Focalicemos ahora nuestra atención en el núcleo de esta conferencia: la caridad sanante, samaritana, entendida como “nueva evangelización”.

3/1

La misión del descenso: “anda y haz tú lo mismo”.

La caridad es lenguaje de “nueva evangelización”: un lenguaje que se expresa más con obras de fraternidad y sororidad, de cercanía y de ayu-

da a las personas en necesidades espirituales y materiales, que con palabras (**¡Así los expresa el IL, en el n. 124!**).

Por eso, afirmamos que forma parte de la “**nueva evangelización**” una “**nueva forma**” de acercarse al ser humano en su enfermedad física o psíquica, en sus laberintos interiores, adicciones que lo desequilibran y corrompen. Esa “**nueva forma**” emerge en aquellos grupos eclesiales o humanos que enfatizan mucho en la terapia “**holística**”, en los procesos de sanación, en formas alternativas más globales de pensar la medicina. ¿Será posible continuar hoy la actuación de Jesús que sanaba, porque una energía desconocida salía de él y suscitaba una fe profunda en los pacientes y quienes los acompañaban? O ¿habrá que reducir nuestra misión al cuidado de los enfermos, a la atención espiritual en sus necesidades, y a la resignada aceptación de la muerte cuando ya es inevitable?

En estos temas no nos bastan los slogans. Si todo es “**nueva evangelización**” nada es “**nueva evangelización**”. Si profundizamos en la comprensión de esa “**nueva Evangelización**” que hoy Dios nos pide, descubrimos que es la estrategia del Espíritu para sanar, iluminar y unir en Alianza al ser humano, y a las comunidades humanas de nuestro planeta en este siglo XXI; y en esta estrategia el Espíritu cuenta con personas que quieren nacer de nuevo como evangelizadores y evangelizadoras. Pero ¿podrán nacer de nuevo unos evangelizadores o evangelizadoras que ya se han vuelto rutinarios y viejos? Jesús diría, como a Nicodemo: “**¡Tienes que nacer de nuevo del agua y del Espíritu**”, o como en la parábola del Samaritano: “**Vete y haz tú lo mismo**”...

3/2

La nueva evangelización entendida desde la “**Missio Dei**”.

La evangelización es la aportación peculiar de la Iglesia a la “**missio Dei**”. La misión no es princi-

palmente una tarea de la Iglesia, sino un atributo de Dios. En la teología de la misión, se enfatiza hoy mucho en esto. Se dice que es un nuevo paradigma de misión, como una revolución copernicana. Esto supone pasar de una concepción eclesio-céntrica de la misión, a una concepción teo-céntrica, o de una concepción cristológica de la misión a una concepción trinitaria¹².

Nuestro Dios es misionero. Jesús fue el enviado del Padre. Realizó las obras que el Padre le confió: por eso Jesús comenzó su misión con “**el hacer y el enseñar**” (**Hech 1,1**). En la perspectiva del “**hacer**” vemos, por ejemplo cómo en **Mc 5, 21-43** Jesús realizaba su misión evangelizadora dando vida a la hija de Jairo, curando a la mujer que padecía flujos de sangre. Sanaba a través del tacto. El reino de Dios que Jesús anunciaba no era sólo cuestión de “**oír**” y de “**ver**”; ¡también de un “**tocar sanador**”!¹³. Además de su mensaje, Jesús traía consigo la magia sanadora del Reino de Dios. Aquel que tenía poder para curar, sin embargo, no tuvo poder para salvarse a sí mismo. Cumplió en la cruz la misión recibida de Dios Padre: “**Consummatum est**”.

Muy poco duró la misión de Jesús, pero ya Él les advirtió a los suyos:

“**os conviene que yo me vaya....
 No os dejaré huérfanos....
 El Espíritu os llevará a la verdad completa... Él hará memoria de mí**”.

El Espíritu Santo fue enviado a la comunidad de seguidoras y seguidores, fue derramado sobre toda carne. ¡Comenzó la misión del Espíritu! ¡Estamos en el tiempo de la misión del Espíritu! No es la Iglesia la que tiene una misión. Es la misión del Espíritu la que tiene una Iglesia. No es la Iglesia la que cura y sana, es el Espíritu quien cura y sana a través de los carismas que concede a la Iglesia. El Espíritu Santo es siempre el gran protagonista de la Misión¹⁴.

apremiante de Pablo, que exclamaba: "¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Co 9,16). Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos "especialistas", sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos": JUAN PABLO II, Novo millennio ineunte (6 de enero de 2001), 40: AAS 93 (2001) 294.

10. "En este inicio de milenio la prioridad de la Iglesia debe ser asumir con renovado impulso la propia misión evangelizadora, subrayando en ella el carácter de "novedad" (IL, 6). En su momento inicial, la nueva evangelización responde a una pregunta: ¿cómo ha de vivir un creyente su vocación espiritual y misionera ante los cambios sociales y culturales de nuestro tiempo? ¿Hacia dónde lleva el Espíritu hoy a las comunidades cristianas? ¿Se dejan guiar por Él (IL, 46)? "En nuestros días el anuncio del Evangelio se muestra mucho más complejo que en el pasado" (IL, 41); no

es fácil dar razón de nuestra fe ante una situación inesperada, en un contexto que, respecto al pasado, presenta muchos rasgos nuevos, pero también críticos. (IL, 42) y que "modifican la percepción de nuestro mundo" (IL,43).

11. «No es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados... los no cristianos en su propia casa. La misión ad intra es signo creíble y estímulo para la misión ad extra, y viceversa" Juan Pablo II, Redemptoris Missio, 37.

12. Cf. MARK LAING, Missio Dei: Some implications for the Church, en Missiology: An International Review, 37 (2009), pp. 89- 99; DAVID BOSCH, Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission, Orbis, Maryknoll, 1991; TORMOD ENGELSVIKEN, Missio Dei: The understanding and misunderstanding of a Theological Concepto un European Churchus and Missiology, en International Review of Mission 92 (2003),481-497;

13. Cf. FREDERICK J. GAISER, In touch with Jesus: Healing in Mark 5:21-43, en "Word and World", 30 (2010), pp. 5-15.

Cuenta con la colaboración de la Iglesia en cada momento histórico. Para ello, suscita personas que dan testimonio, que evangelizan con sus obras y palabras, que han sido agraciadas con los más variados carismas.

La evangelización no se reduce sólo a la transmisión de la doctrina, a la enseñanza, al ministerio de la Palabra. También incluye el testimonio y la diaconía o servicio del amor. Más todavía: el Espíritu de Jesucristo ha de luchar y vencer “**los malos espíritus**” que se oponen al reino de Dios. Por eso, Jesús les dijo a sus discípulos:

“**curad, expulsad demonios**”.

La comunidad del Espíritu se sabe, por ello, implicada en la lucha apocalíptica pero tiene la certeza de la victoria final. Y en esa lucha contra los malos espíritus está incluida la misión de sanación y curación. Un aspecto frecuentemente postergado y olvidado en las reflexiones teóricas sobre la misión.

3/3

El ministerio de sanación - curación en la propuesta de la “**Nueva Evangelización**”.

La “**missio Dei**” en la cual hoy la Iglesia colabora tiene su paradigma en Jesús. Lo expresó muy bien Pedro cuando pronunció estas palabras:

“**Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buen Nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo: cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a**

todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con Él” (**Hech 10, 36-38**).

El libro de los Hechos de los Apóstoles contiene curaciones realizadas por los apóstoles que fluían en continuidad con el ejemplo y el mandato de Jesús y de su mandato. La carta de Santiago nos dice qué hacer cuando uno está enfermo en la comunidad:

“**la oración de la fe lo salvará ... la oración del justo es poderosa y efectiva**” (**Sant 5,14-16**).

Fue la calidad de este cuidado y preocupación sanadora por los demás, lo que hizo crecer el número de cristianos en los días primeros. Pero con la legalización del cristianismo en el 313

“**bajó la temperatura espiritual... lo que llevó a perder la conciencia del poder sanador de Cristo y a preocuparse sobre todo de cómo organizar la Iglesia, codificar sus leyes y sistematizar su teología**”¹⁵.

De este modo, se comenzó a pensar que las curaciones pertenecían al mundo de la superstición y de la magia. Sin embargo, ¿no es verdad que la curación pertenece a la misión evangelizadora? ¿Puede anunciarse creíblemente el Evangelio si prescindimos del poder del Espíritu que sana, cura, restablece? ¿Cómo entender hoy el pasar “**curando**”? ¿Qué significa “**curar**”? La curación implica el cuerpo, la mente y el espíritu, los individuos y las comunidades. La curación puede ser física, mental, emocional, espiritual, social, cultural, comunitaria. El obispo **Mark Dyer de Bethlehem** (Pensilvania, Estados Unidos) contó en uno de sus sermones lo que le ocurrió en una visita a la congregación de **Madre Teresa en Calcuta**.

Un hombre, en avanzado estado de lepra se acercó al obispo y le pidió que le impusiera las manos para curarse. Atenazado por el miedo el obispo le pidió consejo a una hermana, que era también doctor. Ella le respondió: “¿Qué haría Jesús?” El obispo replicó: “No, no. Lo que yo le pregunto es su opinión clínica”. A lo cual ella respondió: “¡Esa es precisamente mi opinión clínica!” En ese momento el obispo sintió cómo quedaba liberado de sus miedos. Miró el rostro desfigurado de aquel leproso y -cuenta él- que vio el rostro de Jesús. Le impuso las manos en su cabeza mientras el obispo Dyer sintió cómo Dios estaba poderosamente presente en aquel momento de conexión. ¿Quién fue curado en aquel encuentro? Ciertamente el obispo tanto como el hombre leproso: ¡el amor perfecto expulsa el temor! (1 Jn 4,18). También es probable que el sacerdote y el levita de la parábola se vieran atrapados y movilizados por el temor. En cambio el samaritano se vio agraciado con el amor perfecto. Si quisiéramos describir hoy la nueva evangelización desde la perspectiva de la sanación, quizá no encontraríamos una expresión mejor que la de Sharon Thornton en su libro “Roto aunque amado: una teología pastoral de la Cruz”. Allí escribe:

“La curación (Healing) es algo que ha de ser recibido, no algo que ha de ser arrebatado o procurado. Desde esta perspectiva la curación no proviene únicamente de la energía interna, ni de la autoconciencia, sino de relaciones de hospitalidad ante la presencia sanadora del Santo. El reino de Dios, el reino de los Santos, es el lugar de la curación. Es un reino no concebido, ni actuado por las tecnologías, ni siquiera por las tecnologías psicológicas o espirituales. La curación es la base de la esperanza en la historia, el don y el signo de que el reino de la justicia está presente en medio de nosotros, y que ha de ser comprendido desde la compleja red de relaciones divino - humanas, o desde la Alianza. Restaurar la totalidad

hace referencia a la reparación de toda esa red. El objetivo del cuidado pastoral como reconciliación significa crear justicia para todo el cosmos”¹⁴.

Entrar en la comunidad cristiana, formar parte de ella, vivir su oración, sus sacramentos, su año litúrgico, es entrar en una auténtica comunidad terapéutica. Y cuando ésta comunidad anuncia el Reino de Dios, lo que está ofreciendo es la “salus”, la salvación, la terapia para ser arrancado del reino de la enfermedad y la muerte. Es muy elocuente otro caso ocurrido a un psicoterapeuta. El psicoterapeuta Irvin Yalom cuenta la historia de un paciente suyo, llamado Carlos, que participó en un grupo terapéutico, en el cual arrojaba toda su violencia interior, sus frustraciones. Bastaba que le mostraran cariño para reaccionar despectiva y violentamente. Una vez tuvo un terrible sueño que le reveló que ¡eso no era vivir! Comenzó a descubrir una cierta empatía hacia los demás, que nunca antes había experimentado. Todos se dieron cuenta de cómo mejoraba su carácter. Al poco tiempo se le declaró un cáncer. Cuando ya estaba en la fase terminal, le visitó en el hospital Yalom, el psicoterapeuta; se sintió profundamente emocionado cuando a punto ya de morir le dijo Carlos:

“Gracias a usted, gracias a usted por haber salvado mi vida”.

Eslacomunidadevangelizadoraaquellaqueofrece, ante todo, la Alianza con el Dios compasivo y misericordioso

3/4

“Diaconía de la caridad”
 como motor de la misión evangelizadora.

La crisis de credibilidad de la Iglesia y, con ello, la debilidad de su misión en la sociedad actual,

14. La evangelización solo es posible en la fuerza de lo alto, con la fuerza del Espíritu Santo (Lc 24,27-29; Hech 1,8). El Espíritu Santo guía la misión; Él es el que una y otra vez abre nuevas puertas (Hech 16,6-8; 2 Cor 2,12). Solo una Iglesia colmada del Espíritu Santo es capaz de ser misionera y evangelizadora. Cf. W. KASPER, La nueva evangelización: un desafío pastoral, teológico y espiritual, en GEORGE AUGUSTIN (ed.), El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe, Sal Terrae, Santander, 2011, pp. 29-31

15. MORRIS MADDOCKS, The Christian Healing Ministry, SPCK, London 1990, pp. 98-99; ZACH THOMAS, Healing Touch: the Church's forgotten Language, Westminster John Knox Press, Louisville, 1994.

16. SHARON THORNTON, Broken yet Beloved. A pastoral theology of the Cross, Chalice Press, Sto Louis, 2004, pp. 163-164.

Entrar en la comunidad cristiana, formar parte de ella, vivir su oración, sus sacramentos, su año litúrgico, es entrar en una auténtica comunidad terapéutica

es un hecho constatable. Hay encuestas que nos dicen que la gente no pone su confianza en la Iglesia de las verdades, de la ortodoxia. En cambio, sí que suscitan confianza las instituciones eclesiales dedicadas a la “diaconía de la caridad”. Da la impresión de que la diaconía de la fe es distinta de la diaconía de la caridad.

La nueva evangelización debe hacer ver que se trata de una sola diaconía con dos vertientes. Más todavía: ¿no debería ser la diaconía de la caridad el motor de la misión, la portadora de la visión? ¿No será la diaconía de la caridad el lugar donde se enseña prácticamente el mensaje cristiano? La “Caritas” se convierte así en una auténtica perspectiva teológica, una clave para entender nuestra fe y nuestra moral. Pero ¿es la caridad el elemento central de nuestra visión y misión?

La comunidad eclesial debería ser un espacio donde “Jesús es experimentable en nuestro tiempo”. Si somos su cuerpo y Él es la cabeza (Col 1,18), Jesús debería ser experimentable en nosotros. Su misión debería transparentarse en la nuestra. Y la misión de Jesús era, sobre todo, diaconía de amor hacia los más necesitados:

“he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). La diaconía de la fe debe ser de aquella “fe que actúa en la caridad” (Gal 5,6).

Las obras de misericordia y de justicia hacen creíble la vida y el mensaje (Mt 24,1 - 25,46).

Hace creíble al testigo su capacidad de gratuidad: “lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”. La caridad de Jesús no tiene fronteras, por eso es misionera, incluyente, dialogante. En el ámbito de la diaconía de la caridad ocupa un lugar muy especial la atención misionera al mundo del dolor, de la enfermedad, del sufrimiento. Si en otro tiempo la misión cristiana con relación a los enfermos tenía como gran objetivo enseñarles y acompañarles en el “ars moriendi”, preparación para la muerte; hoy la perspectiva que nos desafía es la del “ars curandi”.

Lo que nos hace creíbles como evangelizadores es nuestra forma de vivir y actuar desde la caridad cristiana, pero también nuestro diálogo maduro, auténtico, inspirado, optimista y lleno de confianza en el personalismo y en la libertad.

4/

Conclusión.

El recorrido que hemos realizado en esta conferencia nos ha llevado desde el punto de partida (“La parábola del Samaritano como mandato misionero”) hasta una doble conclusión (el ministerio de sanación y la diaconía de la caridad como motores de la “nueva evangelización”). Excluir de la “nueva evangelización” todo aquello que la Iglesia realiza en el ámbito de la caridad favorece una visión reductiva de la misión evangelizadora de la Iglesia. Las iglesias particulares han de volver a un nuevo paradigma de misión, en el cual además de conceder al Espíritu el protagonismo principal en la misión, se comprenda la evangelización desde los dos verbos iniciales de los Hechos de los Apóstoles y por el orden en que son presentados: “hacer” y “enseñar” (“facere et docere”). El Señor Resucitado re-envía de nuevo a la Iglesia en misión de descenso, con las palabras de la parábola del Samaritano:

“Vete y haz tú lo mismo”.

01/6

Una mirada esperanzada al herido de la parábola y al agente de pastoral (Resiliencia).

José Carlos Bermejo, mi¹,
 Director del Centro de Humanización
 de la Salud de los Religiosos Camilos

Si dejamos que las parábolas -como los cuentos- “nos pillen”, nos podemos llevar gratas y saludables sorpresas. Yo, en este caso, no me centraré en otro personaje más que en el herido de la parábola. De él sabemos poco o nada de su pasado, quizás intencionadamente para no disponernos ante él con prejuicios, por más que pudiéramos incluso atrevernos a calificarle de osado por ir solo por aquel camino.

1/

Estímulos iniciales.

Al inicio de la reflexión, me he sentido estimulado por diferentes evocaciones. En primer lugar, me viene a la mente la frase de **Gustavo Gutiérrez**:

De él sabemos algo del presente: “se dejó cuidar”, cosa que no hay que dar por descontado como actitud en la condición humana, y menos cuando el cuidador es un extraño realmente extraño (samaritano). Y poco o nada sabemos del futuro, a no ser que quedó -quién sabe cuánto tiempo- hospedado para ser ayudado.

¿Qué hipótesis para el futuro del herido de la parábola? ¿Será una víctima que vivirá del aprovechamiento de haber sido ayudado? ¿Será un traumatizado por “el golpe” (el trauma)?

¿Será un hombre que, con ocasión de la experiencia vivida, salga crecido y aproveche lo vivido para crecer (resiliencia)?

Y yo, agente de pastoral de la salud, ¿estoy llamado a dejarme provocar solo por la figura del buen samaritano para seguir la indicación final: “vete y haz tú lo mismo” o quizás me puedo también identificar con el herido y escuchar igualmente al final: ahora que te has visto cómo el herido se ha dejado ayudar, tú también, por muy agente de pastoral que seas, “vete y haz tú lo mismo”, es decir, déjate ayudar y querer en tus propias heridas y vulnerabilidad como persona, como agente de pastoral, como miembro de la iglesia, como equipo de pastoral de la salud, como parte de la iglesia...

“Déjate cuidar” y crece con ocasión de tu vulnerabilidad, que la tienes. Este será el enfoque de esta reflexión que me llevará al tema de la resiliencia.

1. Podéis seguir su blog: <http://josecarlosbermejo.es/blog>

2. Citado en Guccini L., “La via della debolezza e del perdono”, en: *Testimoni* 1992:20, p. 22

3. Darley, J. M., & Batson, C. D., “From Jerusalem to Jericho: A study of situational and dispositional variables in helping behavior”, *Journal of Personality and Social Psychology*, 1973: 27, pp. 100-108.

“Prójimo no solo es aquel que me encuentro en el camino, sino aquel en cuyo camino yo me pongo”.

Y enseguida me pregunto: ¿Y... cuál es el primer camino que recorro yo cada día, por la mañana? Descubro que es el que me lleva al espejo, a encontrarme conmigo mismo. Me dejaré interpelar por esto para reflexionar sobre el herido de la parábola cayendo en la cuenta de que yo también me puedo identificar con él.

En segundo lugar, me ha venido a la mente la reflexión de **Carl Jung** que decía admirar a los cristianos por identificar a Cristo con el pobre y al pobre con Cristo y por afirmar que cuando se da pan al pobre se le da a Cristo mismo; pero a la vez se sorprendía de la dificultad observada en reconocerse a sí mismo como Jesús en los momentos de necesidad, cuando nos sentimos desnudos, extraños a nosotros mismos, los cristianos que ayudamos a los demás, cuando tenemos hambre de afecto y nos resistimos a reconocerlo².

Y en tercer lugar, me ha venido al recuerdo el conocido estudio realizado en Estados Unidos³ por los psicólogos **John Darley** y **Daniel Batson**, quienes se propusieron investigar si la religión tiene algún efecto sobre el comportamiento de ayuda al prójimo. Así, sus sujetos de investigación fueron 67 seminaristas del **Princeton Theological Seminary**. A la mitad de los seminaristas se les brindó la historia del buen samaritano y se les pidió que realizaran un sermón sobre la misma. La otra mitad de los seminaristas tuvo la tarea de preparar un sermón sobre las oportunidades de trabajo. Además, a los participantes en el experimento les brindaron tiempos diferentes de realización del sermón así que algunos realizaron la tarea con prisa y otros no. Posteriormente, en el camino que conducía al edificio donde debían pronunciar su sermón, una persona se dejó caer en un callejón simulando un accidente. Las condiciones se habían arreglado

para que algunos jóvenes tuviesen el tiempo justo para llegar al sitio donde debían dar el sermón mientras que otros tenían suficiente tiempo de forma que no estaban apresurados.

Posteriormente a las personas se les pidió que llenaran un cuestionario donde se les preguntaba cuándo fue la última vez que vieron a una persona en apuros y la ayudaron. Cuando los seminaristas no reconocían haber visto recientemente a una persona demandante de ayuda o si afirmaban que no la habían ayudado, se desarrollaba una entrevista posterior para analizar las causas de este comportamiento. Los resultados fueron muy interesantes: los seminaristas que preparaban su sermón sobre la ayuda al prójimo no se detuvieron a ayudar a la persona en apuros más veces que el resto de los seminaristas que hablarían sobre las oportunidades de trabajo. Sin embargo, el factor que se perfiló como verdaderamente importante para brindar ayuda fue el tiempo: el 63% de los jóvenes que no estaban apresurados ayudaron al necesitado, este número disminuyó al 45% cuando tenían una prisa intermedia mientras que aquellos que estaban apresurados generalmente no ayudaron a la persona “accidentada”.

¿Qué nos dicen estos resultados? A mí, en esta ocasión me provocan para que realmente me deje “pillar” por la parábola en algún rincón nuevo para mi vida personal y ministerial.

2/

El posible futuro del herido.

En efecto, la parábola no nos dice nada del futuro del herido, pero nosotros, al identificarnos en esta reflexión con él, nos preguntamos: ¿qué futuro para nuestras heridas? ¿Nos dejamos

querer y cuidar por extraños samaritanos o somos “funcionarios de la ayuda” como agentes de pastoral de la salud que somos y además nos instalamos en “lamentorreas” que justifican algunos de nuestros malestares personales, ministeriales, institucionales? ¿Cabe la posibilidad de que crezcamos con ocasión de nuestras propias adversidades de sanadores heridos?⁴

Para ilustrar la posibilidad de crecimiento en la adversidad, de resiliencia, de lo que en estos últimos años se está reflexionando más, afortunadamente, a nivel psico-espiritual, nos sirve la metáfora de las palmeras.

Las palmeras se doblan. Esta metáfora de las palmeras, que dejan pasar los fuertes vientos, se doblan y agachan su cabeza, pero se recobran y siguen creciendo después de las tormentas, robusteciendo así su tronco su resistencia, es utilizada para hablar de la resiliencia. Es un tipo de respuesta general de fortaleza ante la crisis⁵.

Inicialmente, la palabra usada ahora tanto en el ámbito de la psicología y la espiritualidad, procede de la física para identificar la cualidad de algunos materiales para resistir y recuperarse ante el embate de una fuerza externa.

La resiliencia personal consiste en tener la capacidad de afrontar la crisis, reconstruirse y no perder la capacidad de amar, de luchar, de resistir; antes bien, potenciar los recursos interiores para luchar.

Es el arte de no dejarse arrastrar por el impacto de un mar embravecido en medio de la tempestad personal en la que experimentamos nuestra embarcación amenazada, quizás sin rumbo.

La persona resiliente se mantiene y logra un nuevo rumbo aún más interesante y consistente que antes de la tormenta. No se deja arrastrar hacia donde el oleaje golpea y donde parece querer hundir la embarcación.

La persona resiliente no es invulnerable, no niega la crisis, no es impasible ante la adversidad.

En el interior de la persona resiliente, bajo la aparente debilidad (la palmera que se dobla), hay una fortaleza. **Ramón y Cajal** decía que:

“Los débiles sucumben no por ser débiles, sino por ignorar que lo son”.

De hecho, es sabido cómo mucho de nuestro sufrimiento con ocasión de las crisis que experimentamos, tiene su raíz no en lo que nos hiere sino en la manera en que elegimos manejar y vivir esa herida.

Sabemos, por ejemplo que bajo la aparente debilidad del que llora, suele esconderse la fortaleza de quien ama. O como diría el gran médico **William Osler**,

“La herida que no encuentra su expresión en lágrimas puede causar que los órganos lloren”.

Y eso es enfermar.

Si nuestra forma de gestionar los sentimientos ante las crisis como agentes de pastoral de la salud influyen en la potencialidad resiliente, nuestra forma de pensar tiene igualmente su influjo.

Nuestra respuesta mental ante las adversidades personales, ministeriales e institucionales, puede ser manejada de una manera positiva, optimista, de tal modo que, de la dificultad, salgamos reforzados.

Quizás nos hemos olvidado de la expresión de Pablo cuando dice:

“Cuando soy débil, entonces soy fuerte”(2 Cor 12,10).

4. Brusco A., “El sanador herido”, en Bermejo J.C., Alvarez F., “Diccionario de bioética y pastoral de la salud”, San Pablo, Madrid 2009.

5. Bermejo J.C., “Resiliencia”, PPC, Madrid 2010.

6. Frankl V.E., “El hombre en busca de sentido”, Herder, Barcelona 2011.

La resiliencia personal consiste en tener la capacidad de afrontar la crisis, reconstruirse y potenciar los recursos interiores para luchar

Es obvio que el cultivo de la vida interior, de la capacidad reflexiva, de la capacidad trascendente, de la referencia a lo más genuinamente humano, de la sabiduría del corazón, de los valores, es la mejor plataforma para atravesar las tempestades y salir fortalecidos de ellas.

La inteligencia emocional subraya algunos de estos elementos, tales como el autoconocimiento, el autocontrol emocional, la capacidad de motivarse a sí mismo, como competencias intrapersonales susceptibles de ser desarrolladas, además de las competencias interpersonales.

Lao Tsé decía:

“Conocer a otros es conocimiento, conocerse a sí mismo es sabiduría”.

Y así podemos encontrar dentro de nosotros mismos esas potencialidades de soñar despertos sin ser ingenuos, de desear y trabajar por el bien en medio de lo que a primera vista nos hace mal.

No es una actitud dolorista la que esconde la resiliencia. No se trata de una actitud ensalzadora del dolor en sí mismo, que no dejaría de ser un posicionamiento enfermizo ante la adversidad. Aunque, ¿quién sabe qué querían decir nuestros antepasados cuando utilizaban palabras como resignación! Es posible que en la intención del que exhortaba piadosamente a adoptar esta actitud, estuviera una propuesta activa, aunque hoy tenga para nosotros una clara connotación de pasividad y derrotismo.

De hecho, algunos diccionarios recogen aspectos positivos como la paciencia y la conformidad ante las adversidades, sin connotación de pasividad. Otros, refieren además de conformidad y paciencia ante obstáculos y adversidades, la variable tolerancia. Diríamos que es más bien la proactividad -y no la pasividad- la que es capaz de indicar la potencialidad resiliente.

La persona proactiva es aquella que toma la iniciativa, toma las riendas de su propia vida, se siente responsable incluso ante lo que no puede cambiar, se siente libre ante aquello en medio de lo paradójicamente “se siente esclavo”.

Desde la perspectiva de la logoterapia⁶, diríamos que la disposición de buscar un para qué a todo lo que nos ocurre, aunque no comprendamos el porqué, forma parte de esta voluntad de crecer en las crisis.

Esta voluntad es lo contrario de la indiferencia o la apatía, que nos impide, en tantas ocasiones, comprometernos con nosotros mismos y con los demás. Esta voluntad de sentido no lanza hacia afuera las causas de la vulnerabilidad del agente de pastoral identificado ahora con el herido, sino que se deja interpelar por el modo como ejerce la libertad que consiste en dar una respuesta personal.

¿Qué hago yo, sanador, pero también vulnerable, con mis soledades, mis dificultades relacionales, mis problemas familiares, mis incomprendimientos ministeriales, mis problemas en la iglesia, la imagen que siento que damos o que nos devuelven? ¿Qué hago con mi necesidad de ayuda? La resiliencia, en último término, es el resultado de múltiples procesos que contrarrestan las situaciones nocivas o de crisis.

Se trata de una dinámica en la cual se podrían señalar algunos elementos tales como: la defensa y la protección de uno mismo, el equilibrio ante la tensión, el compromiso ante lo que sucede, la responsabilidad activa, el empeño por la superación, la capacidad de dar un sentido y reorientar la propia vida en la crisis, la visión positiva en medio de la negatividad, la capacidad creativa de reacción.

Nietzsche lo diría así:

“Lo que no me destruye, me hace más fuerte”.

El doctor **Gerónimo Acevedo**, autor de “**El modo humano de enfermar**”, dice que el verbo madurar solo puede conjugarse en gerundio, algo en lo que pensamos menos los que por vocación hemos consagrado nuestra vida a conjugar este verbo en imperativo: exhortar a madurar. Entre sus expresiones, nos encontramos esta:

Cuida tus pensamientos porque se volverán palabras.

- **Cuida tus palabras porque se volverán actos.**
- **Cuida tus actos porque se volverán costumbres.**
- **Cuida tus costumbres porque forjarán tu carácter.**
- **Cuida tu carácter porque formará tu destino.**
- **Y tu destino será tu vida.**

Quizás sea este uno de los objetivos del acompañamiento hecho de relaciones de ayuda: fomentar la resiliencia en la crisis, pero como bien nos ha recordado el psicoanálisis, difícilmente podremos ayudar a los demás si no partimos de una experiencia de haber sido ayudados, de habernos reconocido vulnerables y haber buscado mediaciones para afrontar nuestras “sombras”.

3/

Desarrollar las posibilidades resilientes.

¿Mantengo un cierto equilibrio emocional en los vaivenes de la vida? ¿Veo las dificultades solo como tales o también como posibilidades de aprender, de mejorar, de hacerme más fuerte?

¿Me quedo anclado o encuentro nuevas formas de satisfacer mis necesidades del momento? ¿Cómo interpreto lo que me pasa? ¿Cuánta importancia le doy? ¿Sé relativizar?

¿Me veo a mí mismo como alguien capaz de superar los momentos adversos o como alguien frágil e inseguro? ¿Quién es el responsable de lo que me pasa en la vida? ¿Los demás, el mundo, Dios, yo...? ¿Puedo encontrar caminos alternativos y probar formas diferentes de actuar? ¿Me dejo ayudar como el herido de la parábola?

Plantearse estas y otras posibles preguntas, reclama una serie de elementos propios de la resiliencia, tales como: el equilibrio ante la tensión, el compromiso y el desafío, la superación, la significación y valoración que hacemos de lo que nos sucede, la visión positiva de uno mismo, la responsabilidad ante la vida, la creatividad...

La capacidad de los sujetos para sobreponerse a períodos de dolor emocional -la resiliencia- nos interpela la propia responsabilidad en la gestión de las actitudes y estilos de vida, también ante lo inevitable. Al evocar la responsabilidad -capacidad de dar una respuesta personal- surge un planteamiento que de compromiso por llevar una vida sana en la que nos dejemos querer y cuidar.

En este sentido, América Latina va por delante. La **Organización Panamericana de Salud** es más proactiva en la consideración de la importancia del autocuidado, de la vinculación saludable en el grupo y en la comunidad, de los estilos de vida saludables. Se entiende que toda medida preventiva exitosa depende de una sociedad que facilite el equilibrio entre el desarrollo personal y las conductas de riesgo, lo cual requiere la activación de programas encaminados a fortalecer los factores de protección y la resiliencia.

Cuando en el ámbito psicológico, en los años 70, **Michael Rutter**, directamente inspirado en el concepto de la física (que es la capacidad de los materiales para volver a su posición original tras ser deformados al aplicar una fuerza sobre ellos), introdujo el término resiliencia como la capacidad de los sujetos para sobreponerse a tragedias o períodos de dolor emocional, como resistencia al sufrimiento e incluso resultar fortalecido por el mismo, quizás no era

consciente de cuánto podía generar líneas de reflexión para la salud.

Quizás tampoco **Boris Cyrulnik**, que amplió el concepto de resiliencia observando a los supervivientes de los campos de concentración, los niños de los orfanatos rumanos y los niños de la calle bolivianos. Él mismo, con tan solo seis años escapó de un campo de concentración, el resto de su familia murió; pasó a ser un niño huérfano y su propia historia le llevó, siendo ya neuropsiquiatra, a interesarse por el fenómeno de la resiliencia. Fue capaz de retomar un tipo de desarrollo después de una herida traumática, fue capaz -con sus palabras- de “**volver a la vida**”.

¿Se puede educar la resiliencia? ¿Crecerá el herido de la parábola o será una víctima instalada en el mero victimismo? ¿Creceré yo en mi adversidad como agente de pastoral dejándome ayudar o soy funcionario de la ayuda y negador de mi necesidad? La respuesta es claramente sí: se puede educar la resiliencia. Se empieza por la familia y se sigue por la escuela y el hospital y... La escuela que es capaz de brindar afecto y apoyo, establecer y transmitir expectativas elevadas, y brindar oportunidades de participación significativa, aporta condiciones que alientan el afrontamiento exitoso ante la crisis.

Será útil cultivar el optimismo y construir relatos de esperanza, no solo promover las malas noticias y hacerse “**correvediles**” del caso del telediario que amplifica lo negativo y no hace noticia de lo positivo.

Las investigaciones sobre resiliencia no dejan lugar a dudas, se construye a través de relaciones personales afectivas y seguras. Un alumno que se sienta marginado, invisible o estigmatizado, probablemente tendrá un comportamiento inadecuado, habrá internalizado la sensación de “**yo no puedo**” y se descolgará de la institución escolar.

Por el contrario un alumno que sienta que la escuela es un ámbito afectivo, que tiene sensación

de pertenencia y que se siente reconocido, probablemente se esforzará y se comprometerá con la institución escolar.

La resiliencia se forja, por otro lado, cuando las personas se abren a nuevas experiencias y actúan de forma interdependiente con los demás. De ahí que diversas investigaciones encuentren que las personas resilientes se caracterizan por su competencia social, su capacidad para resolver problemas de forma creativa, por su autoestima, su optimismo y por un deseo de independencia. Si esto es así educa a la resiliencia la capacitación en estas habilidades interpersonales tan útiles para la vida.

Una de las aportaciones más interesantes del enfoque de la resiliencia tiene que ver con el protagonismo de los actores pues reformula las relaciones de poder, considerando al otro, no como beneficiario de una ayuda, sino como co-responsable y autor de su aprendizaje, de sus acciones, en definitiva de su vida.

Mirarnos así es considerar que una crisis, una enfermedad, una desgracia, es una herida que se inscribe en nuestra historia, no un destino ante el que nada podamos hacer más allá de lamentarnos. No en vano dice un proverbio chino: “**Cuando sopla el viento del cambio, unos edifican muros y otros construyen molinos**”. Y así también dice **William A. Ward**:

“**El pesimista se queja del viento, el optimista espera que cambie, el realista ajusta las velas**”.

Por eso, nos negamos a aceptar definitivamente la sentencia “**de tal palo, tal astilla**”, porque constituye la negación de posibilidades de crecimiento, de novedad en el modo como atravesamos y salimos de las crisis.

Es posible y hermoso creer en la libertad y apostar por ella. Lo es para quien está limitado por

la propia vulnerabilidad, como lo es para quien acompaña en la vulnerabilidad ajena y quiere que sus relaciones sean de ayuda. Pensar en posibilidades marca claramente la diferencia en relación a pensar en limitaciones o determinismos⁷.

No es ingenuidad mirarse a sí mismo y mirar al otro habitados por la firme esperanza de que algo bueno -y quizás nuevo- cabe esperar de uno mismo y de los demás.

En el contexto de la teoría del trauma, se afirma que el segundo golpe es más fuerte que el primero. El primero es el hecho, la enfermedad, la crisis. Para curar el primer golpe es preciso que el cuerpo y la memoria consigan hacer un trabajo lento de cicatrización. El segundo golpe es el significado que le atribuimos a los hechos, a la enfermedad, a la crisis.

El modo como interpretamos y narramos este hecho nos revela responsables. Para atenuar el sufrimiento que produce el segundo golpe hay que intervenir en la idea que uno se hace de lo ocurrido. El relato de la propia angustia refleja tanto nuestra herida como el significado que le damos. Por eso, una persona a la que amputan una extremidad, por ejemplo, puede llegar a ser un atleta o una eterna víctima, porque no es solo la amputación sino el significado y la actitud adoptada ante ella lo que marca el modo de vivirlo.

Pero una vez más hemos de decir que el significado atribuido al propio mal, está también influido por el modo como la persona es mirada y aprende a interpretarse a sí mismo y su mundo. Su temperamento se mueve tensionalmente entre el influjo externo y la libertad interior.

Boris Cyrulnik⁸, conocido autor de trabajos sobre resiliencia, que escapó de niño de un campo de concentración, autor de **“Los patitos feos”**, refiere que todos podemos reaccionar de este modo: vemos a un niño, nos parece gracioso, habla bien, hablamos alegremente con él, y de pronto nos dice: **“¿sabes? Nací de una viola-**

ción, poresomiabuelamehadetestadosiempre”. ¿Cómo podríamos mantener la sonrisa? Nuestra actitud cambia, nuestra mímica se apaga, arrancamos a duras penas algunas palabras para luchar contra el silencio.

Y cuando volvemos a ver al niño, lo primero que nos vendrá a la mente serán sus orígenes violentos. Pues bien, de este modo de mirar al niño también dependerá la interpretación que él haga de sus dificultades y adversidades. Por eso decimos que hay que golpear dos veces para que se produzca el trauma y que el segundo golpe (el del significado asignado al primero), es más fuerte. Hoy, esto nos interpela a nosotros: ¿qué golpe damos como segundo a los que como agentes de pastoral experimentamos como **“primeros”**?

4/

Protectores de resiliencia.

Nos preguntamos de qué factores dependerá que el herido de la parábola crezca con ocasión de la adversidad experimentada o viva del victimismo. Nos preguntamos de qué dependerá que nosotros, como **“heridos de la parábola”** tal como la estamos escuchando, crezcamos en nuestra vulnerabilidad personal, ministerial e institucional, o nos instalemos en la lamentación. Sin duda, la vida espiritual es un protector de resiliencia. Pero no solo⁹.

Así es, la resiliencia es ese conjunto de características de una persona que consigue que el trauma por el que pasa no le destruya. Es posible incluso, salir de él reforzado. No es que los traumas ayuden a crecer por sí mismos, sino que, ciertas personas y en ciertos contextos, consiguen crecer en medio de las crisis. Si bien el concepto de crecimiento postraumático no es idéntico al de resiliencia, son conceptos afines y próximos.

7. Forés A., Jordi G., “La resiliencia. Crecer desde la adversidad”, Plataforma, Barcelona 2008.

8. Cyrulnik B., “Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida”, Gedisa, Barcelona 2006.

9. Rivas Lacayo R.A., “Saber crecer. Resiliencia y espiritualidad”, Urano, Barcelona 2007.

10. Rocamora A., “Crecer en las crisis. Cómo recuperar el equilibrio perdido”, Desclée de Brouwer, Bilbao 2006.

Beethoven, cuando ya estaba sordo, siguió componiendo. Eso es la resiliencia. Convertir los obstáculos en rocas para apoyarse y seguir ascendiendo, en lugar de en simples piedras donde tropezar, es lo que hacen tantas personas son capaces de hacer con su propia vulnerabilidad.

Sí, es posible construir molinos cuando sopla el viento, mientras otros construyen muros para intentar pararlo, como dice el proverbio chino. Es posible aceptar las cosas tal como vienen, pero también podemos hacer todo lo posible para que las cosas sucedan tal como nos gustaría aceptarlas.

Erickson decía que cada dificultad tiene el potencial de convertirse en una oportunidad. Testimonios de personas que atraviesan así las crisis, conocemos todos.

Contar con apoyo adecuado -quizás hoy diríamos un coach o un counsellor, o un director espiritual para el mismo agente de pastoral-, el propio temperamento personal y la significación cultural que cada uno atribuimos a nuestras crisis, son los tres elementos fundamentales para favorecer actitudes resilientes en medio de las crisis.

En efecto, hay personas que tienen un carácter personal caracterizado por la libertad, que no se resignan al fatalismo, que no leen sus experiencias en términos victimistas, que están habitadas por el dinamismo de la esperanza en medio de las tribulaciones.

Hay personas que son capaces de recordar las crisis y los traumas como experiencias, como vaivenes del viento que piden ajustar las velas, en lugar de dejarse llevar incontroladamente en su dirección.

Hay personas que saben mirar de manera resiliente porque saben no obcecarse en una mirada negativa, saben tomar perspectiva suficiente e incluso relativizar y cuestionarse si lo que está sucediendo bajo apariencia de negatividad será realmente así o podrá convertirse en oportunidad.

La fecundidad del concepto de resiliencia está en saber dirigir la mirada hacia un abanico enorme de posibilidades

Como hay personas también capaces de utilizar bien la memoria de los traumas y no regodearse en la miseria, sino aprender del pasado. Por haber, hay personas que hasta tienen sentido del humor en medio y después de las propias crisis. La fecundidad del concepto de resiliencia está en saber enfocar, saber dirigir la mirada hacia un abanico enorme de posibilidades.

Pero no es solo una cuestión de personalidad¹⁰. Vivir resilientemente las crisis depende también del significado que atribuimos a las desgracias. En efecto, a veces los significados y las palabras con que interpretamos nuestras crisis pueden ser incluso más violentas que los golpes. La representación de lo que nos sucede puede ser más doloroso que la misma realidad.

Es conocido este cuento:

“Un hombre anda por el pueblo diciendo: **he perdido la mula, he perdido la mula, estoy desesperado, ya no puedo vivir. No puedo vivir si no encuentro mi mula. Aquel que encuentre mi mula, va a recibir como recompensa... mi mula**”. Y la gente a su paso gritaba: **“Estás loco, definitivamente estás loco, ¿perdiste la mula y ofreces como recompensa la propia mula? Y él contestó: “Sí, porque a mí me molesta no tenerla, pero más me molesta haberla perdido”...**

Así es, con frecuencia, la interpretación de la desgracia vivida duele más que la misma desgracia. La persona resiliente es capaz de dar una interpretación positiva, que no le hunde, sino le hace rebotar para salir airoso de la crisis.

Y el tercer elemento, además de la personalidad y la significación cultural, favorecedor de la resiliencia, es la figura del tutor. Un tutor de resiliencia es alguien, que acompaña en el arte de provocar un renacer del desarrollo psicológico tras el trauma.

Casi siempre se trata de un adulto que encuentra a la persona en crisis y que asume para él el significado de un modelo de identidad¹¹. No se trata necesariamente de un profesional. Un encuentro significativo puede ser suficiente, para algunas personas. He aquí el valor de las relaciones de ayuda. El herido encontró un samaritano y un hospedero.

En efecto, las relaciones de ayuda, habitadas por una mirada positiva de la vida, conscientes y acogedoras de la dimensión negativa experimentada por las personas a las que acompañan, pueden hacer milagros con un sano acompañamiento.

Pueden ayudar en el manejo de la memoria¹²; pueden convertirse en lugar donde apoyar el ancla en medio de la tempestad, infundiendo así esperanza; pueden ayudar a identificar los recursos positivos existentes en medio de la crisis y potenciarlos; pueden ayudar a mirar con perspectiva y realizar ese trabajo de des-centramiento necesario para atravesar el sufrimiento.

La mirada resiliente es, sencillamente, más humana. Y es que quien tiene la cualidad de la humanidad y la comparte con sus relaciones de ayuda, mira, siente, ama y sueña de otra manera. La riqueza de humanidad será capaz de transformar y cualificar la propia sensibilidad personal. Y así, el agente de ayuda saldrá también beneficiado: acompañando en medio de la adversidad e iluminando nuevos caminos, aprenderá a descubrir su propia resiliencia.

5/

Extraños samaritanos.

Probablemente tengamos que leer más las interrelaciones de la parábola del Buen Samaritano e identificarnos más con el herido que necesita

de la compasión de alguien, porque en muchos aspectos estamos ciegos, discapacitados, malheridos por limitaciones que nos hacen vivir en un mundo que no es consciente suficientemente de cuanto nos rodea. Sí, y esto precisamente como agentes de pastoral de la salud.

Escribiendo sobre la relación entre la compasión y la empatía¹³, he evocado el libro Los límites del perdón, en el que **Simon Weisenthal** relata un interesante ejemplo de compasión.

Durante la segunda Guerra Mundial, en un campo de concentración, se ordena a un judío que acuda a la habitación de un miembro de las SS. Simon Weisenthal es conducido al lecho de muerte de ese alemán, quien le relata las torturas que ha infligido a los judíos y por las que siente grandes remordimientos.

Su intención es pedir perdón a un judío como representante de todo su pueblo. Wiesenthal, cuyo estado es tan lamentable que tan solo es capaz de sentir indiferencia, con un gesto de su mano espanta una mosca del rostro ensangrentado del alemán. ¿Qué extraña reacción compasiva de un samaritano solicitado con el objeto de pacificar la propia conciencia! ¿No es esto compasión y coraje de pedir ayuda?

Es conocido el caso de **Thim Ghénard**¹⁴. Cuando tenía tres años, la madre de Tim lo ató a un palo de la electricidad y lo abandonó en medio del bosque. Dormía desnudo en la casita de su perro cuando tenía cuatro años. A los cinco, precisamente el día de su aniversario, su padre le propinó una paliza brutal que lo desfiguró (le rompió las piernas y la nariz). No sabe casi ni hablar.

A los siete años, ingresa en un orfanato y padece maltrato por parte de la institución. A los nueve años, también el día de su aniversario, fracasa en su intento reiterado de suicidarse.

A los once entra en el correccional después de ser acusado injustamente de incendiar el granero de una granja donde estaba acogido.

11. Rojas Marcos L., “Superar la adversidad. El poder de la resiliencia”, Espasa, Madrid 2010.

12. Gruhl M., “El arte de rehacerse: la resiliencia”, Sal Terrae, Santander 2009.

13. Bermejo J.C., “La empatía terapéutica. La compasión del sanador herido”, Desclee de Brouwer, Bilbao 2012.

14. Ghénard Th., “Más fuertes que el odio”, Gedisa, Barcelona 2010.

A los doce se fuga. A los trece años es violado por un señor elegante de los barrios parisinos; a los catorce es prostituido en Mont-parnasse.

Hoy Thim Guénard (1958), además de ser autor del libro **“Más fuerte que el odio”** es padre de familia con cuatro hijos. Se dedica a cuidar niñas y niños abandonados y maltratados.

Ha creado la asociación Altruisme. También es apicultor y colaborador del Tour de Francia de ciclismo. ¿No es esto resiliencia, crecimiento auténtico en quien habría cabido no esperar nada bueno por la cantidad de heridas recibidas en su biografía?

Pero yo quiero rendir homenaje también a algunos presos a los que recientemente he escuchado en la prisión. Han asesinado, violado, abusado de menores... Sin embargo hay también muchas hermosas semillas de esperanza en las reflexiones que han compartido conmigo.

No olvidaré aquel que me contaba que, cuando vivía en la calle como **“sin hogar”** fue solo una prostituta quien le hospedaba periódicamente en su humilde casa para que se lavara la ropa, se duchara, cenara caliente y durmiera en una cama, para seguir luego pidiendo a la puerta de la iglesia; todo a cambio de nada¹⁵.

Nunca olvidaré al violador de tantas mujeres que, en la cárcel, es tutor de quienes buscan el suicidio como salida y se dedica a promover el deporte dentro de la prisión, además de ser referente de animación.

Son extraños samaritanos que hoy, me hacen pensar en la parábola desde otro ángulo, identificándome con el herido y preguntándome por el perfil del cuidador por el que yo me dejaría ayudar en mis necesidades.

01/7

Hacer el bien al que sufre, hacer el bien con el propio sufrimiento, en San Juan de Ávila.

Fco. Javier Díaz Lorite,
 Profesor de Antropología Teológica
 y de Escatología. Seminario Diocesano de Jaén

En **San Juan de Ávila** se cumple una vez más la Escritura cuando en la carta a los Hebreos se afirma de Cristo:

“Habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Hb 2,18).

En San Juan de Ávila no se dará, como en Cristo, esa muerte martirial derramada en la cruz, pero sí la muerte de la caridad, lo que llamará martirio de la caridad (cf. **Carta 76, 95: IV, 327**), que le hará que día a día derrame su sangre, su sufrimiento, en virtud de la obediencia a la voluntad del Padre, y con ese sacrificio, unido al de Cristo en la cruz, ayude a otros a vivir la alegría del Señor crucificado y resucitado. También en la vivencia del sufrimiento puede afirmar San Juan de Ávila con **Pablo**:

“Con Cristo estoy crucificado y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 19-20).

1/

¿Qué entendemos aquí por “sufrimiento”?

La Real Academia lo define como “**Padecimiento, dolor, pena**” (“**Dicc. Real Academia Española**”), y señala cómo afrontarlo:

“Paciencia, conformidad, tolerancia con que se sufre algo”.

1. Comentario de la Carta a los Gálatas 37: II, 78.

Respecto al vocablo “sufrir”, señala la Real Academia que el sufrimiento puede ser:

- 1) Sentir físicamente un daño, dolor, enfermedad o castigo;
- 2) Sentir un daño moral;
- 3) Recibir con resignación un daño moral o físico, etc.

Es decir, no sólo se refiere a lo que produce un padecimiento, dolor o pena por algo físico sino también moral, en donde se incluye también lo espiritual. En todas estas acepciones abordamos aquí el sufrimiento.

Con ello centramos el tema de esta conferencia. Vamos a ver cómo San Juan de Ávila, desde su propia experiencia de padecimiento espiritual, pastoral, material y físico (enfermedad) es capaz de hacer el bien al que sufre por cualquiera de estas razones, y cómo el Santo Maestro se convierte en ejemplo de cómo nosotros podemos hacer lo mismo.

2/

San Juan de Ávila, un hombre acrisolado por el sufrimiento.

Uno de los secretos de San Juan de Ávila, como sanador de las personas, en el sentido más amplio del término, es que ha padecido en su vida el sufrimiento, con frecuencia desgarrador, en sus más diversos aspectos, y por eso puede acercarse al que sufre desde una perspectiva distinta. Una ligera mirada a su biografía nos da idea de ello de hasta qué punto el sufrimiento fue una constante en su vida. Sufrimiento vivido siempre unido al de Cristo en la cruz, por lo que le asemejó a Él.

Nacido en 1500, a los 14 años es enviado a estudiar, lo que luego él mismo llamará “**negras leyes**”, a Salamanca. Esto nos da una idea de la no agradable estancia en aquella famosa ciudad universitaria. La vuelta a su casa, sin terminar los estudios, es ya signo de contradicción para los bien intencionados propósitos de sus padres, que buscan lo que en aquellos tiempos, y para la gente de su posición acomodada, se consideraba lo normal, es decir, hacer “**carrera**” estudiando Derecho en la mejor universidad del país, Salamanca. De vuelta de aquella ciudad, se dedica en su pueblo natal, Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad Real, a una vida austera, de oración y caridad buscando la voluntad de Dios para su vida.

Con la ayuda de un franciscano convence a sus padres de que lo dejen marchar a Alcalá de Henares porque ha descubierto que lo suyo es sacerdote, y después misionero en las recién descubiertas Indias Occidentales. Sabemos que a los 26 años, fecha en que celebra su primera Misa en Almodóvar, sus padres han fallecido, es decir, un misacantano huérfano de padre y madre; con el consiguiente dolor de una tan gran pérdida. ¿No contribuirá esto, además de su constante caridad, a su posterior atención especial a los abundantes niños huérfanos, para los que funda internados, colegios, etc.?

San Juan de Ávila tiene que vivir con la continua sospecha de ser “**cristiano nuevo**”, lo que es un desprestigio continuo, y un motivo para no ser tenido en cuenta en la Iglesia y en la sociedad, al menos en sus comienzos, con la sospecha continua de una doctrina no ortodoxa. Esta es todavía una cuestión abierta por parte de los biógrafos. Su madre es ciertamente cristiana vieja y su padre cristiano nuevo pero de segunda o tercera generación; razón ésta más que suficiente para ser tenido en aquella época como cristiano nuevo. Él mismo tiene que afirmar:

“Los que por cristianos viejos nos tenemos”¹.

LH n.305

Mientras espera el barco para marchar a América el arzobispo de Sevilla le ordena que se quede a evangelizar en la península, pero no le señala un lugar concreto. Son contrariedades que San Juan de Ávila irá encajando siempre en la oración y desde la unión con el Señor.

Después de algún tiempo predicando en los pueblos cercanos a Sevilla, se establece en Écija, donde van surgiendo zancadillas a su evangelización, envidias de otros clérigos, calumnias de alguna gente pudiente que no quería compartir la vida con los necesitados según dice el evangelio, y que él predica. Todo esto lo fue viviendo el joven sacerdote Juan de Ávila como el mismo Cristo que ve cómo su misión no tiene más remedio que terminar en la cruz. En el caso del Apóstol de Andalucía terminará en la cárcel de Sevilla en 1531.

A los casi dos años sale absuelto, pero con la humillación de tener que ir de pueblo en pueblo (Écija, Alcalá de Guadaíra, Lebrija, etc.) para predicar lo mismo de lo que sin motivo había sido acusado, siendo vigilado en los más mínimos matices por si podían echarle de nuevo mano. Incluso al cabo de varios años todavía vivirá las calumnias y rumores divulgados en Sevilla de que había sido ejecutado por la Inquisición, mientras en realidad estaba fundando en la otra punta de Andalucía la gran Universidad de Baeza.

También vivió, en su retiro por enfermedad en Montilla, el sufrimiento de ver cómo su libro Audi, filia, escrito como ayuda espiritual primero para la joven **Sancha Carrillo** y después para todos los cristianos, fue publicado sin su permiso e incluido en el **Índice del Inquisidor Valdés** en 1559. Lo que le obliga a rehacerlo, perfilando ya los contenidos mucho más, pudiendo estar ahora fundado en lo recientemente afirmado por el concilio de Trento. Doctrina que en la anterior versión, y antes del concilio, no se salía de la sana ortodoxia, pero ahora, para que ningún malintencionado pueda interpretarla de manera tortuosa, cuida mucho más. Tras conocer esta inclusión en el Índice de libros prohibidos hizo

desaparecer muchos papeles, escritos, sermones, un posible comentario a la carta a los Hebreos, cartas a diferentes personas, etc., por si eran mal interpretadas. No era sin duda buena noticia para quien ya había estado en la cárcel, aunque saliera absuelto, y gozara ya del reconocimiento de muchos obispos. Tuvo que advertir por aquella época San Juan de Ávila al arzobispo de Granada que circulaban papeles con su firma falsificada y con contenidos poco ortodoxos. Es decir, este tipo de sufrimiento, esta cruz, acompaña a San Juan de Ávila toda su vida.

Va a tener que vivir también el que algunos discípulos defendieran posiciones muy cercanas a los alumbrados, a los que tiene que advertir seriamente de este peligro, como es el caso de Diego Pérez de Valdivia, uno de sus predilectos discípulos, y después profesor, de la universidad fundada por el **Santo Maestro** en Baeza en 1542. La misma universidad de Baeza, ya en los últimos años de San Juan de Ávila, es vista con no muy buenos ojos por Roma por sospecha de alumbradismo, lo que hará que la **Compañía de Jesús** no quiera aceptarla como herencia docente del **Maestro Ávila**, y sí otros colegios, sobre los que no pesaba esta sospecha. Esto dolió enormemente a San Juan de Ávila, y pudo haber sido la causa, entre otras, de no pasarse a la Compañía de Jesús cuando ya estaba viejo y enfermo. Grandes dolores y cruces fueron las de este Juan de Ávila.

El Apóstol de Andalucía nos habla también del sufrimiento propio por llevar una vida cristiana y ser discípulo de Cristo. Ello supone siempre un camino difícil, pues hay que renunciar a nuestro viejo hombre y revestirnos por el Espíritu del hombre nuevo; y el único camino para ello es pasar por la cruz, es decir, por la negación de uno mismo, por la anihilación de nuestro propio yo, es decir, del amor propio, no en cuanto a la necesaria autoestima, sino en el sentido de creernos de que somos merecedores por nosotros mismos del favor de Dios y de los demás. Cuesta trabajo deshacerse -librarnos de nuestra soberbia- y de la mentalidad de este mundo en el sentido joánico, que en nosotros

2. Carta 2,
19-20: IV, 15.

hace mella. Esta lucha continua y tentación permanente para no salir de nuestro yo no se hace sino con verdadero sufrimiento. También nuestros pecados son parte de este sufrimiento, pues nos hacen no experimentar el consuelo de Dios y nos ciegan para no ver al Dios misericordioso que derramó la sangre de su Hijo por nosotros, y hasta Él mismo sufrió el desgarramiento del sufrimiento de Jesús en la cruz. Pero para Juan de Ávila, como a Cristo, más le podían los beneficios que con ello se nos daban que su propio sufrimiento. Vive la cruz propia del cristiano que quiere ser coherente con la vida y enseñanza del Maestro, Cristo.

No olvidemos otra fuente constante de sufrimiento en san Juan de Ávila, aún más dura que las anteriores: la tiniebla espiritual que vivió durante mucho tiempo. Él nos cuenta al final de su vida que duró durante más de veinte años. Es una especie de noche oscura de San Juan de la Cruz, pero que debió de ser tan intensa, que él mismo la describe como “**tiniebla**”, que a veces sabe como a infierno. Es ese roer el pan duro del camino espiritual, donde después de unos tiempos de pan blando o de leche espiritual o de miel de los comienzos cuenta cómo parece que Dios se esconde, nos da pan duro, y la miel se convierte en hiel. Noche ténebre del espíritu la de San Juan de Ávila, como la del mismo Cristo, que la vive en pura fe en el amor de Dios.

También experimenta el sufrimiento por una Iglesia que necesita reforma y que no se parece en muchos casos a la que Cristo fundó y quería, comenzando por los que la gobiernan. Para lo cual él mismo tiene que dar consejos sobre la vida del Papa, Obispos, sacerdotes, religiosos y cristianos laicos. Y ve que la Iglesia se desgarrar por la soberbia de Lutero, por una parte, y por los que no hacen nada por su renovación interna. También sufre la dificultad de renovarla desde dentro, y las cruces que se tienen que vivir para hacerlo.

También sufre por una sociedad que no vive los valores del evangelio, una sociedad opulenta, en donde no son pocos los ricos que se las dan

de cristianos mientras no hacen nada por los pobres, y son ingentes, que viven a su lado, con frecuencia avasallados a impuestos y condiciones injustas provocadas por parte de los que los gobiernan (reyes, y señores) y para los que trabajan noche y día. San Juan de Ávila eligió por propia vocación una vida pobre, pues repartió entre los pobres de su pueblo el dinero de la mina de plata que recibió como herencia, con la consiguiente dureza de no saber si comería al día siguiente, pues vivía de la caridad, sin aceptar estipendios, etc. Rara era la ocasión en que comía caliente. Además su dolor siempre estuvo en cómo seguir alimentando a los niños y alumnos de los colegios por él fundados, la mayoría de las veces pobres de solemnidad, y cómo atender a los enfermos muchos incurables de los pueblos y hospitales a los que acudía y otros para los que pedía para su construcción y mantenimiento. Ve el comienzo de una sociedad que quiere renacer, salir de la Edad Media, y descubrir su propia y necesaria autonomía, pero que hacerlo quiere quitar a Dios de en medio. Sin embargo, San Juan de Ávila será el verdadero humanista que predicará que el verdadero hombre y la verdadera humanidad o se fundamenta en Dios o cae en el sin sentido de la nada. Por eso dice:

“**Qué es diré, sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?**”²

No le privó Dios tampoco de los sufrimientos corporales en sus cada vez más crecientes enfermedades, que comenzaron ya de una forma continuada cuando contaba con 50 años, y se fueron agudizando de tal forma que, retirado ya en Montilla, vivió a echa-levanta durante sus últimos 15 años. En 1551 pasa más de medio año enfermo en la cama. Tenía grandes dolores de estómago y calenturas frecuentes. Los dolores y enfermedades se acrecientan en 1560 que casi le parece morir. Va a ser una muerte lenta de nueve años, pues lo será definitivamente

San Juan de Ávila nos habla del sufrimiento propio por llevar una vida cristiana y ser discípulo de Cristo

en 1569. Aún así, cuando los dolores se lo permiten, es decir, no son tan increíblemente intensos, continúa con sus actividades apostólicas: cartas, recibiendo personas, escribiendo los Memoriales a Trento para la reforma de la Iglesia, y a la aplicación de éste en los concilios de Toledo, etc. En algunas ocasiones comenta cómo le duele la muñeca al escribir, y en los últimos años ya sólo dicta las cartas al **Padre Villarás**, que le acompañó durante todos sus años de estancia en Montilla. El **P. Granada**, su gran amigo, discípulo y primer biógrafo, habla de dolores de hijada (bajo vientre) y de riñones; de gota artérica, con dolores agudísimos en las junturas de los brazos y piernas; junto a ello, recias calenturas. Es seguro que uno de los males que le causó la muerte fueron las piedras o cálculos de la vejiga. Desde 1565 nos describe ya sus dolores de ojos y cataratas que le dificultan la visión. Mucho tiempo de dolores físicos para ese ya envejecido apóstol que pasaba a la casa del Padre muy mayor para su época, con 69 años. Ya cuando contaba con 60 años nos dice que lo llamaban viejo. Larga ancianidad la de un presbítero, anciano, por edad y por vivencia.

Como vemos, no le privó Dios de grandes sufrimientos a San Juan de Ávila, por eso como decíamos del mismo Cristo puede así auxiliar a otros que padecen todo tipo de sufrimientos y tribulaciones.

3/

Buen samaritano: Ayuda al sufrimiento de los otros.

Para San Juan de Ávila, el prójimo no el que está cerca, próximo, sino aquel que me necesita esté cerca o lejos. Como el amor de Dios se ha

demostrado en la cruz que es para todos³, “porque por todos murió”⁴ por eso hay que amar a todos, especialmente a los que sufren. Próximo no es aquel que está próximo, sino aquel a quien me tengo que aproximar:

“**Todo hombre que yo pueda aprovechar o recibir de él provecho en acto o en potencia, aquel es mi prójimo**”⁵.

Esto cambia toda la orientación de la caridad con el sufrimiento ajeno. Se trata de acercarse al que sufre, como Cristo se acercó a nosotros en su encarnación y a cada uno de los que se encontraba y se hacía el contradicho buscando personalmente al que se sufre.

Para San Juan de Ávila este acercamiento del Señor a cada uno, especialmente al que sufre se realiza constantemente al abajarse a nosotros en la Eucaristía cada vez que la celebramos para estar a nuestro lado, y compartir nuestras alegrías y penas. La actitud de compasión y de misericordia nace del amor y se acrecienta en el contacto con el que sufre. Por eso, hablando de que la venida de Cristo en la Eucaristía no es de balde para nosotros, pues produce sus frutos, así tiene que ser el fruto de la cercanía a los que sufren:

“**No hay hombre rico, si tiene misericordia, que entre en un hospital donde hay muchos enfermos necesitados, que no se les muevan sus entrañas con misericordia, y eche mano a su bolsa, y conforme a su posibilidad y caridad que Dios le dio, y necesidad de los pobres, les haga merced [...] No, Señor, no venís vos en balde**”⁶.

Lo primero que hace con el sufre es sufrir con él, pues el amor lleva a la compasión, al sentir con, al padecer con el otro. Por eso dice a unos amigos:

3. “Cuando Dios se puso en la cruz a todos amó, malos y buenos, porque por todos murió” (Lecciones sobre 1 San Juan [II], 21: II, 437).
 Está claro que se refiere a Jesucristo, al que cita 7 líneas más abajo; si bien la cruz manifiesta el amor de Dios hacia todos, pues, como acaba de señalar: “Deus caritas est (1 Jn 4,8)” (ibid.).

4. Lecciones sobre 1 San Juan [II], 21: II, 437.

5. Lecciones sobre 1 San Juan (I), 21, 62-63: II, 297.

6. Sermón 40, 6: III, 535-536.

7. Carta 208, 2-5: IV, 675.

8. Advertencias al concilio de Trento I, 43: II, 509.

“**Días ha que no he sabido de vuestra merced ni de su hermano y mío; y aunque estoy flojo en el escribir, querría a menudo saber cómo les va allá; pues su buen suceso o lo contrario es mío y lo tengo por tal**”⁷.

También lo vemos animando a sus amigos de Écija que sufren por su privación de libertad en la cárcel. Así lo manifiesta especialmente en las cartas 58 y 64 que veremos con más detenimiento.

Es importante destacar que los enfermos van a encontrar una gran ayuda de San Juan de Ávila por mediación de un hombre, san Juan de Dios, que convertido a Cristo oyendo un sermón del Santo Maestro, dedicará su vida especialmente a los enfermos, sobre todo a los mentales.

No sólo apoyará a San Juan de Dios en su vida espiritual sino que él mismo pedirá para la construcción de estos hospitales y pondrá su ya gran fama como aval para la obra caritativa de aquel.

A San Juan de Ávila lo vemos alojado en una pequeña estancia en un hospital de Córdoba cuando es requerido por el Obispo para ayudarle en la evangelización, y no en el ofrecido palacio episcopal. En el hospital asiste a los enfermos, especialmente a los moribundos. Esta labor la llevará a cabo siempre, también en Baeza, donde además de visitar con frecuencia el hospital introduce la norma de que los universitarios deban hacerlo también, especialmente los sábados.

También introduce en la reforma que hace de los estatutos de las cofradías que éstas atiendan a los pobres y especialmente a los enfermos en los hospitales destinando para ello lo que sea necesario para el mantenimiento de éstos así como para su construcción donde sea preciso. Pero especialmente advierte a las cofradías que unan sus fuerzas entre sí y con las del prelado, y no quieran sacar beneficio de los pobres y enfermos

y concentren sus fuerzas en uno o dos hospitales donde se atiendan bien a todos, y no cada cofradía al suyo y además pequeños, lo que trae gastos desordenados haciendo que se repartan entre sí lo que había de ser para los pobres:

“**Y dicha unión de los hospitales se mande, porque es cosa muy provechosa**”⁸.

Crea colegios e internados para huérfanos en toda Andalucía, pidiendo que esta tarea sea muy tenida en cuenta por los señores y por los gobernantes, y así puedan comer y encontrar cobijo y labrarse un futuro. Huérfanos que abundaban por las constantes guerras contra los árabes. En estos colegios menores y mayores universitarios no sólo se les enseña a salir del analfabetismo sino que se convierten en auténticas escuelas de vida y virtud, tanto humana como cristiana.

San Juan de Ávila ayuda de una especial a través de sus cartas, tanto a aquellos a las que iban dirigidas, como a los que las han leído a lo largo de los siglos y lo siguen haciendo en la actualidad. Muchas de ellas están escritas a personas que sufren todo tipo de sufrimientos espirituales y corporales (enfermedades, vejez, muerte de seres queridos, sequedad espiritual, etc).

Todas ellas están tan personalmente dirigidas a cada uno y reflejan tan nítidamente las circunstancias de los destinatarios que sus discípulos no quisieron publicar el nombre de los mismos al editarlas. Fueron varios miles de cartas. Hoy, hasta la fecha, nos han llegado 263.

San Juan de Ávila le preocupa por los problemas de la gente, hasta incluso el recomendar a un mancebo que no tiene trabajo. También ayuda a poner paz en Baeza mientras corrían ríos de sangre por las disputas entre las dos grandes familias de la ciudad. Al mismo tiempo, ayuda a todos aquellos que sufren las maltrechas consecuencias de trabajar por la renovación de la Iglesia y también de la sociedad.

En fin, San Juan de Ávila ha encarnado al buen samaritano, y se puede decir que como dice el prefacio de Cristo, se ha acercado a todo aquel que sufre en su cuerpo o en su espíritu y curado sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

4/

Claves en las que ha vivido el sufrimiento personal: en el Amor de Dios.

San Juan de Ávila es el hombre de semblante dulce, sereno, que contagia paz, alegría, esperanza según los testimonios de los que le conocían y de los se acercan a su vida y a sus escritos.

Saber las claves en las que ha vivido su sufrimiento personal, que como hemos visto, no fue poco, nos puede servir de una gran luz. Y en esas claves son con las que se va a acercarse a todo aquel que sufre por cualquier motivo, y esas son también las ideas centrales que les va a transmitir ya sea de palabra, por acciones concretas, y en sus escritos a todos los que se acercaron y se acercan a él.

4/1

En el misterio de Cristo crucificado⁹.

El Maestro Ávila ha aprendido a vivir en las manos de Dios, en su amor demostrado sobre todo en Cristo crucificado. Y la principal escuela para vivir esto no han sido los libros, ni la universidad, sino, como él mismo confiesa, la vida de sufrimiento. Es la escuela del dolor. Y esto lo

experimentó de una forma singular, y ya para siempre, en la cárcel de Sevilla, cuando contaba con 31 años aproximadamente. En ella se le mostró el amor del Padre que le salía al encuentro en Cristo crucificado, y que le derramaba su Espíritu consolador. Ahora, vivido en la cruz de Cristo, su sufrimiento se convierte en fuente de auténtica alegría y fuente sanadora para los que sufren.

Contamos con el testimonio de **Fr. Luis de Granada** de lo acontecido en medio del sufrimiento de la cárcel de Sevilla, quien relata así lo sucedido en su biografía sobre el Santo Maestro:

“Y así, tratando una vez familiarmente conmigo de esta materia [consolación del Señor para los que padecen por su amor] me dijo que en este tiempo le hizo Nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra redención, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, y grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor.

Y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio. En lo cual vemos haber hecho Nuestro Señor con este su siervo una gracia muy semejante a la que hizo al profeta Hieremías. Porque estando, por la verdad que predicaba, preso, le consoló Nuestro Señor en la cárcel con una gloriosísima y muy alegre revelación, diciéndole: Llámame y oírte he, y revelarte he muy grandes y verdaderos misterios que tú no sabes [...]

Pues de esta manera consoló Nuestro Señor a este su siervo estando preso,

9. He estudiado este tema ampliamente en mi libro *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, Campillo Nevado, S.A., Madrid 2007, 65-166.

10. LUIS DE GRANADA, *Vida*, II, 4,6, en: *Obras*, XVI, 79-80; los subrayados son nuestros

11. Sobre estas cartas y oraciones a Cristo desde el sufrimiento cf. F. J. DÍAZ LORITE, *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, Gráficas Campillo Nevado, S. A., Madrid 2007, 65-115; M^o. J. FERNÁNDEZ CORDERO, “San Juan de Ávila: Cartas de consuelo en la tribulación”, en *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy. Homenaje a Santiago Arzubialde, SJ, Secundino Castro, OCD, y Rafael M^o Sanz de Diego, SJ, UPComillas*, Madrid 2011, 247-265.

12. Carta 58, 1-2: IV, 268.

13. Carta 58, 101-104: IV, 270.

14. Carta 58, 27-31: IV, 268; los subrayados son nuestros.

15. Carta 58, 44-46: IV, 269.

16. Carta 58, 47: IV, 269.

dándole especial lumbre y conocimiento del misterio de nuestra redención, que es la más alta filosofía de la Religión cristiana¹⁰.

Es decir, nos habla de una vivencia profunda del amor de Dios en Cristo que le llena de alegría, de esperanza y de amor, mientras se padecen trabajos por su amor.

Con estas palabras, San Juan de Ávila nos está describiendo la esencia de su vivencia, y nos está indicando también el contenido de su enseñanza a lo largo de toda su vida: la grandeza del misterio de Cristo y de nuestra redención, es decir, el amor de Cristo como manifestación suprema del amor de Dios y los beneficios de este amor para los hombres.

Desde la cárcel escribe las cartas 58 y 64 y algunas oraciones contenidas en el Audi, filia¹¹, que comienza a esbozar allí. También la carta 81, aunque redactada más tarde, se refiere a lo allí vivido. Veamos cómo expresa San Juan de Ávila lo que constituye la experiencia mística del sufrimiento desde la vivencia de la cruz del Señor, que le marcará toda su vida y ministerio.

4/1/1 CARTA 58

En la carta 58, a unos discípulos atribulados comienza por una oración al Dios de la misericordia. Ya es significativo que el inicio de la carta sea en clima de oración, pues comienza con el canto a la misericordia de Dios Padre, haciendo suyas las palabras de Pablo en **2 Cor 1, 3-5**:

“Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la misericordias y Dios de toda consolación [...]”¹².

A continuación, comienza a rogar y amonestar a sus amigos diciéndoles que no se turbaran ante la

San Juan de Ávila nos indica el amor de Cristo como manifestación suprema del amor de Dios y los beneficios de este amor para los hombres

persecución de que estaba siendo objeto, porque esto es parte de lo que ocurre con los seguidores de Cristo. Así, les dice:

“rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis ni os maravilléis, como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios, con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido”¹³.

Y les dice que no se turben, porque en medio de tanta cruz está experimentando el abrazo de Dios:

“¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí puedan dar”¹⁴.

Y es que para él los trabajos de la cruz se han convertido en placer. Por eso dice a continuación:

“No sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas”¹⁵.

Y esto está siendo posible porque su cruz está sustentada en Cristo crucificado, que es Jesús Nazareno, porque es florido¹⁶.

Es aquí precisamente donde interrumpe el diálogo con sus amigos y entra en oración con el Señor. Oración en la que nos abre su alma y nos ayuda a descubrir su vivencia y profunda relación con Cristo.

Oración a Jesús Nazareno¹⁷

“¡Oh Jesús Nazareno, que quiere decir florido, y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen y con qué gualardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud.

Y, libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciéndote por ti, como tú amándome, moriste de amor por mí. Mas ¡ay de mí, y cuánta vergüenza cubre a mi faz, y cuánto dolor a mi corazón!; porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos.

Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero, mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiéndote, no descansos, mas trabajos por ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh cuán mal me parece

nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿Oh fuete algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir: Triste es mi ánima hasta la muerte? (Mt 26,38).

¡Oh, que no descansaste, porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga dende pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para ti, y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar.

Quien, mirando a ti, amare a si y no a ti, grande injuria te hace. Quien, viéndote tal, huyere de lo que a ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a ti semejable. Y quien tiene poco deseo de padecer por ti, no conoce a ti con perfecto amor; que quien con este te conoce, de amor de ti crucificado muere, y quiere más la deshonra por ti que la honra ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Callen, callen, en comparación de tu cruz, todo lo que en el mundo florece y tan presto se seca; y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz; y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues tú tan reprobado

17. Aunque es un poco larga, transcribo toda la oración debido a la importancia que tiene en descubrir la hondura de su relación con Cristo en medio de los sufrimientos de la cárcel.

18. Carta 58, 47-99: IV, 269-270; los subrayados de los dos primeros párrafos son nuestros.

19. Carta 58, 50-58: IV, 269.

20. Carta 58, 47: IV, 269.

21. Carta 58, 77-78: IV, 269.

22. Carta 58, 98-99: IV, 270.

23. Carta 58, 104-114: IV, 270.

y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la Verdad, que eres tú. Más quiero tener a ti, aunque todo lo otro me falte -que ni es todo ni parte, sino miseria y pura nada-, que estar yo de otro color que tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero, ser tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque tú eres el bien verdadero¹⁸.

Gracias a esta oración podemos entrever lo que estamos buscando: la experiencia del amor de Dios en Juan de Ávila. Había comenzado la carta 58 dando gracias al Dios y Padre de Jesús. Y ahora ha descubierto en la cruz los abrazos de Cristo y del Padre. Y esto lo hace porque Dios, para él, es, sobre todo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo; y la cruz es la manifestación suprema de su amor. En la cruz se ha producido el encuentro definitivo amoroso entre Dios y él, la realización de la obra de la redención que le había comunicado a Fray Luis de Granada. Por eso dice:

“En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí [...] Amándome, moriste de amor por mí¹⁹.”

Ha sido la experiencia de la transfiguración. Por eso, Jesús Nazareno, sin figura de hombre, se convierte en “florido”²⁰, desprendiendo un suave olor, y toda su ropa, y todo Él, teñido ahora de sangre, se “ha hecho carmesí resplandeciente y precioso”²¹.

Un amor que nos viene en la cruz sin nosotros merecerlo, un amor que tiene que ser correspondido por nuestra parte también en la cruz. En ella ha descubierto el verdadero sentido de su vida y de la vida de todos: la vida consiste en ser de Cristo, como Él lo es de nosotros:

“Ser tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque tú eres el bien verdadero”²².

Ante el sufrimiento de la cárcel, que es casi sufrimiento de muerte, pues su vida pendía de un hilo, y de tres testigos falsos, no hace sino ponerse en las manos de Cristo. Por eso les dice que no se turben pues sólo está experimentando allí lo que le ocurre a un verdadero discípulo de Cristo y lo que él mismo les había enseñado durante las lecciones en Écija:

“Porque esto -les dice en la carta 58- no ha sido sino una prueba o examen de la lección que cinco o seis años ha que leemos diciendo: «¡Padecer! ¡Padecer por amor de Cristo! [...] de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo”²³.

En otro lugar utiliza también un símil académico para hacernos comprender que en el sufrimiento, en este caso por la enfermedad, es cuando se experimenta el sentido pasivo; y es entonces cuando Cristo actúa subiéndonos de nivel,

“Porque el pasar de obrar bien a padecer, es mejorar Cristo a los suyos y subirlos de aula de menores a mayores” (Carta 151 [1], 2-4: IV, 523).

Algo parecido experimentó San Juan de la Cruz en la cárcel de Toledo, pues allí, en la pasividad más absoluta, y volcado en sólo las manos de Dios, fue llevado a las más altas cumbres de la contemplación; cf. F. RUÍZ, Místico y Maestro, San Juan de la Cruz, 20-22.

Es la misma experiencia del profesor **Juan Luis Ruíz de la Peña** a las puertas de la muerte, provocada, en este caso, por un cáncer, cuando escribe ocho días antes de morir:

“¿Queda algo por hacer con lo que resta de esas notas especificativas de la persona (del sujeto-que-dispone-de sí)? No mucho, me temo.

No conozco ninguna lectura (filosófica o religiosa) del fenómeno humano que pueda justificar este tránsito del satisfacer al satispati del modo como lo hace la fe cristiana. Cuando la enfermedad le descubre cuán precaria era, a fin de cuentas, esa pretensión en la que cifra su autoestima, ¿dónde encontrar la clave que esclarezca la radical inversión de su instalación en la realidad por la que está pasando? ¿De dónde recabar el temple preciso para encajar tan dolorosa metamorfosis?

Sólo el paradigma de una pasión que es acción libremente diseñada puede esclarecer la aporía. Sólo el hecho-Cristo sirve aquí de algo. Todo lo demás es literatura (generalmente mediocre), patético titanismo o huida encubridora de la situación que se está viviendo.

El “in manus tuas commendo spiritum meum” es, en esta coyuntura, la única fórmula con sentido, la sola consolación posible, en la fe en el Dios vivo y en la esperanza de la victoria sobre la muerte”²⁴.

4/1/2 CARTA 64

La experiencia de sufrimiento, si se vive en las manos del Padre Dios y de Cristo, se convierten en fuente de paz y de incluso gozo.

Al meternos en las llagas de Cristo en las llagas de Cristo, que es lo que hizo San Juan de Ávila, experimentamos lo que él mismo experimentó:

“Sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida”²⁵.

Y este cambio es gracias a Jesucristo, que todo lo convierte en bien:

“¡Oh Jesucristo, y cuan fuerte es tu amor; y cómo todas las cosas convierte en bien, como dice San Pablo! (cf. Rom 8,28)”²⁶.

Seguidamente, San Juan de Ávila nos describe la situación penosa de la vida de la cárcel, aunque en todo momento está mantenido y sustentado por Dios:

“Cierto, quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará de menos cuanto en el mundo hay, porque, poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea”²⁷. [...]

“Quiero decir, cómo los que aman a Dios en las injurias no sienten injurias; en el hambre están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se quemán; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios”²⁸.

24. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL-J. FERNÁNDEZ SANGRADOR [eds.], CORAM DEO. Memorial Prof. Dr. Juan Luis Ruíz de la Peña [Salamanca 1997] 13-14.

25. Carta 64, 36-39: IV, 285.

26. Carta 64, 39-41: IV, 285.

27. Carta 64, 41-44: IV, 285.

28. Carta 64, 46-51: IV, 285.

29. Carta 64, 69-78: IV, 285-286

30. Audi, filia (I), 2ª, 62: I, 469-470. Es significativo el paralelismo en todo lo que sigue con el Tratado del amor de Dios, 7ss: I, 962ss.

31. A esta llama y fuego se referirá en el Tratado del amor de Dios con extraordinaria belleza: “¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Con el fuego principal de tu venida henchiste el mundo de amor” (Tratado del amor de Dios, 10, 389-392: I, 969). Resuena ya lo que dirá años más tarde San Juan de la Cruz: “¡Oh llama de amor viva [...]! [...] ¡Oh regalada llaga! [...] ¡Oh lámparas de fuego [...]!” (SAN JUAN DE LA CRUZ, Llama de amor viva 2.3, en: ID., Obras completas, eds. J. V. Rodríguez-F. Ruíz Salvador [Madrid 21980] 101); en adelante lo citaré según esta edición.

32. Audi, filia (I), 2ª, 62: I, 470.

La experiencia del sufrimiento se convierte en fuente de paz y de incluso gozo

A) Oración a Cristo crucificado en el día de la alegría de su corazón.

“[...] Y como el esposo desea el día de su desposorio, para gozarse, tú deseas el de tu pasión, para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos [...] Y pues lo que se desea atrae gozo, cuando es cumplido, no es maravilla que se llame día de tu alegría el día de tu pasión, pues era deseado por ti [...] y por eso quedó vencedor tu amor, y como llama viva, no se pudieron apagar los ríos grandes (cf. Cant 8,7) y muchas pasiones que contra ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía. Y por eso se llama día de alegría de tu corazón”³⁰.

Esta oración contiene la esencia de lo que significa Jesucristo crucificado para San Juan de Ávila. Ella es símbolo del amor y de la alegría de Cristo que se da libremente por nosotros. Ella es la meta de la carrera que Cristo comenzó en su Encarnación. Su sufrimiento y tormento, mayor del que se pueda imaginar, no tiene comparación con el amor que en su corazón ardía. Quien reconozca en la cruz este amor de Dios, comenzará a amarlo y experimentará sus beneficios, ya que esta “llama viva”³¹, este

“fuego de amor de ti, que en nosotros quieres que arda, hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en ti, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste”³².

B) Oración a Dios misericordioso, que nos oye, nos ve e inclina su oreja.

“¡Bendito seáis, Señor, para siempre, que no sois sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues

Es importante notar San Juan de Ávila vive el sufrimiento presente con la esperanza en la bienaventuranza de los sufridos:

“Tengamos todas las cosas por estiercol por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y con gozo, abracemos acá su deshonra y trabajo. [...]

¡Oh cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas ab eterno y junto con los coros angélicos alaben a Dios su señor!

¡Oh cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura! (Is 33,17).

En la cual contemplando, estarán tan contentos, que ningún seno quedará que no rebose de lleno aquel licor y bálsamo que crió todos los licores buenos; al cual comparada toda hermosura es fealdad y la luz del cielo es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de ésta no son cosa, ni por algo se deben contar”²⁹.

4/1/3 ORACIONES EN EL AUDI, FILIA:

Las oraciones contenidas en el libro **Audi, filia**, que se comenzó a escribir también en el periodo de la cárcel de Sevilla nos reflejan también esta unión de los sufrimientos presentes con los de Cristo en la cruz, y con ellos también sus sentimientos, que a veces son de auténtico gozo por el bien que de revierten en la humanidad. Veamos cómo San Juan de Ávila reza a Cristo, y nos descubre su alma en estos momentos de sufrimiento, que se convierten en auténtico gozo en Cristo.

los oís y veis, ni cruel, pues se dice de vos: Hacedor de misericordias, y misericordias de corazón, es el Señor, esperador muy misericordioso (Sal 102,8), ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos, comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida! [...].

Y dices: Oí tu oración y vi tus lágrimas [...]; con otras secretas mercedes que le hiciste tú, benigno, que no desearías veniros males, sino para sacar de allí mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad en nuestra maldad, tu poder en nuestra flaqueza”³³.

Esta oración es un canto a la misericordia de Dios, por eso comienza exclamando: “¡Bendito, seáis, Señor!”³⁴; porque nos oye y nos ve en nuestros trabajos y en nuestras penas. La hace alguien, San Juan de Ávila, que lo sabe por experiencia, pues ha comprobado cómo ha sido oído y visto en su aflicción de la cárcel, a la que ha sido conducido por las injurias recibidas.

San Juan de Ávila, al describir la entrega de Cristo en la cruz en Audi, filia (II), nos hace caer en la cuenta de que cuando Cristo fue puesto encima de la cruz “tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su corazón abierto con amor”³⁵, “extendido para con todos”³⁶, y que de allí, “del centro de su corazón”³⁷, porque “tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima ánima”³⁸, salían “resplandecientes y poderosos rayos de amor que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir”³⁹. Pues bien, muchos son los paralelismos de este descenso del amor de Jesús, que sale desde el centro de su corazón, con la venida del Espíritu en Pentecostés, descrita en el sermón 32.

En resumen, éstas son las claves de su experiencia, pensamiento y por tanto de su enseñanza:

El amor de Dios manifestado en la cruz de Cristo. El sufrimiento, venga de donde provenga, es motivo para asemejarnos a Cristo, y por tanto de crecimiento espiritual, de vivir en intimidad con él y experimentar así su paz, consuelo, alegría. La esperanza en que los trabajos y sufrimientos no serán definitivos sino que acabarán cuando lleguemos a la vida eterna, en realidad se va cumpliendo ya en el que sufre, un gusto de la bienaventuranza definitiva. Esto lo ha experimentado personalmente y lo puede así enseñar. Por eso encuentran consuelo y esperanza los que sufren por cualquier causa. Por lo tanto, San Juan de Ávila, desde su larga enfermedad física, y de noche oscura, que incluso califica de tinieblas espirituales, puede durante su vida no sólo consolar a otros sino ayudar a vivir el gozo de la cruz.

5/

Ayuda a los otros a vivir alegres en Dios en medio de sus sufrimientos.

El problema del sufrimiento no es sólo lo que se sufre, sino especialmente el encontrar o no el sentido de ese sufrimiento. Y mucho más todavía cómo seguir creyendo en la bondad de Dios en medio del sufrimiento. El amor de Dios que San Juan de Ávila ha experimentado derramado es ahora derramado a todos especialmente hacia los que sufren, como hacía Cristo. Es el místico de la cruz, como Cristo, pues la cruz es su cama florida, como Cristo. Sólo los místicos, y esto es un don, viven la cruz como regalo, y le ayudan a los demás a experimentarlo. Esto sólo se vive colgado de la cruz del Señor, que experimentó en la cruz el día de la gran alegría de su corazón, por el bien que de él salía y porque había descubierto que ahí estaba el Padre con su amor y desde allí se le derramaba el

33. Audi, filia (I), 3ª, 36-38: I, 493-494; el corchete es nuestro.

34. Audi, filia (I), 3ª, 36: I, 493.

35. Audi, filia (II), 78, 6: I, 707.

36. Ibid.

37. Ibid.

38. Audi, filia (II), 78, 6: I, 706.

39. Audi, filia (II), 78, 6: I, 707.

40. Así lo indica el título de la carta 19: “A una mujer trabajada de graves y peligrosas tentaciones” (Carta 19, título: IV, 115).

41. Carta 19, 101-110: IV, 118.

42. Audi, filia (II), 21, 3: I, 713.

43. Carta 56, 84-86: IV, 264.

44. Audi, filia (II), 67, 3: I, 679.

amor del Espíritu. Creída así la muerte de Cristo en sentido tan personal, es lógico que produzca en cada uno de nosotros grandes sentimientos de amor hacia Él, y comencemos a experimentar la fuerza de la fe, y que uno pueda caminar en amor de Dios en cualquier situación, hasta incluso en medio de las tempestades.

Por eso, la verdadera fe no se fija en lo que uno experimenta, o en otras circunstancias, sino sólo en el Crucificado y en el amor que allí nos ha mostrado:

“[...] y como no está arrimada la vista [escribe a una mujer trabajada con peligrosas tentaciones]⁴⁰ sino a la bondad de su Señor, no se ha de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino, como áncora fijada en el suelo del mar, asirse firmemente con el Crucificado y fijar su pensamiento en él y decir: “Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, me buscaste con dolores, sin buscarte ni llamarte yo; agora que te llamo y te quiero no me desampares. Si abrigaste a quien te era enemigo, no desecharás a quien te desea servir y a la que ya tomaste por tuya”. Y en esta fe vivirá, e irá segura entre las olas y tempestades que en la mar se ofrecen, aunque parezca que ya se hunde la nao”⁴¹.

San Juan de Ávila es, por tanto, uno de los promotores de la corriente del beneficio de Cristo, quien hablando desde su propia experiencia de saberse amado desde el Señor crucificado que ha dado su vida por él, y basándose en Pablo y San Agustín, sobre todo, ha puesto de manifiesto que la razón de ser del sufrimiento y amor de Jesucristo ha sido llevar su amor salvador a cada uno de los hombres de cada periodo de la historia. Para él sólo cuando se tiene esta experiencia personal de que Cristo lo ama personalmente y que dio su vida por cada uno es cuando se experimenta verdaderamente el amor de Dios.

Este ejercicio de la meditación de la pasión de Cristo lo propone Juan de Ávila en lo que podríamos llamar su testamento espiritual, como último deseo de su vida para bien de sus discípulos y de todos los cristianos. Así, al redactar el cap. 81 de Audi, filia (II) cuando se encontraba ya muy enfermo, lo presenta como un camino seguro para caminar a Dios y para experimentar su amor, poniéndose él como testigo de que conoce gente que lo ha conseguido. Así nos dice:

“Aunque he visto a personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado nuestro Señor lo que antes les había dilatado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente”⁴².

También insiste San Juan de Ávila en que gracias a esta fe y amor a Cristo, el creyente vive envuelto en una atmósfera de amor de Dios, y sentirá el amor de Dios en todas las cosas porque tiene ya sentado en su memoria lo que dice San Pablo:

“Que cuando Dios a su Hijo nos dio, todas las cosas nos dio con Él (cf. Rom 8,32)”⁴³.

Es verdad que al reconocer nuestra debilidad y la debilidad del mundo que nos rodea nos llama a la humildad, pero es en esta actitud como salimos enriquecidos, y en la que encontramos nuestro gozo.

“Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria (Is 6,3). Porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios”⁴⁴.

6/

Experiencia del amor de Dios cuando parece que nos da la espalda⁴⁵.

Estudiamos ahora cómo aborda San Juan de Ávila en todos sus escritos la experiencia del amor de Dios cuando todos los indicios nos indican que parece que nos ha abandonado.

Verdaderamente este es un aspecto poco analizado en San Juan de Ávila, y que ofrece mucha luz para abordar una cuestión crucial: ¿cómo seguir experimentando el amor de Dios cuando parece que se ha ido de nuestro lado y nos ha dejado no sólo en noche oscura sino en tinieblas?

Las numerosas cartas a personas que sufren o sequedad espiritual o sentimientos de que Dios no les ama por diversos motivos: enfermedades, contratiempos, etc., y en las que el Santo Maestro anima a seguir confiando en Dios, serán sin duda, la base fundamental, aunque no exclusiva, de su pensamiento ante esta cuestión que tratamos.

Bien puede ayudarnos a ver claro en medio de la oscuridad aquel que ha vivido también largos años de verdadera oscuridad. Es importante ver cómo parece que se refiere a él mismo cuando dice en la carta 184, la última que escribió o dictó, cuando estaba a punto de morir, confiando en la Bondad de Dios durante 20 años de sequedad espiritual.

Bien pudiera ser un gran resumen de cómo hay que afrontar esta situación. También habla San Juan de Ávila de cruz, persecuciones, etc. Y todo se acepta porque se acepta su voluntad, y hasta bendice a Dios por ello, lo cual indica el culmen de una vida totalmente en las manos de Dios⁴⁶:

“¡Oh bendito seas, Dios mío, Criador de todas las cosas y vida de todo lo que es, pues siendo tú Criador y yo criatura pecadora, tú ser infinito y nosotros nada y miseria, lleguemos a tan alto y a tan grande participación en tu suma Bondad, que te parezcamos en el querer y en el juzgar! Vos, Señor, decís que esto es bueno. Lo mismo decimos nosotros.

Vos lo queréis, también lo queremos acá. Haos parecido que veinte años estemos en una cruz con sequedades y tentaciones, aceptémoslo de muy buena gana. Queréis que seamos testimoniados, abatidos y deshonrados y perseguidos; el mismo voto tenemos y por vuestro seso nosgovernamos”⁴⁷.

Ciertamente este párrafo, esta oración a Dios desde el lecho de la muerte, sintetiza toda la vida espiritual de San Juan de Ávila. No se ha valorado lo suficiente este periodo de 20 años retirado en Montilla, pues se ha hecho alusión sobre todo a las enfermedades y grandes dolores que allí sintió. En cambio, ha sido un período mucho más oscuro, pues habla de auténtica sequedad, cruz, persecución, deshonra, etc. Sin embargo, desde ese período, desde esa oscuridad, es donde San Juan de Ávila ha iluminado más poderosamente a los que han acudido a él, y a la Iglesia entera. Es importante destacar cómo está viviendo esta situación desde el “¡Bendito seas, Dios mío [...]!”⁴⁸ y que recoge hasta donde había llegado en la unión y experiencia de la bondad de Dios:

“lleguemos a tan alto y a tan grande participación en tu suma Bondad, que te parezcamos en el querer y el juzgar”⁴⁹.

Esto dice unas líneas más arriba que es el mayor contentamiento:

45. En el presente apartado recojo lo expuesto en mi libro *Experiencia del amor de Dios*, 497-507.

46. Ya lo dijo desde la cárcel en la carta 58, cuando era joven: “[...] no estoy sino en manos de Cristo” (Carta 58, 114: I, 270).

47. Carta 184, 450-459: IV, 620. Con razón podía aconsejar en la carta 78: “[...] no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin” (Carta 78, 12-14: IV, 330).

48. Las oraciones que comienzan por “¡Bendito seas!”, son las que expresan un más alto grado de unión de Juan de Ávila con Dios, que coinciden con períodos de gran sufrimiento, por ej.: Carta 58, 1: IV, 268; 81, 202: IV, 342. No es extraño, pues, que en medio de las dificultades aconseje dirigirse a Cristo alabándolo: “Siempre, para siempre bendito Cristo, que éste es a boca llena nuestra esperanza” (Carta 20 [3], 100-101: IV, 136).

49. Carta 184, 452-454: IV, 620.

No hay unión más grande que aquella en la que el amigo desea lo que quiere el otro

veremos que nos dice San Juan de Ávila, y, por lo tanto, hasta con alegría.

Sin duda porque él mismo ha pasado estos períodos de dificultad y de noche, San Juan de Ávila nos ha hecho una perfecta radiografía de lo que se vive en ellos. La situación por la que a veces atraviesa el creyente, descrita con sólo los ojos humanos, es de total oscuridad, “un abismo de oscuridad y desmayo”⁵², “una oscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar al corazón gotas de sangre”⁵³; y más que oscuridad son tinieblas⁵⁴, y tan densas y oscuras, que parecen señales de infierno, y principio de él, porque

“cuando Dios esconde su cara, y no enseña favor al alma sino desfavor, y, siendo, perseguida de sus enemigos, no siente el favor de su buen Amigo, entonces es el padecer duro y sabe a tormentos de infierno”⁵⁶.

La experiencia se hace más oscura todavía si, como suele suceder, después de haber experimentado el gusto de Dios, y haber tenido experiencia de su Amistad, parece como si Él se retirara, produciendo en el verdadero creyente auténticos suspiros ante su ausencia, pues ya nada le harta. Es una verdadera experiencia de auténtica noche, y a veces de tanta oscuridad que le llama tinieblas, por la que el creyente pasa, y es que después que se ha gustado a Dios a veces se nos aparta un tanto.

Esto produce auténticos suspiros en los verdaderos creyentes, aunque se queja San Juan de Ávila de que con frecuencia ve gente que no los tiene, y esto es señal de que no han gustado anteriormente a Dios:

“¿Adónde están los entrañables suspiros de las ánimas que una

“Porque no puede el alma subir a mayor dignidad ni hacer cosa más ilustre ni de mayor honra ni grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él”⁵⁰.

Porque no hay unión más grande que aquella en la que el amigo desea lo que quiere el otro. Desde aquí es como hay que vivir los momentos de oscuridad. El llegar a tener esta unión de voluntad con Él es el mayor contentamiento que se puede experimentar.

Por eso le dice al destinatario de la carta que, aunque se hayan experimentado dones de Dios, hay que seguir en el camino de perfección hasta llegar a tener esta unión y amistad con Dios:

“Y mirad que os oso decir que no ternéis aun pureza de espíritu si paráis ni aun ponéis vuestro fin en sus dones, cualesquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y del cielo, dulcísimos y secretos. Pasad delante de todo lo que podéis comprender y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprendible bien infinito, y aquél abrazad y amad como quiera que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros”⁵¹.

San Juan de Ávila advierte precisamente que querer aferrarnos a la tristeza sin medida en estas situaciones de oscuridad y sentimientos de desfavores de Dios nos viene de no poner nuestra voluntad en consonancia con la suya, estando agarrados a la nuestra. Ya que si se miran desde los ojos puestos en su voluntad, aunque parezca que Dios está ausente y los desconsuelos son muy grandes, siempre uno los vive en verdadera actitud de encuentro con el Señor, como

50. Carta 184, 447-449: IV, 620.

51. Carta 184, 439-446: IV, 620.

52. Carta 96, 17: IV, 400.

53. Carta 20 (1), 65: IV, 122.

54. “No se maraville de quedar algunas veces como encallada y que no ve ni luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas” (Carta 96, 12-14: IV, 400).

55. “En trabajos os veréis muchas veces, que, si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él” (Carta 20 [1], 96-97: IV, 122). “[...] desconsolaciones que parecen infierno” (ibid., lins.170-171: IV, 124).

56. Las oraciones que comienzan por “¡Bendito seas!”, son las que expresan un más alto grado de unión de Juan de Ávila con Dios, que c

vez han gustado a Dios y después se les aparta algún tanto?”⁵⁷.

Él mismo nos describe con absoluta precisión su experiencia de esta ausencia de Dios en la carta 20⁵⁸, escrita para una persona que había vivido anteriormente tiempo de regalos de Dios y que ahora se siente con trabajos y viviendo “en flaca fe con ellos”⁵⁹. Y así le contesta:

“No me espanto de vuestra flaqueza, porque probado cuán trabajosa cosa es ascondese Dios al alma que le busca, no sé qué fatiga se le pueda igualar con la que trae su ausencia al ánima deseosa, dejada como en unas oscuras tinieblas, que ni sabe por dónde camine ni tiene gana de estarse queda. Si quiere buscallo, no le halla; y si quiere quejarse, no descansa; si contentarse, no puede; si llama, no le responden; y si no, reprehéndele la conciencia; porque así como las consolaciones de Dios son mayores que se pueden decir, así las desconsolaciones de la ausencia son increíbles a quien no las pasa”⁶⁰.

Y dice a continuación que

“[...] sabe el Señor desconsolar a los suyos tan de veras, que ningún consuelo les puede consolar ni alegrar ni aun aliviar el gran peso de la tristeza; [...] así estos muy desconsolado[s] les suele acaecer crecer la tristeza con los medios que para se consolar suelen tomar. Este es el verdadero destierro, [d]onde hay diversas tentaciones, por donde Dios lleva a los que saca de Egipto”⁶¹.

Gran precisión a la hora de describir la noche oscura, donde no se siente el consuelo de Dios y

donde la única forma de vivir es la fe en el camino del destierro, pero que en realidad es camino de la liberación de Egipto, que ahora pasa por el desierto que se convierte en verdadero destierro. La fe, que nos da esperanza es la actitud con la que hay que vivir esta situación:

“Ni éstas ni otras [desconsolaciones] le desmayen en la fe, pues es más cierto lo que Él nos promete que lo que nosotros sentimos”⁶².

Por eso dice con qué actitud hay que vivir esta salida de Egipto:

“No sea vuestra señoría como los flojos de Israel, que a cada cosita trabajosa que se les ofrecía en el desierto, luego se quejaban y se arrepentían de la salida de Egipto (cf. Éx 16,2s; 17,2s); mas ponga sus ojos en quien la sacó, que Él la defenderá del calor del sol, que no la queme, y de la luna y frío y tinieblas de la noche (Sal 120,6), para que no encuentre con malos encuentros, pues que Dios ha tomado a su cargo este negocio, y mandado que confíe de Él”⁶³.

6/1

Sensación de que Dios nos abandona es señal de que somos amigos suyos y motivo de crecimiento en el amor a Dios.

La posición de San Juan de Ávila es que a Dios se le siente cercano en medio de esta noche oscura, en medio de este “destierro”, porque ahora el creyente lo ve como un testimonio de que somos verdaderos amigos de Cristo, e hijos suyos, una de sus ovejas⁶⁴, pues quiere que nos parezcamos cada vez más a su Hijo, que, siendo

57. Carta 74, 26-28: IV, 318.

58. De esta carta 20 nos han llegado tres copias. No son iguales en los inicios y sí en todo lo demás (cf. L. SALA BALUST-F. MARTÍN HERNÁNDEZ, O.C. IV, 120, nota). Parecen que van dirigidas a personas diferentes, pues el destinatario de la primera y segunda es una mujer mientras que en la tercera se trata de un hombre. Esta experiencia personal de la ausencia de Dios la describe sólo en la copia segunda.

59. Carta 20 (2), 2: IV, 127.

60. Carta 20 (2), 10-19: IV, 127.

61. Carta 20 (2), 26-33: IV, 127.

62. Carta 20 (2), 33-35: IV, 127; (el corchete es nuestro).

63. Carta 90, 26-32: IV, 376-377.

64. “[...] mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes despeñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito: las ovejas tengo que tengo en mi mano, ninguno me las quitará (cf. Jn 10,18). Y por la bondad de él, puede pensar que ella es oveja de Dios” (Carta 96, 40-43: IV, 400-401).

Hijo muy amado, se dio por nosotros en prueba de amor. Por eso nos recuerda:

“Mirad que dice la divina Escritura: Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman (Sant 1,12)”⁶⁵; y exhorta: “No temáis de beber con paciencia lo que Dios manda con amor”⁶⁶.

San Juan de Ávila ve esta situación de aparente ausencia de Dios como una situación privilegiada, un gesto de amor de Dios para con sus amigos, que quiere que crezcamos en amor hacia Él.

Es un verdadero camino de salida el que nos propone, dejando la esclavitud de Egipto, que es la esclavitud de nuestro amor propio, en el que nos conducimos por sólo nuestra voluntad, y pasando al camino de Dios.

Con este camino de salida que el Señor nos propone tendríamos que considerarnos privilegiados. Por eso pone en boca del Señor:

“No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto de mí parte, pues veis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido con lanza y más herido de vuestro amor por dentro”⁶⁷.

Es una fe que no pide razones, es un amor que sólo da sin esperar recibir, es una paz que no tiene consuelo, es una verdadera confianza, aún cuando no sentimos los regalos de Dios. Sólo así es como podemos esperar fortaleza en Dios:

“Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiucia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paz que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas y osemos esperar que nos irá bien con El, pues él lo manda y así lo esperamos. ¿Sentímonos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque los que en Dios confían mudarán fortaleza, y tomarán alas como palomas, volarán y no faltarán (cf. Is 40,31; Sal 54,7)”⁶⁸.

En realidad, cuando Dios parece que se esconde es para que salgamos más de nosotros mismos, y de nuestro parecer, y nuestro gustos, y crezcamos en amor hacia Él y así nos acerquemos a su parecer, y éste sólo sea nuestro contento. Por eso afirma:

“No conviene que ninguno sea amigo de Dios sin que padezca”⁶⁹;

Así el Señor quiere que en este camino de salida de Egipto vayamos creciendo en amor hacia Él. Lo que parece un disfavor de Dios, es en realidad una prueba de su amor que nos ayuda a crecer en amor. En la carta 201 dice Dios nos ama y se esconde como el esposo que para que la esposa, un tanto dormida en el amor hacia Él, despierte y le busque le da una puntada en el corazón y se esconde:

“[...] Lo que le pasa a la esposa, de la cual nos dicen los Cantares que, viéndola su esposo descuidada, dióle una puntada en

su corazón, y fue tan fuerte, que le hizo salir corriendo a buscarle: ¿Vistes, vistas por allá -preguntaba a todos- el que ama mi ánima? (Cant 3,3).

Y así, la que estaba descuidada ahora no puede reposar, y la que antes no podía velar ahora no puede dormir, deseando que su marido le torne a ver, deseando, como cierva herida, beber el agua refrigerativa de la fuente clara (cf. Sal 41,2)⁷⁰.

6/2

Para que salgamos de nosotros mismos.

San Juan de Ávila explica el porqué de esta aparente marcha del Esposo:

“se esconde el esposo algunos raticos, para que con mayor fervor desee la esposa su tornada. Porque, según es grande nuestra flaqueza, aflojaríamos el amor si siempre leuviésemos presente”⁷¹.

La noche y la ausencia se convierten para San Juan de Ávila en otra prueba de amor del Señor, a la que manda algunas veces a sus discípulos que entren en la mar y “se desteten de tu dulce conversación”⁷², aunque nunca está lejos de ellos. Es más, en la noche le descubrirán todavía más presente. La noche se convierte así en una nueva y mejor ocasión para el encuentro con el Señor, al que le descubrimos presente en medio de la noche, porque el Señor aunque parece que se va, en realidad no lo hace. Por eso dice a Jesucristo el Apóstol de Andalucía:

“[...] piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás, las rodillas hincadas orando por ellos. Y cuando son pasadas

las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, descienes del monte y, como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas -que para ti todo es firme- y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están lejos de ti, y dícesles palabras de confianza, que son: Yo soy, no queráis temer (Mt 14,27)⁷³.

Es más, Dios “quiere tomar este negocio por suyo y estar más cerca de su siervo cuando al siervo parece que está más lejos”⁷⁴.

Y es que nos une más a Cristo cuando tenemos estos sentimientos de ausencia de Él, como sucedió a los Apóstoles, que al venir el Espíritu Santo sobre ellos quedaron “más ligados con cuerdas de amor con el ausencia, que primero lo estaban en presencia”⁷⁵. Cuando toda la vida se mira desde la luz de fe se puede ver cómo

“verdaderamente entre los trabajos anda Dios, y entre las llagas anda poniendo medicina, en la soledá compañía y cuando más estamos olvidados de Él, no se olvida de nosotros: Si alguna madre fuese tan cruel, dice el Señor, que pudiese olvidar al hijo que parió vivo, yo que no os olvidaré (cf. Is 49,15)⁷⁶.

Por eso exclama:

“¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos a Él!”⁷⁷,

Porque verdaderamente Él está muy cerca de nosotros. El creyente que así lo reconoce puede

70. Carta 201, 24-31: IV, 660.

71. Carta 201, 31-34: IV, 660. Cherprenet confirma la semejanza con Santa Teresa y San Juan de la Cruz: “[...] todos están de acuerdo sobre la necesidad de esta ‘noche’ del alma. El divino amante antes de unirse definitivamente con la esposa necesita comprobar su fidelidad fingiendo una ausencia. Esta idea, cuyo magnífico desarrollo encontramos en la ‘Noche oscura’ y ‘El Cántico Espiritual’ está ya expresada por San Juan de Ávila” (J. CHERPRENET, “Juan de Ávila, místico”, 111). Cf. p. ej. S. JUAN DE LA CRUZ, Noche Oscura 2, 6, en: Obras completas, 576-580.

72. Carta 20 (1), 149: IV, 124.

73. Carta 20 (1), 152-159: IV, 124.

74. Carta 96, 24-25: IV, 400.

75. Carta 35, 16-17: IV, 189.

76. Carta 201, 78-82: IV, 661-662.

77. Carta 20 (1), 127-129: IV, 123.

78. Carta 28, 97-98: IV, 172.

79. Carta 90, 233-236: IV, 382. “El ocultamiento de Dios forma parte de la experiencia religiosa

bíblica [...] Un Dios que no se oculta es un Dios que no se revela. El Dios verdaderamente revelado es el Dios que se revela ocultándose. Es el Dios que al revelarse se oculta, y al ocultarse se revela. Su ocultamiento no es ausencia ni silencio, sino presencia y palabra reveladoras” (J. M^o. IMIZCOZ BARRIOLA, “Experiencia de Dios en la formación sacerdotal”, en ARZOBISPADO DE SEVILLA, La formación del sacerdote del tercer milenio, 171); cf. L. F. LADARIA, El Dios vivo y verdadero, 425-427; H. U. VON BALTHASAR, “El camino de acceso a la realidad de Dios”, en MystSal II, 46. J. MARTÍN VELASCO, El fenómeno místico, 490: “En ningún lugar de la historia veo realizada esta condición de experiencia de Dios en la que culmina la experiencia mística como en la cruz de Jesucristo, en quien, para mí fe, Dios se revela de forma definitiva y por eso insuperablemente oscura [...] La experiencia del desamparo del Padre, la queja a gritos por ese desamparo es la expresión, la proclamación más formidable por parte de Jesús de la conciencia, de la aceptación de presencia del Padre; nunca más oscura; nunca más cierta; nunca más ciertamente experiencia de fe”.

80. Carta 35, 71-75: IV, 190.

81. Carta 35, 45-48: IV, 190.

ver cómo el Señor lo visita en la noche, de manera que

“pueda decir al Señor: Probaste mi corazón y visitástelo en la noche [...] (Sal 16,3)⁷⁸.

Y como dice en otro lugar:

“Diga a nuestro Señor: [...] Aunque os escondéis, conmigo estáis, según vuestra promesa que decís: Con él estoy en la tribulación (Sal 90,15)⁷⁹.

La noche se convierte así en presencia del Espíritu, al que se le invoca en medio de la oscuridad. Por eso,

“seamos como aquel que dijo: Mi ánima te desea en la noche; y en mi espíritu y en mis entrañas, de mañana velaré a ti (Is 26,9). De noche desea al Espíritu Santo quien se ve atribulado y no pone su fiucia en su brazo, sino suspira a este Espíritu como a consuelo de tristes y alivio de trabajados”⁸⁰.

Y este Espíritu

“renueva lo caído, alumbra lo oscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo cansado y, dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios”⁸¹.

El mismo San Juan de Ávila describe también cómo es este consuelo de Dios, y lo hace de tal

manera que refleja su propia experiencia, pues sólo quien lo ha probado puede afirmar lo siguiente:

“Las consolaciones de Dios son mayores que se pueden decir [...]”

Creo, doncella, que sabe nuestro Señor consolar a sus ánimas tan de verdad, que ningún seno se les quede que no esté lleno y rebose de gozo; y tan de verdad, que ninguna cosa entonces se le[s] ofrezca que les parezca que les pueda entristecer; mas, como lo dijo Cristo:

Vuestro gozo ninguno os lo quitará (Jn 16,22), lo prueban ellos ser muy verdadero, teniendo tal experiencia cual quien no la tiene no lo puede decir ni creer”⁸².

Verdaderamente, el párrafo anterior describe la experiencia mística de San Juan de Ávila. La alegría y el gozo, de quien se siente lleno del amor de Dios, no en la ausencia de dolor, sino desde la experiencia del sufrimiento.

Por tanto, para San Juan de Ávila, la oscuridad ha de ser vivida desde la experiencia de amistad con el Señor. Es más, ella es lugar de su presencia y de su amor.

Dios parece que se ha ido, pero en realidad no lo ha hecho; es amigo siempre presente, es el esposo que nos ha puesto en el camino de la liberación de nuestras esclavitudes y de nuestro propio parecer, y nos ha situado en el camino de la tierra prometida a través del desierto de los sentimientos de su ausencia para que lo recorramos en viva fe con amor.

Como Cristo, tenemos que pasar por las dificultades del desierto, pero llegaremos a la tierra prometida.

La noche y la ausencia se convierten para San Juan de Ávila en prueba del amor del Señor

De todas formas, en este camino de noche, de oscuridad, hasta de tinieblas, el creyente experimenta el gran consuelo del Señor y su amor que lo llena de un gozo tan inmenso que no se puede decir para quien no lo ha experimentado.

71

Experiencia culmen del amor de Dios: con-crucificados con Jesucristo⁸³.

Veamos en este apartado cómo sitúa San Juan de Ávila en el ser crucificados con Jesucristo el punto álgido de la experiencia del amor de Dios. En el capítulo primero de este estudio hemos presentado detenidamente el encuentro gozoso con Jesucristo crucificado-glorificado de San Juan de Ávila durante su estancia en la cárcel y que la cruz por la que estaba pasando era su dicha. El Santo Maestro se ha considerado como uno de aquellos elegidos, entre los muchos que Dios quiere que den la vida por Cristo, y experimenten el gozo de hacerlo. Por eso escribe en Audi, filia:

“Quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima [a Cristo crucificado]: ¡Heridas tenéis, amigo, y duelen os! ¡Yo las tuviese por vos!
 [...] pues que tantos, acordándose de estos trabajos de Cristo, han tanta compasión de Él que están azotados, y coronados, y crucificados en el corazón con Él, como dice San Pablo de sí y en persona de muchos (cf. Gál 2,19)”⁸⁴.

Se trata de la misma experiencia de felicidad, en medio de la cruz, que cuenta Fray Luis de Granada que le dijo el Santo Maestro sobre la gran merced que el Señor le había hecho al “tener un muy particular conocimiento del misterio de Cristo”⁸⁵, es decir, “la grandeza de esta gracia de nuestra redención”⁸⁶, y gozarse en este conocimiento⁸⁷; y entre todos los motivos que ha descubierto señala: “grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegrementemente por su amor”⁸⁸.

La alegría en la cruz responde al hecho que en ella experimenta como en ningún otro sitio “cuán bueno es Dios”⁸⁹ pues se encuentra con el mismo amor de Dios demostrado en los amores de Cristo; lo cual le lleva al mayor grado de unión y de amor que en esta tierra se pueda tener, aún más que en el más alto grado de contemplación:

“Porque, a la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo como quien pasa algo de ellos”⁹⁰.

San Juan de Ávila habla por propia experiencia pues, como afirma en la carta 154, escrita con gran dolor, no sólo con poca salud, sino como él dice, “con tanta angustia temporum (cf. Dan 9,25), que no sé si irá de provecho”⁹¹, señala que hay que quedarse sólo con Cristo, y estando con sentimiento de tormento de cruz, y, más que

queriendo alejarse, permanecer en ella y descansar sólo en Él, describiéndonos así su experiencia mística al pie de la cruz, como solía hacer en su casa de Montilla ante el crucifijo de tamaño natural que tenía en la capilla:

“[...] porque entonces es costumbre usada del Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores, que por medio de los suyos

82. Carta 20 (2), 17-25: IV, 127.

83. En este apartado recojo el contenido de mi libro Experiencia del amor de Dios, 507-516.

84. Audi, filia (II), 111, 5: I, 775-776.

85. LUIS DE GRANADA, Vida, II, 4,6, en: Obras, XVI, 79.

86. Ibid.

87. Sobre este gozo en el conocimiento de Cristo en su cruz se referirá en Audi, filia, citando lo que San Bernardo dijo y vivió: “[...] ocuparos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo diciendo: ‘Cualquiera que tiene sentido de Cristo sabe bien cuán expediente sea a la piedad cristiana, y cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención a lo menos una hora del día, de los beneficios de la pasión y redención de nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia y para sentallos fielmente en la memoria’. Esto dice San Bernardo; el cual así lo hacía” (Audi, filia (II), 68, 2: I, 680-681).

88. LUIS DE GRANADA, Vida, II, 4,6, en: Obras, XVI, 79.

89. Carta 81, 158: IV, 341.

89. Carta 81, 154-156: IV, 341.

90. Carta 81, 154-156: IV, 341.

91. Carta 154, 3-4: IV, 531.

92. Carta 154, 21-47: IV, 531-532.

93. Carta 81, 161-165: IV, 341.

94. Cf. L. SALA BALUST-F. MARTÍN HERNÁNDEZ, O.C. IV, 523, nota.

95. Carta 151 (1), 1-4: IV, 523.

96. Carta 58, 44-46: IV, 269.

97. Carta 151 (1), 12-17: IV, 523.

98. Así le dice a Francisco de Borja cuando el Santo Maestro contaba 66 años: “Yo tengo alguna mejoría en mi salud y predico alguna vez, aunque como viejo” (Carta 193, 25-26: IV, 642).

99. Carta 183, 40: IV, 606.

100. Carta 183, 8-11: IV, 605.

las hacía; y aprende [...] que tiene Dios, y muy buen Dios, y dice: Non sum solus, quia Pater mecum est (cf. Jn 8,16).

Y comienza a crecer en la fe y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado [...] después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula. Y esta es la raíz de todo aprovechamiento, porque a los pies de Cristo lo ha de haber si verdadero ha de ser”⁹².

Este amor del Señor y otras enseñanzas, dice también la carta 81 que:

“aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en estos lugares se suelen oír con las orejas, estando quizá el corazón en otra parte; en la tribulación óyese: que Dios enseña con obras”⁹³;

como le dijo a Fray Luis de Granada sobre su período en la cárcel. Además, le dice a Don Antonio de Córdoba, al que le escribe la carta 151 en 1549, cuando éste se encontraba enfermo en Salamanca, donde era rector de la Universidad:

“Hace vuestra merced muy bien en estar contento con servir en la casa del gran Señor de oficio de enfermo; porque el pasar de obrar bien a padecer, es mejorar Cristo a los suyos y subirlos de aula de menores a mayores”⁹⁴.

El joven Juan de Ávila dice en 1532 que Dios le abrió los ojos para ver que son favores y mercedes las tribulaciones y la cruz, por eso señala en la carta 58, desde la cárcel:

“[...] no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas”⁹⁶.

Y esta alegría en la cruz, como verdadero don de Dios, es la que ha tenido durante toda la vida. No sólo la cruz de la enfermedad, sino otras interiores y más crecidas, que son las de los golpes de la lucha espiritual y de las contradicciones, tribulaciones y persecuciones que surgen en el camino evangelizador. Por eso sigue diciendo a D. Antonio de Córdoba, que atravesaba una enfermedad:

“Así, señor, sea vuestra merced grato a la enfermedad y agradecido al Señor, que la envía; y esa cruz y carga fuere de él bien recibida, subirle ha el Señor a otras más interiores y más crecidas, que Él tiene para dar a sus muy amigos, para conformarlos con Él, cuya cruz fue grandísima en lo visible y muy grandísima en lo invisible”⁹⁷.

Esta experiencia de amor desde la vivencia de la cruz la sabe San Juan de Ávila por experiencia; por eso, ya maduro, o lo que es más probable, ya “viejo”⁹⁸, pues cuenta que su enfermedad e indisposiciones van en aumento cada día, y esto debido a que el barro es tan flaco y además “tantos golpes le dan”⁹⁹, le dice a un amigo sacerdote anciano:

“[...] procuremos entrambos ir con nuestras cruces al Señor, que llevó la suya, pidiéndole que nos dé su gracia para llevar con contentamiento lo que Él de su mano nos envía”¹⁰⁰.

Esta alegría él ya la había experimentado en medio de la cruz, como él mismo confiesa en la carta 90:

“[...] en mayores guerras me he hallado, y con la gracia del Señor he estado contento en ellas”¹⁰¹.

Por eso puede con toda razón decirle a su amigo sacerdote anciano el buen sabor del cáliz de la pasión:

“Y este postrer trabajo, que a la vejez suele venir, es el buen vino de la cruz, el cual el Señor guarda para dar a sus amigos a la postre, como cuando convirtió el agua en vino (Jn 2,10)”¹⁰².

Buena comparación para decir que es un don a los amigos darles lo mejor que tiene Jesucristo “el buen vino de la cruz”.

Por eso le recomienda a su amigo que no tome sólo un poquito de ese vino, sino que se emborrache de él, y además con alegría, porque es un gran don que el Señor da a sus amigos muy queridos:

“Bébalo vuestra reverencia con alegría, porque de Él se entiende: Inebriamini, carissimi (Cant 5,1)”¹⁰³.

Por eso, alaba el Santo Maestro a Dios en el lecho de la muerte por haberle dado tanta participación en su “suma Bondad”¹⁰⁴ a través de su vida de cruz, reconociendo:

“Vos, Señor, decís que esto es bueno. Lo mismo decimos nosotros. [...]

Haos parecido que veinte años estemos en una cruz con sequedades y tentaciones, aceptámoslo de muy buena gana”¹⁰⁵.

Y la razón de esta alegría no es otra que porque esa había sido la voluntad de Dios, ya que

“no puede el alma subir a mayor dignidad ni hacer cosa más ilustre ni de mayor honra ni grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él”¹⁰⁶.

Y por eso sólo quiere su voluntad; y su contentamiento está sólo en cumplirla, que en ello reside la auténtica alegría de los hijos de Dios. De ahí que escriba:

“Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de Él: y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un “¡Gracias a Dios!”, un “¡Bendito sea Dios!”, que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades”¹⁰⁷.

Estamos en el punto más alto de la unión con Dios y de la identificación con Cristo, porque ahora ya no soy yo, y mi parecer y mi voluntad, sino Cristo en mí (cf. Gál 2,20), que es como vimos la descripción más auténtica de nuestra nueva vida de unión en Cristo. Hay otra razón profunda por la cual San Juan de Ávila invita a experimentar el amor del Padre en la cruz, ya que en ella se toma conciencia de que somos uno de esos a los que San Pablo se refería cuando dijo:

101. Carta 90, 374-375: IV, 386-387.

102. Carta 183, 32-35: IV, 605.

103. Carta 183, 35-36: IV, 605.

104. Carta 184, 453: IV, 620.

105. Carta 184, 454-457: IV, 620.

106. Carta 184, 446-449: IV, 620.

107. Carta 81, 103-108: IV, 340.

“Predestinó a sus escogidos a ser semejables a la imagen de su Hijo (Rom 8,29). Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores”¹⁰⁸.

Y además, si el Padre, que ama al Hijo, le ha dispuesto el reino con cruz y deshonra, el experimentar esa misma cruz indica que el Padre nos trata también como hijos suyos y que nos dará también el reino prometido. Por eso dice San Juan de Ávila:

“Pues ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Por qué no me gloriaré, que me trata como a su Hijo? ¿Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? ¿Por qué no me terné esperanza que me hará participante de su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?”¹⁰⁹.

Y también:

“Pues ¿en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía a su Padre, como en padecer por su honra, como Él dijo: Porque conozca el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí? (Jn 14,31). Mas ¿adónde iba? Claro es que a padecer”¹¹⁰.

Por eso, como el cristiano ve tanto amor del Hijo en el padecer, quiere conformarse al Hijo y ser así hijo de Dios en el Hijo. De ahí que afirme San Juan de Ávila:

“Quien viéndote tal [amándonos

en la cruz], huyere de lo que a ti conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a ti semejable”¹¹¹.

Y así, si estamos unidos a su dolor, y, sobre todo, al amor que allí se expresa, participamos de la hermosura y perfección de Jesucristo. El cual nos comunica su alegría con la que fue a dar la vida, pues aunque muchos fueron sus dolores, mayor fue su alegría, fruto de su gran amor, por el bien que su cruz a nosotros traería¹¹². En esta vivencia de la alegría en la cruz es importante ver en ella cómo el Señor ha querido escogerla para seguirle por el mismo camino que Él siguió, por eso dice San Juan de Ávila que Cristo al ver cómo nosotros vamos con la cruz nos

“Está esperando gozándose, viendo a sus siervos ir tras de Él siguiendo sus pisadas”¹¹³;

camino seguro para encontrar el gozo y el descanso y pasar a la tierra prometida, donde ya no habrá leche y miel sino “gozar del mismo Dios”¹¹⁴. Por eso le dice a una señora:

“Mucha razón tiene vuestra merced, señora, para alegrarse, pues que la lleva el Señor tras sí, enseñándole el rastro de sus pisadas, conformándola consigo en el padecer, comunicando alguna parte cerca de sus penas, comunicándole los dones que ha comunicado a sus escogidos, ofreciéndole en qué pueda merecer mayor corona y, sobre todo, lo que más es, dándole la mayor de las mercedes, dándole su santo espíritu, para que lleve su cruz por su amor”¹¹⁵.

Y le ayuda a ver que el padecer es un gran don,

LH n.305

pues a través de él es como se consigue un auténtico conocimiento de Cristo, por eso desea que se vea envuelta en la alegría del Espíritu en medio de la cruz:

“Y pues que el Señor, por su bondad, se ha habido tan piadosamente con vuestra merced, dándole conocimiento de sí mismo, espero en su misericordia que también le habrá dado en los trabajos para llevarlos en gozo, recibéndolos por amoroso don, dado de su bendita mano”¹¹⁶.

Es admirable todo lo que le dice el Santo Maestro en la pequeña carta 203 de tan sólo 20 líneas a Juan de Lequetio, en el que resume la mística de la cruz, vivida como gozo pascual, y que transcribimos casi en su totalidad:

“Dios dé a vuestra merced buenas salidas de Pascuas y mucha perseveranza en el gozo de la resurrección, y aunque le vengan días de cruz, que le sean días de Pascua, porque esperar acá otro gozo que no sea padeciendo trabajos, ni cumple ni lo debemos desear; que aquello ¿qué sería si no ser de aquellos de quien el Señor dice: El mundo se gozará? (Jn 16,20).

El Señor llevó su cruz, poniendo delante el gozo (Heb 12,2) que de nuestro bien Él había de sacar mediante su pasión; y nosotros debemos llevar la nuestra, poniendo delante el contentamiento de su voluntad y la hermosura de la librea de estar vestido al traje de Él.

Y porque creo que el mismo Dios ha enseñado a vuestra merced esta doctrina del gozo en la cruz, sin la cual ninguno se debe gloriarse de ser cristiano, no alargo en ello más, sino que vaya a la bendición del Señor, etc.”¹¹⁷.

Para San Juan de Ávila, la cruz se vive como Pascua, porque mientras caminamos en la tierra, la Pascua de Jesús se vive en la cruz, una cruz que es gozo, el gozo en la cruz.

También en esta ocasión se refleja la eternamente vivencia de Juan de Ávila en la cárcel de Sevilla ante la transfiguración-glorificación del Señor en la cruz. Él resplandece de amor en la cruz y nos viste de su hermosura.

Se trata de la mística de la cruz, que San Juan de Ávila ha vivido toda su vida. Por eso puede aconsejar ahora:

“Si el mundo nos persiguere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor; y cómo todas las cosas convierte en bien, como dice San Pablo! (cf. Rom 8,28).

Cierto, quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay, porque, poseyendo a Dios por el amor, no le falte cosa que buena sea.

Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir a ver aquesta visión, cómo arde la zarza y no se quema (Éx 3,2).

Quiero decir, cómo los que aman a Dios en las injurias no se sienten injurias; en el hambre están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta”¹¹⁸.

116. Carta 201, 146-149: IV, 663. También dirá a otra persona: “Agradézcale que la hizo compañera suya en los dolores, lo cual no es pequeña merced para quien lo sabe sentir” (Carta 200, 49-51: IV, 659).

117. Carta 203, 1-14: IV, 666. La carta 199, también dirigida a Juan de Lequetio, está fechada en 1551; cf. *ibid.*, lín. 66: IV, 657.

118. Carta 64, 36-52: I, 285.

119. Carta 24, 141-154: IV, 154.

120. Carta 33, 19-26: IV, 184.

En la carta 24 San Juan de Ávila nos transmite en tercera persona su vivencia de la mística de la cruz durante su vida:

“En el mismo padecer hallaréis sabor, y de la piedra dura sacaréis agua, y del peñasco, miel (cf. Núm. 20,9-11; Dt 32,13). Amad y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo a Aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida; si con destierro, que dondequiera estáis desterrada hasta que veáis a Dios, que poco se os da ir al cielo desde una parte de la tierra que de otra; si a Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, dondequiera os irá mal.

Si os viéredes despreciada: “Cristo es mi precio: y Él me precie y desprecienme todos, porque Él solo me precie”. No [o]s afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, y confiad en Aquel que ama a los que le ama. Todas las cosas podréis en Él”¹¹⁹.

San Juan de Ávila ve, por tanto, en el gozo pascual de la cruz, a semejanza de Cristo, el punto culminante de la experiencia del amor de Dios que nos ha conformado con su Hijo, siguiendo sus pasos. Y no considera que este camino sea sólo para privilegiados sino para todo cristiano, pues todos deben llegar a decir: Ya no yo, es Cristo quien vive en mí, y éste crucificado (cf. Gál 2,19-20). Estamos ante la mística de la cruz y la experiencia máxima del amor de Dios. De esta manera, desde su experiencia, podrá decir, con toda razón:

“¡Oh, Señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo por poner los ojos en su Criador!

San Juan de Ávila ve en el gozo pascual de la cruz el punto culminante de la experiencia del amor de Dios

¡Oh si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan transitorios deleites y, como tórtolas castas, no quieren consolarse en la tierra, mas sospiran con amor a su Señor, que en los cielos está; y como la paloma, que se torna limpia sin poner los pies en cuerpo muerto, mas tórnase a la mano de quien la envió!”¹²⁰.

8/

Conclusión.

Es un verdadero Cristo crucificado, pero también un Cristo glorioso, que vive en la alegría del Señor de la gloria, vive en su corazón traspasado de amor por nosotros, y ahora, ya resucitado, goza de la misma gloria. Y San Juan de Ávila, como Pablo, asemejado a Cristo en el sufrimiento, nos puede decir:

“Ya no soy yo es Cristo quien vive en mí”.

Es Cristo el que ha estado presente en su vida, es Cristo y el amor del Padre que en Él se manifiesta y el del Espíritu, el que transmite para todos, especialmente para los que sufren.

Por la manera en que ha vivido el sufrimiento, que el Doctor de la Iglesia universal, San Juan de Ávila, podemos decir que es no sólo Doctor en sufrimiento sino también Doctor de cómo afrontar el propio sufrimiento y Doctor en cómo hacer el bien al que sufre.

01/8

“Tened siempre caridad...”*

Miguel Martín Rodrigo, O.H.,
 Capellán Fundación Instituto San José. Madrid.

1/

Cuando el lenguaje nos traiciona, o el movimiento peligroso de la semántica.

Siempre se ha dicho que el lenguaje es un elemento vivo que crea y elimina significantes en función de las necesidades de comunicación que vehicula, que introduce nuevas palabras en el torrente comunicativo de la sociedad, que excluye otras que dejan de utilizarse, que algunas otras se cargan de un significado distinto al que en un principio se le asignaba.

Uno de estos significantes podría ser el de “caridad”. Hoy resulta imposible pronunciar este vocablo sin que inmediatamente haya que acompañarlo de un cortejo de explicaciones que intenta resituar el auténtico significado del término.

Y, a veces, por no perder tiempo en semejantes complicaciones pasa uno a la utilización de otros inicialmente más cercanos o, quizá mejor, inicialmente menos distantes del genuino significado que deseamos transmitir.

Algo parecido nos ocurre con otro término, por otro lado para mí muy entrañable, como es el de “hospitalidad”. En una conferencia reciente el Prof. Diego Gracia proponía la conveniencia de sustituirlo dada la contaminación sufrida por el mismo (no así, advertía, el también derivado del mismo origen, “hospitalario”).

¿Qué quieren que les diga? A mí, personalmente, me duele cada vez que uno de estos términos entra en crisis y hay que empezar a buscar sinónimos que, aparentemente, están menos contaminados.

*.Conferencia impartida en las VIII Jornadas del Grup Sant Jordi (Barcelona) el día 10 de noviembre de 2012.

1.“Cartas de S. Juan de Dios”, ed. interna OHSJD, Carta a L. Bautista, nº 15

El valor fundamental que emerge del carisma de Juan de Dios no es otro que el de la hospitalidad.

No me resulta fácil buscar otro vocablo que recoja lo que desde niño he ido incorporando tanto a su universo simbólico como a su fondo vital y, por qué no, también sentimental.

“Ubi caritas et amor. Ubi caritas Deus ibi est”. ¿Cómo canjear el vocablo con el que hemos definido la mismísima identidad de Dios, o el mandamiento principal de los creyentes por otro que, a su vez, también tiene una serie de connotaciones propias a veces algo distintas de lo que pretendemos significar?

Hospitalidad es acogida, pero es algo más o, si prefieren, algo más específico, distinto. Caridad no es solidaridad, aunque la implique; es amor, pero ¿existe hoy un vocablo más poliédrico y, en parte, contaminado que el de “amor”?

Y, al final, uno no sé qué hacer. Porque si el lenguaje es para entenderse habrá que asumir el código más adecuado para esta finalidad. Pero siempre le queda a uno el dolor de estar convencido de que se ha dejado algo valioso en el canje.

Tal vez piensen ustedes que me estoy perdiendo en un terreno de filosofía del lenguaje o de puro nominalismo, cuando para lo que se me ha llamado aquí es para otra cosa mucho menos compleja y, por ello, más práctica.

Quizá lleven algo de razón. Pero si he iniciado todo este “excursus” es porque me gustaría, desde el principio, poner en claro lo que yo entiendo por caridad.

Y no -ya lo señalé al principio- desde un planteamiento depurado de un tratado de teología fundamental, que no es lo mío; pero sí desde una síntesis existencial, personal, realizada a lo largo de mi biografía como creyente y como hospitalario criado al calor de la escuela de Juan de Dios.

2/

Hacia un acercamiento experiencial a la caridad.

Considero que la caridad sólo la podemos comprender desde la experiencia de Dios realizada en nuestra vida. Experiencia llevada a cabo de múltiples formas, en diversidad de contextos y formatos, en formas más o menos llamémosle ortodoxas o heterodoxas, más o menos implícitas o explícitas... Una experiencia de Dios que, habitualmente, viene vehiculizada por otros medios ordinarios como casi siempre Dios se hace presente en la historia del hombre. Cuentan que un día en Calcuta Madre Teresa recogió de la calle a un moribundo, uno más de los muchos que recogía, lo llevó a su albergue y se puso a cuidarlo. Y cuando le sustentaba sobre su pecho para darle un vaso de agua fresca, el enfermo le susurró:

“No sé si existe Dios. Pero si existiera, se parecería mucho a usted”.

Ese buen hombre es más que probable que careciera de una mínima formación teológica pero barruntaba perfectamente desde su experiencia personal lo que tan apenas podemos definir conceptualmente como identidad divina. Madre Teresa ejercía ahí un puente sólido y creíble entre Dios y el hombre. Y por ahí anida la caridad. En esta misma dimensión, casi cinco siglos antes, Juan de Dios ya lo tenía muy claro:

“Tened siempre caridad, porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está.”
 (C. Luis Bautista nº 15, OHSJD, Regla de S. A. y Cartas, ed. interna)¹

Hemos pasado mucho tiempo discutiendo la dimensión horizontal y vertical de la espiritualidad cristiana. Hemos pecado frecuentemente por sobrevalorar una en contra de la otra cuando ya, desde la propia Escritura, queda clara la doble configuración de la misma.

Paradójicamente, horizontal y vertical constituyen geoméricamente la cruz, símbolo paradigmático de nuestra fe. ¿Sólo geoméricamente?

Por ello conviene apostar por esa doble fidelidad, en realidad una sola fidelidad. La caridad exige experiencia de Dios; la caridad es falsa sin compromiso con los hombres necesitados:

“Si alguno dice ¡Amo a Dios!, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn. 4, 20).

Aclarada esta conexión conviene no olvidar otra que nos ofrece la misma carta joánica, tan sólo unos versículos antes, cuando dice:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4, 10).

Y, ratificando esta doble dimensión de la caridad que nos conecta con Dios y con los hombres, recojo la afirmación que en la presentación de un libro del Papa Benedicto sobre “Teología de la Liturgia” hizo uno de los conferenciantes y que recoge en una de sus conferencias el actual Prefecto para la Doctrina de la Fe, Gerhard Müller:

“Cuando los monjes descuidaron sus alabanzas a Dios se aguló también la sopa de los pobres”.²

El propio Benedicto XVI afirmaba con rotundidad le necesidad de no perder esa dimensión teologal de la caridad, sin la cual pierde la identidad cristiana que le es propia. Es preciso enraizar la misma en terreno consistente; la vida en sí misma, y el ejercicio de la caridad cristiana en ella con el compromiso consecuente atravesará, no nos quepa la menor duda, “áridos valles, y barrancos tenebrosos”; no faltarán desde fuera las críticas, los obstáculos, las interferencias, las malinterpretaciones y, con todo ello el “cansancio de los buenos” del que nos hablara Pablo VI. Y desde dentro de cada uno de nosotros también aparecerán los protagonismos, las envidias, los deseos de aparentar...Es necesario, insisto “construir sobre roca” porque, tarde o temprano, “soplarán los vientos, se desbordarán los ríos” y lo que no esté edificado sobre roca se derrumbará.

“Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos con el servicio caritativo”³.

La caridad es la virtud teologal que nunca desaparecerá.

“El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará... En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor”. (1 Cor. 13, 8, 13)

2. Conferencia publicada en América y recogida por RELIGION DIGITAL (10.IX.12)

3. Benedicto XVI, “Encíclica “Deus caritas est”, S. Pablo, 2005, nº 37

4. Benedicto XVI, “Deus caritas est”, o.c. nº 22 y 25)

5. Juan Mª Laboa, entrevista en RELIGION DIGITAL con José M. Vidal, 30.XI.11

6. Reseña de la rueda de prensa. Agencia ZENIT. Luca Marcolivio, 5.X.12

La caridad es fundamento “sine qua non” de la Iglesia. Es parte del trípode sobre el que se asienta la misma. Benedicto XVI, de nuevo, lo deja meridianamente claro:

“Practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra”... “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma), celebración de los sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia)”... “Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”⁴.

De ahí que quienes dentro de ella tengamos un papel más significativo en el ejercicio de la caridad, no debamos de minusvalorarnos al confrontarnos con quienes ejercen otro tipo de misiones -el servicio de la Palabra, el culto, la jerarquía...-. Tampoco será correcto el de situarnos por encima de nadie, pero nunca por debajo. Jesús lo tenía muy claro y así se lo advirtió a sus discípulos. Mientras éstos discutían sobre quién sería de entre ellos el más importante, el Maestro sentenció:

“Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc. 9, 35).

La primacía en el Reino no se conjuga con el verbo al que tan adictos estamos los hombres

La caridad exige experiencia de Dios; es falsa sin compromiso con los hombres necesitados

como es el “mandar”, sino el de “servir”.

No es fácil esta lección de Jesús para todos nosotros, quienes intentamos seguirle. Frecuentemente lo olvidamos y damos inicio a nuestras particulares caminos en busca del prestigio, del reconocimiento humano, y, también, del poder. Desgraciadamente, la Iglesia tampoco es ajena a estas carreras.

Cuesta entender posicionamientos personales y planteamientos de vida de personas que, en nombre del Evangelio, nos servimos del mismo para objetivos tan mezquinos.

Que determinadas ambiciones podamos observarlas en otros ámbitos de actuación (economía, política, cultura...), podemos llegar a comprenderlo, pero que se sitúen en el corazón del grupo de quienes nos llamamos seguidores de Jesús, suponen un auténtico escándalo para los de dentro y para los de fuera. Y no es porque no se tenga clara la primacía del servicio, ni mucho menos, sino porque el “hombre viejo” que existe en cada uno de nosotros nos traiciona en lo que pudieron ser nuestros mejores deseos iniciales.

“La estructura eclesial es muy consciente de que la Iglesia samaritana no es sólo fundamental desde el punto de vista doctrinal, sino que, sin ella, habría desaparecido”⁵.

El propio Mons. Nikola Eterovic, Secretario General del Sínodo de los Obispos, cuando el pasado 5 de octubre, en vísperas del inicio del mismo, declaraba a los periodistas presentes en la Sala de Prensa de la Santa Sede:

“La caridad es un lenguaje universal que todos comprenden y que es un discurso más convincente que muchas, aunque necesarias, reflexiones teológicas”⁶.

LH n.305

Quizá sería bueno, desde este planteamiento, introducir con más fuerza en el proceso de discernimiento eclesial, el concepto y su consiguiente aplicación concreta, de la “**ortopraxis**”. Frente a la hegemonía prácticamente absolutista de la “**ortodoxia**”, urge introducir este otro parámetro de análisis. Sin ello, la tentación del fariseísmo nos acecha por doquier: estrictos en los grandes principios dogmáticos, rígidos en los formulismos rituales de la liturgia, pero frecuentemente marcados por graves lagunas en el planteamiento de un estilo de vida muy alejado del Evangelio en lo que supone el compromiso con el hermano necesitado.

“La teología de Gustavo Gutiérrez, independiente del ángulo desde el que se mire, es ortodoxa porque es ortopráctica y nos enseña el adecuado actuar cristiano porque procede de la verdadera fe”⁷.

Y, desde dicho baremo de juicio cabría analizar con la misma exigencia, yo creo que con mayor rigor, muchos de los estilos de vida y de funcionamiento de nuestra vida eclesial que dejan tanto que desear y que, frecuentemente suponen tan gran escándalo en la sociedad.

“Por esto, pongo encima de la mesa, ya desde el inicio de mi carta, las cuestiones a las que me parece que hay que dar respuesta en la Iglesia hoy y de manera urgente. En primer lugar, el tema de la Iglesia pobre, es decir, el problema de cómo renunciar efectivamente al lujo, al boato, a los títulos y a los privilegios por los que se afanan tantos hombres y estructuras de la Iglesia y cómo interrumpir las relaciones, frecuentemente discutibles, con potencias económicas que gravitan alrededor de la Iglesia y que, a veces, logran condicionar su acción y su gobierno... Hoy, más que una Iglesia pobre entre los

pobres, vemos diariamente una Iglesia que necesita vestirse en Armani para celebrar pomposamente la liturgia”.⁸

3/

Caridad en clave de hospitalidad.

Señalado sucintamente ya el punto de partida, bien que lejos de un análisis teológico, me propongo estructurar el resto de mi ponencia sobre la caridad en lo que me atrevo a señalar como “en clave de hospitalidad”. Podrán comprobar que la “**cabra tira al monte**”. Pero es que, además, honestamente considero que es un planteamiento de trabajo que considero correcto y que nos puede ayudar en su presentación.

3/1

“Bajaba de Jerusalén a Jericó, y al verlo...”. La caridad ha de ser encarnada, ha de tocar tierra. Mejor, ha de tocar hombre.

La salvación cristiana pasa inexorablemente por la encarnación del Hijo de Dios. La Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros. Desde ese momento la historia humana se convierte en historia de salvación. Y el ser humano que se debate en esa historia se convierte en sujeto agente y paciente de esa misma salvación.

El hombre, y especialmente el hombre necesitado, se convierte en correlato de Dios. Apostar por su suerte, comprometerse con su destino, defender sus derechos, acogerlo en su vulnerabilidad, es parte constitutiva del encuentro con Dios y de colaborar en la construcción de su Reino.

7. Conferencia publicada en AMERINDIA, y recogido en RELIGION DIGITAL, 10.IX.12

8. Carta de Mons. Giuseppe Cassale, Arz. Emérito de Foggia a los PP. Sinodales

9. Juan Pablo II, Encíclica “Redemptor Hominis”, 1979, nº 13

10. Juan Pablo, o.c. nº 14

11. Vicente Altaba Gargallo, rev. VIDA NUEVA, nº 2812, agosto 2012, Pliego, p. 26.

12. José M^a Fernández-Martos, “Cuidar el corazón en un mundo descorazonado”, Sal Terrae, 2012, p. 47

La parábola del Buen Samaritano es el paradigma en el que todo creyente ha de referenciar su posicionamiento ante el hombre necesitado

El Beato Juan Pablo II lo dejaba meridianamente claro, cuando en los albores de su ministerio apostólico publicaba su primera Encíclica

“Aquí se trata por tanto del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre «abstracto» sino real, del hombre «concreto», «histórico». Se trata de «cada» hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este ministerio”⁹.

Y continúa el Papa polaco horadando más en la centralidad del hombre concreto:

“El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social .en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad- este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”¹⁰.

La parábola del Buen Samaritano (10, 25-37) es, sin duda, el paradigma en el que todo creyente ha de referenciar su posicionamiento ante el hombre y, especialmente, ante el hombre necesitado. Hoy, como entonces, no somos pocos los que “**damos un rodeo y pasamos de largo**” sin lugar a dudas ocupados por mil compromisos que todos decimos tener. Y entre quienes pasamos de largo, cómo no, también estamos no

pocos hombres que nos confesamos cristianos.

Sólo cuando somos capaces de “**descender de nuestra cabalgadura**” y de arrodillarnos ante el hombre que sufre, estamos en condiciones de acoger, atender, acompañar; en definitiva comprometernos con este hermano nuestro que nos necesita y hacia el que se nos abre el actuar en auténtica caridad.

“Necesitamos una espiritualidad de encarnación que nos ayude cada día a amar al otro sabiendo que al ser humano no se lo salva desde fuera, sino desde dentro; y no se lo salva desde arriba, sino desde abajo, como hizo Cristo en su encarnación... Hay que trabajar en la distancia (análisis, estructuras) pero también en la cercanía y sin que el trabajo en la distancia justifique eludir la cercanía”¹¹.

Para ello necesitamos una mirada nueva para, desde lo alto del caballo, descubrir la silueta del hombre necesitado. Y nuestra sociedad moderna, a la que denominamos “**sociedad de la imagen**” es experta en atiborrarnos de imágenes pero de incapacitarnos para descubrir más allá de ellas la auténtica realidad humana que se esconde detrás.

Otro de mis entrañables profesores comillenses, el **Prof. José M^a Fernández-Martos**, en su último libro publicado hacía una de sus punzantes y acertadas afirmaciones:

“Mirar y ver: una cultura que ve demasiado y mira poco, amenaza al corazón... Esta vorágine del ver es la que nos puede dejar ciegos para mirar”¹².

Benedicto XVI lo sintetiza magistralmente cuando dice:

“El programa de Jesús, el Buen Samaritano, es un corazón que ve”¹³.

Todos vemos mucho, quizá demasiado. Pero miramos poco. Y sin mirar, pasa por delante de nosotros el misterio del hombre auténtico que tenemos cerca, tal vez al lado, sin percatarnos de las dimensiones de su riqueza y, al mismo tiempo, de la crudeza de su limitación. Las nuevas tecnologías de la comunicación que tantas posibilidades nos abren para el encuentro humano con el otro, más frecuentemente de lo que nos pensamos se convierten en el primer obstáculo para ello. Retengo una afirmación, de la que no recuerdo el autor, que advertía que “las nuevas tecnologías nos acercan a los lejanos y nos alejan de los cercanos”. ¿Está muy descaminada esta aseveración? De nuevo, Fernández-Martos, esta vez en un libro anterior, aseveraba:

“El hombre actual -depredador audiovisual- se desliza por las superficies. Nuestra prisa, amante de las máscaras, nos deja en la piel de lo que acontece”¹⁴.

El encuentro con el “hombre concreto en su situación concreta” constituye la validación de nuestra presencia, autentifica nuestro compromiso, ratifica la validez del mismo.

La filosofía marxista, conviene recordarlo, ya subrayaba la importancia básica de la infraestructura -“relaciones de producción”, decía- a la hora de conformar la superestructura, es decir todos aquellos elementos que constituían la filosofía, la religión, la política, etc. Una apuesta clara por situarse en el hondón de la experiencia de los pueblos más desheredados, para desde ahí elaborar la respuesta cristiana a sus necesidades y exigencias más genuinas como seres humanos e hijos de Dios, fue la opción básica desde la que partió la llamada “teología de la liberación”.

Y, es cierto, que en el desarrollo de dicha teología pudieron darse situaciones en las que, partiendo de la radicalidad de dicho análisis, se llegaron a propuestas que podían situarse fuera de lo que se entiende por el depósito de la fe. Pero no es menos cierto que sólo desde el conocimiento y el posterior compromiso con dicha realidad se certifica la autenticidad de una teoría y la seriedad de una opción. En este sentido me sorprendió muy positivamente una afirmación, nada más y nada menos, de **Mons. Gerhard Müller**, ya mencionado con anterioridad, cuando indicaba:

“Mi estancia en Perú en 1988 no sólo está ligada al seminario con Gustavo Gutiérrez, en el que vi claramente cuál es el punto de partida teológico de la teología de la liberación, sino también al encuentro vivo con los pobres de los que habíamos hablado. Durante algún tiempo vivimos con los moradores de las barriadas pobres de Lima y después también con los campesinos de la parroquia de Diego Irrarazaval en el lago Titicaca... Allí los rostros adquirieron un nombre y se convirtieron en amigos personales, experiencia ésta de Comunión universal en el amor a Dios y al prójimo, lo que debe ser la esencia de la Iglesia católica”¹⁵.

Tengo el honor de pertenecer a una institución que nació al calor de un hombre que en la Granada de mediados del siglo XVI en donde, en rica mezcla, convivían moros, judíos y cristianos, reyes y plebeyos, ricos y pobres, inquisidores y heterodoxos, supo mirar con profundidad la realidad del hombre necesitado. Y, tras mirarlo, comprometerse vitalmente con él. Hizo de los pobres y enfermos su proyecto de vida. Hoy, casi cinco siglos más tarde, seguimos en el mismo frente. A buen seguro que a distancia también de la frescura y empuje carismático del fundador, pero trabajando por recrear ese mismo carisma en una sociedad como la nuestra,

13. Benedicto XVI, “Deus caritas est”, o.c., nº 31.

14. José M^a Fernández-Martos, “Sacerdote, puente entre dos orillas”, en “Ser sacerdote en la cultura actual, Sal Terrae, 2010, pg. 90.

15. Conferencia publicada en AMERINDIA y recogida en RELIGION DIGITAL, 10.IX.12.

16. Pierluigi Marchesi, “La Hospitalidad de los Hermanos de SJD hacia el año 2000”, ed. OHSJD, Roma, 1986, p.74.

17. Donatus Forkan, “El rostro de la Orden cambia”, ed. OHSJD, Roma, 2009, pg. 29.

muy distinta pero muy cercana a aquella en los genuinos problemas que siguen afectando a los hombres nuestros hermanos. Con otros nombres, sigue existiendo la pobreza, la exclusión, la enfermedad.

El marco en el que la Orden Hospitalaria de S. Juan de Dios desarrolla su misión hoy en España es el constituido por 275 Hermanos, 11.400 profesionales y 1.900 voluntarios que, trabajando al unísono atendemos en 53 centros 7.400 camas hospitalarias y 3.400 plazas asistenciales. El centro en el que yo hoy desarrollo mi misión pastoral, la Fundación S. José, por la que pasó **Benedicto XVI** en su última visita a España en la JMJ 2011, atiende en sus 392 camas, entre otros, a 30 enfermos en Cuidados Paliativos, 45 en Estado Vegetativo Permanente, 50 afectados por daño cerebral (32 moderado, 18 severo), y 30 enfermos con enfermedades degenerativas (ELA, Parkinson, epilepsia refractaria...). El año pasado murieron en nuestro centro 559 personas.

Un marco como éste conlleva una forma de percibir la realidad con toda su riqueza y, al mismo tiempo, su crudeza. Resulta difícil evadirte de ella aun cuando, créame es posible. El ser humano tiene, tenemos los suficientes resortes para sobrevolar esa realidad y construirse un nirvana en el que vivir alejado de la misma. Alguna vez, discerniendo posturas personales concretas uno se plantea si no se dan casos en los que cabe preguntarse si “vivimos para los pobres, o a costa de los pobres”. Una pregunta que de forma recurrente no deberíamos de dejar de hacernos quienes nos movemos en estos terrenos tan fecundos para la caridad pero tan sibilinos para buscarnos a nosotros mismos. Tentación ésta que nunca abandona al hombre. ¡¡Somos tan complejos!!

Estar al lado del enfermo, del necesitado, siempre ha sido una constante de nuestra institución. Un antiguo Superior Provincial, ya fallecido, nos enseñaba de forma bien pedagógica: “El enfermo es fuego. Si te acercas te quema; si te alejas, te enfría”. Siempre valoré como muy

significativo y de una gran sabiduría el mandato que nuestras antiguas Constituciones hacían en referencia a los superiores (en aquellos tiempos Directores también de las obras apostólicas), exigiendo que “al menos un día a la semana ejercieran la hospitalidad de forma directa con el enfermo”. Quien fuera nuestro Superior General, y verdadero profeta de la humanización en el mundo de la salud, **Hno. Pierluigi Marchesi** escribía:

“Este ejercicio de escuchar a un enfermo al día os lo recomiendo a cada uno de vosotros. Después de poco tiempo descubriréis que ser anticipadores, hoy, en nuestras obras, significa saber escuchar al enfermo y actuar en consecuencia”¹⁶.

Y esa misma cercanía remarcaba el actual Superior General, Donatus Forkan cuando nos señala:

“El imperativo contenido en la Hospitalidad de S. Juan de Dios es que no debemos apartarnos jamás de la necesidad o del sufrimiento humano”¹⁷.

3/2

“...Y, al verlo, se compadeció”.
 La caridad, nacida al calor de la compasión.

Otro término éste no sé si maldito, pero puesto hoy en cuarentena semántica en cualquier tipo de proclama social, política y, también religiosa.

La compasión queda como un concepto a excluir por cuanto en el inconsciente colectivo viene a representar lo contrario a lo que supone la justicia, los derechos humanos, la solidaridad. Tener compasión de alguien es una actitud

lastimera que empobrece a quien la tiene y burla la dignidad del compadecido.

“No debemos confundir compasión con lástima...La compasión comparte el sufrimiento del otro: padece-con. La lástima participa de la conmoción de la compasión pero desde la distancia existencial del que se sabe lejos de la situación del que sufre. La compasión derriba las asimetrías que pueden darse en la relación ayudador-ayudado. Compadecido y compadecedor se saben igualmente vulnerables. La compasión prevé reciprocidad: «hoy por ti, mañana por mí». La lástima no contempla verse en el lugar del compadecido, la relación que establece con él es asimétrica”¹⁸.

Y sentencia de una forma muy rotunda, pero considero que muy acertada, el propio Mélich:

“La sociedad neoliberal es muy lastimera y poco compasiva”¹⁹.

La Historia de la Salvación adquiere un momento cumbre en la compasión de Yahvé ante el pueblo oprimido:

“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra...El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios”. (Ex. 3, 7-9).

Y, todo el resto del AT no será sino una constante infidelidad del pueblo, la caída del mismo en

desgracia, en cautiverio, en exilio, y un nuevo ejercicio de compasión por parte de su Dios, cuya grandeza se manifiesta especialmente en su misericordia.

¿Qué son los Evangelios sino una concatenación de momentos de compasión de Jesús ante las personas enfermas, ciegas, limitadas y ante las multitudes que andaban como oveja sin pastor?

“La primera mirada de Jesús no se dirige al pecado del ser humano sino a su sufrimiento. El contraste con Juan el Bautista es esclarecedor. Toda la actividad del Bautista gira en torno al pecado: denuncia los pecados del pueblo, llama a los pecadores a la penitencia...pero no se acerca a los enfermos, no toca la piel de los leprosos, no abraza a los niños en la calle...Para Jesús, el gran pecado contra el Proyecto de Dios consiste, sobre todo, en resistirnos a tomar parte en el sufrimiento de los otros encerrándonos en nuestro propia bienestar”²⁰.

Y en otro momento de su espléndida intervención apelará a la compasión como categoría de intervención política y afirmará con rotundidad:

“Ha llegado el momento de recuperar la compasión como la herencia decisiva que ha dejado Jesús a la humanidad, la fuerza que ha de impregnar la marcha del mundo, el principio de acción que ha de mover la historia hacia un futuro más humano”²¹.

Compasión es el ejercicio de mayor hondura y calado humano que cabe en el encuentro con la persona que sufre, que padece. Desde ese encuentro con la realidad que preconizaba en el punto anterior tan solo cabe desde el prisma cris-

18. Joan Carles Mélich, “Ser-hi. Vers una ètica de la compassió” en “Questions de Vida Cristiana, nº 241 (2011), nº 17 y 24.

19. Joan Carles Mélich, o.c. 17.

20. José A. Pagola, Ponencia conclusiva del XXXII Congreso de Teología, Madrid, 6-9.IX.12.

21. José A. Pagola, Ponencia conclusiva..., o.c.

22. Mensaje final del XXXII Congreso Nacional de Teología, Madrid, 6-9.IX.12.

23. Francisco de Castro, “Historia de la Vida y santas obras de Juan de Dios”, en M. Gómez Moreno, “Primicias Históricas de S. Juan de Dios”, ed. OHSJD, Madrid, 1950, p. 52.

24. “Cartas de S. Juan de Dios”, ed. Interna OHSJD, Carta 1ª a Duquesa de Sesa, nº 15.

25. Juan Mª Laboa, “Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia”, S. Pablo, 2011, pg. 360.

tiano el ejercicio de la compasión. Es el primer sentimiento que tuvo el Buen Samaritano:

“...y al verlo, se compadeció...” (Lc. 10, 33).

Me resultó muy significativo que en el Mensaje del XXXII Congreso de Teología celebrado el pasado mes de septiembre en Madrid, apareciera y con especial fuerza expresiva la importancia de la compasión nada menos que como principio de actuación:

“Como cristianas y cristianos nos comprometemos a: recuperar la herencia de Jesús, que se caracteriza por la opción por los excluidos y marginados, la compasión como principio de actuación y la afirmación de la autoridad de los que sufren”²².

La compasión es el punto de arranque de la gran obra hospitalaria que llevará adelante Juan de Dios.

Recluído éste en el Hospital Real de Granada, en el que es tratado como uno más de los locos allí acogidos, en el interior del santo se comienza a gestar su obra:

“Y viendo castigar a los enfermos que estaban locos con él decía: “Jesucristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo”²³.

Compasión que constantemente aparecerá en el ejercicio de la hospitalidad que Juan de Dios llevará adelante:

“Habéis de saber que el otro día, cuando estuve en Córdoba, andando por la ciudad, encontré una casa con grandísima necesidad; vivían allí dos muchachas, con el padre y la madre enfermos en la cama, paralíticos hacía diez años; tan pobres y mal cuidados los ví que me quebraron el corazón. Estaban desnudos, llenos de piojos, y acostados sobre unos haces de paja. Los socorrí con lo que pude, pero no los atendí como yo hubiera querido, pues tenía que tratar con el Maestro Avila y andaba de prisa”²⁴.

A lo largo de toda la historia de la caridad en la vida de la Iglesia, la compasión será el hilo conductor de cuantos proyectos y actividades se han llevado a cabo para su desarrollo. Así lo señala Juan Mª Laboa en su último libro:

“La fuerza de quienes han entregado y siguen entregando su vida a los más necesitados es la compasión”²⁵.

En medio de una sociedad en pleno desarrollo económico, industrial, científico y con la creación del Estado del bienestar, todos habíamos caído en la tentación de pensar que la pobreza, el sufrimiento, la exclusión eran reductos a punto de ser vencidos, derrotados. Era una pura cuestión de tiempo.

Y el tiempo, desgraciadamente, nos vuelve a recordar que la limitación y contingencia del ser humano, su extrema vulnerabilidad va más allá de los aspectos externos en los que éste se desenvuelve en la vida.

La vulnerabilidad a todos los niveles (físico, psicológico, social y espiritual) no es algo coyuntural en la experiencia humana, sino algo constitutivo de la misma.

“El ser humano es un “homo patiens”, un ser que padece...siempre que está la condición humana aparece el sufrimiento; estamos hechos de una forma que nos imposibilita la entrada en el paraíso, pero que, en cambio, no evita el descenso al infierno o, como dice J. Conrad, al “corazón de las tinieblas”...Hay un sufrimiento estructural a todos los seres humanos, un sufrimiento que va del brazo con nuestra condición finita y mortal”²⁶.

El hombre, que se cree autor y protagonista de su propia historia, olvida que ni el guión de la misma, ni en buena parte el escenario en el que la representa, y por supuesto, el desenlace de ella, le pertenecen en su mayor parte.

“Vulnerabilidad. Somos más aquello que nos pasa que lo que hacemos o decidimos, son más las contingencias y el azar que las planificaciones”²⁷.

Y no sólo es el hombre el vulnerable. La sociedad constituida por ellos, es más, la propia naturaleza hablan todas ellas el mismo lenguaje de la vulnerabilidad, de la limitación...La vida resulta un ejercicio arriesgado sobre el alambre en el que durante no pocos tramos andamos sin red protectora, aunque muchas veces no queramos darnos cuenta de ello.

“La fragilidad de la sociedad se traduce en que la incertidumbre se impone sobre los destinos individuales. Las trayectorias vitales son cada vez más caóticas y discontinuas, truncadas por acontecimientos perturbadores: la emigración, la ruptura familiar, la degradación profesional, la pérdida del empleo, la soledad...”

La economía está regida por la férrea ley de la competencia, sectores industriales enteros desaparecen, la solidaridad parece sepultada por los particularismos, el vínculo social se afloja, la pobreza y la exclusión se convierten en el destino de un número creciente de individuos. Se extiende así un sentimiento general de incertidumbre y desprotección”²⁸.

De ahí que la compasión resulte una actitud esencial del creyente ante la vida, en realidad del hombre que vive con madurez la vida. Lejos de ser un desprecio hacia la dignidad del ser humano, abandonado a su suerte, es la clave para un posicionamiento sensato y comprometido a la hora de situarse en la vida desde una perspectiva adulta y trascendente. L. Boff sitúa la compasión a la altura de otra de las actitudes esenciales ante la vida:

“Junto con el perdón viene la capacidad de compasión, una de las características más nobles del espíritu. Compasión, tan necesaria ante el océano de sufrimiento en el que están sumergidas la Humanidad y la Madre Tierra, es asumir el lugar del otro, no dejarle sufrir solo, ofrecerle un hombro, tenderle una mano, llorar con él y ponerse solidariamente a su lado en el mismo camino”²⁹.

Pero la compasión, que supone un primer momento de conocimiento de la realidad, implica posteriormente otro en el que se hace cargo de ella. Ignacio Ellacuría, basándose en su maestro Zubiri, desarrolla el concepto de “inteligencia sentiente” en los tres paradigmáticos momentos del auténtico conocimiento de dicha realidad: el de hacerse cargo de la realidad (momento noético), el de cargar con la realidad (momento ético), y el de encargarse de la realidad (momento práxico) (cfr. José Laguna, “Hacerse cargo, cargarse de la realidad.”

26. Joan Carles Melich, o.c., pg. 11 y 12.

27. Joan Carles Melich, o.c., pg. 14.

28. Daniel Inenarity, “Ética de la Hospitalidad”, Península, 2001, pg. 18.

29. L. Boff, “El cuidado necesario”, ed. Trotta, Madrid, 2012, pg. 114.

La compasión resulta una actitud esencial del creyente ante la vida, del hombre que vive con madurez

Hoja de Ruta Samaritana para otro mundo posible”, cuadernos “Cristianismo i Justicia”, nº 172, febrero 2011))

Una compasión que se quedara en el primero de los momentos quedaría plenamente descartada como actitud humana y cristiana válida y aceptable. Se quedaría en simple lástima.

Nuestro mundo, nuestra Iglesia, nuestras instituciones, nosotros mismos en tantas ocasiones, estamos llenos de análisis y pronósticos, de proyectos y pautas de acción. Pero más frecuentemente de lo que nos parece, todo ello se queda en ese primer momento zubiriano, la “noesis”.

Hay que saltar al segundo momento zubiriano: habiéndonos hecho cargo de la realidad, ahora hay que cargar con ella (es el momento ético). Sin conocer a fondo la realidad, sin haber penetrado en ella de forma existencial, el análisis y el discernimiento ético traiciona a la misma. Y algo de esto ya conocemos por la historia de la ética y de la moral. En su último libro Juan Masiá, señala los momentos de rescate que se han dado ha ido dando cuando la ética se ha enredado en su propia madeja y no ha sido capaz de responder a la realidad que estaba llamada a dar respuesta. Comenta, y a mi parecer, con mucha razón que en su momento la bioética vino a salvar a una ética que se había diluido en una mera filosofía del lenguaje por parte de la filosofía, y en la repetición de sentencias por parte de la teología.

Hoy, apunta Masiá, la propia bioética quizá tenga que ser rescatada por la antropología. Perdidos en mil planteamientos que la ciencia y la técnica ponen sobre nuestra mesa (en el campo de la genética, de la embriología, de los trasplantes de todo tipo de órganos -homólogos y heterólogos-, la nuevas técnicas de reproducción...), cabe hacer un alto en el camino y preguntarnos sobre qué tipo de hombre queremos, hacia qué horizonte de futuro queremos avanzar... Y desde ese horizonte de sentido general resituar todos y cada uno de estos planteamientos que la vida nos pone sobre la mesa.

Y, sobre todo, no dejar de introducir en esta reflexión de sentido la realidad social y macroeconómica que, en una situación de crisis como la nuestra, condena y excluye a multitud de personas de una posibilidad digna de vida. Nosotros hoy salimos a la calle aquejados por los famosos “recortes”.

Muchos conciudadanos hoy no tienen ya nada que recortar. Y en países no muy alejados de nosotros el drama se viste, sencillamente de hambre. Por acercarnos a este panorama desde la perspectiva de los niños, en la página web de UNICEF se nos informaba, concretamente el 10 de octubre de este mismo año que 2.267.000 niños, en España, vivían por debajo del umbral de la pobreza.

Y que existían en nuestro país 760.000 familias, a día de hoy, en cuyos hogares ninguno de sus miembros tenía un trabajo remunerado. Por el contrario, nos informaba que había mejorado el índice de mortalidad infantil mundial. Pero en esas mismas fechas, la FAO indicaba que 2.500.000 niños morían de hambre al año en el mundo (16 millones en países desarrollados). Son cifras para pensar.

Y en este proceso de “hacernos cargo de la realidad” (el momento ético), también hay que incorporar la compasión como categoría política en su análisis y valoración. J. A. Pagola lo manifiesta muy claramente:

“Es necesario rescatar la compasión como principio de actuación política, liberándola de una concepción sentimental y moralizante que la ha hecho desaparecer prácticamente de la praxis política...Desde el poder todo se tiene en cuenta antes que el sufrimiento de las víctimas. Sólo se tolera la compasión mientras queda reducida a “obras de misericordia” o asistencia caritativa, no cuando se la eleva a principio de política de actuación para erradicar el sufrimiento”³⁰.

La ética también tiene la tentación de buscarse su particular nirvana, de escaparse de la realidad sobre la que debe discernir y decidir para aislarse en el campo de las grandes proposiciones y afirmaciones, y olvidarse de esa realidad inquisitiva que le exige respuesta. Y la ética, que ha de asumir todo este previo análisis de campo tanto a nivel social, como macroeconómico, y sobre todo antropológico, al final se ha de confrontar directamente con el ser humano que reclama una respuesta, su respuesta.

Resulta especialmente sugerente en este sentido un artículo de **Joan Carles Mèlich**, en un monográfico de la revista **“Questions de Vida Cristiana”** dedicada toda ella a la Compasión, y en la que hace una clara diferencia entre moral y ética. Según este autor corresponde a la ética confrontarse con la realidad concreta y darle respuesta adecuada. De ahí que la ética suponga una implicación directa en la respuesta que da a cada situación.

“La ética no responde a una pregunta sino a una llamada, a una apelación. La ética es la respuesta al ruego de alguien que padece, la respuesta “hic et nunc” al sufrimiento del otro (el Buen Samaritano)”³¹.

De ahí se deduce que:

“Nadie es ético de una vez para siempre. La ética no es una propiedad metafísica, sino la respuesta al otro en una situación de radical excepcionalidad”³².

Y en el atractivo e, insisto, sugerente camino que hace este autor deslindando como cirujano con bisturí la moral de la ética, llega a conclusiones que resultan muy interesantes, como cuando dice:

“El momento actual es un momento de abundancia moral pero de escasez ética”... “Lo más terrible de los nazis no es que no tuviesen moral, sino que sólo tenían moral” (no ética)³³.

Daniel Innenarity, en una entrevista en un diario nacional de gran tirada lo decía de otra forma, no por sugerente menos dramática:

“La sociedad actual está dividida entre los que defienden sus valores sin tener en cuenta la realidad y los que gestionan la realidad sin tener valores”³⁴.

Cabría preguntarnos muchas veces en qué medida nuestros planteamientos éticos no pueden caer también en este ámbito, permítanme la expresión, un poco “nazi” o no “tan poco”. Cuando nos dedicamos a aplicar grandes principios en los que, de entrada, todos estamos de acuerdo pero desconociendo las personas concretas que exigen respuestas concretas a unas situaciones concretas, frecuentemente nos abrigamos con grandes “sloganes” pero dejamos desnudos a muchas personas que no precisan de grandes principios, sino de soluciones concretas.

Valga como ejemplo bien cercano al marco en el que se mueve mi institución el gran debate sobre el valor vida. Yo no conozco a nadie de mi institución que no esté a favor de la vida, de todas las vidas y de todo momento de la vida. Y, muy especialmente de las vidas en situación de mayor vulnerabilidad.

Llevamos siglos acogiéndolas y atiendiéndolas. Pero esas grandes afirmaciones hay que conjugárselas con las situaciones concretas de las personas concretas. Y con ello no pide uno excepciones a los principios, sino aplicaciones. Cuando se pisa a diario el mundo del Hospital, y dentro

31. Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 16.

32. Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 17.

33. Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 18 y 19.

34. Daniel Innenarity, entr. en LA VANGUARDIA (Barcelona), sec. “La Contra”, 1.6.11.

del mismo el de las Unidades más “especiales” -Neonatos, UCI, EVP...- se matizan muchas afirmaciones grandilocuentes no siempre comprometidas con las consecuencias de las mismas.

Hay situaciones especiales que nadie se interesa por ellas. Son demasiadas complejas. Pero también hay que acompañarlas y darles salida cristiana y, por lo tanto, humana. ¿Alguien de ustedes tienen claros principios y, lo que es verdaderamente, pautas de actuación ante la vida sexual de los enfermos mentales o de las personas con discapacidad psíquica o física severa?.

Y les puedo garantizar que todos ellos son seres sexuados como nosotros, y con impulsos sexuales como nosotros, y no pocos de ellos con el deseo de mantener una vida sexual en algunos casos abierta a la creación de una familia. ¿Alguien de ustedes tiene respuesta para este problema en general?. Ante determinadas reacciones de personas y grupos de Iglesia a situaciones concretas generalmente, repito, envueltos en grandes principios pero sin mayor capacidad de análisis, de comprensión, de discernimiento de situaciones, yo, personalmente he tenido la sensación de estar observando actitudes nazis.

No pocas veces he tenido el mismo convencimiento moral de Mons. Müller -anteriormente mencionado en referencia a **Gustavo Gutiérrez**- pero con una aplicación inversa: los planteamientos de estas personas serán ortodoxos, pero no son ortopráxicos; por lo cual tampoco son ortodoxos. No se puede juzgar a las personas tan a la ligera, y condenarlas a la hoguera por sus desvíos -según su particular parecer-; involucrase en creencias, ideologías, normas, ritos... y olvidarse del hombre que hay tras ello.

Siempre me ha impresionado el encuentro de Jesús con la mujer adúltera. Al final de la escena quedan a solas, frente a frente, El y ella. Le acababa de salvar la vida, le podría haber exigido seguimiento total, la podría haber humillado... Y todo lo que le dijo fue: “¿Nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno; vete y no peques más”. Hoy, algunos hubieran condenado

a Jesús como contemporizador con el pecado, blasfemo o vete tú a saber...

Me parece mucho más cristiano el planteamiento que la Presidenta de las dirigentes de la Confederación de Religiosas de EEUU (LWCR), **Pat Farrel**, hacía en unas declaraciones a la National Public Radio:

“Como religiosas, estamos en contacto cotidianamente con las mujeres que viven en los márgenes de la sociedad y sus vidas son más complicadas de lo que se pueda imaginar. Nuestra misión es la de ponernos al lado de los más pobres, pero sus cuestiones, como todas las realidades humanas, son mucho menos “blanco y negro” de lo que pueden ser algunas teorías. La jerarquía no tiene la tarea de pasar sus jornadas entre los que no tienen techo, pero las religiosas sí”³⁵.

3/3

“...Y acercándose, le vendó las heridas... lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó”. Cargar con la realidad o la caridad hecha compromiso universal e integrador.

Finalmente, abordamos -de forma más breve- este último paso. Y por último, el más determinante. Compromiso con la realidad, implicación en su transformación.

“Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo ¿de qué le sirve? Así es también la fe: si no tiene obras está muerta por dentro”. (St. 2, 15-16)

Llega el momento de la praxis. Y ésta no es fácil. Pero es la que nos valida, la que certifica la autenticidad de nuestra opción, la que nos salva. Al final de nuestros días, todo parece indicar que el examen final no irá tanto de ortodoxia como de ortopraxia (cf. Mt. 25)

La Iglesia está llamada en este sentido a tomar muy en cuenta la pata del trípode que se llama la caridad, y al que acompañan el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos.

Y a tomar en cuenta la caridad no como acción más o menos delegada en lo que pueda significar la importante organización eclesial, cada vez más ponderada, como es **CARITAS**, o en la multitud de Ordenes y Congregaciones religiosas carismáticamente forjadas para uno de los múltiples aspectos de la caridad, o en las diferentes ONG's o Fundaciones creadas con fines parecidos. La Iglesia debe introducir en su propio ADN identitario, es decir en todas “la patas del trípode” la caridad:

“En medio del mundo post-moderno sólo una Iglesia configurada por el principio-misericordia puede ser testigo del Misterio de Dios...Se trata de hacer de la misericordia el principio que configure la teología cristiana, la celebración, el anuncio misionero y una praxis orientada a erradicar en el mundo las causas del sufrimiento injusto”³⁶.

Arrodillarse en clave de servicio ante los hombres y, especialmente, ante los hombres necesitados, siguiendo a su Señor que se puso a lavarles los pies, será el signo inequívoco y “**sine qua non**” de su identidad y por el que será verdaderamente reconocida por un mundo secularizado y alejado de determinados lenguajes que hoy poco dicen. El propio **Cardenal Maradiaga** decía no hace mucho en una entrevista realizada por la Delegación de MCS de una diócesis de Aragón:

“**hemos dejado de hablar el lenguaje del mundo actual. Cada vez menos gente nos entiende...Y la Iglesia muchas veces se reduce a un marco decorativo para ceremonias sociales**” (web de la diócesis **Barbastro-Monzón, septiembre 2012**).

Schillebeeckx, el gran teólogo dominico ya fallecido, incidía en esta misma apreciación:

“**El mensaje cristiano, que ya no es creíble en el mundo postmoderno, sólo tocará el corazón del hombre de hoy si éste ve a la Iglesia al servicio de la humanidad doliente y amenazada**”³⁷.

José A. Pagola, con su especial agudeza, hacía lo propio:

“**Este mensaje del Dios crucificado no será escuchado en estos tiempos de crisis religiosa si sólo pretende hacerse oír desde lo alto de la cátedra o desde el interior del templo. No podrán comunicarlo sacerdotes y levitas que cuidan la liturgia pero "dan rodeos" ante el herido del camino. Sólo una Iglesia samaritana, cercana a los crucificados, puede pronunciar el nombre de ese Dios**”³⁸.

Recién comenzado el Año de la Fe bien haremos todos en reconsiderar este mensaje. A buen seguro que no nos faltarán celebraciones, más o menos mediáticas; se nos invitará a peregrinar a lugares santos y a confesar públicamente nuestra fe. Y nada de ello está de sobra. Pero sin olvidar que el lenguaje fundamental para la “**nueva evangelización**” pasa inexorablemente por el ejercicio de la caridad.

36. Jon Sobrino, “El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados”, Sal Terrae, 1992.

37. E. Schillebeeckx, “Lo más importante de la Iglesia en el 2000”, ed. Dehoniana, Bolonia, 1999.

38. José A. Pagola, “Testigos del misterio de Dios en la noche”, rev. Sal Terrae, enero 2000, pg. 41.

El lenguaje fundamental para la “nueva evangelización” para inexorablemente por el ejercicio de la caridad

Una caridad por definición abierta a lo universal. El amor de Dios al hombre así lo es; y el correlato del hombre hacia los demás así debe serlo. En un momento de grave crisis social y económica como la que estamos viviendo, tentación es muy fuerte: replegarnos en nosotros mismos, cerrar nuestras puertas, repartirnos ya que no el pastel -que parece consumido- sí al menos el poco pan que nos queda.

En esta línea se sitúan determinadas políticas que se han adoptado en torno a la inmigración en nuestro país, negándoles al menos en parte, servicios tan fundamentales como la sanidad. Y drásticos recortes a la ayuda al desarrollo para atender proyectos en muchos casos casi imprescindibles para sostener mínimos vitales mediante proyectos en determinados países.

No seré yo quien niegue la búsqueda de la racionalidad en el uso de los medios, por lo demás siempre escasos en función de las necesidades sanitarias. Mi experiencia durante años en un hospital me ha hecho testigo del uso y abuso de los mismos; quede claro que por parte de extranjeros y... también de nacionales.

En el campo de la distribución de recursos hace ya mucho tiempo que en el mundo de la bioética se venía diciendo aquello de que “**todo para todos gratis**” no era factible por mucho tiempo. Entra ahora aquí de nuevo el planteamiento ético de deslindar esa ecuación.

Porque si no, siempre acaban siendo “**los mismos**” el factor que resuelve de forma insolidaria el problema. Hay que saber mirar desde lo alto para descubrir el auténtico mapa de la pobreza, de la necesidad. Y eso, a veces, cegados por el consumismo que no atenaza, no nos resulta fácil.

“**El drama de la humanidad es que Occidente está más preocupada por los 300 millones de personas obesas que por los 842 millones que, según Naciones Unidas, literalmente mueren de hambre**”³⁹.

Y si apelábamos a la compasión como elemento de actuación política, ahora habrá que incorporar también la hospitalidad con la misma categoría. **Francesc Torralba** lo afirma categóricamente: hemos de dar un paso cualitativo a nivel de relaciones humanas entre individuos, pueblos, culturas.

“**Los ilustrados franceses y germanos colocaron el valor de la tolerancia en el centro de la vida política moderna y contemporánea...se trata de un valor minimalista... (sic) En nuestro contexto social no basta con la tolerancia... se requiere un valor moral superior: la hospitalidad**”. “**El futuro de las sociedades occidentales depende, en parte, de la articulación real del valor de la hospitalidad en su interioridad**”⁴⁰.

Una caridad integradora. Capaz de integrarse en las muchas iniciativas que desde múltiples instituciones, grupos, iglesias y de tantas personas de buena voluntad hacen el bien. Y a veces, desde sensibilidades alejadas de nosotros (“**que no son de los nuestros**”). Nos falta ahí acoger la voz del Maestro para no impedirselo (“**el que no está contra nosotros está a favor nuestro**”, **Mc. 9, 40**).

La causa del hombre, cuando es auténtica, convoca a muchas personas que buscan el bien, desde diversas posiciones ideológicas y sensibilidades espirituales. Nuestra experiencia hospitalaria así nos lo confirma.

Y cuando somos capaces de compartir un proyecto común en torno al servicio del hombre, la cercanía del Evangelio es manifiesta, “**es que el Reino de Dios comienza a estar entre nosotros**”. Conviene, precisamente, que tengamos clara la diferencia entre Reino de Dios e Iglesia. No todo lo que construye Reino de Dios pertenece a la Iglesia, ni todo lo que se hace en la Iglesia construye el Reino de Dios.

Nuestro Superior General lo tiene muy claro cuando, en su propuesta de caminar hacia lo que denomina “la familia hospitalaria”, afirma que hemos de evitar cualquier tipo de exclusividad sobre lo que para nosotros es tan nuclear, no sólo la hospitalidad sino incluso la “hospitalidad al estilo de Juan de Dios”:

“Los Hermanos comprendieron que la Orden no tiene “derechos de autor” sobre Juan de Dios, ya que él no es nuestro. Es de la sociedad, de la Iglesia, y tampoco la Hospitalidad pertenece sólo a los Hermanos, ya que los laicos también comparten la “Hospitalidad de Juan” y aportan sus propios dones, talentos y competencia profesional, lo que enriquece el gran don de la Hospitalidad que nos ha concedido el Señor”⁴¹.

Todo ello no excluye la valoración y defensa de la propia identidad, bien sea personal o institucional. Precisamente cuando las identidades son fuertes, pero sanas, son capaces de abrirse al otro, de compartir sin diluirse, de crecer conjuntamente, de madurar al unísono. Indudablemente, todo ello significa un proceso que tiene sus problemas, como cualquier organismo vivo que interacciona con el exterior. Pero más problema puede significar el encerrarse en el propio grupo, creando una endogamia cuya identidad al final acaba circunscribiéndose en la defensa ante los otros. La Iglesia es “sacramento universal de salvación”, tal y como la definió LG hace 50 años. Y como sacramento ha de ser signo en medio del mundo, de ese mundo que encierra tanta maldad y tanta bondad. Y finalmente, esa dimensión de universalidad ha de vivirse por supuesto en el interior de nuestra propia Iglesia. En ella todos somos necesarios. Todo aporte al ejercicio de la caridad ha de ser bienvenido. Todas las dimensiones del ejercicio de la misma son complementarias. La articulación en clave política del ejercicio de la caridad no debe estar reñido con el servicio concreto,

puntual y delicado que tantos creyentes, la mayoría anónimos, llevan adelante en el día a día; que tantas instituciones dentro de la Iglesia asumen como misión dentro de la misma. Recuerdo una sentencia del fallecido **Cardenal Suquía**, cuando en el foro de un Capítulo de nuestra Orden Hospitalaria se le preguntó acerca de lo que para nosotros suponía un dilema; él dijo:

“Normalmente en el ejercicio de la caridad en la Iglesia la solución no suele ser de o/o sino de y/y”.

“Conviene acabar de una vez por todas con la falsa dialéctica que contrapone asistencialismo y promoción. Al maldito relato del pescador y la caña que suele concluir con la moraleja de que es mejor enseñar a pescar que dar peces, conviene añadirle la apostilla de que hay un momento para dar peces y otro para enseñar a pescar; que tan injusto es dedicarse a enseñar a pescar en una situación en la que llevarse algo a la boca es cuestión de vida o muerte, como donar peces a aquellos que por negligencia o vagancia se niegan a utilizar la caña”⁴².

Y en este sentido cabe recordar a la inmensa lista de hombres y mujeres que a lo largo de toda la historia del cristianismo ha hecho realidad el principio del amor de Dios en el servicio a los hermanos. Un número significativo de ellos han logrado incluirse entre el catálogo de los santos canonizados y son para nosotros referentes de cómo los cristianos de toda época han sabido articular el primero de los mandamientos del Señor. Pero nuestra admiración es para ese inmenso ejército de seres anónimos que en la sencillez de su entorno se han posicionado, en la mayoría de los casos “dando peces” y en otras enseñando a pescar. Hoy continúan, en el silencio y en el anonimato, estando “a pie de obra”, cuidando al enfermo, atendiendo al necesitado, acompañando al abandonado, acercándose al excluido:

41. Donatus Forkan, o.c., pg. 23.

42. José Laguna, “Hoja de Ruta Samaritana para otro mundo posible”, cuadernos “Cristianismo i Justicia”,

43. Juan M^o Laboa, entr. en RELIGION DIGITAL con José M. Vidal, 30.XI.11.

44. “Cartas de S. Juan de Dios”, Carta a Luis Bautista, n^o 15, ed. Interna OHSJD.

“Tenemos que ser muy conscientes de que hay actores que marcan los tiempos de la generosidad (algunos de los grandes santos canonizados); pero que la savia de la vida es de las sociedades. Ni de los genios ni de los grandes políticos: de la sociedad civil. Los santos marcan claves, pero quien realmente tiene la vida son los santos anónimos”⁴³.

Y no sólo cristianos. Sino multitud de hombres y mujeres que, desde multiplicidad de creencias y opciones ideológicas, se han sumado al ejercicio, para ellos, de la solidaridad, de la justicia social, del compromiso hacia el desfavorecido. Son los que jamás pensaron que aquel a quien atendían era el Señor. Pero se sentarán a su derecha, sin lugar a dudas. Me permito finalizar mi intervención devolviendo la palabra a mi fundador, Juan de Dios, a quien resalta -junto con **S. Camilo de Lelis**- el propio Laboa en la entrevista que le hace Religión Digital por su atención a los enfermos

-“Porque, dice, la enfermedad, desde tiempos de Jesús, es uno de los elementos que más degrada, que da más angustia y más dolor a los hombres”.

Repito sus palabras con las que he dado título a esta presentación:

“Tened siempre caridad, porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está”⁴⁴.



02/Experiencias

02/1

Mi experiencia como capellán de hospital.

Pablo d'Ors,
Profesor de Antropología Teológica y
Capellán del Hospital Ramón y Cajal. Madrid.

Comenzaré diciendo que el trabajo de capellán hospitalario me queda muy grande, pues exige una madurez humana y cristiana de las que carezco. Con esto quiero decir que se trata de una ocupación que está muy por encima de mi capacidad y, en pocas palabras, que no creo ser un buen capellán de hospital. Pero me gustaría serlo, y eso es importante: esa batalla -la de una presencia cualificada y liberadora en el mundo del dolor- me interesa. Diría que he llegado a la conclusión de que Dios me ha puesto entre los enfermos para ayudarles, sí, pero sobre todo para ser ayudado por ellos.

Mi evaluación sobre el trabajo eclesial que se realiza en los hospitales, por lo que conozco y no sólo por lo que a mí se refiere, no es buena. No se trata sólo de que tantas veces sea una presencia más sacramental que pastoral, o que la figura religiosa pase a menudo de mediador a simple funcionario.

Más de una vez he pensado que si fuéramos buenos funcionarios, ya sería algo; y que administrar los sacramentos como es debido ya es verdadera acción pastoral.

Pero la razón de mi evaluación negativa es más profunda, y es eminentemente espiritual: si no hay un sólido enraizamiento en Cristo, cualquier acción pastoral será baldía, cuando no directamente contraproducente.

Dicho más crudamente: temo que buena parte de nuestras acciones puedan perjudicar más que ayudar. Cuando hablo de razón pastoral me refiero a que lo esencial para un capellán de hospital es estar centrado en Cristo; desde ese centro, sus acciones podrán ser más o menos adecuadas, pero siempre serán buenas y constructivas.

Lo esencial de este trabajo es, en mi opinión, el encuentro interpersonal entre el enfermo y el capellán. Es ahí donde se juega todo. Y para abordar esta cuestión del encuentro, la pregunta clave es: ¿qué vives tú al estar ante alguien (enfermo o no)?

La respuesta es simple: una invitación a huir o a entrar. Ante los enfermos, lo más habitual es la tentación de huir, y ello por la sencilla razón de que cualquier enfermo nos está recordando nuestra condición caduca y mortal: veo entonces en el otro lo que no quiero ver en mí.

Pero si sentimos esa tentación a huir es porque no hemos visto realmente a la otra persona. Y éste es el núcleo de esta comunicación.

De lo que se trata, por tanto, es de aprender a mirar. Se da un paso hacia adelante cuando se descubre al enfermo no como otro, un pobrecillo al que hay que ayudar, sino como un espejo de la propia indigencia, como yo. Pero la verdadera mirada que posibilita el trabajo pastoral no es todavía ésa, sino

aquella que descubre ante quien tienes delante, sea quien sea, a Dios mismo, un Dios que te está esperando ahí, paciente pero ardientemente, en esa persona.

Así que el enfermo, todo enfermo, no sólo eres tú, sino Dios: un Dios que te pide ser ayudado para despertar en esa persona. Y ello aunque la persona no lo sepa. Y cuanto más desfigurada esté esa persona, más.

Según lo dicho, ¿cómo empezar una visita a un enfermo? Rezar antes y después de cada encuentro. No es por espiritualismo, sino porque la tentación de quitar el protagonismo a Dios y asumirlo nosotros es permanente: nos olvidamos con extrema facilidad de que sólo somos mediadores, no agentes.

No importa la cantidad (visitar a muchos enfermos), sino la calidad (visitarlos bien), lo que implica, por ejemplo, quitarse el reloj antes de entrar. ¿Por qué? Porque cronometrar es estar fuera de las cosas, no en ellas. Y porque lo que quiere salir del alma del enfermo necesita un fondo perdido.

Si no hay esa apuesta a fondo perdido, la persona lo percibe; y no se produce entonces un auténtico acto evangelizador, sino un simulacro del mismo. Por desgracia, la vida es demasiadas veces un simulacro de la vida. Pero es patético que también lo sea en el trance de la muerte.

Cuando el alma se convence de que la otra persona está ahí incondicionalmente, se expande y comienza a posibilitarse el verdadero encuentro. ¿Y en qué consiste ese encuentro que califico de verdadero?

En que la persona (enferma en este caso) necesita liberarse de sí misma, y el capellán puede ser la ocasión para ello: el pájaro puede volar libremente, no tiene por qué estar en una jaula.

Todavía más: ni siquiera hay jaula. Nos la hemos inventado. Todo está al alcance de la mano y a ojos vista. Esto es mística, claro, pero la mística

es mucho más real que lo que llamamos, no sin torpeza, realidad.

En mis seis años de capellán hospitalario he asistido al milagro de la relación pastoral lograda en alguna ocasión, pocas.

Pero esas pocas merecen seguir intentándolo y alimentan la esperanza. Los milagros son siempre excepcionales, no lo niego: la pastoral hospitalaria es trabajar en las condiciones de posibilidad del milagro. Muchas gracias por permitirme venir aquí a contarles todo esto.

02/2

Experiencia de un agente de Pastoral.

Roser Casañas Guri,
Carmelita de la Caridad Vedruna. Vic (Barcelona).

1/

"Ya sé que Dios nos ama, pero cada año se me lleva uno".

Sucedió en una aldea de la R.D. del Congo...

A una madre se le morían sus hijos de corta edad, seguramente era algo congénito, pero allí era imposible hacer un estudio.

Llegan una tarde muchos familiares y amigos con el niño moribundo, era el 3º que iba a morir en tres años y medio... la madre iba sola detrás... se sentó de espaldas, un poco lejos de donde se atendía al niño...me di cuenta que estaba sola y como ya había quienes atendían al niño, me fui hacia ella y poniendo mi mano sobre su espalda le dije:

“Mama” así se las llamaba en la aldea)
... ella me mira y me dice “¡ya sé que Dios nos ama, pero cada año se me lleva uno!” fue un grito no de rebeldía, ni de desesperación, lo sentí como un lamento, un decir “¡ya no puedo más!”

Este lamento me llevó a pensar cuando Jesús dijo:

“Padre, aparta de mí este cáliz, pero...”

Pronto el niño murió, ella lo percibió por los llantos y gritos de la gente, rápidamente se desnudó, quedándose con lo más mínimo -costumbre africana- y, levantándose, me tiende

la mano y me dice ¡hermana!, no es costumbre esta actitud, ella debía ir sola gritando y llorando, yo comprendí que me pedía ayuda y aunque rompí todos los esquemas de su tradición, no pude resistirme a su “llamada y mano tendida” y fui con ella cogida de su mano.

Las gentes se asombraban y casi recriminaban mi actitud, romper sus esquemas...

Llegamos a la casa, me soltó y se tiró al suelo -también costumbre africana- con grandes lloros...

Yo quedé triste sí, pero con una gran paz y agradecida al Señor, que una vez más había guiado mis pasos para dar a la pobre madre la AYUDA que necesitaba en su gran sufrimiento.

2.

“Mamá, mira qué hermoso, es mío y tuyo”.

Joven de 19 años, soltera, llevó escondido todo el tiempo un embarazo fortuito. Llegado ya el tiempo de dar a luz, no pudo seguir con su disimulo, nació un niño bien formado, en buenas condiciones físicas.

Grande fue la sorpresa y el dolor de la madre de la joven..., más cuando vio que su hija rehusaba coger al pequeño en brazos, no quería ni mirarlo, a pesar de las súplicas, de las felicitaciones por tener un hijo tan majo, pero ella continuaba de espaldas a la cuna, sin responder nada a nadie.

Las enfermeras me llamaron, me expusieron el caso, pidieron mi ayuda e intervención para lograr que la chica reaccionara, las enfermeras aconsejaron que con alguna excusa la madre me dejara sola con su hija.

Llegué a la habitación y la madre al salir me dijo:

“¡Hermana, ayúdeme!”

Quedé sola en la habitación con ella, me acerqué, la llamé por su nombre, le tendí mi mano, me la rehusó, puse mi mano encima de la almohada, le hablé intentando llegar a su corazón,

“Siento que estás sufriendo, que estás padeciendo mucho, pero has sido tan valiente durante 9 meses... El niño es fruto de tu amor, de no haberle amado durante ese tiempo ya lo hubieras hecho desaparecer, ¿tienes miedo?, debes estar tranquila, nadie te va a reñir, ya habrás oído lo que me decía tu madre, lo que ella deseaba es que miraras a tu hijito, lo cogieras, lo abrazaras”.

Vuelvo a intentar darle la mano y me corresponde, estamos un buen rato con las manos unidas, en silencio. En ese momento el niño llora, le digo

“¿Oyes?, el niño te llama, desea que lo tengas junto a ti”...

ella empieza a llorar y sonrío... le digo que ella tiene que darle el primer abrazo, han de ser sus brazos los primeros en cogerle... me mira, hace un gesto afirmativo, sin palabras, se vuelve lentamente hacia la cunita, alarga los brazos... le doy al niño... lo coge y aún llorando le llena de besos, le dice:

“¡Guapo, eres grandote!”...

LH n.305

Estamos otro rato en silencio las dos, el niño deja de llorar, lo mira complacida y sonriente...

Entra la madre en la habitación, con gran gozo exclama:

“¡Gracias, hija mía!”,

Ella sonriente le responde:

“Mamá, mira qué hermoso, es mío y tuyo”,

La chica me da el niño y abraza a su madre sollozando...

Después de dos horas, llegó este final tan hermoso, que no esperaba, me emocioné y me uní a ellas también en el llanto. Hago gesto de irme ya, la chica me dice:

“Roser, vuelve, gracias por todo”

Mi agradecimiento al Señor fue grande por la AYUDA que pude prestar durante un par de largas horas.

3.

“No lloréis que soy feliz”.

Una enfermera tiene en su planta a su padre en fase terminal, él es consciente de ello, me llama para ver si puedo estar con su padre mientras la madre baja a desayunar, le ve muy ansioso

y triste, no quiere que se quede solo. Como le visito a diario acepto, al entrar en la habitación suavemente le saludo llamándole por su nombre, me acerco a él, se queda mirándome y me dice “el infierno es eterno”, lo dice con una gran angustia... Le estrecho la mano, le doy un beso en la frente y, tras una pequeña pausa le digo:

“Andrés el cielo también es eterno y es para todos”.

Andrés con la mirada llorosa dice:

“¿Yo al cielo?... si tuviera siempre esta mano”...

Sin prisas intento vaya encontrando el por qué de este sentimiento de que merece el infierno, él es sincero, constato que le gusta y acepta mi ayuda...

Su sinceridad y sus buenos deseos me llevan a proponerle recibir la bendición del capellán, que le dará mucha paz, le liberará de todo lo que lamenta no ha hecho bien... lo acepta y le dice a su esposa que llame a su hija y al capellán, que no tiene miedo, pues ya sabe nos ha de dejar...

Cuando el capellán al ungrirle en la frente le dice :

“Que por... y su gran misericordia el Señor perdone tus pecados”,

Andrés con voz clara y determinada exclama:

“¡Ay sí, que son muchos!”,

El capellán le bendice solemnemente y él se va calmando..., entra en un sueño tranquilo, tiene expresión serena... su esposa me abraza diciéndome un sincero:

“¡Gracias Hermana!”

Quedo con ellos un rato, estamos en silencio, contentas al ver a Andrés tranquilo.

Pasa la noche con normalidad, pero por la mañana se agrava, se ve llega el momento final... Estamos con él su esposa, su hija y yo, lo tenemos de la mano... de momento abre los ojos, nos mira y dice:

“No lloréis que me voy feliz”.

Al cabo de una hora, Andrés se va al cielo. Su hija me dice, recemos un Padrenuestro; luego me abraza diciendo:

“Roser, ahora sí que veo para que sirva el Servicio Religioso en el Hospital, muchas gracias”

Esta valoración de Agentes Pastorales, la experimenté como una gran bendición del Señor para seguir dándome de pleno en mi servicio.

02/3

Hermanas Hospitalarias: Buscando hondura desde “la siempre necesaria hospitalidad”.

Pablo Morales,

Coordinador Pastoral: Atención
Espiritual y Religiosa Hospital Beata María Ana,
Agente Pastoral Clínica San Miguel. Madrid.

En la Capilla del Hospital Beata María Ana, de las Hermanas Hospitalarias, en Madrid, unicoño a mayor tamaño que el natural representa al Buen Samaritano, y esa imagen narrada en palabras de su autor¹ dice:

“El Señor ayudó a Israel en aquellas circunstancias... (haciendo alusión a la historia salvífica), por eso Cristo quiere expresar que nuestro prójimo es Dios, es Cristo, que nos ha ayudado, nos ha salvado, lo mismo que ayudó al pueblo en el camino”.

Por este motivo la tradición cristiana y, por ende, las Hermanas Hospitalarias ha reconocido siempre en el Buen Samaritano a Cristo, el “amor primero”, que brota de una experiencia honda que toca el corazón y le seduce, e invita a ser prolongación en la historia de este mismo Cristo que pasó por el mundo haciendo el bien y sanando a los enfermos.

Del mismo modo que el Samaritano, no estamos para buscarnos, sino para salir a los caminos y dejarnos encontrar por Aquél que nos invita a ser compañeros (compartir el pan) en las heridas propias, ajenas y en los avatares de la historia. Es por este motivo, y no otro, que hemos plasmado en esta imagen el rostro del Samaritano como el Rostro de Cristo que se inclina sobre la humanidad, la coge en sus manos y la cura. Al mismo tiempo, el rostro herido es también el rostro de Cristo, porque el mismo ha dicho:

“Cualquier cosa que hagáis a los pequeños me lo hacéis a mí”.

Cuenta la historia que un día le preguntaron al **P. Kolvenbach**, ex -superior General de los jesuitas cómo rezaba y él respondió:

“Rezo con iconos”. «Y ¿qué hace?, ¿los mira?». «No. Me miran ellos a mí...».

Todo icono está pensado más que para elucidar y hacer teología, está para gustar y sentir internamente lo que nos desea comunicar. Es dejarse contemplar, más que contemplar, es dejarse tocar más que meditar, es sentirse mirado con ojos de ternura... Nuestro icono no desea ser menos. Desea transmitirnos lo que en su origen se pensó para él: Ser una experiencia de bondad, de cercanía y sobre todo de profundo amor por el débil, por todo aquel que experimenta en su vida la debilidad. En definitiva, es asemejarnos a lo contemplado: Ser otros Samaritanos para el mundo.

Este Buen Samaritano nos deja entrever ciertas claves de comprensión del misterio que muchas veces nos envuelve en el día a día de nuestra vida: La confianza en un Dios que muestra un horizonte detrás del dolor desde el que acompaña y es acompañado; Cuando es casi un acto reflejo huir del dolor, el Samaritano se baja del caballo y se acerca, toma la iniciativa y se hace uno con nosotros; El Buen Samaritano también se hace el contradicho en momentos de sufrimiento; exige o nos invita a vivir en clave de proximidad todo lo que hacemos; y, por último, no puede haber vida eclesial, ni mucho menos Pastoral, si no tenemos proximidad, cercanía y experiencia de encuentro.

El ser fieles y buenos samaritanos supone estar cerca de los pobres, de los enfermos. Ser fieles supone ser sensibles a sus problemas, oír su canción latente cubierta de preguntas y búsquedas. La música solamente se oye si estamos cerca, porque es una música profunda, no ruidosa, a ratos casi imperceptible, que no es otra sino la del sufrimiento. Cuando lo hacemos no sólo nos damos cuenta que Dios diviniza, sino sobre todo que humaniza. De ahí que los seres humanos encontramos a Dios, en la medida en que estamos donde la vida está en

peligro o en sus límites. Por ello que nuestra vocación más profunda no es otra sino dar hondura y profundidad a todo lo que hacemos. Por lo mismo, ya no nos basta con ser bueno, sino que es necesario hacer el bien. La parábola del joven rico nos lo recuerda.

Nuestra iglesia y nuestros Centros hospitalarios exigen y requieren hoy hombres y mujeres con un corazón capaz de sentir. En el evangelio cada vez que pasa algo es porque Jesús ha dejado que una necesidad de la gente le mueva las entrañas. No hay misión sin movimiento de corazón ni mucho menos acción terapéutica sin dejarnos afectar por lo que vemos y oímos. Afectarnos no es otra cosa que poner los afectos en lo que hacemos y dejarnos conmover hacia la compasión. Desde ahí es que las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús han iniciado un camino de ir fortaleciendo todo lo que hacemos, mirando el pasado, reconociendo los signos de los tiempos y siendo actuales en sus respuestas a las necesidades del mundo. Desde este deseo profundo de ser actuales y significativos en nuestra labor, se busca que circule por las arterias de nuestros Centros un común denominador que lleve consigo un esfuerzo por unir ciencia y caridad, cabeza y corazón, manos y ojos, es pos de una atención humanizadora.

La pregunta que siempre cabe es: ¿cuándo somos hospitalarios? ¿Qué es lo que nos hace diferente a los demás? ¿Qué es lo propio que aportamos al mundo? ¿Cuál es nuestro sello identificador? A una pregunta práctica le sigue una respuesta práctica. No puede ser de otra manera. La Institución, al celebrar su XIX Capítulo General, encomendó al Gobierno General de entonces, la elaboración de un Marco de Identidad Institucional que diese razón de lo que somos y hacemos. La pregunta que determinó, según nuestro parecer, este documento es:

“¿Cómo tendremos que ser y qué tendremos que hacer como hospitalarios hoy?”².

1. P. Marko Ivan Rupnik.

2. Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Marco de Identidad Institucional nº 3.

Dicha pregunta, no sólo atiende al ser sino también al hacer. Atendiendo al hacer es que se determinó y se reconoció un modo propio, un modelo hospitalario que se reconocía como universal dentro de la Institución. Se determinó plasmar en ocho valores nuestro modus operandi. Estos valores marcan un horizonte claro en el proyecto institucional y nos desafían constantemente a ser fieles y creativos a las fuentes y a nuestro contexto. No puede haber hospitalidad sin la conjugación de ambas realidades. Es por este motivo que la vivencia de estos valores es uno de las tantas formas de sentirnos Comunidad Hospitalaria. No es la única. La Comunidad no la hace el compartir un mismo techo, sino que la hace compartir un proyecto determinado, buscando un mismo sentir y obrar en todo lo que emprende o realiza.

Estos valores no son otra cosa que mirar al mundo con los ojos de Dios en un contexto plural y diverso. Es mirar el mundo reconociendo todo lo bueno y hermoso que en él hay. De ahí que el valor síntesis es la Hospitalidad. Valor que hace referencia a las actitudes más profundas del Buen Samaritano en el evangelio. En adelante desglosaremos de manera sucinta los ocho valores que emanan de la hospitalidad (Si se desean conocer literalmente están en nuestra página web³). Lo que hacemos es ampliar un poco su comprensión, que no la agota ni determina sino que más bien la enriquece.

Sensibilidad por los excluidos: No es otra cosa que una forma primaria de reaccionar ante la realidad, centrandó nuestra atención en el otro; no sólo en lo que nos dice sino también en lo que le habita en su corazón. En otras palabras, es pasar del lugar de espectador al lugar de las “víctimas”. Es cambiar la perspectiva. En definitiva, es cambiar la mirada.

Servicio a los enfermos y necesitados: Cuidando especialmente la relación cuidador y persona enferma, asumimos a la persona como un deber de humanidad y, por ende, evangélico. La hospitalidad tiene mucha importancia en la relación que se establece en el proceso.

Es por este motivo que, acompañar además de abrazar, escuchar o contemplar, supone también ser bálsamo para calmar y aliviar las heridas que va dejando la vida.

Acogida liberadora: Exigiendo habilidades profesionales en nuestros colaboradores, siendo activos en el reconocimiento de los derechos del otro y reconociendo que cada destinatario exige una manera concreta de cuidar y cada cuidador tiene su estilo propio de hacerlo, nos situamos en clave de “ayudar”. Quien vive en esta clave tiene los sentidos abiertos para descubrir las necesidades en su entorno. No es otra cosa que aprender a escuchar las melodías del sufrimiento y desde ahí hacer camino.

Salud integral: Cuidándonos para cuidar y velando por un proceso de crecimiento, de diálogo y de relación equilibrada entre los elementos corporales, psicológicos, sociales, intelectuales y espirituales buscamos ser coherentes con una visión integral de la persona.

Calidad profesional: Ser efectivos en el saber hacer, teniendo competencia, conocimiento y poniendo el acento sobre el proceso. No sólo nos interesa lograr objetivos y resultados, sino que también nos apasiona cuidar las formas. Hay un saber hacer.

Humanidad en la atención: En estrecha relación, Hermanas, colaboradores, voluntarios y familiares, damos calidad, cercanía y calidez en la atención a personas en momentos de fragilidad. No sólo humaniza lo que hacemos al que recibe la acción sino sobre todo nos humaniza a quienes nos acercamos a dicha realidad. En definitiva, formamos parte de otras vidas, que dejamos huella en otras historias, del mismo modo que otras historias nos marcan también a nosotros y nos abren a nuevas alternativas.

Ética en toda actuación: Práctica que incluye dar respuesta a las necesidades básicas, anticipando necesidades y respondiendo a sus solicitudes. Cuando la vida nos sitúa en una encrucijada nos planteamos preguntas teniendo como

3. <http://www.hospitalarias.org/index.php/valores-hospitalarios>

telón de fondo nuestras opciones fundamentales últimas. Asumimos al otro para comprometernos con su bienestar, desde su libertad y su autonomía.

Conciencia histórica: Sabernos parte de una larga historia de hombres y mujeres que han dejado sudor y lágrima, evangelio y vida en lo que han hecho y de lo cual hoy somos testigos. Este vuelo se inició hace muchísimo tiempo. No somos ni los primeros ni los últimos.

En definitiva, desde nuestros valores y más allá de estos, proyectamos una mirada sensible al dolor y al sufrimiento y, por ello, generadora de misericordia y esperanza.

Una mirada capaz de atisbar el misterio y acompañar la vida que brota a borbotones en medio de los que luchan por la vida. Ser Samaritanos supone ir en búsqueda de aquellos signos de esperanza que, muchas veces, sin brillo, existen en nuestras vidas y nuestro mundo.

02/4 Manos Unidas.

Soledad Suárez Miguélez,
Vicepresidenta de Manos Unidas.

Lo primero quiero darle las gracias a D. Abilio por contar con Manos Unidas en estas Jornadas bajo el título de “El Buen samaritano” con el que tanto intentamos identificarnos en Manos Unidas. Podíamos pensar que Manos Unidas no tiene que aportar en temas de salud, ya que somos una ONG de Desarrollo y existen organizaciones especializadas en este tema, pero en Manos Unidas buscamos el desarrollo integral de la persona y sabemos que la promoción de la salud y el desarrollo caminan juntos. ¿Podríamos pensar que forma parte de la misión de Manos Unidas?

La misión de Manos Unidas es erradicar la pobreza, el hambre, las enfermedades y las causas que las producen entre los más pobres de la tierra. Para realizar esta Misión y lograr este fin, Manos Unidas mantiene dos líneas de trabajo imprescindibles: una primera es la Educación para el Desarrollo que es la sensibilización de la sociedad española en relación a los temas que afectan a los países de África, América, Asia y Oceanía para que haya un cambio de corazones, comportamientos, actitudes a nivel personal y también de estructuras, y la segunda es el apoyo a Proyectos de Desarrollo, inspirados y alentados en el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia. Es importante señalar que para llevar a cabo esta misión la institución se centra en el desarrollo y en el fortalecimiento de las personas y de Manos Unidas.

Como se acaba de señalar desde sus inicios el trabajo de Manos Unidas se orienta desde la centralidad de la persona humana porque:

- Afirmamos la **dignidad** de todos como hijos de Dios.
- Afirmamos y defendemos sus **derechos fundamentales** inalienables.
- Atendemos a todos en **igualdad**, sin distinción de raza, sexo, religión, ideología,...
- Denunciamos la **injusticia y la desigualdad** que humillan su dignidad y violan sus derechos.
- Hacemos **opción por los más pobres y vulnerables**, en el seguimiento de Jesús.

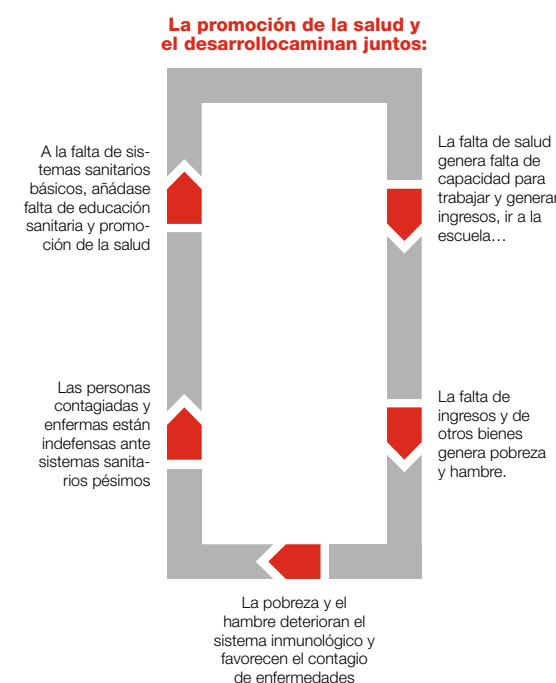
Todo el trabajo está fundamentado en los principios y valores de la Doctrina Social de la Iglesia y, es por lo que en relación a los temas de la promoción de la salud Manos Unidas impulsa incansablemente:

- El derecho a la salud vinculado al derecho fundamental de la vida.
- El destino universal de los bienes: el derecho al agua, a los alimentos, a la vivienda, al trabajo digno...
- La solidaridad (“Samaritanos”)
- La subsidiaridad: iniciativa y protagonismo de los socios locales.

- La justicia y el bien común: responsabilidad política.
- El modelo de desarrollo integral de la persona y los pueblos.

La promoción de la salud y el desarrollo caminan juntos porque la falta de salud genera una falta de capacidad para trabajar y para generar ingresos, y poder ir a la escuela.

Esta falta de ingresos y de otros bienes produce pobreza y hambre que deterioran el sistema inmunológico y favorecen el contagio de enfermedades. Estas personas contagiadas y enfermas están indefensas ante sistemas sanitarios pésimos, a lo que hay que añadir una falta de educación sanitaria y promoción de la salud.



La pobreza y el hambre deterioran el sistema inmunológico y favorecen el contagio de enfermedades. El paludismo, o malaria, se transmite por la picadura de mosquitos infectados. Una vez en el organismo, los parásitos transmitidos por estos mosquitos se multiplican en el hígado y, después, infectan los glóbulos rojos. El hacinamiento favorece estas enfermedades.

En 2009 hubo 225 millones de casos de paludismo, que causaron cerca de un millón de muertes, sobre todo en África donde cada 45 segundos muere un niño por esta causa.

El paludismo causa numerosos abortos, eleva las tasas de mortalidad materna y provoca bajo peso al nacer. Las mujeres con infección palúdica placentaria corren el riesgo de transmitir la infección a sus hijos recién nacidos. Entre las medidas eficaces para controlar el paludismo está el tratamiento rápido con combinaciones de medicamentos basados en la artemisinina.

La adquisición de medicamentos antipalúdicos sigue aumentando rápidamente en todo el mundo, pero el total de los fondos para combatir la malaria sigue siendo muy inferior a los 6.000 millones de dólares que en 2010 se consideraban necesarios.

Por otro lado, la resistencia a los antipalúdicos se ha extendido dificultando el fruto de los esfuerzos para controlar la enfermedad. La OMS recomienda un control sistemático de la resistencia a los antipalúdicos y está prestando su apoyo para esta tarea.

Cuando los pacientes son tratados con una sola terapia a base de artemisinina, pueden seguir teniendo parásitos en la sangre que pueden transmitirse a otros mosquitos, y de éstos a otras personas. Por ello, las monoterapias son la causa principal de la propagación de la resistencia a la artemisinina.

Protegerse de las picaduras de los mosquitos es la primera defensa frente al paludismo. Hay dos formas de prevención eficaces: las mosquiteras tratadas con insecticidas de acción prolongada para dormir protegidos y la fumigación de interiores con insecticidas de acción residual.

Del 2007 al 2009 se entregaron en países africanos casi 200 millones de estas mosquiteras, pero necesitan unos 350 millones para que la cobertura sea total.

LH n.305

La investigación de nuevos insecticidas es lenta y cara. Y detectar lo antes posible la resistencia a los insecticidas es esencial para controlar el paludismo y garantizar que se están utilizando los métodos más eficaces.

El paludismo afecta de forma desproporcionada a los empobrecidos, que no pueden pagar el tratamiento o carecen de atención sanitaria, y atrapa a las familias y a las comunidades en una espiral de pobreza.

Manos Unidas trabaja para erradicar el paludismo y otras enfermedades. Y es así, como en Mangochi, Malawi, un 23% de los niños menores de 5 años mueren cada año por malaria, es la primera causa de la mortalidad infantil. Ante esta situación, la comisión Católica de Salud de la diócesis solicitó la ayuda de Manos Unidas para iniciar un programa que permita disminuir en un 50% la mortalidad infantil y mejorar la situación socio-económica de la población al reducir el número de enfermos.

El programa contempla la concienciación de la población, el reparto de mosquiteras, la fumigación de las aldeas y el desarrollo de la medicina natural para combatir la enfermedad.

Las personas contagiadas y enfermas están indefensas ante sistemas sanitarios pésimos... La existencia de un sistema sanitario estable da respuesta a la exigencia de justicia social que se deriva de la propia naturaleza humana y que, básicamente, consiste en la constante y firme voluntad de dar a cada uno lo que es debido.

Las carencias de los sistemas sanitarios en los países en desarrollo son, entre otras:

- Las personas que más recurren a la atención sanitaria son las que menos la necesitan. Sin embargo, las personas que más necesitan la atención normalmente no cuentan con protección social, y de hecho viven al borde de la pobreza.
- La asistencia sanitaria es fragmentada y pres-

cinde de la dimensión social y psicológica de las personas.

- Los recursos médicos y sanitarios son insuficientes, por lo que la atención no siempre es fiable, lo que provoca un aumento de las infecciones hospitalarias, y en definitiva de la inseguridad.
- Existe una inadecuada distribución de los recursos: se destina más a los hospitales y menos a la atención primaria.

Ante este sistema sanitario pésimo la Comunidad de San Egidio muy presente en el continente africano lleva a cabo la siguiente iniciativa "DREAM". A finales de los noventa, la epidemia de Sida en África era una verdadera catástrofe por el número de personas infectadas, la elevada tasa de mortalidad, sobre todo en edad productiva, y la creciente población de niños huérfanos. En esos años la lucha contra el Sida en África se centraba en un modelo preventivo, basado en campañas de educación sanitaria: se insistía, sobre todo, en el uso correcto del preservativo como protección casi única en la lucha contra el Sida.

Los 22 millones de infectados en África son prueba del fracaso de este planteamiento, que se debe a la falta de educación en el respeto a la persona y a la ausencia de una terapia eficaz, aspectos indisolubles de una verdadera prevención. En los países desarrollados el VIH/Sida empezó a retroceder cuando se introdujo la terapia antirretroviral de alta eficacia. ¿Por qué en África iba a ser distinto? Evidentemente, sólo por equivocados motivos económicos.

La Comunidad de San Egidio siempre consideró que la mera prevención del contagio no podía salvar a los millones de africanos infectados, que quedaban sin ninguna esperanza, y temerosos de la prueba de detección del virus, por el estigma social que supone una infección sin remedio.

Como cristianos, como seres humanos, era insostenible la injusticia de saber que existía un tratamiento eficaz en el norte del mundo, inalcanzable para África. ¿Por qué no hacer que la terapia HAART estuviera a su alcance?

Para ello, en 2002 nació DREAM, un programa de refuerzo farmacológico contra el Sida y la malnutrición, que actualmente siguen 70.000 enfermos de diez países africanos y que combina prevención y terapia, y hace posible que se apliquen los más altos estándares de terapias y tecnologías del mundo desarrollado en un modelo de sanidad africano.

DREAM refleja el modo de pensar de San Egidio: el valor de la persona y de toda vida es fundamental y nace de la convicción de que, además de prevenir el contagio, es necesario salvar la vida de los enfermos. Este planteamiento cristiano motiva al personal, logra la colaboración del paciente y de su familia, y es un testimonio del poder terapéutico de la comunidad cristiana.

Una terapia eficaz, que logra una mejoría rápida y estable, anima a los enfermos a someterse a la prueba de detección del virus y les devuelve la esperanza en el futuro. La terapia y el acompañamiento del paciente son un factor decisivo para la eficacia de la prevención, al mismo tiempo que transforman el Sida de enfermedad mortal en crónica.

A la falta de sistemas sanitarios básicos, añádase falta de educación sanitaria y promoción de salud. Manos Unidas considera esencial invertir en la capacitación de personal sanitario y cualificado, y trabajar también en la concienciación de la población rural, en la superación de hábitos ancestrales y en el aprendizaje de cuidados preventivos.

La institución apoya proyectos que tienen como objetivo capacitar a personal sanitario, además apoya la construcción de hospitales, equipados con camas, quirófano, laboratorios clínicos, escuela de enfermería, etc., así como dispensarios, pequeños centros de salud y viviendas para personal sanitario para garantizar la asistencia a las poblaciones rurales.

Apoya a la formación de los trabajadores sanitarios y sociales que atienden los problemas

sanitarios en los pueblos, mediante clínicas móviles. Además capacita a personal sanitario para impartir conocimientos y coordinar actividades en las áreas de salud comunitaria, medicina general, pediatría, ginecología y operaciones menores.

Manos Unidas es presencia del amor de Dios entre los que sufren, prolongando la misión de Cristo en la vida de la Iglesia y en el mundo.

02/5

Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

Miguel Martín Rodrigo, O.H.
Capellán. Fundación Instituto San José.
Madrid.

1/

Fundador.

Nuestro fundador: **San Juan de Dios**, siglo XVI.
Nacido en: Montemor-o-Novo (Portugal)

2/

Otros santos y beatos.

- **S. Ricardo Pampuri** (1897-1930, Italia)
- **S. Benito Menni** (1841-1914, Italia-España)
- **S. Juan Grande** (1546-1600, España)

Beatos:

- **Eustaquio Kügler** (1867-1946, Alemania),
- **José Olallo** (1820-1889, Cuba),

71 Mártires de la Guerra Civil (20 están esperando la beatificación próxima por rutinas del proceso canónico). Multitud de “santos” en la sensibilidad popular (los Hermanos “**Bonifacios, Adrianos, Tomases...**”, canonizados ya en el imaginario popular del lugar de su apostolado sencillo en diferentes lugares de España).

3/

Presencia actual de la Orden.

En el mundo

- 1.200 Hermanos
- 50.000 profesionales
- 9.500 voluntarios
- 400.000 benefactores

- 22 Provincias religiosas
- 3 Delegaciones Generales
- 7 Delegaciones Provinciales

En España

- 275 Hermanos (3 Provincias)
- 11.353 Profesionales
- 1836 Voluntarios
- 53 centros
- 7.310 camas hospitalarias
- 3.378 camas asistenciales (ancianos, discapacitados...)

4/

Raíces de nuestra identidad y misión.

Constituciones de la Orden nº 1 – 2
Nosotros, los Hermanos Hospitalarios, damos gracias al Señor por el don que hizo a su Iglesia en San Juan de Dios.

El cual, impulsado por el Espíritu Santo y transformado interiormente por el amor misericordioso del Padre, vivió en perfecta unidad el amor al prójimo. Se dedicó por entero a la salvación de sus hermanos e imitó fielmente al Salvador en sus actitudes y gestos de misericordia. Lleno de deudas, de preocupaciones y de trabajos, se fío totalmente de Jesucristo y se entregó por completo al servicio de los pobres y enfermos en la ciudad de Granada, en España, desde donde pasó al Padre en 1550. Así es como nuestra Orden Hospitalaria nace del evangelio de la misericordia vivido en plenitud por San Juan de Dios; por eso, justamente lo tenemos como Fundador.

El, en efecto, entendió que la señal más clara de haber pasado de la muerte a la vida es el amor a los hermanos practicado no sólo de palabra, sino con obras y de verdad. La familia religiosa a la que pertenecemos, a petición de los Hermanos, fue aprobada por el Papa San Pío V el 1 de enero de 1572 y es conocida en la Iglesia con el nombre de ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS. Este nombre expresa nuestra identidad, pues la razón de nuestra existencia en la Iglesia es vivir y manifestar el carisma de la hospitalidad al estilo de San Juan de Dios. Consagrados al Padre por el Espíritu, seguimos más de cerca a Cristo casto, pobre, obediente y misericordioso. De este modo, cooperamos a la edificación de la Iglesia,

LH n.305

sirviendo a Dios en el hombre que sufre. Nuestra Orden es un instituto laical; no obstante, desde su aprobación, se concedió que algunos Hermanos pudieran acceder al sacerdocio para proveer al ejercicio del sagrado ministerio entre los enfermos y en nuestras comunidades y obras hospitalarias.

Carisma de nuestra Orden
2. Nuestro carisma en la Iglesia es un don del Espíritu, que nos lleva a configurararnos con el Cristo compasivo y misericordioso del Evangelio, el cual pasó por este mundo haciendo el bien a todos "y curando toda enfermedad y toda dolencia"

En virtud de este don, somos consagrados por la acción del Espíritu Santo que nos hace partícipes, en forma singular, del amor misericordioso del Padre. Esta experiencia nos comunica actitudes de benevolencia y entrega, y nos hace capaces de cumplir la misión de anunciar y hacer presente el Reino entre los pobres y enfermos; ella transforma nuestra existencia y hace que en nuestra vida se manifieste el amor especial del Padre para con los más débiles, a quienes tratamos de salvar al estilo de Jesús.

Mediante este carisma, mantenemos viva en el tiempo la presencia misericordiosa de Jesús de Nazaret: El, aceptando la voluntad del Padre, con la encarnación se hace semejante a los hombres, sus hermanos

asume la condición de siervo se identifica con los pobres, los enfermos y los necesitados se dedica a su servicio y entrega la vida en rescate por todos

Hospitalidad: "Acoger al otro, extraño y vulnerable, en la propia casa" (Torralba)
"Hospitalidad es acoger al otro extraño tal como se nos presenta, sin pretender encuadrarlo en los esquemas que se nos antojan válidos para nuestra comunidad".
(Leonardo Boff, "Virtudes para otro mundo posible", Sal Térrea, Santander, 2006, pg. 105)¹

5/

¿Cómo evangelizamos hoy desde la hospitalidad?

- Desde el "estar en" (paliativos, ancianos enfermos, EVP, salud mental crónica, discapacidades físicas e intelectuales, excluidos sociales...)

"El imperativo contenido en la Hospitalidad de S. Juan de Dios es que no debemos apartarnos jamás de la necesidad o del sufrimiento humano"².

"Este ejercicio de escuchar a un enfermo al día os lo recomiendo a cada uno de vosotros. Después de poco tiempo descubriréis que ser anticipadores, hoy, en nuestras obras, significa saber escuchar al enfermo y actuar en consecuencia". (Pierluigi Marchesi, "La Hospitalidad de los HSJD hacia el año 2.000, Roma, 1986, p.74)³

1. L. Boff, "Virtudes para otro mundo posible", Sal Terrae, Santander, 2006, p. 105.

2. Donatus Forkan, "El rostro de la Orden cambia. Reflexión". Roma, 2009.

3. Pierluigi Marchesi, "La Hospitalidad de los Hermanos de S. Juan de Dios hacia el año 2000", Roma, 1986, p.72.

- Desde una clara opción por la calidad (excelencia) asistencial -relativa a cada situación- ("Hacer bien el bien"); lo que conlleva:
 - Medios técnicos adecuados
 - Recursos Humanos adecuados (incluye formación y retribución)
- Desde ese "plus" carismático que representa la hospitalidad y que incluye:
 - El voluntariado (pionera en el mundo de la salud)
 - La atención espiritual (abierta a las diferentes sensibilidades)
 - Desde una sensibilidad juanediana especial

"Habéis de saber que el otro día, cuando estuve en Córdoba, andando por la ciudad, encontré una casa con grandísima necesidad; vivían allí dos muchachas, con el padre y la madre enfermos en la cama, paralíticos hacía diez años; tan pobres y mal cuidados los ví que me quebraron el corazón"⁴.

6/

Retos de futuro en nuestra presencia evangelizadora ante los pobres.

- Diseñar, proponer y desarrollar el nuevo marco de "familia hospitalaria" en el que puedan integrarse religiosos y laicos (y dentro de éstos creyentes y no creyentes). Y, al mismo tiempo, un marco capaz de mantener la identidad institucional en sus pilares básicos como hospitalidad juanediana.

- Presencia en una nueva sociedad, distinta a la de hoy. ¿Del bienestar? ¿Cómo se situará el concepto de salud y el sistema sanitario consecuente? ¿Cuál será el mapa de la nueva exclusión? ¿Qué aportará la ciencia y la tecnología para el cuidado y la atención de las personas?
- Responder a los nuevos paradigmas.

"El peligro o la tentación en un momento determinado podría ser el de buscar una fórmula para "intentar arreglar las cosas una vez por todas", para frenar la marea del cambio, por decirlo así, lo que equivaldría a suponer que sabemos de antemano cómo tiene que ser la Orden"⁵.

"Hay momentos en que lo prudente es ser audaz, y pienso que estamos en uno de ellos"⁶.

- Posicionamiento en una Iglesia que debe responder asimismo a esa nueva realidad: rol de la vida religiosa, papel del laico dentro de ella, parámetros morales ante las nuevas realidades...
- Y, sobre todo, escuchar la voz de los enfermos, de los pobres...

"Más bien, la Orden de S. Juan de Dios es lo que es hoy porque sus miembros permitieron que "mandara el corazón", para escuchar la voz de los pobres"⁷.

"En medio del mundo post-moderno sólo una Iglesia configurada por el principio-misericordia puede ser testigo del Misterio de Dios...No se trata sólo de 'hacer obras de misericordia' o cultivar sentimientos de compasión, sino de hacer de la misericordia el principio que configure la teología cristiana, la celebración, el anuncio misionero y una praxis orientada a erradicar en el mundo las causas del sufrimiento injusto"⁸.

4. Cartas de S. Juan de Dios. 1ª Duquesa Sesa, nº 15.

5. Donatus Forkan, o.c..

6. Pascual Piles, entrevista en IN, nº 156, p.92.

7. Donatus Forkan, o.c..

8. Jon Sobrino, "El Principio Misericordia. Bajar de la Cruz a los pueblos crucificados", Sal Terrae, Santander, 1992.

Experiencias:

Hermanos Hospitalarios
de San Juan de Dios.

142

LH n.305

“Este mensaje del Dios crucificado no será escuchado en estos tiempos de crisis religiosa si sólo pretende hacerse oír desde lo alto de la cátedra o desde el interior del templo. No podrán comunicarlo sacerdotes y levitas que cuidan la liturgia pero "dan rodeos" ante el herido del camino. Sólo una Iglesia samaritana, cercana a los crucificados, puede pronunciar el nombre de ese Dios”.

7/

Unos caminos de evolución, alguno hoy cuestionado.

- De la Suplencia del Estado a la Integración en los servicios del Estado de bienestar (manteniendo nuestra opción por los más necesitados). Estado de bienestar hoy en crisis. ¿Nos corresponderá de nuevo volver a tareas de suplencia en una situación de crisis tan fuerte como la que estamos padeciendo y de la que no se sabe cómo vamos a salir de ella?

- De “los Hermanos” a la “Familia Hospitalaria”. Abrir vías de integración en el ejercicio de la hospitalidad en el que puedan convivir diferentes opciones de vida (consagrada, laical)...

“Los Hermanos comprendieron que la Orden no tiene “derechos de autor” sobre Juan de Dios, ya que él no es nuestro. Es de la sociedad, de la Iglesia, y tampoco la Hospitalidad pertenece sólo a los Hermanos, ya que los laicos también comparten la “Hospitalidad de Juan”

y aportan sus propios dones, talentos y competencia profesional, lo que enriquece el gran don de la Hospitalidad que nos ha concedido el Señor”¹⁰.

- De la viabilidad a la identidad. La situación actual puede volver a cuestionar la viabilidad de algunas obras que ya considerábamos consolidadas. En todo caso la apuesta por la identidad de nuestras obras en una sociedad plural, interconfesional, es un reto a asumir de forma inexcusable. La crisis económica también cuestiona hoy este proceso.
- Pero esta “**empresa**” no es nuestra; es de El. En esa confianza lo vivía nuestro Fundador.

“Por lo cual, hermano mío muy amado y muy querido en Cristo Jesús, es tal la situación en que me encuentro que muchas veces no me atrevo a salir de casa por las deudas que tengo; por otra parte, viendo padecer a tantos pobres, hermanos y prójimos míos, y con tantas necesidades, tanto corporales como espirituales, al no poder socorrerlos, quedo muy triste; pero a pesar de todo confío en sólo Jesucristo; estoy seguro de que El me sacará de apuros, pues El conoce mi corazón”¹¹(11)

9. J. A. Pagola,
“Testigos del Misterio
de Dios en la noche”,
rev. Sal Terrae, enero
2000, p.41.

10. Donatus
Forkam, o.c..

11. Cartas de
S. Juan de Dios, 2ª
a Gutierrez Lasso.



02/6

"Casa de Belén", una apuesta por la vida¹.

Rudesindo Delgado,
Capellán de "Casa de Belén"
Sor Isabel Bello,
Responsable de "Casa de Belén". Madrid.

1/

¿Qué misión tiene?

"Casa de Belén" nace en 1995 como respuesta de las Hijas de la Caridad y de la Comunidad Autónoma de Madrid a la necesidad de atención que precisan los niños enfermos de SIDA y aquellos otros que por sus condiciones físicas, psíquicas, sanitarias y familiares no pueden integrarse en los distintos ámbitos normalizados para cualquier niño.

Está abierta a los niños y niñas con necesidades y sin los recursos apropiados para su vida y desarrollo, siempre que la Casa pueda darles la respuesta más adecuada. Atiende a 10 niños -entre 0 y 6 años- y es un centro concertado.

Casa de Belén es la "casa de los niños", alegre, pensada para ellos, donde se les ofrece una vida diaria normalizada como factor saludable para su calidad de vida; es decir, la vida de los niños marca la organización y orienta a los recursos a utilizar.

En ella viven, son atendidos en su enfermedad, y siempre que es posible, en ella mueren, rodeados de cariño y con sus juguetes.

Casa de Belén es "casa de familia" un lugar de encuentro y de vida, de alegrías, gozos, esperanzas y dolor de niños y mayores. No se esconde en ella ninguno de los acontecimientos humanos que dan sentido a la vida del ser humano.

Casa de Belén es "lugar de Vida" porque el "Señor de la Vida" ha sido y es muy generoso con los que aquí habitan y acuden. Nadie vive allí de modo rutinario en la cama o en la cuna, y los ritmos se adecuan a las posibilidades de cada niño aunque la previsión de su vida sea corta. Los niños también son escolarizados, mediante educación especial, integración de los que tienen graves problemas motores, etc.

1. La primera versión de este texto apareció publicada en: Delgado R, Bello I, Mora M. La pastoral de la salud en las etapas finales de la vida del niño: experiencias en un centro de acogida y en un hospital. En: De los Reyes M, Sánchez-Jacob M (Editores): Bioética y Pediatría. Proyectos de vida plena. Madrid: Sociedad de Pediatría de Madrid y Castilla La Mancha, 2010; págs. 551-6.

2/

¿Qué principios la configuran?

Casa de Belén es muchas cosas, pero sobre todo es:

- Un **proyecto abierto a la vida** que apuesta por la vida frágil, aparentemente sin futuro, sin sentido, inconclusa y fugaz muchas veces; por la vida que se vislumbra en el vivir día a día la minusvalía, la discapacidad, el deterioro; por la vida que nos lleva a la experiencia de palpar cómo esa pequeña vida, hecha todo necesidad, se nos revela con la capacidad única de hacer surgir de nosotros lo más bello que Dios nos da.

Desde esa pequeñez estamos atentos en todo momento para intuir qué necesita y aprender el lenguaje único de cada niño y su ritmo. Y así, ellos nos enseñan a abrirnos a nuestros propios límites.

- Un **proyecto sociosanitario**, orientado a cuidados enfermeros, con talante educativo, con manejo de los recursos sociales y pastoralmente vivido.

- Un **proyecto católico** que respeta las creencias de todos. Por allí han pasado niños de familias creyentes e increyentes, católicas, ortodoxas o musulmanas, que hicieron camino juntos.

Los niños son quienes realmente tienden puentes por los que transita la relación diaria que gesta el milagro de aprender a cuidar en situaciones especialmente dolorosas.

- Un **proyecto que habla y cuestiona** a muchos, propios y extraños, y que siempre sorprende. Cada día tiene su novedad y quien allí acude se marcha distinto, porque su atracción le cuestiona su propia vida.

3/

Finalidad y objetivos.

La finalidad primordial de la Casa de Belén es que los niños enfermos o discapacitados acogidos en ella, puedan vivir felices, crecer, desarrollarse armónicamente, enfermar y morir con paz. Y para conseguirlo se propone los siguientes objetivos:

- Cubrir las necesidades básicas de los niños: alimentación, descanso/sueño, higiene, movilidad, seguridad psicoafectiva, y atención sanitaria.

- Posibilitar a los niños un espacio y modo de vida alegre, sereno, seguro, que les aporte estabilidad en su desarrollo y contribuya a que nazca o crezca en ellos la confianza básica que necesitan para ser felices, contando con sus limitaciones, fragilidad y en muchos casos su corta vida.

- Acompañar y orientar el proceso educativo de los niños que les permitan sus posibilidades.

- Organizar y planificar todas las acciones dentro y fuera de la Casa, teniendo en cuenta las características personales y familiares de cada niño.

- Normalizar la vida de los niños y su participación en distintos ámbitos de socialización: escuela, parques, barrio, amistades, padrinos, etc.

- Acompañar, desde la vida, el proceso de duelo que muchos niños viven o vivirán, al perder o haber perdido a su madre, a su padre, o a ambos, a familiares o a sus compañeros.

- Proporcionarles los cuidados básicos sociosanitarios que garanticen un nivel adecuado de bienestar físico, psíquico y social.

LH n.305

- Evitar los ingresos hospitalarios en aquellas situaciones que puedan ser atendidas en la Casa.
- Favorecer que los niños mueran en Casa y acompañarles en el proceso de la muerte.
- Acompañar a la familia de los niños, facilitar su proceso sanante para que asuman su realidad sin culpabilidades ni miedos y se integren, en los casos que sea posible, en el cuidado y atención de sus hijos; respetar siempre el ritmo de cada persona para que, si el niño muere, tengan la experiencia de haber cuidado al hijo hasta el final de su vida.
- Acompañar cristiana y pastoralmente al niño y al equipo, cuidando la dimensión trascendente.

4/

¿Quiénes forman la Casa de Belén?

Casa de Belén la forman un grupo de personas que cada día apuestan por la vida de los niños, renuevan su preferencia por los más débiles y desasistidos, y entienden su compromiso como un servicio responsable y solidario. Está compuesto por:

- **La Comunidad de Hijas de la Caridad.** Su tarea asistencial y evangelizadora con una parte de la infancia más desfavorecida se ha convertido en importante responsabilidad de su institución. Su dedicación es exclusiva y llevan la dirección y gestión de la Casa, la enfermería, la coordinación educativa y el voluntariado.
- Naturalmente, **los niños.** Son los sujetos de nuestra actuación y la auténtica razón que da sentido a nuestra acción y al proyecto en sí,

Todos los que han pasado por la Casa, 44 niños en total, tenían un pronóstico de vida breve; sin embargo la mayoría vivió más tiempo del previsto inicialmente, merced a los cuidados recibidos y a la enorme personalización de las atenciones. A finales de 2009, de los 44 niños mencionados, 14 fallecieron en la Casa, 5 en el hospital y 1 con su familia; otros 6 regresaron a su domicilio anterior, 9 se trasladaron a otros Centros, 3 fueron acogidos por familias distintas a la biológica y 6 niños continúan en la Casa.

- Los **amigos de la Casa.** Son personas voluntarias de edades diversas, que desean efectuar tareas de servicio, se comprometen a dar tiempo y afecto a los niños e implican a sus propias familias, y participan en las celebraciones de la Casa. Son "auténticos confidentes" para detectar y transmitir los cambios en la evolución de los pequeños. Significado especial tienen los padrinos de Bautismo, para suplir a la familia cuando ésta falta.

También algunos **profesionales sanitarios** laicos se han sumado a este proyecto de servicio solidario, formando el "Equipo base que colabora con la Titularidad de la Casa". De modo especial hay que destacar a los pediatras -uno de ellos, presente ya en su fundación- y a las enfermeras. Los médicos desempeñan una labor esencial desde antes de la llegada del niño hasta su marcha, colaboran con otros facultativos y coordinan los tratamientos y cuidados que se han prescrito en otros centros sanitarios; asimismo, se preocupan por la formación del personal de la Casa.

- **Los padres.** Están acompañados en todo momento por el equipo de cuidadores, que pretende aliviarles de un posible sentimiento de culpa. El objetivo principal es que se impliquen en los cuidados de su hijo y vayan liberando sus miedos. Es imperioso ayudarles en el proceso de duelo tras la pérdida del niño.
- **El sacerdote.** Presente en este proyecto desde su fundación, ayuda a descubrir la obra y el

paso de Dios por la Casa de Belén. Siempre cercano a la vida en los momentos de dolor, sufrimiento y muerte de los niños, orienta y ayuda a discernir en las decisiones morales ante situaciones difíciles. También acompaña a los padres de los niños para afrontar y vivir las duras realidades de la discapacidad, la enfermedad y la muerte de sus hijos.

5/

¿Qué conjunto de valores sustenta Casa de Belén?

En el Centro se viven y cultivan unos valores que son los pilares fundamentales para entender este proyecto y que, además, orientan toda su actividad.

Servicio a la vida, toda la vida y la vida de todos.

“La Vida se manifestó. La hemos visto”
(1Jn 1,2) Por eso la apreciamos,
la servimos y la celebramos

El Sagrario de la capilla -centro de la Casa-, recuerda todos los días "Yo soy la Vida". En esta sociedad que idolatra la salud física y crea estilos de vida que destruyen al hombre, que hiere profundamente el crecimiento sano de los niños, la Casa quiere ser una "comunidad sanante", un hogar de salud capaz de acoger de manera cálida y atenta, y mostrar que seguir a Jesús es una de las maneras más sanas de vivir la vida entera, la enfermedad y la misma muerte. Se vive cada día poniendo Vida en las vidas más frágiles, sin discriminación alguna. Se celebra cada día la vida disfrutando de todo lo que aporta salud y vida: alegría, acogida, servicio sencillo y competente,

pensar en, estar con, ayudar a, recibir de, caminar con, preocuparnos por, ofrecernos a ... ; es decir, gozar amando y dejándonos amar. Se experimenta que este servicio a los pequeños nos humaniza a todos y, por ende, es un factor de enriquecimiento humano para la sociedad.

Poder sanante del amor.

“Apareció la ternura de Dios” (Tit 3,4)

Los niños necesitan a su mamá, su papá, sus tíos, los abuelos, sus primos, sus vecinos ... Cuando están lejos o no están, necesitan relacionarse para crecer. La presencia de las Hermanas y de los voluntarios, del personal que trabaja en la Casa, les acompaña. Forman un grupo cálido que es urdimbre de relación humana, base en la maduración de cada pequeño y que entrevera nuestras personas favoreciendo que los niños se enriquezcan y nos enriquezcan. Los niños son expertos en dar y en recibir amor, despiertan en nosotros ternura, compasión.

El amor -hecho cariño, acogida, cercanía, cuidados- es capaz de prolongar su vida, mejorar su salud, hacerles un poco más felices. El amor cambia nuestra mirada y nos descubre al ser humano que hay en cada niño más allá de su cabeza pequeña o enorme, de su incapacidad para hablar o mantenerse en pie, de su vida corta o larga. El amor a los niños nos aporta un nuevo sentir, un modo nuevo de escuchar y una nueva visión del ser humano.

Dignidad de los niños.

Cada niño es único e irrepetible, es una historia sagrada, es hijo amado de Dios

La relación que se va estableciendo, a veces nada fácil por la aparente incomunicación que

LH n.305

se experimenta al entrar en contacto con estos niños, dota de una mirada en profundidad que conduce a quererles como son, más allá de su aspecto físico o su psiquismo, y te hace reconocer que cada niño es hijo amado de Dios, único. Es así, desde la comunicación del amor, como se encuentra su verdadera dignidad en todas las dimensiones de su ser.

Quienes trabajan en la Casa o vienen a visitarla, al encontrarse con la belleza y armonía de sus espacios, de la limpieza, del orden, perciben lo importante que son para nosotros estos niños tan frágiles e indefensos y la necesidad de respetarlos y defenderlos.

Protagonismo de los niños.

Los niños son nuestros maestros, nos enseñan y evangelizan

En Casa de Belén hay que estar dispuestos a dejar cuanto uno sabe y aprender cada día. Hay lenguajes que los niños no entienden y eres tú el que has de aprender el suyo. Ellos nos enseñan cómo amarlos, educarlos y cuidarlos desde los pequeños gestos de cada día: dar de comer, bañar, movilizar, dar agua, medicación, vestir, hablar, besar, abrazar, cantar, reír, llorar, acoger, descubrir, escuchar, acompañar, guisar, lavar, fregar, planchar...

Gestos de nuestro diario vivir, que cobran un sentido distinto. La inseguridad que provoca la enfermedad rompe todas las programaciones: cuando menos se espera, un niño se pone más enfermo y hay que hacer reajustes.

Hubo meses en los que a diario resultaba muy complicado organizarse para atender a unos niños en Casa y acompañar a otros en el hospital. Su inestabilidad nos exige vivir a la intemperie, en la incertidumbre o a veces en la urgencia, y eso no es fácil, pone a prueba nuestra fortaleza de ánimo y el sentimiento de comunidad.

Normalizar la vida diaria.

En cada niño hay que tener en cuenta su nivel de desarrollo y sus necesidades. La mayoría tienen retraso en el desarrollo psicomotor, apreciándose una falta de armonía entre el tamaño de su cuerpo y su maduración psíquica.

Trabajamos como si los niños fuesen a vivir siempre, pero sabiendo que van a morir pronto aunque vivirán para siempre. En ningún caso la enfermedad o el deterioro limita la proyección de vida de los pequeños.

El oxígeno, la alimentación por sonda, la aspiración, los aerosoles, etc., no los excluyen de la piscina, del paseo por la calle, o de los ejercicios que alivian; en el propio jardín se acopla lo necesario para desarrollar esas actividades.

Van y vienen a los centros de rehabilitación, de estimulación, etc., y cuando su edad y salud, permite la escolarización van a colegios, centros de educación especial o de integración.

Estamos convencidos de que se integra la diversidad tratando de normalizar cada situación de salud o enfermedad.

Trabajo en equipo, coordinado y organizado.

"Que cada cual ponga al servicio de los demás el don que ha recibido" (1 Pe 4,10)

Las Hijas de la Caridad, al iniciar este proyecto que es ya una realidad palpable, vivimos como positivo varias cosas: que procedemos de distintos ámbitos de servicio (colegios, hogares, residencias de ancianos, hospitales); que tenemos experiencias profesionales diversas (maestras, enfermeras, auxiliares, cuidadoras de ancianos, atención a servicios generales); que todo eso nos enriquece y nos complementa para transmitir el cariño y los cuidados que estamos dispuestas a darles.

Quienes formamos parte de Casa de Belén ponemos al servicio de los niños los dones recibidos, y trabajamos multiprofesionalmente en la integración y en la defensa de sus derechos sociales, educativos y sanitarios, en varios frentes y ámbitos: Comisión de Tutela y Coordinación de Centros de procedencia, Mesas de Apoyo familiar, Centro base, Atención temprana, Colegios, Centros de rehabilitación, Hospitales, Cuidados paliativos, recursos del entorno, etc.

Valor de lo pequeño.

Lo pequeño hace grande nuestra vida. Y Dios se hizo niño.

Para entrar en Casa de Belén hay que estar dispuestos a "hacerse muy pequeños" y encontrarse con la grandeza de Dios. Los niños que allí residen son algo diferentes a los que estamos acostumbrados a tratar; todos ellos son especiales, con diversa patología, limitación o carencias, y se ve claramente que cada uno requiere una atención muy personalizada.

Disfrutamos con logros pequeñísimos y trabajamos día a día superando el cansancio y repitiendo constantemente: "venga, tú puedes", "ahora mete esto o lo otro", "saca las cosas", etc.; un día tras otro, porque nunca se sabe si lo aprenderán o no, cuándo o hasta dónde se puede llegar en la ayuda.

Morir en casa.

Ayudamos a los niños a morir con dignidad, en paz, en la Casa, acompañados, sin dolores ni sufrimientos innecesarios.

Facilitamos que el niño muera en la compañía de sus personas queridas (familiares, educadores, voluntarios...), con sus cosas (juguetes, apegos...), favoreciendo que se exprese el dolor, el afecto y la emoción por la pérdida.

Acompañamiento en el duelo.

Abiertos a la esperanza

Ante la muerte de un niño se realiza todo un proceso de acompañamiento con él, donde intervienen sus compañeros, los educadores, los voluntarios, la familia... Estamos convencidos de que el cuidado de vidas tan frágiles y vulnerables augura el paso a una Vida que no se acaba nunca. La esperanza no se detiene en lo que no es constatable por la experiencia, sino que busca lo venidero, lo prometido en Cristo. Nada es aquí definitivo, ni nuestros pequeños gozos ni los sufrimientos, ni los logros, ni los fracasos. Todo es penúltimo, es lo que vamos dejando atrás, es vivir mirando las cosas tal como un día deberán ser. Es correr el riesgo de un camino cuyo final no se da, sino que se promete. Es vivir en y hacia la Pascua, con lo que ello supone de dinamismo muerte-vida.

La cruz fuente de vida.

"Sus heridas nos han curado" (1 Pe 2,24)

Casa de Belén invita y da la posibilidad de acoger en vida el sufrimiento, y la muerte en el día a día, sabiendo que Cristo nos ha precedido, vive y nos promete vivir con estas criaturas tan pequeñas. Esto no es teoría sino la convivencia sana con estas realidades, acogiendo el amor que encierran y facilitando su normalización al máximo como si fuesen a tener una vida muy larga. Es este modo de hacer el que interroga, el que hace fiable en el hoy decir que Dios no quiere el sufrimiento del inocente, sino que viva. Porque no hay cruz sin resurrección, es el "encuentro con esa vida" lo que da sentido a la Cruz de la Vida que se renueva en cada celebración de la Pascua.

LH n.305

6/

Actividades significativas de Casa de Belén.

Acoger a los niños. En la Casa se analiza la historia del menor con anterioridad a su llegada y se valora si el niño es susceptible de poder ser cuidado con los medios que el proyecto a puesto a su disposición. Eso conlleva numerosos contactos personales y el estudio previo de muy diversos documentos, que nos entregarán al llegar el niño.

Cuidar a cada niño en particular. Una vez admitido se establece un plan de cuidados, en el que se contemplan todas las dimensiones de su persona y las circunstancias específicas de su proceso. Se trata de crearles un ambiente familiar en el que se puedan expresar y encontrar respuesta a sus necesidades, deseos, miedos, alegrías, dolores, logros, frustraciones, caprichos; en suma, donde puedan aprender, en la medida de sus posibilidades, modos de convivencia saludables, disfrutar de los momentos felices y vivir la muerte cercana con paz, sabiendo que no están solos.

Celebrar todos los acontecimientos de la vida de la Casa y, especialmente, acompañar en las necesidades espirituales:

Bautismo de los niños, prestando gran atención a los padrinos que reciben y aceptan la misión de cuidar, proteger y acompañar el caminar del niño, para que se sienta querido y sea feliz;

- **Primera Comunión**, con la preparación previa;

- **El cumpleaños de cada niño**, con una fiesta especial de reconocimiento;

- **La Navidad**, marcada cada año por un lema iluminador, que sirve de guía para que cada uno

haga nacer de su interior "ese niño renovador" que lleva y que con tanta frecuencia oculta o anula;

- **La magia de regalar en la fiesta de los Reyes Magos**;

- **La Semana Santa y la Pascua**, donde se reconocen momentos cruciales del cristiano y el verdadero sentido de su fe y su esperanza;

- **Las emotivas despedidas de los niños** cuando marchan a otro centro o vuelven con sus familias;

- Finalmente, como un acto clave que impacta y deja huella en los presentes, la despedida de los niños que fallecen. Esta celebración es, a la vez, profundamente humana y sencillamente religiosa, y en ella participan todas las personas de la Casa que pueden y quieren. No se oculta la muerte pues, en verdad, forma parte de la vida.

7/

Mirando al futuro.

Hemos compartido nuestro caminar. La perfección no está en nuestras manos, sabemos que hay que comenzar de nuevo cada día, pero merece la pena. Convencidos de que una sonrisa serena es la ventana que deja entrever el bienestar del ser humano, queremos seguir trabajando para que los niños que vivan en Casa de Belén sean felices, y si han de morir no mueran solos, sino en paz y acompañados. Anhelamos que sigan surgiendo familias que acojan a estos niños, padrinos que acompañen su vivir, voluntarios que les visiten y feliciten; en suma, personas que les quieran y a quienes lo humano -frágil y vulnerable de por más- no les sea ajeno.





03/ Catequesis

Ofrecemos a nuestros lectores tres textos que forman parte de 15 reflexiones sobre la Parábola del Buen Samaritano, elaborados por Jesús Conde. Es un material que continúa una larga tradición pedagógica en el ámbito de la salud que impulsan las diócesis españolas en coordinación con el Departamento de la Pastoral de la Salud. Gracias, Jesús Conde, por tu presencia fiel, sencilla y práctica en nuestra revista LABOR HOSPITALARIA.

Jesús Conde,
Consiliario de la Hospitalidad
de Ntra. Sra. de Lourdes.
Madrid.

LH n.305

1/

Anda y haz tú lo mismo.

v. 36 ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

V. 37 Él dijo: El que practicó la misericordia con él. Jesús le dijo: Anda y haz tú lo mismo.

1/1

Introducción.

Y llegamos al final de la trama contenida en la parábola, a su desenlace. Jesús elaboró este relato para llevar de la mano -a sus discípulos, al maestro de la ley, al resto de sus oyentes y a los lectores futuros de este pasaje evangélico de Lucas- hasta el núcleo de la **nueva Ley del Amor**.

Del adecuado cumplimiento de esa Ley es de lo que tratan estos dos últimos versículos. Su puesta en escena se desarrolla en tres momentos

sucesivos: una última pregunta de Jesús al maestro de la ley, la respuesta de este a la misma y la exhortación final de Jesús a obrar en consecuencia con la respuesta dada por aquél. Tres momentos sucesivos, cada uno de los cuales merece una atención y una reflexión pastoral detenida.

1/2

Oración inicial.

Después de su Ascensión a los cielos, la presencia y la acción de Jesucristo -el Buen Samaritano- en el mundo y en la historia ha de ser percibida de modo místico, sacramental y martirial. Místico, es decir, a través de los símbolos sagrados por los que se hace presente su Misterio divino-humano; sacramental, porque la Iglesia es el Misterio-sacramento de dicha presencia; y martirial, ya que el cristiano, miembro de la Iglesia, ha de ser ante todo **mártir**, es decir, testigo de ese Misterio-sacramento. Pidamos a Jesucristo ser místicos, sacramentos y testigos de su **Ser Samaritano**.

Jesús, no tienes manos,
tienes sólo nuestras manos
para construir un mundo donde
habite la justicia.

Jesús, no tienes pies,
tienes sólo nuestros pies
para poner en marcha
la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios,
tienes sólo nuestros labios
para anunciar por el mundo
la Buena Noticia a los pobres.

Jesús, no tienes medios,
tienes sólo nuestra acción
para lograr que todos
los hombres sean hermanos ...

Jesús, danos tu fuerza moral
para desarrollar nuestros talentos
y hacer el bien en tu Nombre. Amén.

1/3

¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo...

Y, tras la petición de ayuda a Jesús, para que nos apoye con la fuerza de su Espíritu en una misión tan inaudita, entramos ya en el análisis pastoral de estos dos versículos finales.

1/3/1

ANTE TODO, UNA CLAVE INTERPRETATIVA.

La parábola del Buen Samaritano, como otras que aparecen en los evangelios, es una forma típica del género literario llamado **haggadah**. Este término se deriva del verbo *hagad*, que significa contar, anunciar. Designa a todos los contenidos de la literatura rabínica que no contienen normas jurídicas o morales, los cuales reciben el nombre de **Halakah**. La **Haggadah** es en la Biblia el género literario propio de los relatos, leyendas, parábolas, fábulas, etc... es decir, de todos los pasajes bíblicos narrativos. Su función es narrar, contar los sucesos salvíficos del pasado, sacando de ellos enseñanzas espirituales y éticas. Hablando en términos populares podría decirse que la parábola es un relato traído a cuento para comunicar una enseñanza religiosa, moral o de ambos tipos, que Dios quiere revelarnos.

1/3/2

UNA TEOLOGÍA PASTORAL Y UNA ÉTICA PARTIENDO DE LA VIDA Y DE LA HISTORIA.

Todo esto tiene que ver con la forma en que Jesús enseña a través de las parábolas y, más en concreto, mediante la del Buen Samaritano. Para mostrarnos hasta qué punto estamos llamados a mostrar la compasión-misericordia de Dios, siempre que encontremos a alguien herido en el camino de la vida, Jesús no recurre a principios éticos puramente racionales ni a teorías abstractas. Toma de la vida misma un ejemplo sencillo, concreto y verosímil, algo que puede suceder y de hecho sucede a menudo en todo o en parte, introduce unos personajes reales en diversos contextos, muestra la forma en

que se comportan, y lleva a los oyentes o lectores a un discernimiento claro, natural y sin grandes disquisiciones, mediante el que ellos mismos acaban descubriendo la enseñanza que el nuevo **Rabí** les quiere comunicar.

Detrás de la pedagogía narrativa de la parábola del Buen Samaritano lo que se encuentra es la comprensión de la vida y de la historia como lugares preferentes de la Revelación divina: la vida, destinada a la Comunión con Dios, y la historia como economía, proceso en marcha de salud-salvación, historia sagrada.

1/3/3

TRAS ESTA ACLARACIÓN HERMENÉUTICA,
VOLVEMOS SOBRE LA PREGUNTA DE JESÚS:
¿CUÁL DE ESTOS TRES TE PARECE QUE
HA SIDO PRÓJIMO... ?

Dos apuntes pastorales, al menos, suscita.

A. La inversión de los términos.

Como nuevo pero consumado Rabí, Jesús da la vuelta a la perspectiva del maestro de la ley y, en la última pregunta que le hace, da por supuesto que entre el sacerdote, el levita y el samaritano, no todos merecían el calificativo de prójimo. Para Jesús, la pregunta anterior del maestro de la ley: ¿Y quién es mi prójimo?, no estaba bien planteada porque era egocéntrica, centrada sólo en él y en su ámbito de intereses, simpatías y preferencias:

¿De quién debo pensar que está cerca de mí? ¿De quién me puedo fiar?
¿Con quién puedo contar para mi convivencia, mi bienestar, mi progreso, mi bienandanza en la vida etc.?

Pero ningún ser humano es el centro ni del mundo, ni siquiera el de su propia existencia. El único centro en tomo al cual gravitamos todos los humanos, y el universo entero es Dios, manifestado en Jesucristo.

LH n.305

Y, sin embargo, mediante la Encarnación, Dios se despojó de sí mismo (Flp 2, 7), se descentró llevado por su compasión-misericordia para convertirse en nuestro Prójimo Samaritano, el de todos, el que nos acoge a todos en nombre del Padre misericordioso y Dios que es todo consuelo.¹ He ahí la gran paradoja divina a cuyo descubrimiento quiere llevamos Jesús: Dios es por entero Hese, Agape, Caridad, Amor efusivo que no entiende de narcisismos individuales, tribales, nacionales, étnicos, religiosos o culturales. Por eso había que darle la vuelta a la pregunta del maestro de la ley, invertir sus términos.

B. La pedagogía teológica, ética y pastoral de Jesús.

Y lo más significativo quizá es que, según el enunciado textual de la pregunta final que hace Jesús, da a entender claramente que la intención de Dios es que seamos nosotros los que lleguemos a la conclusión adecuada, que la respuesta acertada acabe saliendo de nuestros propios labios. La expresión ¿te parece? así lo muestra claramente. Jesús no busca pronunciar una sentencia inapelable sobre la cuestión de quién es mi prójimo, sino que con el relato de la parábola desafía sanamente la conciencia ética del maestro de la ley, induciéndole a que sea él mismo quien reconozca cuál es la pauta moral adecuada. Lo pone en la tesitura de ser él quien acepte que la clave está en ser uno mismo el prójimo, y no en buscar sin más quién es el prójimo de uno.

1/3/4

EL QUE PRACTICÓ LA MISERICORDIA CON ÉL.

El maestro de la ley percibió la verdad encerrada en la parábola de Jesús, pero se atascó con la palabra samaritano, rehusando pronunciarla. Quizá pensara:

¿Obraría yo como un samaritano, o como un prójimo para con un samaritano? Era demasiado para un cambio tan rápido de perspectiva.

Desde mi condición pastoral de confesor durante cuarenta y cinco años de ministerio presbiteral, no puede por menos de decir que, hasta un cierto punto, comprendo la dificultad del maestro de la ley. No es fácil cambiar actitudes muy arraigadas en la propia persona, y hay que tener mucha paciencia para ir cumpliendo un arduo propósito de enmienda. Al menos, el maestro de la ley acabó reconociendo el supremo criterio de la compasión-misericordia, a la hora de responder a la pregunta por la índole del prójimo.

1/3/5

ANDA Y HAZ TÚ LO MISMO.

Así de sencilla, directa y contundente es la invitación que hace Jesús al final de la parábola. No sabemos si el maestro de la ley le hizo caso, o no. Lo que sí conocemos es una parte, al menos, de la inmensa muchedumbre de buenos samaritanos que se sintieron y se sienten interpelados por ella. En los campos de siembra del mundo y de la historia humana,² a partir de Jesucristo, ellos representan la tierra bien sembrada que ha producido y continúa produciendo una abundantísima cosecha de Amor operativo, digámoslo abiertamente de Agape, Caritas, Caridad.

1/3/6

LA CARIDAD, CULMINACIÓN DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES.

Dios es Amor, reconoce y sentencia San Juan en su primera Carta,³ y la caridad es el amor efusivo y operativo que Dios Samaritano derrama en nosotros,⁴ invitándonos a seguir su ejemplo aplicándolo los heridos en el camino de la vida, acercándonos a ellos y cuidándolos. La caridad es la culminación de las virtudes teologales, es decir, de las tres fuerzas⁵ sobrenaturales que Dios nos proporciona para elevar a su altura nuestra vida natural, débil, vulnerable, herida.

Sólo que la caridad se diferencia radicalmente de la fe y de la esperanza sobrenaturales en un punto: a causa del carácter transitorio de éstas. En el Himno de la caridad que San Pablo nos

1. 2 Cor 1,3.

2. Recordar la parábola del sembrador (Mt 13, 3-9 y par.).

3. Ver 4, 16: Deus Caritas est.

4. El mismo Amor que -dice San Pablo- ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5).

5. Fuerza es el significado primordial de la expresión latina virtus, de la que deriva virtud.

Practicar y vivir la caridad es comenzar a heredar la vida eterna

ofrece en su primera carta a los Corintios, y que aparece como oración final de este guión, el Apóstol deja muy claro que el amor no pasa nunca, a diferencia de la fe y la esperanza cuyo cometido se circunscribe a la vida en la tierra, cuando sólo vemos como en un espejo, confusamente (v. 12). Ser samaritano consiste, pues, en incorporar a nuestra persona el modo de ser de Dios, su Caridad, y en ofrecerlo mediante la compasión-misericordia. Por eso, practicar y vivir la caridad es ir subiendo peldaños de eternidad, comenzar a heredar la vida eterna.

1/4

Preguntas para la reflexión individual o en grupo.

- A. A la luz de estos dos versículos finales de la parábola, detente a reflexionar sobre el alcance y amplitud de tu ser samaritano.
- B. Siendo la caridad culminación de la vida ético-moral del cristiano y verdadera semejanza de Dios Amor, toma como referencia el Himno de la caridad para ir haciendo, punto por punto, examen de conciencia.

1/5

Meditación final.

La caridad, culminación del camino de Jerusalén a Jericó:

Os voy a mostrar un camino más excelente: Si hablara las lenguas de los hombres y los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; y si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. y si repartiara todos mis

bienes entre los necesitados; y si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. El amor es paciente, es benigno; no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra con la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca (1 Cor 12,31 - 13,8).

6. Salvifici doloris 30.

2/

Hacer el bien con el sufrimiento y hacer el bien al que sufre.

Cristo al mismo tiempo ha enseñado al hombre a hacer el bien con el sufrimiento y a hacer bien a quien sufre⁶.

2/1

Meditación inicial.

Por expresa recomendación de la Comisión Episcopal de Pastoral, incluyo este tema junto a los anteriores destinados a la Campaña del Enfermo 2013.

Juan Pablo II de nuevo, desde su carta apostólica Salvifici doloris, nos invita a ahondar en nuestra vocación de buenos samaritanos en proceso de formación:

LH n.305

Siguiendo la parábola evangélica, se podría decir que el sufrimiento, que bajo tantas formas diversas está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio yo en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y en sus obras, el hombre lo debe de algún modo al sufrimiento. No puede el hombre prójimo pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe pararse, conmovirse, actuando como el Samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra de buen samaritano toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda?⁷

2/2

Introducción.

Muy pocos aspectos de la realidad humana han sido, son y serán tan vividos, contemplados, descritos, estudiados, meditados y expresados en sus diversas manifestaciones como el dolor y el sufrimiento.

Las ciencias, la literatura, las artes plásticas y escénicas, la filosofía, la teología, la expresión religiosa, litúrgica o popular y, desde su implantación masiva, los medios de comunicación clásicos, y los nuevos del ciberespacio,⁸ constituyen escenarios en los que aparecen una y otra vez el dolor y el sufrimiento como ingredientes

de la condición humana, tan obvios e inseparables de ella como resistentes a una comprensión racional satisfactoria. Sin embargo, a pesar de esa abundantísima fuente de información, estoy convencido de que no es posible llegar a conocer de verdad lo que son dolor y sufrimiento más que asomándose a su hondura, que puede llegar a ser abismal, y entrando en ella por la vía de la experiencia en carne viva, bien experimentándolos en uno mismo, bien mediante la presencia asidua junto a los dolientes y sufrientes.

2/3

Padecimiento, dolor, sufrimiento.

Partiendo de la consideración integradora del ser humano según la cual todo en él repercute en todo él, voy a llamar padecimiento a la percepción genérica -en bruto si cabe la expresión- de un daño por el que se siente afectada una persona en todos los rincones de su ser. A partir de ahí hay quienes denominan sufrimiento al padecimiento humano de origen o repercusión predominantemente espiritual, y reservan el término dolor para aludir al padecimiento de orden predominantemente somático. Sin embargo, esta distinción no me parece del todo suficiente ni satisfactoria. Tal como yo los he contemplado y percibido desde mi experiencia pastoral y sanitaria a lo largo de los años, dolor y sufrimiento no son lo mismo, aunque vayan siempre unidos, de modo que el sufrimiento aparece siempre de la mano y como consecuencia del dolor.

2/3/1

EL DOLOR.

Éste es sobre todo el padecimiento producido por el impacto e invasión de una realidad que sobreviene, hiere y daña a quien afecta; una realidad nociva que en principio no viene generada por quien la padece -salvo en casos de psicopatologías declaradas- aunque provenga a veces de su propio interior. Es un daño que, contra la voluntad de quien se siente atrapado por él, lo convierte en doliente y paciente.

7. L.c. 29.

8. Yo mismo participo en un Grupo de apoyo a personas que pasan por procesos de duelo, ubicado en Facebook.

Al expresar el dolor, yo he visto a los dolientes percibirse a sí mismos mucho más como objetos de afectación pasiva que como sujetos activos, dotados de espontaneidad e iniciativa. Sus exclamaciones suelen ser, por ejemplo: me duele la cabeza, la herida, la indiferencia de los que me rodean, la desatención de mi familia, el abandono de Dios ... Así es como he oído y oigo expresarse a los enfermos afectados de intensos dolores orgánicos o anímicos: poniendo como sujeto gramatical y efectivo del dolor a su propio organismo o a personas, cosas o circunstancias distintas de ellos mismos; sintiéndolo como una realidad extraña hasta su aparición, imprevista y rechazable. Y, mirando a los dolientes desde esta perspectiva, he llegado a la convicción de que una persona sólo es responsable del dolor que se infiere conscientemente a sí misma, o del que provoca en otras personas, cuando actúa deliberadamente sobre sí misma o sobre ellas como agente nocivo. En resumen, y trasladando a este campo la terminología aplicada a la enfermedad por el maestro Pedro Laín Entralgo, yo veo en el dolor un desorden padecido y sentido como daño y aflicción.

2/3/2

EL SUFRIMIENTO.

Con el sufrimiento ocurre, a mi modo de ver, lo contrario. Mi experiencia me lleva a verlo como la reacción dolorida que la mayoría de los afectados por el dolor generan en y desde sí mismos para combatirlo hasta anularlo, o bien para intentar disminuirlo a límites tolerables si ven que no pueden erradicarlo por completo, y aceptar luego la convivencia con esa dosis de dolor que va a ser su inevitable -aunque no deseable- compañera en adelante. Las expresiones que a lo largo de los años he escuchado a las personas sufrientes tienen en su abrumadora mayoría una estructura gramatical significativamente distinta a las mencionadas antes respecto del dolor. En ellas la persona sufriente es el sujeto gramatical, vital y activo, mientras que el dolor y su causa quedan relegados a la condición de complemento indirecto o circunstancial:

Sufro por mi dolor de cabeza, a causa de la herida que tengo, por la indiferencia de los que me rodean, por el abandono de Dios ...

El cambio en ambos aspectos no puede ser, a mi modo de ver, más significativo. Parafraseando a Thomas Sydenham,⁹ que describía la enfermedad en términos de conamen naturae (esfuerzo de la naturaleza) para erradicar el daño producido por el agente morboso que la provoca, cabe decir que el sufrimiento es el conamen personale (esfuerzo de toda la persona) para hacer frente a la agresión e invasión del dolor.

2/3/3

COMPARACIÓN ENTRE EL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO.

De lo dicho yo deduzco que en el ámbito del dolor lo sustantivo es la agresión nociva y el padecimiento consiguiente; en el ámbito del sufrimiento el protagonista es la persona que, padeciendo el dolor, no se resigna a quedarse en mero paciente sino que reacciona para combatirlo como sujeto activo. El dolor es, en principio, azaroso e imprevisto; el sufrimiento es, por el contrario y en principio también, reactivo, original, autodeterminado. El dolor suele tener siempre la iniciativa; en el sufrimiento la tiene, de entrada, nuestro organismo y tantas veces detrás de él nuestros resortes psíquicos, sociales y espirituales, es decir, nuestra persona entera.

El dolor, desde su origen, se nos impone; sobre el sufrimiento podemos llegar a mandar. El dolor se me aparece, al menos, como prehumano, azaroso, involuntario e irresponsable, mientras que veo al sufrimiento surgir de la entraña humana, susceptible de ser querido o rechazado, modulado y orientado mediante el ejercicio de la inteligencia, la voluntad y una libertad limitada pero con suficiente margen de maniobra y, por tanto, de responsabilidad.

9. Médico inglés del siglo XVII, uno de los más destacados clínicos de todos los tiempos y llamado, por ello, el Hipócrates inglés. Ver P. Laín Entralgo: Historia de la Medicina, p. 315ss.

LH n.305

Un soneto de **José Luis Martín Descalzo** expresa mejor que yo cuanto acabo de decir, pues lo hace con la precisión y hondura propias del lenguaje poético, mucho más revelador que el científico o el filosófico cuando se trata de abordar la descripción de las interioridades humanas. He aquí la expresión sufriente de un enfermo dolorido:

Nunca podrás, dolor, acorralarme.
Podrás alzar mis ojos hacia el llanto,
secar mi lengua, amordazar mi canto,
sajar mi corazón y desguazarme.

Podrás entre tus rejas encerrarme,
destruir los castillos que levanto,
ungir todas mis horas con tu espanto.
Pero nunca podrás acobardarme.

Puedo amar en el potro de tortura.
Puedo reír cosido por tus lanzas.
Puedo ver en la oscura noche oscura.

Llego, dolor, a donde tú no alcanzas.
Yo decido mi sangre y su espesura.
Yo soy el dueño de mis esperanzas.

Dejo al lector la tarea, pienso que sencilla y gratificante, de hallar la correspondencia entre lo manifestado por mí sobre la diversa índole del dolor y el sufrimiento, y el contenido del poema. Si acaso, me permito citar unas palabras de **San Gregorio Nacianceno**, que siempre me han parecido ilustrativas de la distinción entre el dolor y el sufrimiento:

Sufro dolor en mi enfermedad y me alegro, no por el dolor, sino porque enseño a otros a sobrellevar paciente y resignadamente el suyo (Epist. 36).

2/4

Breves apuntes de teología pastoral.

2/4/1

El dolor y el sufrimiento, su reacción inseparable, son **ineludibles**, inevitables antes o después. Constituyen dos experiencias humanas universales con cuyo encuentro toda persona tiene forzosamente que contar a la hora de transitar por su vida y de tener que ir haciéndola, desde el llamado **sufrimiento fetal** y el llanto al nacer hasta el **dolor espiritual** en los aledaños de la muerte. Vivir sanamente implica de raíz aceptar esta forzosidad y saber convivir con ella; no hacerlo es sintomático de un vivir enfermizo. Desde esta perspectiva inicial tanto el dolor como el sufrimiento son ya ocasiones potenciales de maduración humana.

2/4/2

El dolor y el sufrimiento afectan a los seres humanos **por entero**. Sean cuales sean sus causas en cada caso, repercuten con mayor o menor intensidad en todos los rincones de su ser. El dolor producido por un osteosarcoma¹⁰ induce en el ánimo del enfermo un malestar comparable al estremecimiento que suscita en su cuerpo la notificación del diagnóstico de cáncer que le da el facultativo. No hay remedio terapéutico capaz de anular por entero ese dolor plurifacético. Ni el control paliativo del dolor crónico maligno logra aquietar por completo el ánimo del enfermo, ni el consuelo espiritual disuelve del todo su desasosiego corporal. La utopía de la aniquilación del dolor por medios antiálgicos, técnicas de control psíquico o tácticas esotéricas falsamente espirituales, es sólo una quimera engañosa y, por ello, deshumanizadora.

2/4/3

El dolor es siempre, en principio, un **mal** que ha de ser evitado, o combatido hasta su eliminación o control, porque agrede y daña a quien afecta. En sus afectaciones más intensas llega a

10. O cáncer óseo.

Vivir sanamente implica de raíz aceptar el dolor y el sufrimiento y saber convivir con ellos

hacer insoportable la vida. La lucha contra el dolor evitable constituye, pues, una forma de humanización liberadora, y una tarea redentora.

2/4/4

El dolor no evitable o combatible por completo, puede ser **aliviado** con la ayuda y combinación de recursos médicos, psicológicos, sociales y espirituales. El alivio del dolor permite al doliente reaccionar ante él de modo humano, es decir, generando un sufrimiento **constructivo**, y no descontrolado. Tal sufrimiento es para quien lo genera y construye en sí uno de los más altos factores de maduración personal, de salud espiritual.

2/4/5

La capacidad humana de sufrimiento constructivo es **limitada**. La intensidad y duración en el tiempo de ciertos dolores como, por ejemplo, el crónico maligno o el producido por un proceso de duelo patológico y enquistado, agotan a veces la capacidad de sufrir que las personas albergan en sí mismas, y hacen totalmente necesaria la compasión activa de otras personas. La **compasión** es la fuente de la que brotan el alivio y el consuelo.

2/4/6

El enfermo doliente es un **pedagogo**, a menudo involuntario e inconsciente, para quien no pasa de largo ante él, sino que se coloca junto a él y se interesa por su situación. Con su cuerpo, compostura, ademanes y lenguaje, aquél le dice a éste, de modo casi siempre tácito:

Aprende de mí, de mi estado,
de mis dolores, de mi modo
de abordarlos, de mi sufrimiento ...

Cualquier doliente nos da, para bien o para mal, lecciones de humanización, si las sabemos

percibir y las queremos aprender. Saber sufrir es una de las asignaturas que tenemos pendientes, de entrada, la mayoría de los humanos aún ilesos de dolores patológicos graves.

2/4/7

La compasión activa convierte siempre a los aliviadores y consoladores en **terapeutas heridos**, es decir, en dolientes y sufrientes a su modo propio. Aliviar y consolar, cuando se hacen a conciencia, implican en mayor o menor grado echar **sobre sí** parte del dolor de los dolientes y dar de sí el aliento y las pistas para un sufrimiento creativo, frente al padecido por ellos. Es la lección del Siervo de Yahveh que Jesús de Nazaret¹¹ convirtió en su modo humano-divino de **redimir el dolor** mediante el propio sufrimiento. Y es el precio humano que han de pagar los terapeutas por curar y cuidar asistiendo, aliviando y consolando.

2/4/8

Dolor y sufrimiento son experiencias que tienen siempre algo de insondable, indescriptible, **inefable**. **Karl Jaspers**¹² las llamaba, junto a otras, **situaciones límite (grenzsituationen)** porque impulsan hacia la trascendencia. Por eso hay que tratar de comprender tales situaciones en todo su espesor y tratarlas mediante la sabia combinación del alivio corporal y psíquico, y el consuelo espiritual.

2/4/9

El encuentro con el dolor y la vivencia del sufrimiento afectan a la **imagen de Dios**, o de los sustitutos de Dios en quienes no son creyentes. El dolor desmesurado y sentido como inmerecido o altamente desproporcionado, ha sido y es un factor detonante de fervientes conversiones religiosas o, por el contrario, de flagrantes apostasías. No hay argumentos racionales que expliquen exhaustivamente ni la causa ni la crueldad inherente a determinados dolores. Hasta el saber filosófico encauzado hacia la llamada **teología natural** tiene aquí un obstáculo

11. Ver guiones anteriores.

12. Médico psiquiatra y filósofo alemán del siglo XX, caracterizado por su filosofía de la existencia.

LH n.305

insalvable para quienes no se deciden a reconocer la existencia del misterio. La gran pregunta que plantea el dolor desde **Job**: ¿Es Dios el gran Inhumano o es, por el contrario, el sumo Bien, Alivio y Consuelo?, no ha tenido ni tiene respuesta racional enteramente satisfactoria. La razón pura enfrentada con el dolor anda siempre buscando a Dios entre la niebla, al decir de **Antonio Machado**.

2/4/10

Tenemos un Pontífice capaz de compadecerse de nuestras debilidades... por estar él también envuelto en flaqueza (**Heb 4, 15; 5, 10**).

La respuesta que el cristianismo da al problemamisterio del dolor y el sufrimiento no es un puro discurso epistemológico o hermenéutico, sino un modelo vivo humano-divino: Jesucristo.

Él ofrece en su persona la imagen integrada de la pasión de los hombres, que prolonga su propia Pasión en el tiempo, y muestra en su acción cuál es el sufrimiento constructor que en Él y por Él impulsa Dios, convertido por Cristo en sufriente, corporal y amigo. Mediante la vida entera y, finalmente, la Pasión de Jesús, Dios nos muestra cómo ha de ser el sufrimiento que humaniza el dolor.

2/4/11

La Iglesia, Cuerpo doliente y sufriente, enfermo y asistencial, de Cristo. Así concebimos a la Iglesia de Jesucristo quienes, en su nombre, nos dedicamos a la pastoral de la Salud: como un paradigma de la humanidad doliente a causa de los males físicos, psíquicos, sociales y espirituales de los que somos a veces víctimas, y a veces agentes nocivos; pero también el paradigma de la fuerza desde la debilidad¹³ que se manifiesta en todos cuantos no pasan de largo junto a los dolientes sino que, movidos por la compasión-

misericordia, les cuidan samaritanamente proporcionándoles asistencia, alivio y consuelo.

2/5

Para la reflexión individual o en grupo.

2/5/1

¿Qué opinas de la distinción entre el dolor y el sufrimiento? ¿Te ayuda a comprender y actuar mejor frente a ellos en tu vida y en la de otras personas?

2/5/2

Repasa punto por punto el apartado 4. y saca tus propias conclusiones.

2/6

Oración final.

El dolor espiritual, que **Cicely Saunders** convirtió en motor y acicate de los Cuidados Paliativos de rango espiritual, tiene un claro y expresivo exponente en este himno de los laudes del viernes II, del Oficio divino. Es el dolor de corazón, que lleva al sacramento de la Reconciliación:

Por el dolor creyente que brota del pecado;
por haberte querido de todo corazón;
por haberte, Dios mío, tantas veces negado,
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.
Por haberte perdido, por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración;
porque es como la hiedra sobre un árbol
cortado el recuerdo que brota cargado de ilusión.
Porque es como la hiedra, déjame que te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco te enlace,
y que mi vieja sombra se derrame a tus pies.
¡Porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña
que tú lo ves. Amén.

13. Ver 2 Cor 12, 7-9.

3/

María, la mujer samaritana.

Madre de Jesucristo y de todos los demás

3/1

Meditación inicial.

Propongo este texto tan conocido del evangelio de Lucas como el pórtico apropiado para hilvanar la conexión entre Jesucristo, arquetipo del Buen Samaritano, la significación samaritana de la Virgen María y su condición de modelo al respecto, junto a Jesús, para todos los demás samaritanos que en el mundo han sido, son y serán:

... Tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril ... María se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel (**Lc 1, 36.39**).

3/2

Introducción.

En la parábola del Buen Samaritano no hay referencia explícita a María. Sin embargo, Lucas hace dos observaciones en su evangelio que, junto con el texto que encabeza este guión, sitúan a María como una de las claves nucleares para intuir el origen de la parábola, y para

comprenderla desde la figura de Jesucristo y la de la Iglesia. El primero de los textos, repetido dos veces por Lucas con muy leves variantes, alude a la atención con que María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (**Lc 2, 19.51**), es decir, todo lo relativo a su experiencia como madre a lo largo de la infancia de Jesús. El otro texto es complementario al anterior por el plus de significación que le añade: Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres (**Lc 2, 52**). Puestos ambos textos en relación de significado vienen a decirnos claramente que el crecimiento corporal y espiritual de Jesús -el Hijo de Dios haciéndose hombre en el hogar de Nazaret- venía impulsado día a día durante la llamada vida oculta, por el sustento y la educación que recibía de sus padres,¹⁴ María y José. De ellos se sirvió abiertamente Dios Padre para comenzar inculcando en la humanidad de Jesús el mensaje de compasión-misericordia, que luego él reflejaría en la parábola y figura del Buen Samaritano. Vistas así, las cosas guardadas en el corazón por María iban rebrotando en el día a día de la convivencia familiar, en forma de pedagogía constructora del carácter, actitudes y comportamientos humanos del Hijo de Dios e Hijo suyo. Por eso, no es improcedente afirmar que el impulso generoso con que el Samaritano de la parábola se acercó decididamente al herido, aflora del mismo manantial que movió a María a ponerse de prisa en camino para ayudar a su embarazada pariente Isabel.

3/3

Desde el camino de mi vida.

A partir del año 1998 soy, por decisión del Cardenal Arzobispo de Madrid, consiliario de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes y, como es ampliamente conocido, la primera tarea encomendada a esta institución eclesial consiste en organizar las peregrinaciones diocesanas con enfermos y discapacitados al mencionado santuario mariano del sur de Francia. Dos veces al año, en Mayo y en Octubre, se pone en

14. Expresión tomada literalmente de Lc 2, 41.

LH n.305

marcha esta experiencia de hondo calado espiritual, en la que peregrinamos al encuentro de Bernadette, la cual nos lleva a María y ésta, a su vez, a Jesús. Tales son las tres sencillas etapas del viaje interior que nos marca la espiritualidad cristiana y mariana propia de Lourdes. Estas peregrinaciones son, a su modo propio, el camino de Jerusalén a Jericó, en el que abundan los enfermos heridos en el camino de su existencia, los samaritanos que les cuidan y, gracias a Dios, brillan por su ausencia gentes como el sacerdote y el levita de la parábola.

3/4

María, la Mujer Samaritana.

Al sorprendente e inesperado mesianismo de Jesús¹⁵ que impregna y configura su modo de ser samaritano, corresponde recíprocamente el carácter samaritano de María. Tanto la Sagrada Escritura, como la Tradición de la Iglesia¹⁶ así lo atestiguan. En el camino de Jerusalén a Jericó que constituyó su vida en este mundo, aparece unas veces **herida** y, por ello, necesitada de la ayuda de otros samaritanos; en otras ocasiones se la ve **acogedora, cuidadora** compasiva y misericordiosa. Los evangelios dejan constancia de estas dos caras con las que alternativamente María va reflejando en clave femenina, la figura, mensaje y actividad de Jesucristo, el Mesías Samaritano. También la Tradición de la Iglesia muestra muy a menudo en su pensamiento teológico (la Mariología), en sus festividades litúrgicas marianas, en la poesía, pintura y escultura, en los santuarios dedicados a las diversas advocaciones de Nuestra Señora, en sus romerías patronales, en las peregrinaciones a los mismos y en las devociones de la piedad popular, la doble condición samaritana de Santa María. Veámoslo con un mínimo detalle.

3/4/1

... y a ti misma, una espada te atravesará el alma (Lc 2, 35).

Este himno del Oficio divino, en la festivi-

dad de la Virgen de los Dolores, pone en boca de María las heridas que ella fue sufriendo, y que le había profetizado el anciano Simeón.

¡Ay, dolor, dolor, dolor,
por mi Hijo y mi Señor.
Yo soy aquella María
del linaje de David.

¡Oíd, hermanos, oíd la
gran desventura mía.
A mí me dijo Gabriel
que el Señor era conmigo,
y me dejó sin abrigo,
más amarga que la hiel.
Díjome que era bendita
entre todas las nacidas,
y soy de las doloridas
la más triste y afligida.

Decid, hombres que corréis
por la vida mundanal,
decidme si visto habéis
igual dolor que mi mal.
y vosotras que tenéis
padres, hijos y maridos,
ayudadme con gemidos,
si es que mejor no podéis.

Llore conmigo la gente
alegres y atribulados,
por lavar cuyos pecados
mataron al Inocente.
¡Mataron a mi Señor,
mi Redentor verdadero!
Miradme, ¿Cómo no muero
con tan extremo dolor?

Señor Santa María,
déjame llorar contigo
pues muere mi Dios y amigo,
y muerta está mi alegría.
y, pues os dejan sin Hijo,
dejadme ser hijo vuestro.
¡Tendréis mucho más que amar
aunque os amen mucho menos!

15. Es decir, el representado por el Siervo exaltado por Dios como Señor, el terapeuta herido, el sanador enfermo, el Pontífice compasivo, envuelto en debilidad, ...

16. En sus pronunciamientos dogmáticos, sus desarrollos teológicos, sus expresiones litúrgicas y sus devociones populares.

Los episodios de la pasión, muerte y enterramiento de Jesús fueron quizá los más dramáticos por lo que se refiere a sentirse afligida y desamparada, pero no fueron los únicos. En su vida hubo otros momentos y circunstancias que hubieron de afectarle también muy dolorosamente. Entre ellos cabe señalar:

- A. Las habladurías y comentarios de la propia familia y de la gente al verla embarazada antes de que José y ella vivieran juntos (Mt 1, 18); las dudas y el dolor callado que percibía en el propio José, ante una evidencia a la que no sabía dar una explicación humanamente satisfactoria.
- B. El parto de Jesús en Belén en condiciones materiales y ambientales tan precarias como las que apunta Lucas en su evangelio, al decir que **envolvió al niño en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el albergue (Lc 2, 7).**
- C. Su reacción humana, previsiblemente de dolorida sorpresa, ante el mencionado anuncio de Simeón: **Una espada te atravesará el alma (Lc 2, 35).**
- D. Los episodios de la persecución de Herodes y la huida a Egipto (Mt 2, 13 -18) con todos los sobresaltos, penurias y estrecheces propias de la vida de las personas amenazadas, perseguidas y exiliadas.
- E. La angustia por el extravío de Jesús en Jerusalén, y la perplejidad dolorida que le hubo de producir la respuesta de Jesús, cuando finalmente le encontraron: y, **¿por qué me buscabais?**, tras el reproche que ella le hizo:

Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?
Mira, tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados. Lucas apunta significativamente a continuación que ellos no comprendieron la respuesta que les dio (Lc 2, 49s).

F. El vacío dejado por Jesús en el hogar de Nazaret, al marcharse a la vida pública, y las noticias ambivalentes -unas tranquilizadoras, otras preocupantes- que a María le llegaban sobre las reacciones de la gente y de las autoridades judías respecto de la actividad pública de su Hijo.

- H. La dolorosa repercusión anímica que María debió sentir al oír a Jesús decir a sus oyentes que **su madre y sus hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (Mt 12, 46-50).**
- I. La muerte de José, su esposo y padre en la tierra de Jesús, y el duelo por su viudedad, acontecimiento no documentado expresamente en los evangelios. No obstante, en la Iglesia se tiene a San José por patrono y abogado de la **buena muerte**, al atribuirle haber fallecido en brazos de Jesús y de María.

A la vista de todos estos hechos, María puede y debe ser considerada la imagen ejemplar de cuantos son **heridos**, maltratados en el camino de su vida, y requieren compasión y ayuda samaritanas.

3/4/2.

**EN CUANTO TU SALUDO LLEGÓ A MIS OÍDOS,
LA CRIATURA SALTÓ DE ALEGRÍA EN MI VIENTRE
(Lc 1, 44).**

Leyendo esta exclamación, sorprendida y gozosa, de Isabel que veía llegar a su prima María para ayudarla en su embarazo y parto, podemos imaginar los sentimientos, gestos y palabras de gratitud pronunciadas por el herido de la parábola, sabiéndose auxiliado por el samaritano, cobijado en la posada y atendido también por el posadero. Teniendo en cuenta ambas observaciones, voy a enumerar a continuación las ocasiones en las que se atisba más claramente el perfil samaritano de Nuestra Señora:

- A. **María, la samaritana acogedora y cuidadora de Emmanu-el.** Ya desde la posada de su seno materno, María fue la acogedora y cuidadora de Emmanu-el, Dios con nosotros. Lo re-

LH n.305

gistra Mateo al comienzo de su evangelio (1, 22s), citando la profecía de **Isaías 7, 14**, Y lo pone Lucas en boca del arcángel **Gabriel: Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo ... (Lc 1, 31)**. María aparece aquí como la samaritana de Dios que se hace hombre La samaritana de Isabel, el pequeño Juan y Zacarías en Ain-Karim. Lo mismo cabe decir de Jesús a lo largo de su crecimiento y maduración humana. En este caso el camino mariano de Jerusalén a Jericó pasaba por Nazaret, Belén, Egipto y vuelta a Nazaret. Y con Jesús, José fue también el beneficiario de los cuidados samaritanos de María.

B. No tienen vino (Jn 2, 3). María, la samaritana de los novios en Caná de Galilea: **Haced lo que él os diga (Jn 2, 5)**; Y la madre que indica al Hijo que le ha llegado la hora de convertirse en Buen Samaritano (2, 3s).

C. Mujer, ahí tienes a tu hijo (Jn 19, 26). María al pie de la cruz, la madre samaritana de los cristianos y de todos los hombres.

D. Todos ellos perseveraban en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús... (Hech 1, 14). María, la samaritana orante de la Iglesia en gestación, a la espera de Pentecostés.

3/5

Vuelta al camino de mi vida.

Las peregrinaciones a los santuarios marianos como Lourdes o Fátima resaltan con toda claridad el carácter samaritano de María. Durante su transcurso los fieles peregrinos y enfermos manifiestan una y otra vez el sentimiento de haber sido acogidos por nuestra Señora, aliviados y consolados por ella, como lo fueron Bemadette Soubirous o los pastorcillos de Fátima. Una y otros representan a cuantas personas reciben el cuidado solícito y entrañable de la que es Madre de todos, especialmente de los enfermos, afligidos y pecadores. Así lo he venido experimen-

tando en cada una de las treinta peregrinaciones que he realizado ya como consiliario al santuario de Lourdes.

3/6

Preguntas para la reflexión individual o en grupo.

- A.** ¿Qué lugar ocupa en tu vida espiritual la figura de María como mujer samaritana?
- B.** ¿Es para ti un ejemplo de sufrimiento ejemplar? ¿Y de acicate como la mujer-madre que ama, acoge y cuida?

3/7

Oración final

Madre de todos los que sufren,
mujer acogedora de todos los llantos.
Madre que acompañas a todos los enfermos,
sobre todo a los angustiados, a los tristes,
desorientados, y marginados; a los que no
tienen a nadie que les acompañe en sus
dolores y sufrimientos. Madre de todas las
lágrimas, de los enfermos incurables, de los
crónicos, de los enfermos mentales. Madre,
acompañas a estos enfermos, escúchales,
infúndeles ánimo, esperanza y fuerza para
luchar y salir de su temor, de su angustia
y de su miedo. Madre, ayúdales a sentirse
personas dignas de estima, a tener ganas de
vivir, a preocuparse también por los demás.
Y a nosotros, Madre, infúndenos tu espíritu,
para que sepamos acampanar
a todos estos enfermos y a cuantos les cui-
dan. Que les ofrezcamos nuestra presencia y
apoyo, les comprendamos y les ayudemos en
cuanto necesitan para su cuerpo y su espíritu.
Amén.



LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD
www.sanjuandedios.net

